
Todo lo que fuise
LORENA MURIÉN

© 2024 Lorena Murién
SafeCreative © 2408139100321
instagram.com/lorenamurien_
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta: Verónica Espinosa
Maquetación: Lorena Murién
Fotografías de portada:
unsplash.com / Frédéric Paulussen

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Quiero agradecer a Verónica Espinosa León
por su aportación en la revisión de esta novela,
sin su ayuda y participación el resultado no
habría sido el mismo.

“Nunca es demasiado tarde para ser lo que podrías haber sido.”

—George Eliot.



1
EL DOLOR QUE ESQUIVO

IRENE

7 de agosto de 2024. Barcelona, España.

Llego quince minutos tarde y estoy segura de que me espera una bronca de campeonato. Mi madre odia la impuntualidad y ya puedo imaginar el gesto que pondrá en cuanto me vea. «Qué alegría verte», ironizo entre pensamientos mientras cruzo hacia su cafetería favorita de Barcelona. Las calles están repletas de turistas y gente que mete las maletas en sus coches, dispuestos a pasar unas vacaciones inolvidables lejos del estrés de la ciudad. El cuerpo me pide hacer lo mismo y no tener que enfrentarme a una mujer que consigue sacarme de quicio con solo treinta segundos de conversación, aunque esta vez es suficiente con la mirada que me echa nada más abrir la puerta.

Cuento hasta tres y pongo mi mejor sonrisa. Ella se levanta de la silla y me abraza sin mucho ánimo, como si no hubieran pasado semanas desde que nos vimos por última vez.

—¿No podrías haber madrugado un poco más y llegar a tiempo? Tengo mucho que hacer.

—¿Cómo irte a la playa con tu amante mientras papá está fuera? —En cuanto lo digo me da un manotazo en el brazo y pide silencio. Avergonzada, mira a nuestro alrededor y yo suspiro dejándome caer en la silla—. Yo también te he echado de menos, mamá.

—No te pongas sentimental, sabes que lo odio —se queja y se arregla el pelo por milésima vez en el día, seguro—. Además, tu padre también está a lo suyo, sabes que tenemos libertad para hacer lo que nos dé la gana —aclara en voz baja.

No sé cómo pueden seguir juntos cuando está claro que no se soportan.

—Qué bien, ¿y por qué querías verme? No tenías pensado visitar Barcelona hasta el mes que viene. —Me quito las gafas de sol y las dejo sobre la mesa, aunque no soy capaz de relajar mi postura.

—¿Una madre no puede tener ganas de pasar tiempo con su hija? —Alzo una ceja y la hago suspirar, ahí tiene mi respuesta.

Ella siempre quiere algo, no es de esas personas que venga a verte porque le apetezca pasar tiempo contigo, nunca lo ha hecho y jamás lo hará. No es que nos odiemos, pero su trabajo la ha mantenido alejada de mí desde que era una niña y digamos que esa distancia hizo el resto. Los únicos recuerdos que tengo felices con ella fueron durante las vacaciones, cuando íbamos a la casa de campo que mi padre heredó de los abuelos. Los veranos solían ser increíbles, íbamos a comprar al mercado del pueblo cercano, nos pasábamos el día en la piscina, pero cuando los dos se juntaban en la misma habitación, la alegría se opacaba por un velo de tristeza.

Las apariencias ante sus amigos, jefes y compañeros de trabajo lo han sido todo para ellos y por eso nunca se han divorciado a pesar de casi no compartir convivencia y salir con otras personas. Mi madre arrastra la mano por la mesa y alcanza la mía, una clara señal de que esto no me va a gustar.

—¿Qué pasa, mamá? —insisto y noto cómo el corazón se me dispara.

—Tu padre y yo sabemos que desde que murió nana, el último par de años han sido difíciles para ti, por eso hemos pensado que tal vez podrías volver a Nottingham y centrarte en otras cosas. Hemos hablado con Louis y ha aceptado que te hagamos un hueco en la empresa, empezarías desde cero, pero con tu inteligencia y habilidades, seguro que consigues ascender pronto.

—Ya tengo un trabajo. —Aparto la mano enseguida y escondo ambas bajo la mesa. El esfuerzo que hago por no levantarme y largarme de aquí es mayor de lo que dejo ver—. ¿Y por qué tenéis que meter las narices donde no os llaman? Ya os dije que no deseo una vida así, odio la administración, las reuniones y los horarios marcados por jefes que ni siquiera miran por la estabilidad mental de sus trabajadores.

—¿A subir fotos en las redes sociales lo llamas trabajo? —Chista la lengua y niega poniendo ese gesto de decepción que tanto odio.

—Pues sí, no solo viajo y pongo fotos de comida, se le llama crear contenido, mostrar al mundo y a la gente lo que hay más allá de lo que ven tus ojos, promocionar marcas y lugares diferentes. Y no he necesitado a nadie para tener un piso que puedo pagarme y un día a día que me gusta.

—Pero si nunca te quedas ahí más de una semana, no sabes lo que dices, Irene. Nana no hizo otra cosa que meterte pájaros en la cabeza.

—Al menos ella hizo algo, cosa de la que tú y papá no os podéis sentir orgullosos. —La brusquedad de mis palabras le hace daño, lo veo en sus ojos y me arrepiento al segundo, aunque al buscar su mano, mi madre la aparta sin pensar.

—No sé para qué me he molestado en venir, es la última vez que le hago caso a tu padre.

—Se levanta de la silla a la vez que el camarero llega con una taza de café que rechaza al segundo—. Dáselo a ella, yo no tengo nada que hacer aquí.

—Mamá, no te vayas. Estás montando un numerito…

La vergüenza recorre mi cuerpo y la sujeto de la muñeca en un intento por convencerla de que se siente, pero ella niega y busca las gafas de sol en su bolso. Se las pone sin decir nada, y antes de darme la espalda pone una mano en mi hombro.

—Deberías pensártelo. Ya tienes veinticinco años y te vendría de maravilla madurar, hacernos sentir orgullosos por una vez. —Mi madre se agacha y me da un beso en la frente—. Llámame en cuanto te aclares.

No me dedica ni una sonrisa. El café humea en la mesa pero soy incapaz de tocarlo. Al girarme veo la puerta cerrarse y a ella caminar como si nada, con su maldito aire de superioridad. Seguro que al final de la calle la espera su amante al volante del Mercedes, un hombre que no ha tenido el valor de dedicarme una sola palabra y que, a diferencia de lo que mi abuela hizo conmigo, sí le ha metido pájaros en la cabeza. Las lágrimas se forman en mis ojos, pero no las dejo caer.

El camarero vuelve a la mesa y carraspea llamando mi atención.

—¿Va a tomar algo, señorita?

—No, este café está bien, gracias. —Asiente y vuelve a lo suyo.

Ya a solas, llevo las manos a la taza y la rodeo con los dedos unos segundos que me parecen eternos. Aunque hace un calor terrible en la calle, me lo bebo de un sorbo y pongo un billete de cinco euros bajo el plato, al puro estilo americano. Las palabras de mi madre crean una madeja de pensamientos que chocan entre sí y provocan que esté entre decepcionada y enfadada. En cuanto me mandó el mensaje diciendo que venía a Barcelona, supe que esto no iba a traer nada bueno, aunque tonta de mí esperaba otra cosa a unas palabras que han conseguido que no quiera volver a verla por un tiempo.

Al llegar a casa, noto el vacío y el silencio me abraza sin darme ningún tipo de consuelo. Los pocos muebles que hay en el salón cobijan algunos libros y fotografías de mis viajes favoritos, pero la que atrapo entre mis manos es la última que me hice con mi abuela antes de que cayera enferma y muriera. De fondo se ven unas flores y eso me recuerda la charla que tuvimos sobre Leiden, la ciudad en la que creció.

«Allí conocí una felicidad que no volví a sentir hasta que te tuve por primera vez entre mis brazos.» Su voz se escucha cercana, como si estuviera a mi lado y hasta puedo sentir la calidez de sus brazos. El teléfono suena dentro de mi bolso y al sujetarlo veo un mensaje de mi mejor

amiga recordándome que hemos quedado esta tarde para planear nuestro próximo viaje. Miro la fotografía que dejo en la mesa de centro y suspiro.

—Nana, ¿tú qué harías? —pregunto y me dejo caer en el sofá con la esperanza de que las sensaciones que ha provocado mi madre, desaparezcan.



2
LOS DÍAS QUE NO CAMBIAN

EDITH

Leiden, Holanda.

La terraza situada en el jardín trasero, lleva en movimiento desde hace un par de horas y el olor que sale de la cocina donde Agnes prepara el desayuno, ha abierto mi estómago y el de los clientes que se alojan en el Bed & Breakfast. En esta época del año la ciudad recibe a un montón de turistas con ganas de recorrer los canales o dar un paseo en bici por el campo y la ciudad, y no puedo evitar sentir que la felicidad se instala en la boca de mi estómago después de lo mucho que me ha costado abrir este lugar. De grote reis, cumple su tercer verano y este es el primero en el que las reservas han aumentado hasta casi agotarse. Como su nombre reza, sonrío al darme cuenta de que *el gran viaje* de mi vida por fin da sus frutos, llevándome a una estabilidad que hacía tiempo no sentía.

—¿Qué haces ahí parada? ¡Venga, que los panecillos ya han salido del horno! —Mi compañera grita desde la puerta del jardín y me saca de esta ensoñación, aunque yo desee quedarme un poco más aquí.

Las flores que hay plantadas se mecen acariciadas por la ligera brisa que el tiempo nos regala esta mañana. Algunos niños manosean los pétalos y me sacan una nueva sonrisa, pero enseguida doy media vuelta y voy con Agnes a la cocina. Lo que menos quiero es que le dé otro ataque y la pague conmigo.

—Joder, tienes todo patas arriba —me quejo en cuanto cruzo la puerta.

Ella pone los brazos en jarras y aprieta los labios. Está a punto de explotar por culpa del estrés y me obliga a ir con ella, acariciar sus brazos e intentar que se calme un poco.

—No te preocupes, ya estoy aquí, ¿vale? Sabes que los clientes no son caprichosos.

—A excepción de ese maldito arquitecto, me tiene hasta las narices con sus quejas —protesta y arruga uno de los trapos tirándolo contra la encimera—. Como me vuelva a decir que a mis *stroopwafels* les falta caramelo, se lo tiro a la cara. Hirviendo.

—No creo que eso diera una buena imagen del B&B —bromeo—, mejor respira un poco y piensa que en un par de días se habrá ido y llegará un huésped nuevo que será un millón de veces más agradable —aclaro y le dedico un guiño sin poder evitar robar una de sus famosas galletas. Me llevo una a la boca y le pego un mordisquito que me sabe a gloria en cuanto mastico—. Dios, esto está de muerte… ahora seré yo la que le diga algo si vuelve a quejarse.

—¿Ves? Lo que yo decía… —Las mejillas de Agnes están rojas por el cansancio y parece que esta mañana no se haya peinado por los mechones sueltos que le caen por la cara.

—¿Estás segura de que no quieres que contrate a nadie? Sé que puedes con todo, pero las reservas han aumentado de golpe y no quiero que te estreses de más.

—Meter a alguien en cocinas sería tener que enseñarle mi ritmo de trabajo y no me apetece tener que distraerme con eso en pleno verano. Con que tú me eches una mano es suficiente. —Se lleva ambas manos a la cabeza y se arregla la coleta antes de echarse un poco de agua por la nuca —. Además, seguro que ni las recetas le salen igual, y tú tampoco quieres a gente nueva por aquí, no sé ni cómo me lo propones.

—Ya… la verdad es que yo también pienso lo mismo, este lugar es tan nuestro que… uff, no lo puedo ni imaginar. —Mi sonrisa se derrite en sus ojos como el chocolate y enseguida niego. Vuelvo con ella y apoyo las manos en sus hombros antes de abrazarla—. Tenerte aquí es una maravilla, no podría haberlo hecho sin ti.

—Por algo somos socias, ¿no? Lise no sabe lo que se pierde. —Cuando nombra a mi exmujer, los pelos se me ponen de punta y noto cómo la alegría con la que me había despertado se desvanece en un abrir y cerrar de ojos. El recuerdo de ella en nuestra cama con otra se me mete en la cabeza y hace que suspire y sienta náuseas a la vez—. Perdona, no quería haberlo dicho…

—No te preocupes, en realidad sí que se está perdiendo algo maravilloso. —Me encojo de hombros y muevo por la cocina hacia los armarios de madera de roble. Saco un vaso y me sirvo un poco de zumo de naranja en un intento por acallar a mi estómago.

Sé que la mañana va a estar ocupada y no espero desayunar en condiciones hasta que la mayoría de los huéspedes se vayan a hacer turismo.

—Bueno, mejor dime que tenías pensado hacer de desayuno y yo preparo café mientras tanto. —Se muerde el labio inferior y asiente sin añadir más al tema.

Durante los siguientes minutos, danzamos por la cocina como si estuviéramos en una pista de baile. Las galletas y los panecillos se acumulan en bandejas de horno y Agnes prepara su famosa tortilla con queso y tostadas con crema de chocolate y caramelo para los más golosos. Las piernas me duelen de tanto salir al jardín y al comedor para servir los platos, y cuando la

gente empieza a marcharse, siento un alivio increíble.

Las mañanas son el momento álgido ya que al mediodía y por la noche no tenemos a mucha gente que se quede por aquí a comer, y si lo hacen, siempre es bajo petición previa, porque esa no es nuestra misión principal. La cocina está patas arriba y lo primero que hago es limpiarla antes de sentarnos a desayunar más tranquilas, con un café entre manos y los panecillos que han sobrado. Me unto mantequilla y disfruto del momento y el silencio que nos rodea, lo único que me apetece hacer es descansar un rato en la sala común y arreglar las flores del jardín.

—¿Has pensado en lo que te dije el otro día? —Agnes llama mi atención y veo la súplica instalarse en sus ojos—. Hace mucho que no salimos a hacer senderismo.

—¿De verdad me lo estás proponiendo con la cantidad de gente que tenemos?

—Vamos… sabes que mi madre puede ocuparse del teléfono y de atender a los huéspedes mientras nos estamos. Tú misma lo has dicho un millón de veces: con que estemos al pie del cañón por la mañana es suficiente. ¿Cuántas tardes me has dado libres? —Levanta una ceja y me deja entre la espada y la pared.

Enseguida apoya los codos sobre la mesa y pone ese gesto de corderito que no me gusta nada. Sabe que puede ganarme con solo mirarme, pero termino por negarme de nuevo y centrarme en el panecillo que tengo entre manos.

—No me apetece mucho, ya lo sabes. —Mastico tapándome la boca con una de mis manos —. Además, tengo que ir a comprarme las botas y ropa nueva.

—Ya, ¿por qué será que me parece que quieres evitar a toda costa meterte en una situación incómoda? ¿No has pensado que ya es suficiente con que te pases los días aquí encerrada? ¡Es que ni siquiera vas al centro de escalada! Has dejado de hacer todo lo que te gusta por no querer encontrarte con ella. Nadie podría reprocharte que no lo llevases bien.

—Salvo Helen y Andreas —le recuerdo y el hastío ya debe verse en mi cara—. Mira, ya tengo bastante con que mis hermanos me recuerden casi a diario que soy la oveja negra de la familia y que soy un fracaso como persona.

—¡Ni que tú te hubieras acostado con otra! —grita Agnes y enseguida echa un vistazo a nuestro alrededor por si todavía hubiera alguien que pueda escucharnos—. ¿Por qué no pasas de ella? Andreas solo se deja arrastrar por lo que dice, pero tú ya eres mayorcita para hacer lo que te dé la gana. —Levanta una ceja y bebe un sorbo de su café antes de continuar—. Es una buscona de cuidado que no sabe salir de fiesta sin acabar borracha por las esquinas. Al final siempre estás ahí salvándole el culo, parece mentira que seas la hermana pequeña, joder, que ya tiene más de cuarenta para centrarse un poquito.

—Supongo… nunca te había visto defender a Andreas —comento, pero no dice nada al respecto. Me acaricio el pelo y encojo de hombros—. En fin…, ella no deja de ser mi hermana, y al final son los únicos que han mantenido a flote la empresa de nuestros padres. Yo me quité de en medio.

—Lo que pasa es que Lise también te metió en la cabeza que la familia es lo más importante de todo, y luego ¡mira quién te puso los cuernos! —Le tapo la boca con las dos manos y entrecierro los ojos, pidiéndole que se calle de una vez—. No digo más que verdades y lo sabes. —Con mucho esfuerzo, las aparta y deja ir cada uno de los pensamientos que tiene en la cabeza—. Haz lo que te dé la gana. La idea sigue en pie, a mí me da igual si te quedas arreglando el jardín como una viejecita.

—Vuelve a decir eso y te enteras —replico y se parte de la risa.

Sin mediar palabra, recoge su taza y los platos que ha usado y los friega. Cuando regresa me da un beso en la mejilla y se despide, es miércoles y supongo que irá a al gimnasio como es habitual.

Ya a solas, me termino el panecillo sin pensar en lo que ha dicho. A pesar de que sé que tiene razón; estoy a punto de cumplir los cuarenta y salvo por el B&B, parece que haya perdido la ilusión por lo que existe fuera de aquí. Supongo que el dolor que me provocó el engaño y mi matrimonio fallido tras creer que había encontrado al amor de mi vida, trajo consigo algo más que días de llanto; un vacío que no pude llenar con nada más de lo que tengo aquí. Y en consecuencia, acabé por perderme a mí misma.



3
ENCONTRAR EL RUMBO

IRENE

Barcelona, España.

La Plaza Cataluña está a rebosar, con ese ambiente rico y colorido que me encanta respirar cada vez que regreso de mis viajes. Instalarme en Nottingham no está en mis planes a pesar de la presión de unos padres que parecen querer hacer lo que sea con tal de verme abandonar este sueño. Desde que mi madre se ha ido cabreada de la cafetería esta mañana, sigo con un regusto amargo que remueve mi estómago y el dolor de cabeza persiste incluso después de haberme quedado un rato dormida en el sofá.

Pensar en sus palabras y en su gesto consigue que la tristeza me invada, y mi yo más frágil quiere volver atrás en el tiempo para refugiarse entre los brazos de la única persona que me apoyó en todo.

Sandra llega un poco tarde, como es habitual, y me siento en la hierba que rodea a la fuente con ganas de ver el mundo a través de mis gafas de sol. Desde aquí puedo observar las figuras geométricas que visten el centro, pero lo que más me gusta es percibir las emociones en la cara de las personas que son totalmente ajenas a mí. Algunos sonríen y otros parecen llevar un enorme peso sobre sus hombros. En este momento, me identifico mucho más con los que pueden llegar a sentirse perdidos en plena búsqueda de eso que te llene el corazón. Aunque es cierto que estoy enamorada de mi trabajo y que disfruto de cada pequeño viaje y colaboración; la verdad es que siento en mi interior un vacío que no soy capaz de llenar con eso, como si todavía no me encontrara del todo a mí misma.

—¡Irene! —La voz de Sandra llega hasta mí y me saca del bucle. En cuanto veo que tiene la cara roja, sonrío y me levanto para darle un fuerte abrazo—. No tengo remedio, por más que lo intente, siempre llego tarde.

—Tranquila, hoy tampoco tengo el día, no sabes cómo se ha puesto mi madre esta mañana. —Me encojo de hombros y le doy un beso en la mejilla. Ella asiente, ahora más tranquila y se

deja caer, como si necesitara un rato para descansar—. ¿Qué tal el curro?

—De locos, y la gente está súper exigente, no sabes las ganas que tengo de que lleguen las vacaciones. ¿Has mirado lo que te pasé?

Asiento y apoyo las manos sobre la hierba para estirar las piernas y echar la cabeza hacia atrás. El sol ya no pega con tanta fuerza como a primera hora del día y nos deja disfrutar de una ligera brisa que mece mi pelo suelto y acentúa un poco más el bronceado natural de mi piel. Al mirar hacia el cielo, el movimiento de las nubes hace que el corazón me palpite con fuerza y empiezo a sentir una paz que corre por mis venas, echando fuera el malestar que llevaba conmigo.

—¿Estás segura de que queréis ir allí? Venecia está a rebosar de turistas en pleno agosto y más si haces todo a última hora. Tendríamos que haberlo organizado hace meses, como os dije.

—Ya sabes que no tenía idea de cuántos días iban a darme y no quiero desaprovechar el tiempo —comenta con gesto de disgusto—. Me ha costado convencer a mi jefe de que me compense las horas extra en vacaciones y los demás también quieren ir allí, ya sabes, pegarse uno de esos viajes inolvidables.

—Con fiestas hasta el amanecer… —aclaro y mi tono no suena ilusionado.

—Eh, ¿qué te pasa? Siempre has sido la primera en apuntarte a nuestras locuras.

La miro un segundo y después regreso a las nubes, dándome unos segundos con los que poder hablar con claridad.

—No sé, últimamente quiero algo más tranquilo.

—Ufff, no me digas que estás madurando y te vas a convertir en una señora de treinta a la que le gusta más el tardeo —bromea, aunque enseguida se da cuenta de que no me hace ni pizca de gracia—. ¿Irene?

—Creo que necesito estar un tiempo desconectada de lo que conozco, del trabajo, de las marcas, de la gente… —Abre la boca y busco su mano, no quiero que se alarme—. Tranquila, que no he dejado de quererte ni tampoco me voy a volver a Nottingham, eso es lo último que quiero. Mis padres han vuelto a conspirar a mis espaldas para que trabaje en la empresa.

—Pero si tú odias la administración, no les darías beneficio alguno.

—¡Eso he dicho yo! Tú eres la que está feliz entre números —exagero y me abrazo. La inseguridad hace que acaricie la blusa que llevo puesta y muerda mi labio inferior. Tengo algo metido dentro y a pesar de querer desahogarme, las fuerzas me flaquean—. Echo mucho de menos a nana, creía que lo tenía superado, pero al parecer… —Intento no emocionarme, aunque las lágrimas acuden a mis ojos rápidamente—. Desde que murió no he conseguido llenar ese

vacío, me siento perdida y no sé si estoy en el lugar correcto.

—Pero si el piso que has alquilado te encanta, igual que estar aquí. Ni se nota que eres extranjera. —Sandra frunce el ceño y carraspea—. ¿No será que necesitas una buena juerga para recordar los viejos tiempos? Venecia te vendría de maravilla, los últimos viajes que has hecho parecieron muy aburridos.

«Allí conocí una felicidad que no volví a sentir hasta que te tuve por primera vez entre mis brazos», la voz de mi abuela se instala otra vez en mi cabeza y veo unos cuantos pájaros volar cerca de nosotras. Sonrío a mi mejor amiga con ganas y cuando me aparto niego.

—Me parece que esta vez voy a pasar. Haré algunas llamadas, no quiero que os perdáis lo mejor de la ciudad ni tampoco aguaros el viaje con mis cosas.

—Está claro que necesitas reencontrarte. —A pesar de mi negativa, no veo ni un signo de enfado en su expresión y eso me deja más tranquila. De hecho, parece haberse dado cuenta de lo que me hace falta ahora mismo—. Tu abuela te quería muchísimo, me alegra que al menos tuvieras a alguien que lo hiciera. No digo que tus padres no lo hagan… pero ya sabes cómo son. Desde luego, ya podrían ofrecerme ese trabajo a mí.

—Dios mío, estás loca. Particulares son cuanto menos —bromeo y rompemos a reír. Al sujetar sus manos le vuelvo a sonreír y echo un vistazo a nuestro alrededor—. Gracias por entenderlo —aclaro—, pero ahora, fuera sentimentalismos y vamos a echarnos unos bolos. ¿Qué te parece?

—Tú pagas las cervezas si pierdes —propone y sonrío encantada ante la idea.

. . .

Las cervezas se han alargado más de la cuenta y la cabeza me tamborilea al llegar a casa. No tengo fuerzas ni para quitarme la ropa por lo que me tiro en el sofá con ganas de dormir. La oscuridad me abraza y pronto me lleva al lugar donde más segura me siento, al recuerdo de un instante que no se ha perdido en mi memoria.

El último viaje que hice a Francia estuvo lleno de color y risas, sobre todo porque lo compartí con la persona que más quería. Mi abuela me miró a los ojos y sonrió encantada antes de descubrir un cielo de estrellas que parecía haber visto por primera vez en mucho tiempo.

—¿Sabes? Los campos de tulipanes son una maravilla por la noche, el aroma se percibe mucho más cuando tienen al cielo cubierto de estrellas.

—¿Por qué nunca has querido regresar a Leiden? —pregunté sin apartar la mirada de la

luna que nos daba cobijo.

—Me daba miedo querer dejarlo todo, a tu abuelo, a tu madre y después… a ti. —La sinceridad que vi en sus ojos me dejó helada y maravillada a la vez, parecía como si los sentimientos que tenía dentro fueran a explotar—. A veces tenemos que hacer sacrificios y aunque mereció la pena alejarme del mundo que conocía y seguir los pasos de Evert, las raíces de mi amado hogar nunca se han marchitado dentro de mí.

—Pero podemos volver juntas, cuando quieras. Sabes que tengo esa libertad, quiero conocer el lugar donde creciste y viviste antes de instalarte en Nottingham, que tú me enseñes de dónde vengo.

—No puedo pedirte eso, cariño, tú ya tienes una vida, un trabajo y siempre acabo siendo una molestia para ti. ¿Cuántas cosas has cancelado por venir aquí conmigo?

—Las necesarias —aclaré sin perder la sonrisa y al sujetar sus manos le hablé con sinceridad—. ¿Todavía no te has dado cuenta? Esto es lo que más me gusta hacer, viajar contigo, cumplir cada sueño que tengas, me da igual lo demás; la empresa, el trabajo de mis padres, si tú sonríes, yo también lo hago.

—Mi niña, cómo me alegra que no hayas salido a ellos. —Su broma nos hizo reír a carcajadas—. Déjame que me lo piense, ya sabes que nana está muy cansada estos días.

—Vale, pero no tardes mucho en decidirlo.

Después de aquello, las estadías en el hospital se hicieron más comunes, hasta que su corazón no pudo más y mi promesa acabó en saco roto.

El recuerdo se rompe y abro los ojos en mitad de la noche. Noto cómo las lágrimas resbalan por mis mejillas y a pesar de estar a oscuras, consigo reconocer la fotografía que está sobre la mesa de centro. Mis ojos chocan con los de mi abuela, y en un par de segundos, sé exactamente lo que tengo que hacer.



4
LA CHISPA

EDITH

10 de agosto de 2024. Leiden, Holanda.

Cuando Andrew, el arquitecto que nos ha puesto de los nervios durante días, se marcha, Agnes y yo nos metemos en la cocina y saltamos de la alegría como si nos hubiésemos quitado de encima a un bicho insoportable. Nada lejos de la realidad, este tipo de clientes drenan mi energía de una forma que todavía no gestiono bien, y por extraño que parezca, siento que en vez de haber estado alojado una semana, lo hemos tenido aquí más de mes. A las dos se nos ha puesto una sonrisa en la cara y terminamos el servicio del desayuno más que encantadas, y aunque tengo la tentación de abrirme una cerveza y olvidar que estoy en el trabajo, lo celebramos con una limonada recién hecha que es una maravilla.

—Nunca pensé que me alegría tanto de que un huésped se vaya —comenta y se deja caer sobre la mesa que tenemos en la cocina.

—Deberíamos poner una advertencia en la web para que este tipo de gente no reserve una habitación. Con la cantidad de hoteles que hay en la ciudad… —Me echo hacia atrás y disfruto de la limonada como si estuviera de vacaciones en una playa—. Creé De grote reis para los que buscan algo más íntimo, un lugar con estilo y sentimiento, no para quienes actúan como si fueran dueños del mundo. No los aguanto.

—Pues te recuerdo que has estado casada con una durante años.

Sus palabras me pillan por sorpresa y estoy a punto de tirarle una servilleta a la cara, aunque esta vez no siento pena al escucharla hablar así de Lise.

—Cuando la conocí no era de esa manera. Ahora que lo pienso, el trabajo la volvió como a la mayoría de las personas que conozco, parece que tenga un radar para la gente indeseable. Hasta los atraigo a que vengan aquí —bromeo, aunque Agnes levanta una ceja en desacuerdo.

—Eres incorregible. —Niega y va directa al frigorífico a traer unos trozos de sandía que deja sobre la mesa—. ¿Sabes si tenemos algún huésped nuevo?

—De hecho, sí, ayer reservaron una habitación sin tiempo definido. —Cojo un pedazo y le doy un bocado. Sabe tan bien que no puedo evitar suspirar y vivirlo como si fuera el último manjar de la tierra—. Es una chica joven que quiere conocer la ciudad donde se crío su abuela, me encanta cuando las personas que vienen aquí cuentan un poco de sus planes en los comentarios de la reserva.

—Seguro que a ella no la vamos a odiar como a Andrew, el especialista en muros. —Hace comillas con los dedos y estoy a punto de atragantarme por culpa de sus ocurrencias.

La campanilla del mostrador suena y me levanto de un salto. Antes de salir, le doy otro buen bocado a la sandía y me limpio de la barbilla el jugo que chorrea. Atender a nuestros huéspedes es una de las cosas más satisfactorias que he vivido en los últimos años, me encanta conocer qué historias hay detrás de sus visitas a Leiden, aunque es verdad que he perdido un poco de ese toque de naturalidad que me pertenecía.

Tras unas horas de limpieza y sola en el jardín, me dedico a regar las plantas y darles algunos cuidados abrazada por el silencio que me acompaña y los rayos del sol que caen sobre mi piel. Pensar en cómo me ha cambiado la vida en este par de años me da vértigo. Por una parte siento un orgullo enorme, porque me lancé a una piscina que no sabía si en algún momento iba a estar llena. Pero por otra, soy consciente del peso que tiene la responsabilidad de llevar un negocio que siempre ha sido mi sueño, aunque Agnes esté empeñada en decir que he dejado de hacer muchas cosas por la manera en la que terminó mi matrimonio.

—A lo mejor sí que tiene razón… —susurro y corto un par de hojas que ya han adquirido un tono amarillento.

—¿Eres Edith Visser?

Las tijeras de podar se me escapan de las manos por el susto y al agacharme para recogerlas me doy con una rama en el ojo.

—Joder… —suelto y levanto para ver de dónde proviene la voz.

—Madre mía, lo siento, no quería asustarte. —La chica cambia el holandés de su saludo por un perfecto inglés. La veo acercarse a toda prisa con dos maletas en mano y las gafas de sol en una de ellas—. ¿Te has hecho daño? Te has dado en toda la cara.

—Ya me he dado cuenta, gracias —respondo con dureza y me tapo el ojo al notar que lloriquea. Se queda en silencio y aprieta la mandíbula, he sido una borde, por lo que suspiro e intento que el picor se vaya parpadeando—. Perdona, no quería ser tan brusca. ¿Tenías…?

—Soy Irene, Irene Kennell, ayer hice una reserva. De verdad que lo siento, no quería molestarte, pero es que no había nadie en la recepción y…

—Tranquila, es culpa mía, no debería haber salido hasta que llegaras, pensaba que lo harías más tarde —vuelvo a suspirar y me limpio la lágrima que cae por mi mejilla.

—Deberías limpiarlo con gotas o algo, se te está poniendo súper rojo. —Su expresión baila entre la preocupación y la diversión del momento. Esboza una bonita sonrisa y se aparta algunos mechones oscuros de la cara con la ayuda de las gafas al ponérselas de diadema—. Tengo en la maleta, por si…

Se encoge de hombros y me hace levantar una ceja con incredulidad.

—No me digas que en tus planes siempre está el hacer que alguien casi se saque un ojo. —Abre la boca y al segundo rompe a reír por la situación. Yo hago lo mismo y niego, pero el escozor no mejora—. Acepto esas gotas —añado—, no quiero tener que acabar en el hospital.

—Me odiaría si en mi primer día en Leiden provoco algo así. Aunque mi nana diría que estas cosas son las que dan chispa a la vida.

Agacha la vista y me doy cuenta de la nostalgia que cargan esas palabras. Mi primer impulso es preguntar, pero termino por afirmar y acompañar sus pasos hacia la puerta que da al salón donde desayunan los huéspedes que no lo hacen en la terraza; conectado al otro lado con el pasillo que va hacia la recepción, y también, con la puerta de la cocina. En cuanto da un paso al interior, mi nueva huésped deja las maletas y abre la boca. Sus brazos caen a cada lado del cuerpo y suelta un «vaya» que no estoy segura de si es consciente que ha dicho en voz alta.

—¿Te gusta?

—Es… increíble, mucho mejor de lo que se ve en la web, que está un poco anticuada, por cierto.

Su mirada va hacia las vigas de madera del techo que contrastan con la línea de un par de muebles contemporáneos; el resto es una mezcla de piezas antiguas y mesas con acabados envejecidos. Las sillas están tapizadas con telas coloridas y patrones geométricos, pero lo que más le gusta parece ser el rincón de lectura, donde una estantería que acaricia está repleta de libros para que los huéspedes disfruten de una lectura en los sillones de cuero siempre que les apetezca. Sobre la mesa auxiliar hay una lámpara de pie y una radio vieja de madera que contrasta con unos altavoces Bluetooth que Agnes consiguió instalar enseguida.

—La compramos en una tienda de antigüedades de Ámsterdam un día antes de la apertura, no tenía muchas esperanzas de encontrar algo que reflejara el espíritu de la ciudad. Tuve mucha suerte —comento y ella se gira para mirarme con ojos ilusionados.

—¿Puedo hacer algunas fotos? Me has creado una nueva necesidad —confiesa con entusiasmo y no tengo más remedio que asentir.

Tarda poco en sacar el teléfono y empezar a retratar los ventanales desde los que se ve el canal, después hace lo mismo con la colección de vajilla de porcelana que está expuesta en el aparador antiguo de la esquina y en la otra, hay una máquina de café que pide a gritos usarla. Lo último que veo en su pantalla son las fotografías en blanco y negro de la ciudad en épocas pasadas y que están colgadas en las paredes.

—Me hubiera encantado ver cómo era antes de que el turismo fuera el invitado estrella de estas calles.

—Entonces, eso quiere decir que no me quieres aquí ni en pintura. Pues vaya, y yo que pensaba que te había gustado. —Se cruza de brazos y al ver como niego rompe a reír. Abre los brazos y da un par de vueltas con espontaneidad. El pelo le cae por la cara y acaricia su cuello, despeinándose por completo—. Si quieres me busco un hotel.

—¡No, por Dios! No caigas en las garras de los que no saben apreciar ni un poquito el verdadero valor de Leiden. —El ojo me vuelve a lloriquear y me doy cuenta de que me había olvidado por completo—. ¿Todavía puedo echarme esas gotas? Te juro que me quedo ciega como siga así.

—¡Qué exagerada! —Se carcajea y corre hacia una de sus maletas.

Al agacharse, la camisa de tirantes amarilla que lleva puesta se le levanta un poco y me fijo en el tatuaje que tiene en la zona lumbar izquierda, un colibrí en línea fina que le queda de maravilla y me hace carraspear cuando se levanta y gira con gasas y el colirio entre manos.

—Pues sí que vas preparada cuando vas de viaje… —apunto con cierto nerviosismo.

—Me gusta mucho descubrir todos los rincones que puedo de una ciudad, y nunca se sabe qué puede pasar. —Se encoge de hombros como si nada—. ¿Dónde…?

—Aquí mismo. —Señalo hacia una de las sillas y me siento.

—Te va a picar un poco, pero tranquila, que no vas a perder el ojo. —Vuelvo a abrir la boca y la hago sonreír.

Su mirada se posa sobre mí con calma e interés mientras abre las gasas y saca una, después sujeta el paquete con la boca y prepara el colirio para echármelo. Al llevar la cabeza hacia atrás siento su respiración en mi cuello y tengo que obligarme a mirar hacia el techo, al menos, hasta que las gotas caen y noto el picor del que hablaba. Lloriqueo un poco, pero enseguida se encarga de limpiar las lágrimas que caen por mi mejilla y sus ojos, de un bonito castaño oscuro, conectan con los míos un par de segundos.

—Gracias… —susurro, muerta de la vergüenza por el momento.

—No es nada, puedes quedarte el resto, por si acaso te hace falta.

—Claro. —Ella regresa junto a sus maletas.

—Te doy la llave de tu habitación, seguro que quieres darte una ducha y descansar un poco.

—Joder, es lo que más deseo ahora mismo —aclara con tono bromista y las dos juntas vamos hacia la recepción.

Allí se la entrego y apunto la hora de llegada en el libro de huéspedes que siempre me gusta rellenar cada vez que alguien nuevo viene a parar aquí. Sus ojos curiosean cada detalle que le rodea y parece feliz por haber elegido De grote reis como alojamiento. Lo que hace que yo muestre esa alegría a pesar de que no se da cuenta.

—Aquí tienes, espero que te guste. Los desayunos se sirven a partir de las siete y media —comento y le doy un folleto de bienvenida.

—Gracias —dice y mira el papelito un par de segundos.

Algo me dice que este sitio, le va a encantar.



5
CONECTAR CONTIGO

IRENE

11 de agosto de 2014. Leiden, Holanda.

Después de mucho tiempo me despierto sin notar ese nudo en la garganta que ha estado conmigo desde hace semanas. La sensación empezó a desvanecerse en cuanto subí al avión con rumbo a Ámsterdam, consciente de que me quedaban pocas horas para montar en el tren que me traería hasta aquí. Las almohadas mullidas me abrazan y al girar el cuerpo veo las manillas de un reloj redondo y antiguo moverse tranquilamente. Lo primero que hago es imaginar cuánto le habría gustado a nana estar aquí y siento una profunda tristeza que no me da tiempo a digerir, ya que el teléfono sobre la mesita se enciende y al estirar el brazo veo que es Sandra quien me llama.

—Qué alivio, pensaba que iba a ser mi madre —agradezco al contestar.

—¿Todavía sigue con la idea de que trabajes para tu tío?

—Ayer me mandó tres mensajes, un parrafal sin sentido sobre que tengo que tomar las riendas de mi vida y madurar de una vez, como si fuera una cría… En fin, ¿y tú qué, ya tenéis todo listo?

—Lo que te vas a perder es mortal, resulta que Gonza conoce a un colega que tenía pases VIP para el festival AMA, ¡tía, los cinco días! Nos vamos a pegar una buena juerga, no me puedo creer que hayas preferido los molinos a esto —protesta sin tener idea y en tres segundos sé que me va a suplicar que cambie de opinión—. ¿Por qué no te lo piensas y…?

—Ya te dije que me apetecía hacer otra cosa, y no quiero aguaros la fiesta, seguro que lo pasáis de maravilla sin mí.

—Joder, espero que el viaje te venga de maravilla porque echo de menos a la antigua Irene. —Suspira y puedo sentir la decepción desde aquí—. En fin, ¿qué tienes pensado hacer hoy? ¿Carmina ya te ha dicho de alguna marca que sepa que estás por ahí?

—No, paso de mezclar el trabajo, quiero desconectar del todo durante este tiempo, tampoco sé exactamente cuánto me voy a quedar. Nana tenía razón, Leiden es muy distinto a

todo lo que he conocido, tiene un alma… única.

—Suenas como una señora nostálgica —se burla y aunque me dan ganas de protestar, termino por quedarme en silencio. Escucho ruido de fondo y Sandra le grita a alguien—. Tengo que dejarte, adiós a mi pausa para fumar. Ya me pones al día, chao.

—Adiós… —Al colgar, me fijo que no dan ni las diez y ya hace todo lo posible por escaquearse del trabajo.

Tampoco puedo reprochárselo, porque ni loca acabaría en una empresa como en la que está, siempre tan automatizada y pendiente de los números. Con cosas así empiezo a darme cuenta de que, a pesar de mi edad, cada día encajo menos con los patrones que están dictaminados. No sé si he cambiado a raíz de la muerte de nana o si siempre he sido así, pero ya no tengo ganas de hacer las mismas cosas o tener esas aspiraciones de trabajo, aunque con respecto a la diversión, sí que estemos casi en la misma línea. Haber viajado a muchos lugares del mundo tan joven me ha dado otra perspectiva del mundo y supongo que no todos lo pueden entender.

Me doy una ducha antes de bajar a desayunar y cada paso que doy por la habitación hace que me sienta acogida y muy a gusto. La luz natural entra a través de las cortinas de lino e ilumina cada rincón, y también crean sombras en la pared gracias al cabezal de forja estilo *vintage* que hay en la cama. Edith tiene un gusto increíble y no he podido parar de hacer fotos desde que he llegado, tanto con el teléfono como con mi cámara. Con el pensamiento de decírselo, me pongo unos vaqueros cortos ajustados y una camiseta cómoda en la que hago un nudo a la altura de mi ombligo. Todavía no sé dónde quiero ir hoy, por lo que bajo las escaleras mientras pienso qué pedir para desayunar.

En el B&B no se ven muchos huéspedes; solo hay siete habitaciones repartidas entre las dos plantas de arriba e imagino que alguna será de la dueña, pero creo que es ahí donde reside su encanto, porque la atención es mucho más especial y dedicada. De hecho, choco con ella al llevar la mirada hacia la recepción, donde la veo hablar por teléfono con una sonrisa encantadora en los labios. Entre los silencios muerde un bolígrafo y sus ojos azules destilan felicidad, emoción que se me contagia al entrar al comedor. Un par de familias desayunan en las mesas más grandes y yo busco un sitio más apartado, cerca de la ventana desde la que se ven las aguas calmadas del canal.

El sol crea destellos en el leve movimiento de estas y siento ganas de pasear por uno de sus puentes y los alrededores sin más, aunque lo primero es hacer caso a mi estómago.

—Bienvenida, tú debes ser Irene. —Una mujer llama mi atención y afirmo al verla con una libreta en la mano—. ¿Qué tal tu primera noche en De grote reis?

—Increíble, creo que no he dormido tan bien en toda mi vida —confieso y apoyo la mejilla en una de mis manos, me alegra haberles dicho que odio que me traten de manera formal—. Se lo comenté a Edith ayer, las fotos de la web no son nada comparado a verlo en persona, es un sitio muy bonito, se nota que le habéis puesto cariño.

—En realidad hay que agradecérselo ella, yo llegué cuando estaba casi todo listo, solo compramos algunas cosas juntas y después me encargué de la cocina.

—La radio que hay allí —afirmo y echo un vistazo a mi espalda—, tenéis que decirme de donde es exactamente, a ver si encuentro algo parecido, a mi nana le encantaban.

—Hecho. ¿Has pensado ya qué quieres desayunar?

—Creo que tomaré un par de esas galletas que son tan famosas aquí… las de caramelo, y un café con leche sin lactosa, se me olvidó echar las pastillas a la maleta. Voy a tener que ir a la farmacia. —Bufo—. ¿Alguna recomendación?

—Hago unos huevos revueltos que te mueres y el embutido es de primera, eso es lo habitual en muchos de los desayunos —comenta.

—Pues yo me fío de ti…

—Agnes. —Me entrega su mano y la estrecho encantada—. Tenía ganas de conocer a la chica que casi deja ciega a mi mejor amiga.

—Te lo ha dicho. —Junto las manos a modo de perdón, aunque no muestro ni un ápice de arrepentimiento por el momento divertido que vivimos—. Supongo que también te habrá contado que voy con un botiquín a cuestas. —Asiente y vuelvo a apoyar la mejilla en una de mis manos—. Espero no tener que usarlo más, al menos no contra ella. En la web vi que hacíais recomendaciones de visitas por la ciudad y se podría decir que soy algo patosa.

—Seguro que Leiden te cuida, pero en cuanto a eso, ella podrá orientarte más. Como he dicho, solo me encargo de la cocina, bueno, eso y de atender a los huéspedes cuando Edith está hasta arriba o se encuentra fuera, cosa que no pasa a menudo. —Se encoge de hombros y guarda la libreta en el bolsillo de su pantalón—. Regreso dentro, no tardaré mucho.

—Tranquila, no tengo prisa, he venido a desconectar.

Le dedico una sonrisa y cuando se va estiro el cuello en un intento por ver más allá de la puerta que conecta con la cocina. Tengo entendido que después del servicio dejan que los huéspedes podamos entrar a disfrutar de cualquier bebida o snack que nos apetezca, igual que con el café que hay al fondo del comedor, en un rincón que parece más una sala de estar. Busco el teléfono en mi bolsillo y reviso los mensajes que tengo, entre ellos, los que mi madre me ha enviado desde la última vez que nos vimos. Todavía no he encontrado las palabras correctas con

las que responderle sin ser una decepción total, aunque la verdad es que nunca ha parecido sentirse muy orgullosa de mí y eso me hace suspirar y dejarlo sobre la mesa.

No quiero tentaciones con Instagram ni distracciones, tampoco enfrentarme a la idea de que he cambiado. Ni siquiera sé por qué acabé mudándome a Barcelona cuando está claro que no me gusta vivir allí, supongo que quise darle una oportunidad porque están los amigos que he mantenido en los últimos años. Y también porque aprendí el idioma en un santiamén tras un par de cursos intensivos. Apoyo los codos en la mesa y descanso la barbilla en mis manos, las vistas desde aquí son preciosas y me parecen un aliciente más que forma parte del encanto del B&B, como su fachada de ladrillo rojo, los ventanales o la puerta en azul. El malestar empieza a disiparse y esbozo una pequeña sonrisa que mantengo durante un rato, hasta que una sombra cae sobre mí.

Al ver de quien se trata, me echo hacia atrás y levanto una ceja con simpatía.

—Parece que no has perdido el ojo —bromeo y Edith se encoge de hombros.

—Un poco más a la izquierda y habría sido un horror —sigue mi broma, aunque no tarda en ponerse más seria—. ¿Qué tal la habitación, te ha gustado?

—Eso es quedarse corto, he estado en hoteles muy chulos, pero nunca en una cama tan cómoda.

—Ya te lo dije, los lugares grandes no piensan tanto en los huéspedes como lo hago yo. —Se guarda un mechón de su pelo rubio tras la oreja y echa un vistazo al resto de personas—. Me alegra que hayas descansado, espero que el resto de tu estancia sea igual, voy a ver si necesitan algo más.

—Espera —llamo su atención y sujeto su muñeca antes de que se vaya. Nos miramos y la suelto enseguida, a veces me pueden las prisas—. Tu compañera me ha dicho que podrías orientarme sobre qué hacer en la ciudad, con algún itinerario o algo así.

—Claro, cuando termine el servicio ven a la recepción y te doy varias ideas.

Muestra una leve sonrisa y se despide. Al girarme la veo ponerse de cuclillas frente a un niño que no debe tener más de tres años, quien sonríe encantado al recibir de ella una pequeña tableta de chocolate. A pesar de que no entiendo más que unas cuantas palabras, la escucho hablar en holandés y su acento me parece maravilloso, incluso me recuerda a cuando nana canturreaba mientras cocinaba.

Mi padre nunca quiso que aprendiera el idioma por lo que no pude nutrirme de ello, y aunque todavía no entiendo bien por qué, prefiero no pensar en ellos y el vacío que cada día se forma entre nosotros. Al final, no sé quién es peor.

Agnes me trae el desayuno un minuto después y el estómago se me abre. Lo mejor viene cuando pruebo el primer bocado y disfruto de cada uno hasta que no queda ni una miga en el plato. Me siento tan contenta que me muero de ganas de disfrutar de la ciudad sin perder el tiempo, y por eso cuento cada segundo hasta que el servicio termina y camino hacia la recepción con la única intención de dejarme llevar durante este viaje que sé, va a ser inolvidable.



6
A PUERTA CERRADA

EDITH

—Tendrías que haberte ido con ella. —Agnes me da la espalda mientras seca los platos que hemos lavado a mano.

—No soy guía turística, además, ¿qué se supone que podría darle yo en lugar de la propia ciudad?

—Pues una perspectiva diferente. —Se encoge de hombros y al girarse apoya la cintura en la encimera cruzándose de brazos—. Cuando te lanzaste a montar el B&B me dijiste que también querías dar a conocer Leiden de una forma especial y no me vayas a decir que ya lo haces, porque dar folletos no tiene nada que ver con eso.

—Puede… pero ya sabes el trabajo que da esto, no quiero delegar más responsabilidad en ti, ni en nadie más. Ya me dirás cómo podría hacerlo. —Se atreve a abrir la boca como si quisiera protestar, entrecierra los ojos y bufa, sabe que la conversación está perdida—. ¿Lo ves? Tengo razón.

—La tengas o no podríamos dividirnos un poco más el trabajo. Vivo aquí al lado y podría venir por las noches cuando pase algo urgente, no tienes por qué encargarte de todo tú sola. Lo mismo que el resto del día. —Hace una mueca y noto la preocupación.

No quiero que empiece con que no disfruto de la vida, por lo que me adelanto y voy con ella, pongo las manos sobre sus hombros y la abrazo.

—Tienes razón, pero sabes que necesito tiempo, siento mucho apego por este sitio y el trabajo, puede que me haya encerrado en mi mundo y estas cuatro paredes, pero ya sabes lo feliz que soy.

—Solo que, de puertas para afuera, ya no te permites sonreír como lo hacías antes —lo dice con un aire de melancolía, y no soy capaz de encontrar la manera de rebatírselo.

Han pasado casi tres años desde que me divorcié de Lise y he cambiado tanto que, a veces, ni yo misma me reconozco. Sin embargo, no sé cómo encontrar la manera de volver a ser la de

antes, y ni sé si quiero volver a serlo. La fregaza me distrae lo suficiente para evitar ponerme a pensar en ello y por suerte, Agnes tampoco hace ningún comentario más. Todos los huéspedes se han ido a dar un paseo por la ciudad. Algunos, nos dejan mañana mismo y aunque todavía no tenemos nuevas reservas, sé que no van a tardar en llegar.

Mientras aliso las arrugas de los manteles de las mesas, echo un vistazo al jardín y veo el colorido de las flores. La terraza se ve preciosa en esta época del año y me invita a tomarme una limonada mientras dejo las horas pasar, aunque la idea se desvanece cuando escucho la notificación de mi teléfono y veo que es mi hermano.

Andreas: Helen y yo hemos quedado para comer, ¿te vienes?

Dejo ir todo el aire y me quedo un rato en silencio. Lo cierto es que no me apetece nada que empiecen a reprocharme las cosas, pero ya sería la tercera vez que digo que no y si se lo comento a Agnes, tengo claro lo que va a decir. Empiezo a escribir una excusa y la borro un par de veces, y al final digo que sí.

Edith: Vale, no hay mucho trabajo. ¿Nos vemos sobre las tres y media?

Andreas: Hecho. Te mando la ubicación.

—Con las ganas que tenía yo de estar en el jardín…

—¿Qué pasa? —Agnes me sobresalta y al girarme levanta una ceja—. Joder, te ha cambiado la cara por completo.

—Mi hermano ha quedado con Helen y quiere que vaya a comer con ellos. Iba a darles una excusa, pero…

—Sabes que conmigo no tienes nada que hacer —aclara con una sonrisa en los labios. Se acerca a mí y me acaricia el brazo—. Sé que últimamente no te llevas bien con ellos, pero intenta verlo como algo positivo, quizás empecéis a arreglar las cosas. Andreas siempre ha sabido reconocer sus errores.

—¿Tú les has visto venir por aquí para interesarse? —protesto y aunque intento que eso no me afecte, el disgusto debe notarse en mi cara—. No sé por qué no son capaces de ver que no quiero tener su vida, ni tampoco trabajar en el negocio familiar. La presión a la que nos han sometido mis padres es insoportable.

— Debes comprender que no todos van a ver las cosas de la misma manera que tú—Me dedica un guiño—. Tú inténtalo, a lo mejor cambias de perspectiva.

Odio que Agnes quiera llevar siempre la razón y también que sea capaz de percibir el mundo en tantos matices, sin decantarse por un lado u otro. A lo mejor debería intentarlo, convencerme a mí misma que no todo va a ser blanco o negro, pero me cuesta un mundo hacerlo.

Al final, salgo del B&B a regañadientes, con un vestido veraniego blanco, estampado de flores y mis sandalias favoritas. El aire que se respira es magnífico y aunque la ciudad está llena de turistas, no puedo decir que el bullicio sea insoportable. Mis hermanos han quedado para comer en WAAG, un restaurante situado a orillas de un canal, dentro de un edificio histórico que, en cierto modo, me recuerda mucho a mi querido De grote reis. Cuando entro, Andreas me saluda con una sonrisa y espera con los brazos abiertos, saludándome de manera cariñosa, algo que no me esperaba para nada.

«Seguro que ha recibido una buena comisión por alguna venta», me digo, mi hermano no suele estar tan feliz si no es por algo económico.

Helen es más comedida, solo sonríe y me da un par de besos cuando me agacho a saludarla.

—Parece que hayan pasado siglos —se queja él, nada atípico—. Un poco más y no te reconocemos.

—No exageres, solo hace poco más de un mes que no nos vemos, en el cumpleaños de papá, ¿te acuerdas?

—Qué desastre de fiesta —protesta Helen, y se esfuerza en callarse lo que debe de estar pensando.

Aquel día les dije que el B&B iba de maravilla y que también tenía pensado vender la casa en la que viví con Lise porque no me veía residiendo allí, y prefería quedarme en De grote reis sin tener que pensar en alquilarla a más gente. Al ser heredada, por poco le da un infarto a mi padre y después, la discusión, no se hizo esperar.

—En fin. —Andreas llama al camarero y pone las manos sobre la mesa, mirándome con ese gesto de simpatía fingida que nunca trae nada bueno—. ¿Cómo siguen las cosas? ¿Tienes muchas reservas?

—Pues sí, el verano ha sido muy completo y creo que va a seguir así hasta finales de septiembre. La temporada va de maravilla y después, pasaremos algunos meses tranquilos a la espera de que el turismo se reactive, ya sabéis cómo es esto, ahora la gente viaja fuera de época estival y siempre espero tener más reservas de lo normal.

—No sé cómo puedes vivir tan tranquila sabiendo que no vas a tener trabajo todos los meses. —Mi hermana no tarda en mostrar su desagrado y pongo los ojos en blanco, no esperaba menos de ella, aunque sí que me diera unos minutos para poder disfrutar de la comida.

Ni siquiera ha llegado el camarero y ya tengo ganas de salir por la puerta.

—Gano lo suficiente para estarlo, sabes que con poco vivo bastante bien, no necesito de

ningún lujo —lanzo el dardo y ella sonríe con ironía, seguro que está dispuesta a rebatirlo.

—Tengamos la fiesta en paz, no he venido con la intención de que discutamos sobre lo que quiera o no hacer Edith, ¿vale? —Me sorprende que Andreas intervenga y por una vez se ponga a mi favor, pero no puedo evitar sentir que cada día encajo menos con la visión que tiene mi hermana de la vida—. He tenido una buena venta, ¿no puedo querer celebrarlo con vosotras sin que os matéis?

—Para que conste, yo no he empezado esta vez.

—No, lo hiciste cuando dejaste que tu matrimonio se destruyera y le diste la espalda a nuestros padres.

Nuestro hermano la fulmina con la mirada y levanta las manos en son de paz. La cabeza empieza dolerme y no sé cómo aguanto un minuto más sentada; el camarero nos toma nota y yo pido una de sus famosas hamburguesas. Lo único que quiero es terminar con esta comida cuanto antes y volver al B&B, a esa burbuja en la que no permito que nada ni nadie me haga daño. Andreas dibuja una mueca ante mi gesto de cansancio mientras espero a que llegue lo que hemos pedido, entiendo que esté agotado por la situación, pero sabe muy bien que las cosas no van a cambiar, así que no sé por qué se sorprende si él tampoco ha puesto nunca de su parte.

La campanilla de la entrada suena y el semblante de mi hermano cambia por uno más alegre.

—Por fin, ahora sí que estamos todos.

Extrañada, me giro y al ver de quien se trata el cuerpo se me hiela.

—¿Estáis de broma? —Me levanto tan rápido que le doy un golpe a la mesa y tiro la cerveza de los vasos.

—No montes un espectáculo, Edith —exige mi hermana y no me faltan ganas de darle una buena bofetada.

Lise viene hacia nosotros con una sonrisa en los labios, encantada de verme, o quizá feliz porque esta encerrona haya funcionado. El malestar revoluciona mi cuerpo y empiezo a sentir náuseas, los nervios se transforman en un temblor en las manos y no sé si es enfado o decepción lo que nace al darme cuenta de que mis hermanos siguen empeñados en que hable con una mujer que traicionó todas las bases de nuestra relación.

Una vez más, no me esperaba esto de Andreas.

—Antes de que digas nada, ellos no tienen la culpa —comenta Lise, y se aparta un mechón de la cara como si nada—, yo insistí en que quedaran contigo y que nos viéramos. Lo he intentado un millón de veces y nunca quieres hacerlo.

—¿Por qué debería? Te pillé en la cama de otra, ¿no te parece motivo suficiente para que no quiera ni hablarte? —Sin darme cuenta, elevo la voz y algunos de los clientes que hay en el restaurante nos miran.

Mi hermana me sujeta de la muñeca, a este punto, me da igual avergonzarla, por lo que me suelto.

—Sois despreciables. Después de todo lo que he sufrido, de lo que me ha costado seguir adelante, no sé cómo seguís haciendo esto.

—Edith, sabes que no es con mala intención —justifica Andreas y la ironía consigue que me eche a reír sin poder creerlo.

—Vete a la mierda —espeto y después me dirijo a Lise—. Y tú no vuelvas a hacer algo así, no quiero volver a cruzarme contigo.

Me cuelgo el bolso y camino hacia la salida sin decir nada más.

—¡Sabes que no me cansaré de intentarlo! —Escucho, pero ni el enfado que siento hace que me gire a rebatírselo.

La puerta del restaurante se cierra a mi espalda y la ciudad empieza a dar vueltas delante de mí. No sé ni hacia donde camino, lo único que me importa es alejarme de ellos y volver al único lugar que es capaz de reconfortar mi corazón.



7
DESEOS Y ANHELOS

IRENE

Cuando supe que la ciudad tenía una red de canales que se extiende por unos veintiocho kilómetros, no pensé que fuera a quedarme tan maravillada por la manera en la que se conectan unos con otros y cómo forman parte de un laberinto precioso. Los puentes por los que ya he cruzado me han ofrecido unas vistas espectaculares. No he podido dejar de hacer fotografías y ya tengo una buena selección que subir a mis redes sociales y así, hacerle saber al mundo que estoy encantada con estas vacaciones, con el lugar en el que nana creció.

Todavía no he recibido respuesta de los primos que vinieron al funeral de mi abuela y que no pude conocer más a fondo, aunque espero que lo hagan pronto. Esos días los recuerdo como algo nublado, cubierto de un cielo gris que no me dejó prestar atención a nada y no me cuesta mucho admitir que esa sensación no ha desaparecido del todo, aunque haya aprendido a controlar un poco más mi ansiedad y lo que esta derivó.

Llevo una limonada en mano y el teléfono en otra, intentando grabar el movimiento de las calles cuando una silueta conocida viene hacia mí a toda prisa.

—¡Edith, hola! —A pesar de que pasa por mi lado ni siquiera se da cuenta de que la he saludado, parece estar a punto de llorar.

La cabeza me pide que lo deje estar y siga con mi ruta antes de buscar un sitio en el que comer, pero enseguida giro sobre mis pasos y corro hacia ella entre la gente. La agarro del brazo y se suelta con brusquedad.

Grita algo que no entiendo y cuando me ve se queda totalmente blanca.

—Irene, ¿qué…?

—¿Estás bien? —«No, claro que no» me digo al ver su expresión y cómo tiene los ojos bañados en lágrimas—. ¿Qué ha pasado?

—No es nada, solo necesito dar una vuelta y despejarme un poco.

Se lleva la mano a un mechón de su pelo que acaricia con nervios e intenta fingir que todo va bien. Podría irme, dejarla sola, aunque sé que no me va a salir.

—Tenía pensado buscar un sitio para comer y dar una vuelta, ¿por qué no vienes conmigo? Así me hablas un poco de la zona. Estamos cerda del Nieuwe Rijn, ¿verdad?

—A unos veinte minutos —afirma y su semblante cambia de inmediato—, pero es mejor ir a verlo un miércoles o sábado, cuando está el mercado. Todo se llena de un color especial, y no te voy a decir lo buena que está la comida.

—Como en la mayoría de sitios de por aquí —aclaro encantada y sin falta de razón, porque ya he ido a dos puestos ambulantes y lo único que sé es que, si me dejaran, no pararía de comer cada una de sus especialidades. Me encojo de hombro y le sonrío—. Te haré caso, pero ahora, ¿te vienes?

Edith duda un segundo, parece que se avergüence de que la haya visto así o quiera salir corriendo, incluso mira a mi espalda, aunque al final asiente y me dedica una sonrisa.

—Creo que sé dónde podemos ir.

La sigo sin decir nada a pesar de que me da curiosidad saber de quién quiere alejarse. Echo un vistazo atrás y veo a varias personas en la calle, ninguna que llame especialmente mi atención. Al final, prefiero ir con ella y ver a donde nos lleva, sé que la zona también tiene varios museos que son de visita obligatoria si estás en la ciudad, algo que tengo anotado para los próximos días. Durante un rato, se mantiene en silencio, muerde su labio inferior y no quita la mirada de lo que hay delante de nosotras, hasta que un semáforo en rojo la obliga a parar y tener que respirar.

—¿De quién huías? —pregunto a pesar de que sé que no debería meterme donde no me llaman.

—Es muy complicado, no quiero aburrirte con mis problemas. Deberías disfrutar del turismo y nada más.

—Ya lo he hecho, no sabes la cantidad de fotos que tengo, también varios videos. A la noche los voy a editar y a subirlos a mis redes sociales, etiquetaré al B&B para que la gente conozca el sitio. —Me mira sin entender nada y le sonrío encantada—. Soy creadora de contenido, me dedico a los viajes y la gastronomía, aunque también colaboro con varias marcas y publicito los hoteles donde me alojo.

—Entonces debería pagarte ¿no? —Su inocencia me saca una risa y la hago levantar una ceja extrañada.

—Qué va, no siempre estoy trabajando, este es un viaje de placer y como tal, me dedicaré a

publicar todo lo que me dé la gana sin ningún tipo de exigencia.

El semáforo cambia a verde y cruzamos la calle hacia otro de los puentes adornado con varias macetas y flores rosas. Lo que se lleva toda mi atención es una bonita terraza con varias mesas que está nada más cruzar y cuyo local hace esquina. La cafetería Barrera nos acoge y no pierdo la oportunidad de hacer unas cuantas fotos más, hasta que Edith pone su atención en mí y me obligo a guardar el teléfono con tal de vivir este momento de otra manera.

Buscamos una mesa libre y al sentarme disfruto del bullicio y cómo las aguas del canal se mueven. Se respira una tranquilidad envidiable y es normal que las personas que vienen por aquí no paren de sonreír.

—Sirven un *brunch* delicioso, estamos un poco fuera de hora, pero servirá. —Deja el bolso sobre la silla que tiene al lado y antes de que algún camarero pueda interrumpirnos continúa—: Cuéntame, ¿cómo es que terminaste dedicándote a eso?

—Por llevar la contraria a mis padres —suelto sin miramientos—, se dedican a la administración de empresas junto a mi tío y querían que siguiera los pasos de la familia. Nada más empezar la carrera de banca y finanzas me di cuenta de que no era para nada lo mío, todavía me pregunto por qué seguí hasta el final. —Hago una mueca y apoyo los codos sobre la mesa—. Ellos son muy conocidos en el mundillo, ya sabes… tienen un caché. En una de mis vacaciones de verano empecé a fotografiar todo lo que me gustaba y a subirlo en redes sociales, mi nana me animó a hacerlo más y supongo que también tuve un golpe de suerte. Varias marcas a las que etiqueté vieron mi trabajo, les gustó y así hasta ahora. Puede que al final estuviera destinada o quizá fue ella quien me echó una mano —aclaro y miro hacia el cielo.

—Los trabajos han cambiado mucho en los últimos diez años y yo me siento toda una anciana con todo ese tema, raramente soy capaz de subir una publicación sin que me dé algún problema.

—¡Qué exagerada! —suelto y me doy cuenta de que es la segunda vez que se lo digo. Niego y dejo caer mi barbilla sobre las manos—. Puedo darte unas clases si quieres, es menos complicado de lo que parece. Además, con el buen gusto que has tenido para el B&B seguro que se te da de maravilla.

—No sé yo, pero podemos intentarlo, Agnes no deja de repetir que tenemos que sacarle más partido, darnos a conocer, aunque al final terminamos por pasar. Eso lleva mucho trabajo y dedicación.

—¿Y no quieres que nadie más os ayude? Por lo que he podido ver, estáis al completo y seguro que es así durante todo el verano. —Mi teléfono vibra y veo un mensaje de Sandra, pero lo ignoro y giro el teléfono sobre la mesa.

—Se me ha pasado por la cabeza, aunque me gusta la idea de llevar el negocio con mi mejor amiga, a pesar de que me haya convertido en una adicta al trabajo que ya no sale de esas cuatro paredes.

—¿Por qué? —Mi pregunta la sorprende y creo que no quería haber dicho eso, puedo vérselo en la cara.

Edith carraspea y levanto las cejas, no me conoce mucho, pero apuesto a que ya se ha dado cuenta de que no me gusta quedarme sin la respuesta de algo. Parece que le cueste un mundo hablar, creo que tiene que ver con cómo la he visto antes.

—Destrozaron mi confianza y digamos que ahora me cuesta un poco mostrarme ante el mundo y dejar que la gente me conozca. —Un camarero nos interrumpe y ella le sonríe—. ¿Te apetece una cerveza y el sándwich de la casa? Te prometo que está buenísimo.

—Me dejo llevar por ti —afirmo y me apoyo en la silla echando un vistazo rápido a nuestro alrededor.

El holandés suena precioso en sus labios a pesar de que entiendo muy pocas palabras. El chico asiente y vuelve al interior del restaurante. El estómago me ruge y ya quiero probar ese famoso sándwich para ver si sube en la escala de las delicias que he comido desde que he llegado, aunque no sé si van a poder superar a las *stroopwafels* de Agnes. Su compañera guarda un mechón rubio tras la oreja y suspira ahora más aliviada. Su expresión cambia por completo cuando se le ve tranquila y parece estar en un lugar que le gusta. Imagino que lo que nos rodea tiene ese efecto.

—¿Tú te lo estás pasando bien? —curiosea—. Tengo la sensación de que también necesitas desconectar de algo.

—¿Tanto se me nota? —Asiente y le dedico una sonrisa. Entrecierro los ojos y la miro durante un par de segundos, me gustaría saber qué más cosas se esconden en su cabeza—. Se supone que este verano iba a hacer un viaje a Venecia con mis amigos, pero necesitaba algo diferente y tranquilo, encontrarme en un lugar que me permita retomar el camino que quiero seguir.

—Bienvenida al mundo de los perdidos. —Levanta los brazos y hace un gesto que resulta bastante gracioso—. Seguro que aquí hallarás lo que quieres, pareces una chica que sabe muy bien hacia dónde desea ir.

—Creía que sí, y no me malinterpretes, me encanta mi trabajo y no lo dejaría por nada del mundo —comento mientras repaso mentalmente los viajes maravillosos que he hecho en los últimos meses—. Es solo que siento que ya no estoy en el mismo nivel que mis amigos, a ellos les gusta ir de fiesta, perderse horas y horas en una discoteca, ir a festivales, y yo quiero

descubrir mundo y a la vez… encontrar la pieza que ahora me falta.

—Por tu nana ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —Su sonrisa me pone nerviosa o quizá solo sea la sorpresa de su pregunta.

—No he visto a mucha gente que viaje para conocer la ciudad donde se crío su abuela. —Ahora es ella quien apoya los codos sobre la mesa y descansa la barbilla en sus manos—. Tengo que confesarte algo. Antes de leer tu solicitud tenía una reserva en espera, pero en cuanto vi tu mensaje, decidí darte la habitación a ti.

Abro la boca y me quedo embobada, el momento se rompe con la llegada de nuestro pedido. El aroma de la albahaca me abre el estómago, pero lo que llama más mi atención es la burrata con pesto y tomate que contiene el sándwich.

—Gracias —alcanzo a decir.

Ella también lo hace y el camarero se despide con un asentimiento. Edith busca su cerveza y la levanta para hacer un brindis conmigo.

—Por este maravilloso viaje, espero que puedas encontrar lo que tanto anhelas.

Las dos chocamos los vasos y bebemos en silencio sin apartar la mirada de la otra. Su sonrisa se esconde unos segundos, pero cuando aparece de nuevo, me doy cuenta de lo bonita que es. Y que me apena que la tristeza que veo en sus ojos lo empañe todo.



8
UNA SONRISA

EDITH

13 de agosto de 2024.

Después de lo que ocurrió en el restaurante, Andreas no ha parado de enviarme mensajes disculpándose y pidiéndome que hablemos. La verdad es que no me creo ni una sola palabra, a pesar de que en el fondo sé que él es quien menos intenciones ha tenido de crear esta situación. Es nuestra hermana la que tiene el poder de manipular todo a su antojo y no es la primera vez que consigue algo así. Lo peor de todo es que no puedo sacarme a Lise de la cabeza. Su sonrisa se ha colado en cada recoveco de mi mente y ha traído de vuelta viejas cosas que creía olvidadas.

Nuestra historia fue perfecta, esa clase de amor que se te clava muy adentro, por el que lo dejarías todo y arriesgarías hasta el último granito de estabilidad. Pronto se convirtió en el amor de mi vida y me hizo soñar con la idea del «para siempre», pero recordarla con otra en nuestra cama, rompe cada uno de esos momentos y me hace sentir la persona más miserable del mundo.

Una taza baila entre mis manos y se estrella contra el suelo, y el ruido provoca que salte del susto.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Agnes entra en la cocina como un elefante en una cacharrería y me mira más preocupada de lo que debería estar.

—Solo se me ha resbalado una taza, tranquila, no es el fin del mundo.

A través de la puerta puedo observar que varios de los huéspedes que desayunan en el interior del B&B a pesar de que el tiempo es inmejorable, nos miran.

—Vale, pues voy a fuera, hoy el público está exigente.

Bufa y se marcha dejándome a solas de nuevo. Me duele la cabeza, estas noches no he podido pegar ojo y eso se ha transformado en un humor de perros y en que no tenga ánimos de atender a nadie, a pesar de que es lo que más me gusta hacer. No sé cómo evitar que esto me perjudique más de lo que debería, pero es que sentirme utilizada e ignorada otra vez es algo que no puedo soportar, sobre todo después de lo mucho que he tenido que luchar en los últimos

meses. Hasta mis padres me han llamado.

«Deberías perdonarla, solo fue un error». «Te convendría pensártelo mejor». Sus palabras de hace años se me meten en la cabeza y me cabrean mucho más de lo que debería permitir.

«Seguro que solo quiere pedirte perdón». Tiro el trapo sobre la mesa y apoyo las manos ahí. Al echar la cabeza hacia atrás percibo el cansancio acumulado en cada uno de mis músculos y me tomo un par de segundos para respirar. No quiero que Agnes se dé cuenta de que me ocurre algo, tampoco que empiece con sus preguntas, por lo que termino de secar la fregaza y preparo más café que servir a nuestros huéspedes.

Al salir de la cocina choco con el ambiente agradable del comedor. La familia Cooper desayuna al completo y en la mesa de al lado veo al matrimonio Rodrigo, una pareja de mediana edad que decidió jubilarse antes de tiempo para disfrutar de lo que el mundo podía ofrecerles. Por un segundo, quisiera ponerme en su lugar y ser capaz de sonreír de esa manera, sin tener que preocuparme por lo que venga en el futuro o por una familia que jamás aceptará la vida que quiero llevar. Por culpa de Helen también estoy preocupada por lo que pasará una vez que termine el verano y ya siento un nudo en el estómago.

—Voy a matar a esos críos, como se acerquen otra vez a las flores, no lo cuentan. —Agnes me sorprende y habla pegada a mí echa una furia.

—¿Qué…?

—¿En qué mundo estás? Tus zinnias están en peligro, tú verás que haces.

Despierto de mi ensoñación y salgo hacia el jardín como alma que lleva el diablo en cuanto veo a los niños golpear las flores sin descanso. Sus padres están zambullidos en una conversación, ignorándolos por completo y aunque me encantaría gritarles que les enseñen un poco de educación, decido acercarme a los pequeños y sonreírles amablemente, intentando al menos no parecer una loca.

—Eh, eh, chicos —les susurro en perfecto inglés—. ¿Por qué no volvéis con vuestros padres y os llevo un par de muffins de chocolate con muchas chispitas? Hay que cuidar bien estas flores para que no se pongan malitas.

La cara de los críos —de cuatro y seis años— son todo un poema. Por un segundo creo que van a ignorarme y ponerse a hacer los burros, pero por fortuna, la pequeña asiente y le da la mano a su hermano antes de correr con sus padres. Y menos mal porque no sé bien qué habría hecho. El alivio provoca que me lleve las mías a la cara y respire en profundidad. Estas flores significan mucho para mí, digamos que el jardín es el reflejo de todo lo que un día soñé tener y no voy a permitir que nadie las trate como si fueran un objeto cualquiera. «Qué exagerada eres», me digo y al hacerlo pienso en una persona.

Al girar sobre mis pasos veo la sonrisa de Irene mientras apunta la cámara hacia mí, está en la mesa que hay nada más salir a la terraza y parece sacar unas cuantas fotografías del momento. El enfado que llevo conmigo desaparece rápido y noto un cosquilleo en el centro de mi pecho a la vez que ella se encoge de hombros con picardía, como si acabara de cometer una travesura. Tarda muy poco en poner atención en el portátil que tiene consigo y el desayuno que degusta a paso lento, como si tuviera miedo a que no existiera un mañana.

—Será mejor que vaya a trabajar —susurro y atravieso el jardín despacio, por si algún huésped quisiera algo de mí.

Los niños me miran desde sus sillas. El mayor no para de llamar la atención de su padre, quien los ignora por completo y me anoto en la cabeza traerles esos muffins que les he prometido.

—Ha sido muy gracioso —habla Irene cuando paso por su lado y nuestras miradas se encuentran al momento—. Vas a tener que contarme por qué son tan importantes para ti.

No la veo arrepentirse de su curiosidad, de hecho, adopta su postura de siempre y me mira con la barbilla apoyada en las manos, sonriente, más que encantada.

—A lo mejor… —dejo caer y esbozo una pequeña sonrisa que me acompaña al interior—. Nunca tiene bastante —añado para mí misma y en el mejor sentido de la palabra.

—¿Quién no tiene bastante? —Agnes me sorprende y llevo las manos a mi pecho del susto —. Pero bueno, ¿qué te pasa hoy?

—No es nada, he pasado una mala noche. Tengo que darles a esos niños unos muffins porque como les hagan algo a mis flores, nos cierran el negocio —aclaro buscándolos en la bandeja que siempre tenemos sobre la encimera.

—Están muy maleducados, me encantaría poder cantarles las cuarenta. La de cosas que tenemos que aguantar. —Bufa y se limpia las manos con el trapo—. ¿Quién nunca tiene bastante?

—Ah, es una tontería. —Levanta una ceja y se cruza de brazos, la cocina es muy pequeña para huir y si no le digo algo, seguro que se pasa el día interrogándome—. Me refería a Irene, quiere saber por qué me gustan tanto las flores. Creo que el otro día le conté más de lo que debería, seguro que cuando termine las vacaciones, ni se acuerda de mí.

—¿El otro día?

Había olvidado que no le dije a Agnes que después de lo que pasó con mis hermanos y Lise, comí con ella en Barrera y dimos un paseo por la zona mientras charlábamos de tonterías y el B&B. Carraspeo y le doy la espalda mientras busco un plato en el que poner los muffins junto

a un par de chocolatinas. No sé si es buena idea darles más azúcar a esos niños, pero necesito algo con lo que dejen de prestar atención al jardín.

La distracción no me sirve nada porque ella sigue mirándome y entrecierra los ojos.

—Ya sabes que me fui echa una furia del restaurante donde había quedado con mis hermanos. —Asiente y me insta a continuar—. Me crucé con Irene y fuimos a comer algo juntas, después dimos una vuelta antes de volver aquí, por eso tardé un poco más.

—Increíble… no creí vivir para verlo —ironiza y me hace bufar, a veces no la soporto—. La verdad es que es una chica bastante interesante, como que brilla allá por donde va.

—Eso es porque tiene una sonrisa preciosa —suelto sin pensarlo y al darme cuenta noto que las mejillas me arden—. Mejor voy a darle esto a esos niñatos, no quiero que les de otro ataque de locura.

—Vale… —Agnes no dice y me deja salir de la cocina sin más.

Sé que esto no se va a quedar así y por un momento, me paro a mitad del comedor, entre la cocina y la terraza, evitando a mi mejor amiga y también, a una chica que no sé cuántas preguntas más tendrá para mí.



9
NUEVAS OPORTUNIDADES

IRENE

3 de febrero de 2022. Nottingham, Inglaterra.

No iba a ser un miércoles cualquiera y lo supe cuando abrí los ojos y vi un mensaje de mi padre pidiéndome que me encontrara con ellos en la empresa. La lluvia caía con fuerza y varios relámpagos iluminaron un cielo cubierto por una densa capa de nubes grises que presagiaban mal tiempo. Con solo un café en el estómago y un miedo atroz anudado en la garganta, atravesé la ciudad y choqué con el imponente edificio de cara.

Apenas habían pasado tres meses desde la muerte de nana, y después de haber pasado toda la vida con ella, el vacío que sentía por dentro seguía haciéndose más y más grande. Mi madre parecía ajena al dolor y eso sumó gotas a un vaso que iba llenándose al borde del colapso. Al dejar el taxi noté una punzada en el pecho y al ver mi reflejo en el espejo del ascensor no solo vi el cansancio acumulado por varios días sin dormir, sino una ansiedad que iba acumulándose hasta hacer pesados mis pasos. En silencio, me agarré el pelo en una coleta y limpié las mangas de mi chaqueta negra para quitar la poca lluvia que había caído sobre mí. Nada más salir vi a mi tío esperándome con una sonrisa en los labios y ese gesto que advertía que tenían algo preparado.

—Menudo día ¿eh? —dijo con simpatía al acercarse y darme un abrazo.

El agotamiento hizo mella y estuve a punto de quedarme ahí más de lo necesario, necesitada de un consuelo que ninguno de mis padres supieron darme.

—Al parecer vamos a estar así toda la semana, pero siempre me ha gustado la lluvia. Ya sabes que soy de contrastes.

—Como tu nana —comentó en calma y eso creó un nudo en mi estómago que estuvo a punto de hacerme llorar—. Vamos, tus padres están en el despacho, quieren decirte algo.

El pasillo se me hizo eterno y tuve ganas de dar media vuelta. La inseguridad me hizo guardar las manos en los bolsillos y estuve así hasta que entré y vi a mi padre sentado en el escritorio de su hermano.

—Mi niña, qué alegría verte, pensaba que no vendrías.

—¿Qué necesidad tendría? —solté, aunque sí había un millón de motivos—. ¿Qué tal ha ido el viaje?

—De maravilla, hemos cerrado un acuerdo que nos va a traer muchos beneficios.

—Me alegro mucho. —Él se levantó y al quedarse delante de mí agarró mis manos y me llevó con él hacia el gran ventanal desde el que se podía ver casi toda la ciudad.

—¿No te parece bonito? Las vistas te dan ganas de pasarte aquí todo el día.

—Lo que tu padre quiere decir es que te prepares para empezar a trabajar, tienes un puesto en la empresa y este será tu nuevo despacho. —Como siempre, la delicadeza de mi madre a la hora de hablar fue nula, igual que el cariño que mostró—. Louis va a trasladarse a otra planta y hemos pensado que podrías instalarte el lunes.

—Ya os dije que quería tomarme un descanso, ¿a qué viene tanta prisa?

—Hemos vendido la casa de tu abuela, es un lugar perfecto para montar un pequeño negocio, tenemos un piso muy cerca de aquí en el que podrás instalarte, cerca de la empresa, así te habituarás al cambio antes.

El corazón se me hizo pedazos al mirarla a los ojos y darme cuenta de lo poco que le importaba la muerte de su madre y el cómo me seguía afectando eso día tras día. Tras pasar toda la vida con ella y haberla cuidado en sus últimos meses de vida, lo último que pude esperar era que su propia hija mostrara tal desprecio hacia su memoria.

Me enfurecí tanto que solté las manos de mi padre y caminé hacia ella sin pensar en las consecuencias de lo que iba a hacer. La decepción provocó que me comportase como una cría que actuó de forma impulsiva, dándole una bofetada y dejándola clavada en el sitio.

—¡Me das asco! No pienso trabajar aquí, es más, ¡me voy!

—¿¡Qué te vas!? ¿¡Y qué se supone que vas a hacer Irene!? —atacó y su expresión no mostró ni un poco de indulgencia—. Eres una niñata que no tiene idea alguna de la vida, ¿¡te crees que podrás vivir de esas tonterías que tienes en la cabeza!?

—Al menos nana creía en mí y ponía valor a cada uno de mis sueños, ¡ojalá fueras tú quién hubiera muerto!

—¡Irene, un poco de respeto! —arremetió mi padre y levantó un dedo a modo de advertencia—. Sabemos que la muerte de tu abuela te ha afectado, y lo que significa para ti, pero no te voy a permitir que te comportes así con tu madre.

—¿¡Y qué más os da!? ¡Si ni siquiera os queréis! —recalqué—. Preferís estar con vuestros

amantes. No tenéis idea de nada, pero ¿cómo vais a hacerlo si nunca habéis estado conmigo? —ironicé y puse la atención en mi tío Louis—. Lo siento, no voy a trabajar aquí.

Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla, sus brazos me rodearon un segundo y estuve a punto de echarme a llorar. Fue el recuerdo de nana lo que me dio fuerzas para girar sobre mis pasos y salir del despacho sin escuchar una palabra más por parte de mis padres, con una decisión que me daba miedo y no sabía hacia donde me iba a llevar.

. . .

14 de agosto de 2024. Leiden, Holanda.

Ver las últimas fotografías que tengo de Barcelona corroboran mi idea de que me equivoqué a la hora de mudarme allí; adoro a mis amigos, pero está claro que fue la decisión más fácil, la excusa perfecta con la que alejarme de mis padres y no tener que soportar la idea de que manejaran mi vida a su antojo. Ahora que han pasado más de dos años siento que cometí un grave error al comportarme así y aunque la relación con mi madre ha mejorado un poco, sé que nunca he llegado a disculparme con ella de verdad.

Puede que la dos pertenezcamos a mundos distintos, que no queramos lo mismo, que no me criase tal y como una hija deseaba, pero si me pongo en su lugar, puedo llegar a entender los motivos por los que fue así. La presión a la que mi abuelo la sometió la hizo una mujer fuerte y fría, alguien que solo conocía el despiadado mundo de los negocios y eso provocó un muro entre nosotras. Incluso nana sufrió las consecuencias de las decisiones que mi abuelo tomó en su día, por su ambición de crearse un nombre en Inglaterra, dejando atrás Holanda y todo lo que entonces tenían.

Y ahora que soy capaz de conectarlo todo, sé que le debo una llamada que haré en cuanto esté preparada.

—¿Qué tal te trata la mañana, quieres un poco más de café? —La voz de Agnes me desconecta del pasado y niego tranquilamente.

—Estaba pensando visitar Nieuwe Rijn, Edith me dijo que hoy había mercado y que los productos locales son una maravilla.

—Ufff, te advierto que no vas a poder venirte sin algún queso. Yo voy una vez cada quince días a reponer existencias y creo que por eso me salen tan ricos los desayunos.

—Que va, es porque tienes mucha mano para la cocina y mis seguidores están de acuerdo. —Me mira sin entender a qué me refiero y busco el teléfono que está sobre la mesa—. El otro día subí tus *stroopwafels* y algunos destalles más, me parece que vais a tener algunas reservas de

más en los próximos meses. También he recomendado un buen café con esas tortitas tan ricas. ¿Cómo se llaman…?

—*Poffertjes* —pronuncia y me anoto mentalmente cómo lo ha dicho—. No tenías por qué hacerlo, Edith me dijo que te habías tomado unas vacaciones y que no querías estar pendiente del trabajo.

—Lo hago porque quiero, además, sería un delito no compartir con el mundo lo ricos que están tus *bagels* de salmón. De grote reis es un sitio precioso, me habéis acogido de maravilla y es lo mínimo que puedo hacer por vosotras, os merecéis eso y más. —Mi mirada va a parar al interior del comedor, donde veo a Edith hablar con uno de los huéspedes.

Pongo ahí la atención un segundo, lo suficiente para darme cuenta de lo feliz que es en este lugar y en ese cosquilleo que aparece a la altura de mi estómago.

—¿Cuándo vas a ir al mercado?

—Ah… —Vuelvo con Agnes y me encojo de hombros—. Tengo una video llamada con una amiga en un rato, supongo que al terminar el servicio del desayuno, ¿por qué?

—Curiosidad. —Me dedica una sonrisa y echa un vistazo a su alrededor—. Voy a ver si alguien más quiere café y te traigo otra galleta, te la has ganado por la publicidad.

—Que no hace falta, de verdad.

—Aquí se hace lo que yo digo —advierte medio en broma y la verdad es que no puedo negarme, porque cada vez que pienso en el caramelo la boca se me hace agua.

Disfruto un rato de la brisa que corre por aquí fuera y de un desayuno que podría comer a diario. Me siento tan a gusto que ahora me odio por no haber venido antes a conocer la ciudad de una persona que camina conmigo allá por donde voy. La sonrisa de nana se cruza por mi cabeza y de repente la creo a mi lado, rodeándome con sus brazos mientras tararea una de sus tantas canciones a la vez que prepara algo de comer.

Ojalá mis padres no le hubieran impuesto que no me enseñara su idioma, porque así me sentiría mucho más conectada con ella. Las nubes blancas se mueven por un cielo azul precioso y al pensar en su sonrisa empiezo a notar que el dolor se disipa. La notificación en el ordenador rompe este momento y al aceptar la llamada veo a Sandra con Gonza, quien me saluda con un pitillo en los labios.

—¿Cuándo salís para el aeropuerto? —me intereso al ver movimiento a su espalda.

—En veinte minutos, todavía estás a tiempo de reunirte con nosotros allí, te hemos tenido en cuenta a la hora de reservar habitación.

—Qué pesada, ¿cuántas veces vas a intentar convencerme?

—Todas las que sean necesarias para que entres en razón y dejes de estar ahí tirada como una señora de cuarenta —se queja con una mueca de horror fingida—. Venga tía, en serio, ¿por qué no te tomas un par de días y te vienes? ¡Seguro que te lo pasas mucho mejor!

—Eso, déjate de chorradas melancólicas y vente —añade Gonza y hace un gesto a su espalda—. Las tías italianas están buenísimas, ¿no te apetece probarlas?

—Tú siempre igual —protesto y pongo los ojos en blanco—. Además, ¿quién te dice que las holandesas no lo están más? Porque te aseguro que, si las vieras, sentirías envidia, baboso.

—¡Que no le da la gana! —grita y en pantalla aparece Luz, otra de nuestras amigas.

—O te vienes o no hay más barra libre para ti en Barna —amenaza ella al aparecer en pantalla.

Rompo a reír y niego, ahora entiendo por qué quise refugiarme en estas personas cuando nada tenía sentido en mi vida. Gonza le da un beso en la mejilla a Sandra y se despide de mí con un saludo. Escucho un ruido y ella empieza a gritarles antes de que se pongan a saltar y celebrar que van a irse a Venecia, ignorándome por completo.

La escena me encanta, aunque en el fondo, esa otra parte de mí se da cuenta de que ya no circulamos por el mismo sentido.

—Tengo que dejarte nena o van a cargarse la casa y mis padres me matan. Espero que cambies de idea, quiero verte allí ¿eh?

—Va… —La video llamada se corta y me hace suspirar. Me quedo un rato así, rumio la idea de buscar un vuelo para Venecia un par de días, sin embargo, lo desecho y apago el ordenador—. Ya me lo pensaré luego.

A la vez que me levanto veo que entra un mensaje en mi teléfono y cuando lo abro, el corazón me da un vuelco y los nervios hacen que esté a punto de tirar el portátil al suelo. Uno de mis primos acaba de responderme que les gustaría verme. Echo un vistazo al cielo y corro al interior del B&B, por fin voy a poder conocer un poco más de la vida que mi abuela dejó aquí.



10
IMANES

EDITH

—Pero si tenemos de todo, ¿por qué insistes tanto en que vaya a comprar?

—Ya te lo he dicho, esa familia come por dos y no quiero quedarme sin reservas. Te vas al mercado ahora mismo, yo me encargo de limpiar el comedor y los baños. —Agnes me empuja fuera y me cierra la puerta en las narices—. No te quiero ver por aquí hasta dentro de un rato.

Grita con una sonrisa en los labios, dejándome en la calle y también sorprendida. Ni siquiera me ha dado tiempo a arreglarme, llevo el pelo alborotado e intento peinarlo con mis dedos.

—Un día de estos la mato. —Bufo, pero enseguida me hago a la idea de que no me va a dejar entrar como no traiga lo que me ha pedido, así que hago de tripas corazón y busco en mi bolsillo—. ¡Si ni he cogido las llaves!

Echo la cabeza hacia atrás y a pesar de que tengo ganas de entrar y pegarle cuatro gritos, al final echo a andar. El paseo por Rapenburg me vendrá de maravilla, da gusto poder bordear el canal y oler las flores que han plantado estos últimos años. A lo lejos hay varias embarcaciones y siento envidia de los que pueden dar un paseo por la ciudad de forma tranquila. Aparece un cosquilleo en mi estómago y me doy cuenta de que empiezo a echar de menos las cosas que hacía antes, como dar paseos en bici y perderme en la naturaleza. Incluso me apetece hacer escalada, aunque la idea de encontrarme con Lise y los amigos que tenemos en común —y con los que apenas me he visto durante estos meses— me pone los pelos de punta.

Niego y sigo a lo mío. Saludo a varios conocidos de los establecimientos que hay por la zona y me arreglo la camiseta metiéndola dentro del pantalón. Al ver mi reflejo en uno de los escaparates, hecho un vistazo a mi pelo y sigo adelante sin pensar en otra cosa que comprar lo que quiere Agnes y regresar cuanto antes al B&B.

El mercado de Nieuwe Rijn está a rebosar, como cada miércoles, y de inmediato se me pone una sonrisa en la cara. «Cómo me gusta esta ciudad», pienso y lo primero que hago es ir a

ver los puestos de flores. Al menos quiero darme ese gusto. Mis dedos acarician los pétalos y me agacho para oler las plantas antes de saludar a Liam, quien lleva de vendedor unos diez años.

—Edith, qué raro verte tan pronto por aquí, si hace nada que vinisteis a comprar.

—Eso le he dicho a la loca de mi socia, pero insiste en que se va a quedar sin reservas, para mí que ha soñado con algo raro esta noche. —Me encojo de hombros y acaricio otra vez los Lirios—. De todas formas, volveré la semana que viene, he tenido un par de ideas para darle otro color al jardín y quiero que me eches una mano.

—Claro, sabes que es un placer. —Se arregla el delantal verde que lleva puesto y hace juego con sus ojos—. No te agobies mucho con la gente, se nota que estamos en pleno agosto y esto está a rebosar. Aunque no me quejo, las ventas van de lujo y eso es muy bueno.

—Igual que las reservas en el B&B, ya tengo a varias personas en espera que han llegado de la nada y no sé cómo lo voy a gestionar sin decepcionar a nadie.

—Seguro que puedes con todo, eres un as —aclara él y cuando llaman su atención se despide de mí con una sonrisa.

Hago lo mismo y dejo el puesto de flores en búsqueda de los quesos que tengo que comprar. Los turistas se agolpan en la zona de artesanía y delicias locales y no es para menos, porque Leiden tiene la capacidad de quedarse en tu recuerdo con un buen bocado o alguna pieza de arcilla. «A lo mejor compro algo para el comedor», me digo y llevo la mirada hacia los puestos de ropa donde me encuentro con una visión todavía mejor.

Irene apunta hacia algo con un dedo y cuando la vendedora le da una blusa veraniega la abre para verla bien. Al segundo esboza una sonrisa de oreja a oreja que resalta por encima de cualquiera cosa que haya a su alrededor. La imagen se queda grabada en mi mente y parece que el movimiento se ralentice mientras mis pasos me llevan a donde ella está.

—¿Me enseña ese vestido de ahí, por favor? —pronuncia esas últimas palabras en un holandés algo torpe pero que le queda de maravilla y agarra la blusa como si tuviera miedo a que alguien pudiera robársela.

—¿Pensando en llenar la maleta de más a tu vuelta? —hablo y al girarse la sorpresa la hace mirar lo que tiene entre manos y romper a reír.

—Siento que no puedo parar, todo lo que hay aquí me encanta, ¡me quiero llevar el puesto entero! —La dependienta le da el vestido que le había pedido y cuando lo ve de cerca sus ojos se iluminan—. ¿Qué me dices, crees que me quedará bien?

Miro la prenda con curiosidad, de color blanco con un tirante de cuerda trenzada y un bonito escote. No me lleva mucho tiempo imaginarla con él puesto. Lo primero que pienso es en

el contraste que hará con sus piernas bronceadas y en su pelo cayéndole sobre los hombros, caigo en sus ojos oscuros y me pierdo un rato en esa naturalidad que ha mostrado desde el momento que llegó al B&B. Puedo verla con ese vestido, en un día soleado mientras caminamos por la calle o en la terraza, tomándose su habitual café. Sin embargo, Irene se acerca y mueve una mano delante de mi cara, haciéndome despertar.

—Perdona… —susurro y pongo atención a la prenda antes de mirarla—. Creo que vas a estar preciosa —suelto sin pensar. Que la tierra me trague porque siento que no voy a poder controlar mis palabras—. ¿Para una ocasión especial?

—Pues mira, sí que hay algo…

Aparta un segundo la atención de mí y paga la ropa junto a un par de camisetas que agarra en último momento. La dependienta se lo agradece e Irene se despide en holandés. El cosquilleo en las manos me obliga a abrazarme a pesar del calor, necesito agarrarme a algo con tal de centrarme en otra cosa que no sea mirarla. Pellizco mis brazos un par de veces y echo un vistazo al frente, queriendo localizar los puestos de quesos para ir directa hacia allí.

—Agnes me ha pedido unas cosas, espero que el mercado te siga gustando.

—Te acompaño —aventura y al mirarla se encoge de hombros—. Además, prefiero que seas tú quien me recomiende algo de comer, estoy segura de que, si elijo yo, no va a ser lo mismo. —Me mira y da un toque en el brazo con su cuerpo.

Como de costumbre, saca su teléfono y empieza a grabar el movimiento que hay por toda la zona. La gente compra sin pensar y conforme avanzamos, el color se mezcla con el aroma que llega desde los puestos de comida. A pesar de que intento prestar atención a lo que tenía que hacer, no puedo evitar sonreír un par de veces al ver cómo Irene desea atrapar con la cámara la vida de Leiden al detalle. Se nota que estar aquí le gusta y yo estoy encantada con la idea de crear impacto en una chica que no conozco muy bien, pero que presiento, tiene un alma diferente.

De repente, se gira y nuestras miradas se encuentran. Estamos a un par de metros de distancia, lo suficiente para que no perciba los nervios que se me anudan al estómago y hacen de las suyas al no poder despegar mis ojos de su cuerpo. El pequeño objetivo me apunta y ella muerde su labio inferior antes de golpear con un dedo la pantalla. Se guarda el teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón y abre los brazos antes de girar un par de veces igual que hizo nada más llegar al B&B. «Es…», quisiera formular una frase coherente, pero mi mente se ha quedado totalmente paralizada, al menos, hasta que vuelve a mí y se aparta un par de mechones de la cara.

—¿Para qué te va a servir el vestido? Antes has dicho que hay algo —curioseo casi sin

poder evitarlo.

—El sábado tengo una cita —confiesa y agacho la vista. Con lo extrovertida que es no me extraña que haya encontrado con quien divertirse mientras está en Leiden—. Antes de viajar contacté con algunos familiares lejanos por parte de mi nana, quieren verme para cenar.

—¿Eso es tu cita? —Me paro en seco, mis brazos caen a cada lado y se nota el alivio que no puedo esconder. Temo que Irene me lo haya visto en la cara, por lo que carraspeo y sigo caminando—. Por como lo has dicho creía que habías conocido a alguien de por aquí.

—¡Qué va! —Rompe a reír y se sujeta de mi brazo como si nada—. Si llego a venir con mis amigos habría sido otra historia. Gonza, es un ligón y cada vez que viaja aprovecha la oportunidad para encontrarme alguna chica. De hecho, me ha dicho claramente que las italianas son maravillosas.

—¿Y a ti no te gusta? —Me mira y levanta una ceja—. Salir a conocer gente y eso…

—No me desagrada —comenta con tranquilidad—, pero no me interesa hacerlo ahora mismo.

Me acaricia el brazo despacio, noto las yemas de sus dedos y cuando está a punto de llegar a mi muñeca se suelta y sale disparada al primer puesto de comida que ve. Me paro un segundo y no camino hasta que ella se gira y me dedica una sonrisa antes de poner atención en el pescado holandés y las frituras que ya pueden degustarse.

Mi plan inicial de comprar el queso y volver al B&B cambia completo y hasta me olvido de las obligaciones porque, inevitablemente, ella me atrae como un imán.



11
COMO EN CASA

IRENE

15 de agosto de 2024.

Hacer este viaje sola ha sido la mejor idea que he tenido en los últimos meses, aunque mis amigos, a los que echo de menos, intenten convencerme de lo contrario. «Estoy segura de que no van a ir a ver nada en Venecia», afirmo para mí y muevo la cabeza, porque lo único que sé es que se van a cosas maravillosas solo por estar centrados en ir de discoteca en discoteca; como la cantidad de jardines ocultos que hay por Leiden o los museos que no parecen tener fin. No puedo negar que sus planes siempre me han sacado una sonrisa, pero desde hace tiempo anhelo algo diferente, como si no encajara del todo en el puzle que ellos forman.

No quiero sonar egoísta, ni pensar que son el problema cuando está claro que es al contrario, pero a veces, querría poder alejarme de todo sin tener que dar explicaciones.

Los últimos mensajes de mis padres han estado llenos de reproches y palabras fuera de tono que no estoy dispuesta a soportar, no cuando está claro que solo quieren tener el control de mi vida sin pensar en lo que yo deseo de verdad. Llevo un rato captando varias fotografías de las antiguas puertas de la ciudad que están a orillas del canal Singel, y mi pretensión es dar a conocer a los muchos seguidores que tengo en redes sociales, la ciudad de nana. Creo que lo veo como una forma de que ella conecte con otras personas y me parece algo maravilloso. Entre mis notas también tengo apuntado ir a ver la universidad y los molinos que todavía quedan en pie, aunque tampoco tengo prisa por hacerlo, no he puesto fecha de regreso.

—Si Sandra se entera de eso, me va a matar… —susurro e intento convencerme de que guardar este secreto para mí es lo correcto.

¿Cómo puedes decirle a alguien que te quiere tanto que no sientes que ahí donde estás es tu hogar?

He pensado tantas veces en esta conversación que podría recitar las palabras que quiero decirle en voz alta, hasta que nuestros momentos juntas se pasean por mi mente y crean una

revolución a la que tengo miedo de enfrentar. Tengo el impulso de llamarla y ver cómo van las cosas por Venecia, aunque al final guardo el teléfono y cruzo la calle hacia un bar que parece bastante tranquilo.

Al entrar me encuentro con un mobiliario rústico y un ambiente relajado, perfecto para los estudiantes universitarios que buscan desconectar del mundo. Saludo a un par de chicos y voy directa hacia la barra donde dejo el bolso y me siento en un taburete dispuesta a echar a un lado preocupaciones que quizá solo existen en mi cabeza. Sonrío al darme cuenta de que las paredes también están adornadas con algunas fotografías en blanco y negro, igual que De grote reis. Tiene que ser algo típico de Leiden, como los accesorios náuticos reflejo de la rica tradición marítima que se respira por aquí. De hecho, hay un ancla y varias cuerdas que llaman mi atención y están delante de mí, justo encima de la caja registradora.

—Diría que no eres por aquí. —Una voz femenina me distrae y afirmo a sus palabras en inglés.

—¿Tienes imán para los turistas? —bromeo y se encoge de hombros mientras seca un vaso con el trapo que tiene entre manos—. Has acertado —comento e imito su gesto—, aunque a decir verdad la ciudad sí está entre mis raíces, aquí nació mi abuela, se marchó hace mucho.

—Leiden ha cambiado un montón desde entonces, aunque hay cosas que, como marca la tradición, todavía se mantienen. ¿Qué te apetece tomar?

—La mejor cerveza que tengas. —Apoyo los codos en la barra y echo un vistazo a mi alrededor. Al fondo hay un tablón de anuncios con varios eventos universitarios antes del próximo curso y también de algunos conciertos de bandas locales que tendrán lugar por la zona —. Me gusta la calma que se respira por aquí.

—De momento, en cuestión de una hora la acera se llenará de bicicletas y a mí me va a entrar dolor de cabeza. No sé si los universitarios son peor en pleno calendario escolar o de vacaciones.

—Yo diría que lo segundo, he estado en su piel. —Me echo a reír mientras ella sirve la cerveza bien fría—. De hecho, tengo a mis amigos de viaje en Venecia y seguro que van a liarla por donde vayan.

—¿Y tú no vas con ellos?

Niego y le doy un sorbo. Está tan buena que casi gimo de placer. Me limpio la espuma con la lengua y vuelvo a la conversación a pesar de que ella no deja de lado el trabajo.

—Quería hacer algo más tranquilo, ubicarme un poco, he pensado que aquí podría encontrar las respuestas a lo que busco.

—¿Y qué es lo que buscas?

—Eso me gustaría saber a mí. —Levanta una ceja y las dos rompemos a reír. Le enseño mi mano y me presento—: Soy Irene, una turista más que intenta encontrar el rumbo de su vida.

—Pues creo que has venido a parar al lugar correcto. —Se vuelve a secar y estrecha su mano con la mía—. Yo soy Ingrid, camarera a jornada completa y alguien que sabe escuchar —bromea y me obliga a reír otra vez—. Ahora en serio, creo que todos nos hemos sentido perdidos en algún momento, pero mola que tengamos el poder de cambiar las cosas que no queremos, aunque nos llamen la generación de cristal.

—Qué sabrán ellos. —Bufo y echo la cabeza hacia atrás. La cerveza está tan buena que me acabo la mitad de golpe—. Mi padre, por ejemplo, se cree que por tener una carrera exitosa yo también tengo que elegir estar en un despacho encerrada, soportando a clientes que no te dejan ni respirar. Hace mucho que me di cuenta de que no quería esa vida.

—¿Qué has estudiado?

—Banca y finanzas. —Ingrid hace una mueca y le doy la razón—. Un asco, lo sé.

—Más bien creo que no pega nada contigo, tienes un aire más colorido, yo diría que incluso bohemio y no solo porque seas guapa.

Levanto una ceja y ella sonríe antes de prestar atención a la fregaza que coloca en su estantería correspondiente.

—Leiden no para de sorprenderme —admito y traigo a mi cabeza la llegada al B&B y lo bien que me he sentido desde entonces. Recuerdo el paseo por el mercado y las risas con una mujer que lleva consigo cierto misterio que me gustaría conocer—. Ahora va a resultar que tendría que haber venido antes —añado y antes de que me termine el vaso, me sirve otra.

—Siempre se puede recuperar el tiempo que creemos perdido ¿no? —Se aparta un mechón cobrizo de la cara y su gesto cuando la puerta del bar se abre, es todo un poema—. Ahí empieza mi pesadilla y hoy antes de hora.

Se ve tan graciosa que tengo ganas de reír, aunque escondo el gesto con la cerveza. Dos grupos de universitarios invade el bar en tromba y la calma se sustituye por gritos y las sillas al moverse por el suelo. Enseguida, la barra se llena de personas y yo saludo a un par de chicos que me guiñan el ojo. «Qué idiotas, ya se parecen a Gonza», pienso y los ignoro olímpicamente. Ingrid sonríe varias veces al verme a lo mío y los que no presto atención se marchan entre susurros. Mientras me termino la cerveza recibo un mensaje de Sylvia; la prima con la que contacté antes de venir y los nervios me suben por el cuerpo. Según dice, sus padres están deseando verme y creo que nunca había experimentado un miedo igual, porque no tengo idea de

si esto va a salir bien o si conocer el pasado de nana va a traer cosas buenas.

«Tengo que contárselo a alguien», me digo y enseguida pienso en Sandra.

El vaso se queda sobre la barra y busco una servilleta, donde anoto mi número de teléfono. Agarro el bolso y la cámara, y también dejo propina. Antes de salir del bar, llamo la atención de Ingrid y le agradezco todo con una sonrisa, porque a pesar de ser una total desconocida, hoy también me he sentido más en casa que en mi propio hogar.



12
LAS COSAS QUE HACEMOS A UN LADO

EDITH

La campanilla de la recepción vuelve a sonar y estoy a punto de gritar de la frustración. Como otro huésped se haya olvidado las llaves pienso ponerles un cargo en la factura por no prestar atención a algo tan sumamente sencillo. «Eso no te lo crees ni tú», pienso y bajo las escaleras a toda prisa a la vez que intento arreglarme el pelo y no parecer que estoy en mitad de una buena sesión de limpieza.

—¿En qué puedo ayuda…? —Paro en seco y estoy a punto de darme contra la esquina del escritorio—. Joder, ¿qué hacéis aquí? —pregunto en cuanto veo a mis mejores amigas.

—Comprobar que no estás muerta. —A pesar de que está enfurruñada, Annie viene hacia mí y me estruja entre sus brazos—. ¿No te parece fatal que tengamos que venir aquí a verte en vez de salir con nosotras?

—Ya sabéis que…

—Que has tenido un montón de trabajo, sí, sí, ya nos ha quedado claro —protesta a pesar de que no parece para nada enfadada—. ¿Tienes tiempo para comer algo con nosotras en el jardín? No aceptaremos un no por respuesta.

Annie levanta una cesta, mira a Nina y después a mí. Si me niego no va a servir de nada y, de hecho, que me libren un rato de recoger el desastre de habitación que dejan algunos me apetece mucho más.

—¿Un picnic improvisado? Acepto, que pena que Agnes se haya ido a comer con su madre.

—Es ella quien nos ha dicho que estabas aquí y que hoy no tendríais a los huéspedes molestando. Según sus propias palabras, sabes muy bien engatusarlos para quitártelos de encima —comenta Nina con simpatía.

—Ella siempre exagera las cosas, además con Irene no lo he hecho, por ponerte un ejemplo. —Las dos levantan una ceja y se miran entre ellas, es raro que yo hable con esa

facilidad de mis huéspedes—. ¿Qué? Me cae bien, es bastante… —Las palabras se me quedan atascadas en la garganta y carraspeo—. En fin, que no tiene razón. ¿Vamos?

—Claro —afirma Annie y me deshago del delantal que llevo puesto en la cintura.

Mientras ellas caminan por el salón yo abro la puerta de la cocina y lo tiro sobre la mesa. Me tomo un par de segundos en soledad, pongo las manos sobre mi pecho y respiro hondo antes de salir y reunirme con las dos en mi lugar favorito del B&B en esta época del año.

En invierno adoro el rincón de lectura y siempre que puedo me paso horas ahí con un libro. Las chicas ponen una manta sobre la hierba y lo primero que hacen es sacar varias copas y una botella de vino. Pongo los brazos en jarras y se encogen de hombros.

—No pensabas que íbamos a venir a tomar zumo, ¿verdad? —Nina sonríe y me invita a sentarme mientras nos sirve un poco a las tres—. A ver, cuéntanos lo que pasó el otro día con tus hermanos y Lise.

—Joder, los rumores corren rápido.

—Es lo malo de que ella y tú seáis nuestras amigas —añade y me echa a mí un poco más —. No tengas miedo a criticarla, que no vamos a decirle nada.

—¿De verdad no os cansáis de estar en medio? —Me pongo un poco a la defensiva e interrumpo la conversación. Ahora sí que tengo ganas de beber y nada más—. Si voy con pies de plomo es precisamente por eso, no quiero poneros en una situación incómoda.

—Ya, por si no lo sabes hay muchos días al mes para quedar, reconozco que era divertido cuando lo hacíamos juntas, pero no tiene nada de malo que la situación esté así y tampoco lo hemos elegido. Tú deberías hacer lo mismo —me regaña Annie.

Bebe como si nada y se concentra en sacar varios *bagels* que seguro llevan cheddar y un montón de aguacate. La boca se me hace agua y me estiro para coger uno, pero ella me da un manotazo y mira con cara de perro cabreado.

—¿Qué pasa?

—Que respondas, o no hay comida para ti —amenaza y abro los ojos sin creérmelo—. Tú misma.

—Estás de coña…

—Yo no pienso discutir con ella —aclara Nina y levanta las manos.

—Esto es increíble, llevo semanas sin veros y me venís con esas.

—¿Y quién tiene la culpa? —Pongo los ojos en blanco, le doy un buen sorbo al vino y me preparo para responder.

—Sinceramente, de Helen siempre me puedo esperar lo que sea, pero no me cabe en la cabeza que Andreas también se sume a sus historias. Preparar una encerrona para hablar con Lise después de tanto tiempo y lo que me hizo, es caer muy bajo. —Suspiro al recordar el momento vergonzoso que pasé, aunque después viviera algo mejor que está a punto de ponerme una sonrisa—. No sé por qué mis padres se empeñan en que lo vuelva a intentar con ella, cuando es obvio que no tengo ningún interés.

—Aunque al principio todos pensamos que sí la ibas a perdonar.

—Estuve a punto de hacerlo —reconozco a Nina y las dos se miran por la sorpresa. En estos tres años nunca se lo había comentado—. Me llegué a convencer a mí misma de que se lo merecía, que las dos podríamos seguir adelante, pero Lise regresó al trabajo con esa mujer y no creo que hubiese funcionado.

—¿Y no quieres intentar al menos ser su amiga? Es lo único que ella desea según nos ha comentado. —Annie bebe de su copa y me mira con calma. Se guarda un mechón castaño tras su oreja y le quita el papel a uno de los *bagesl*—. No es que quiera interceder entre las dos, pero tú misma has dicho que es difícil poder estar con nosotras sin que la situación se ponga incómoda.

Agradezco la comida y me pongo más cómoda. Hecho un vistazo al jardín y en la cantidad de cosas que han cambiado en estos años, al mirar a mis amigas me doy cuenta de que las echo mucho de menos y que ellas también a mí. Yo soy quien ha pagado el precio de mi divorcio con Lise y aunque al principio me pareció bien, ahora no ya no sé si quiero seguir así. No he podido compartir la alegría por el éxito del B&B y hace muchísimo que dejé de hacer las cosas que más me gustan. Mis amigos son la familia que he elegido y no quiero que pasen los años y caiga en el olvido lo que una vez tuvimos.

—Tenéis que darme tiempo… —Nina levanta una ceja y asiento varias veces—, sé que me vais a decir que han pasado casi tres años, pero todavía no me siento preparada para afrontar una conversación normal sin pensar en que fue…

—Una gran hija de puta —añade Annie y la sorpresa está a punto de hacer que me atragante.

Cómo odio que la gente suelte burradas justo cuando me pongo a comer.

—Menuda amiga estás hecha, peor que tener un enemigo —bromeo y le pego un bocado a mi *bagel*—. Joder, esto está buenísimo no sabía que habías mejorado tanto.

—Te has perdido un montón de picnics y salidas al campo con nosotras. De hecho, quería comentaros algo… —Se sienta mejor y levanta su copa de vino—. He decidido que voy a abrir mi propio cáterin y si algún día te apetece, podrías contar con mi servicio en De grote reis. Agnes está de acuerdo —añade y sonríe de oreja a oreja.

—¡Eso es genial! —Me alegro tanto por ella que ignoro el brindis y me cuelgo de su cuello —. Por fin te has lanzado y vas a dejar al imbécil de Bruno, ese tío no hacía más que aprovecharse de ti.

—Pues sí, ya va siendo hora de lanzarse a la piscina, como tú hiciste una vez Y mira cómo te va ahora.

—Hemos leído las reseñas que te han dejado por internet. De hecho, hay un par de publicaciones que se han hecho virales por Instagram —comenta Nina.

—No me jodas… —Es evidente que soy un desastre con las redes sociales y esto me pilla por sorpresa, hasta que doy con la respuesta a la ecuación—. Madre mía… ha tenido que ser Irene, se dedica a eso y nos dijo que publicitaría un poco el B&B. —Los labios me cosquillean y no evito sonreír ante mis amigas al pensar en ella y lo mucho que me gusta tenerla por aquí, la siento como ese aire fresco que he necesitado respirar desde hace mucho tiempo—. Voy a tener que recompensárselo…

—¿Nos vas a hablar de esa Irene o qué? Ya es la segunda vez que la nombras y parece que…

—Que… ¿Qué? —pregunto y ahogo un carraspeo con la copa de vino, en un intento por desviar la atención—. Solo es una huésped.

—Una huésped a la que quieres compensar por haber hecho publicidad del negocio y que al parecer, te hace sonreír como una tonta, ¿es que no te has visto la cara? —insiste Nina y entrecierra sus ojos verdes con la única intención de cotillear un poco más—. Parece que quieras echarle un buen polvo.

—¡Serás imbécil! —Le doy un manotazo—. ¿No puedo estar feliz porque el negocio vaya bien y haya personas que me ayuden desinteresadamente? Siempre estás igual. —Le saco la lengua y vuelvo al *bagel* para comerlo en silencio.

—Y yo que pensaba que estabas otra vez en el mercado… —Se encoge de hombros y Annie la fulmina con la mirada—. En fin, tendré que conformarme con soñarlo.

—Eso, mejor quítate esas tonterías de la cabeza —comento—, aunque no voy a negar que tiene un puntazo —añado con picardía y rozo la copa de vino con los labios.

Ahora soy yo quien levanta una ceja y las tres rompemos a reír. Celebramos nuestro encuentro con otro brindis y el resto de la comida que hay en las cestas. Poco después ya hemos desviado la conversación al cáterin de Annie, aunque en mis pensamientos se han quedado las ganas de ver a Irene para agradecerle lo que ha hecho por mí. Y creo que ya sé cómo podría recompensarlo.



13
UNA DECEPCIÓN MÁS

IRENE

17 de agosto de 2024.

Me he pasado el día con los nervios a flor de piel sin poder concentrarme del todo a pesar del esfuerzo. He aprovechado para mandar algunos *e-mails* y responder mensajes que tenía pendientes de marcas y restaurantes que me han ofrecido una colaboración al ver mis últimas publicaciones, y aunque me he negado, sé que van a insistir por tener la publicidad que buscan durante las vacaciones. Mi padre se ha puesto en contacto conmigo, ha usado un tono más relajado con la intención de calmar las aguas y saber cómo estoy, y no me he atrevido a decirle que he quedado con los familiares de nana.

Nunca he indagado mucho en las razones por las que jamás tuve contacto con ellos y supongo que hoy es la oportunidad de descubrirlo.

Entre las cosas que traje conmigo busco el anillo favorito de nana y me lo pongo junto al collar que me regaló en mi dieciocho cumpleaños. Acaricio las joyas y rememoro los recuerdos que las acompañan. Eso provoca que los nervios se disipen unos segundos, hasta que miro la hora en el móvil y me doy cuenta de que el Uber llegará en dos minutos.

—Joder, últimamente siempre vas con prisas.

Nunca antes había sido tan despistada.

Me arreglo un poco el pelo, perfumo, pongo las sandalias con tacón y busco las gafas de sol. Antes de salir de la habitación me aseguro de que llevo todo y bajo las escaleras sin pensar en otra cosa que llegar a mi destino. La rapidez con la que me muevo provoca que no vea a Edith, y choco contra ella al entrar en la recepción. El bolso se me cae y se agacha rápido para volver a dármelo.

—Perdona, no te había visto.

—Tranquila, es que llego tarde… —hablo con torpeza y me quedo con el bolso entre las manos sin saber muy bien qué decir—. Vas a tener que desearme suerte, estoy hecha un flan.

—Seguro que les encantas, vamos que sé que lo harás. —Se lleva la mano derecha a un mechón de su pelo y carraspea quitándose de mi camino en movimientos torpes con los que estamos a punto de volver a chocar—. Cualquier cosa que necesites ya sabes que tengo el teléfono activo, aunque sea de noche. Espero que te lo pases muy bien.

Asiento y al escuchar un claxon me obligo a dejar el B&B, tomándome unos segundos para mirarla desde el umbral de la puerta.

El trayecto no dura ni diez minutos y aunque ha sido una tontería pedir un Uber, sé que no habría sido capaz dar un solo paso. Al pagar y abandonar el vehículo me zambullo en el corazón de Leiden y su imponente basílica Hooglandse Kerk, una construcción de estilo gótico tardío que puedo reconocer por la cantidad de fotografías que nana me enseñó cuando era niña. Me quedo embelesada con las cristaleras enormes y la arquitectura, quisiera empaparme un poco más de su historia, pero enseguida giro sobre mis pasos y busco el número diez de la calle Nieuwstraat. Llamo al timbre y espero unos segundos hasta que un chico algo menor que yo me abre la puerta.

—¿Eres Irene? —pregunta en un inglés algo torpe y yo afirmo enseguida—. Ven, te estábamos esperando.

La casa parece muy acogedora y tiene muchas plantas en su decoración. Nada más entrar, a mi izquierda veo una salita de lectura con un par de estanterías y objetos de porcelana, supongo que es algo típico de aquí y eso me gusta. También hay algunas figuras con las famosas llaves rojas que caracterizan a la ciudad y que ya he visto durante mis paseos. Al final del pasillo está el comedor donde un matrimonio me recibe con una sonrisa. La mujer se levanta y viene para darme un cálido abrazo.

—Tienes los mismos ojos que tu abuela —dice y pone sus manos en mis mejillas—. Ven, hemos preparado algunos platos típicos para cenar.

—Yo soy Nico y él es Stefan. —Su marido se presenta y el chico que me ha abierto la puerta saluda.

—¿Quieres algo de beber? Mi madre hace una limonada que está de muerte —ofrece y asiento encantada—. Sylvia no tardará en llegar, ha salido a comprar unos dulces.

—No tendría que haberse molestado —aclaro con algo de vergüenza—. Cuando le mandé el mensaje no pensé que fuerais a aceptar verme.

—¿Por qué no? Estamos encantados de conocer a la nieta de Claudia, mi abuelo siempre habló maravillas de ella. —Dora me acaricia la espalda y ofrece asiento. Me quito el bolso y voy hacia allí más tranquila, aunque como siempre, los nervios se llevan por dentro—. Y no me hables de usted, que tampoco nos llevamos tanta edad —comenta y me doy cuenta de que por lo menos son diez años más jóvenes que mis padres—. Es una pena que no hayamos sabido nada de

ti, aunque tengo que decirte que recibimos un par de cartas de tu abuela contándonos lo orgullosa que la tenías a pesar de ser tan pequeña.

Saberlo consigue emocionarme y me obligo a entrelazar los dedos de mis manos bajo la mesa. Estar aquí me conecta inmediatamente con ella a pesar de que estas personas son totalmente extrañas para mí.

—A nana le hubiera gustado venir a veros, estoy segura. Le prometí hacerlo unos meses antes de morir… no me dio tiempo a cumplirlo. —La voz se me entrecorta y Dora estira la mano.

Pongo la mía sobre la mesa y acepto su consuelo notando cómo las lágrimas acuden a mis ojos.

—Tu tío abuelo luchó porque viniera en vacaciones, hasta el día en que murió nunca perdió la esperanza de volver a verla, pero imagino que las circunstancias en las que estaba puso todo en su contra.

—¿A qué te refieres? —Nico me mira extrañado y me enderezo—. Nana nunca me dijo que la hubieran invitado a venir.

—Qué raro… sé que el abuelo de Dora le llegó a enviar los billetes en varias ocasiones, también quería conocerte, pero siempre se negaba diciéndole que no podía o que tenía que ocuparse de algunas cosas de la empresa con su marido.

—¿De la empresa? Si ella nunca tuvo implicación directa con el negocio… De hecho, siempre estuvo conmigo, cuidándome en ausencia de mis padres. ¿Nunca os comentó nada?

Dora niega y mira a los suyos con gesto de extrañeza, después pone su atención en mí y niega antes de levantarse y pedirme que espere un momento. La sigo con la mirada mientras deja el salón y escucho el abrir y cerrar de varios cajones hasta que regresa y me entrega un par de cartas que abro con dedos temblorosos.

Dentro, descubro algunas fotografías de mi niñez, momentos que no recuerdo muy bien pero que a la vez parecen totalmente grabados en mi memoria. Lo peor viene cuando despliego las cartas y me doy cuenta de algo que me deja totalmente descolocada.

—Esta no es la letra de nana, es… la de mi madre. —Me quedo mirándolos y Nico se lleva una mano a la nuca sin saber bien qué decir—. ¿Qué te dijo tu abuelo sobre la relación que tenía con nana?

—Que fueron uña y carne, hasta que tuvo que marcharse a Nottingham. Como era dieciséis años mayor a ella siempre la cuidó como su hija, creo que hubo algún problema, pero nunca indagué mucho en ello, le ponía muy triste hablar de su hermana y de cómo acabaron las cosas. —Dora suspira, aparta la mirada y bebe un poco de limonada que ha servido su hijo para

aclararse la garganta—. Mi abuelo murió creyendo que lo odiaba y que por eso no arreglaron las cosas.

—Al contrario, fue nana quien pensó que él no quería volver a saber nada de su vida. No me puedo creer que mi madre hiciera algo así… —Dejo escapar una risa irónica y me llevo las manos a la cara en completa negación—. No solo me ha controlado a mí todo este tiempo, sino que también lo hizo con su madre.

—Puede que todo tenga una explicación, a lo mejor nos estamos equivocando.

—Son unos despreciables —suelto sin pensar, con el enfado temblándome en los dedos—, menos mal que no les hablé de la intención que tenía de veros, porque seguro que habrían hecho algo para evitarlo.

—¡Ya he llegado! —Una voz ajena a la conversación nos sorprende y aunque Dora se levanta enseguida para ir con su hija, yo no puedo moverme ni un centímetro.

Escucho murmullos a mi espalda. Tampoco soy consciente de cómo mi cuerpo actúa cuando Sylvia me abraza o el resto me habla para empezar a servir la mesa y cenar en mi compañía. Sonrío por inercia y los minutos pasan como si nada, a veces consciente del bálsamo que generan sus voces y otras, intentando por todos los medios que el dolor no me rompa aún más por dentro. Son muchas cosas las que probablemente nos separan, pero lo que nunca podría haber esperado es que mi madre fuese una persona tan cruel.



14
INESPERADAMENTE

EDITH

El teléfono vibra sobre la mesita de noche y me despierto de golpe. No me da tiempo a ver qué hora es ni tampoco a despertarme del todo antes de responder, aunque lo hago con dedos torpes y la respiración acelerada.

—¿Diga? —Al otro lado de la línea se escucha bullicio, pero a nadie con claridad. «Como sea una broma de alguno de los huéspedes, me lo cargo»—. ¿Hola?

—Mi madre es una arruina vidas, una maldita bruja.

—Espera… —Me quito el teléfono de la oreja y miro la pantalla extrañada—. ¿Irene?

—¿Puedes venir a por mí?

No la escucho con claridad, pero a primera vista parece que esté llorando o borracha, quizá las dos. Aparto las sábanas y me levanto de la cama tan rápido que me doy contra la mesita en la rodilla. Ahogo un grito y al mirar el despertador veo que son casi las tres de la madrugada, así que si bufo. Aunque no sé si lo hago por el cansancio o la preocupación.

—¿Dónde estás, lo sabes? —pregunto en voz alta para que me oiga bien.

—¿Ne…? No tengo idea, solo sé que es una casa muy bonita, como el B&B, en el único sitio donde quiero estar —balbucea y provoca que lance un suspiro.

—Vale, no te muevas de ahí, estoy en menos de diez minutos. —Cuelgo la llamada y dejo el teléfono sobre la mesita—. Será posible, ¿qué coño habrá pasado? —pregunto y busco algo de ropa que ponerme.

Por lo que me ha dicho seguro que está en el Club NEXT, conocido por el lugar donde se encuentra, un edificio cuya construcción te hace pensar que estás en una casa familiar y acogedora. Me pongo los vaqueros, una camiseta y pillo la primera sudadera que veo en el armario. Debería avisar a Agnes por si ocurre algo más, aunque al final paso, no quiero alertarla de nada. Busco las llaves y dejo el B&B a toda prisa, con la preocupación latiéndome en el

corazón mientras cruzo el puente Doelenbrug camino del club.

Me lleva poco más de tres minutos llegar allí y aunque me falta el aliento me planto en la puerta, la abro y doy de lleno con las luces que acompañan a la música del DJ. Uno de los porteros me mira y niega, prohibiéndome la entrada. «Joder, el código de vestimenta», pienso y voy hacia él convencida de poder pasar sin ningún problema.

—Lo siento, así no puedes —aclara sin pensárselo dos veces.

—Ya lo sé, en realidad he venido a recoger a alguien. Es una turista, algo más bajita que yo, morena, con el pelo largo y suelto. Lleva un precioso vestido blanco, por mitad de los muslos, necesito encontrarla, me ha pedido ayuda. —A lo mejor es porque se me ve demasiado desesperada, pero el tipo asiente y pide que espere aquí mientras se mueve entre el gentío que hay dentro del club.

Me acaricio las manos con los nervios a flor de piel y estiro el cuello en un intento por ver con más claridad. Estoy a punto de ignorar la advertencia del portero y dar un paso al frente, hasta que mis ojos se encuentran con una Irene que parece totalmente ida y ajena a lo que pasa a su alrededor. No sé cuántas copas llevará encima, pero está claro que se ha tomado más de las que debería por la forma torpe que tiene de caminar.

Abro la boca por la sorpresa y la veo reírse cuando la guían hacia la salida con algo de torpeza.

—¡Edith! —grita y se cuelga de mi cuello—. Mi heroína, ¿por qué no vienes a bailar?

—Creo que la noche se ha terminado para ti. —Sonrío al portero—. Muchas gracias por traerla.

El tipo asiente con seriedad, Irene deja su peso sobre mí y me cuesta andar. Al notar que estamos en la calle, se aparta de mí y se quita las sandalias, caminando con la misma torpeza, pero con los brazos en alto y la cabeza hacia atrás, disfrutando de la brisa que corre esta noche. En realidad, hace más frío de lo habitual en agosto, pero no parece importarle, de hecho, sonríe encantada y gira sobre sus pasos hasta que trastabilla y está a punto de caerse.

—¡Lleva cuidado! —Corro hacia ella y la engancho del brazo, pegándola a mi cuerpo—. No quiero que te hagas daño y acabes por estropear tus vacaciones.

—Qué más da, seguro que a nadie le importa —balbucea atropelladamente.

—Pues a mí sí. —Al escucharme se para en seco y me mira a los ojos con los suyos vidriosos. Sus manos se posan sobre mi pecho y noto la caricia de sus dedos sobre la ropa—. Venga, que te llevo a tu habitación.

—Quiero dar una vuelta, por favor… ¿puedo bañarme en el canal?

«Joder, está como una cuba», me digo.

—No. ¿También quieres acabar en comisaría? —me burlo y a pesar de que sonrío, me doy cuenta de que a ella no parece divertirle en absoluto.

—Me da igual, la verdad —suelta con la voz tomada y vuelve a girarse. Se agarra de mi brazo y empieza a caminar en silencio—. Nunca pensé que fuera a hacer algo así…

Quiero preguntarle que ha pasado, pero no creo que tenga la mente clara como para contar lo que ha pasado. La guío por las calles y al llegar a la altura del canal me obliga a girar con brusquedad acercándose a la barandilla blanca. Irene apoya los brazos, se impulsa un poco hacia delante y rompe a reír cuando me ve correr hacia ella.

—No hagas eso, podrías hacerte daño y no me sueltes que a quién le va a importar.

—¿Porque a ti sí? —Se gira y esboza una sonrisa entristecida—. Quiero dormir.

—Vamos anda, ya habrá momento de dar un paseo por los canales.

Irene asiente y se acaricia los brazos muerta de frío. Me quito la sudadera y se la pongo por los hombros en un gesto que la vuelve a emocionar. Apuesto a que el alcohol ya le está bajando y que mañana va a tener una resaca de campeonato, pero no pienso juzgarla porque no es la primera vez que yo termino de la misma manera por culpa de una decepción. A la cabeza se me viene el día que encontré a Lise con su amante y cómo acabé en un club que ni conocía, hasta arriba de cervezas y sin poder tenerme en pie. Según me contó Agnes hasta discutí con una mujer que intentó ayudarme y no es que me sienta muy orgullosa de ese momento.

El silencio se mantiene entre Irene y yo de camino al B&B y en cuanto llegamos, abro la puerta pidiéndole silencio con un dedo en mis labios; no quiero que ningún huésped se despierte o piense que ha pasado algo. Ella sisea y se tapa la boca para evitar que la escuchen reír haciéndome negar. Debo reconocer que después de casi tres años en el negocio, no esperaba vivir una situación como esta, y lejos de estar enfadada, siento que hasta lo disfruto.

Juntas, subimos las escaleras a la tercera y última planta, y la acompaño por el pasillo hacia su habitación. Irene apoya la frente en la puerta y busca en su bolso la llave con torpeza por lo que la ayudo. Nuestros dedos se acarician y me mira en silencio.

Carraspeo y abro dejándola que entre. Lo primero que hace es tirar las sandalias al lado de la cama y llevarse las manos a la nuca.

—¿Necesitas algo? Puedo prepararte un té caliente, menta con manzanilla, no veas lo que ayuda con la resaca.

—No me apetece… —susurra con cansancio.

—Entonces te dejo dormir —comento—, espero que descanses.

—Espera. —Al girarme llama mi atención y vuelvo a sus ojos—. Te olvidas de esto.

Se quita la sudadera despacio y camina hacia mí sin apartar la mirada. La luz de las farolas entra por la ventana y cae sobre sus piernas, es lo primero en lo que me fijo sin poder evitarlo. Se permite unos segundos de silencio en los que se acaricia el muslo con calma, donde marca círculos mientras camina, hasta que mi reflejo cae en sus ojos por culpa de la cercanía. Estira la mano y me la da a la vez que nuestros dedos se vuelven a acariciar. Suspiro y noto un cosquilleo en el estómago, debería alejarme, dar media vuelta y dejarla aquí, pero mis pies no se mueven ni un centímetro. «Tiene un puntazo», recuerdo las palabras que le dije a las chicas y trago saliva.

La manera en la que me mira me atrapa por completo y sus manos pronto descansan en mi pecho. Irene se pone de puntillas y hace algo que me toma por sorpresa. Sus labios se encuentran con los míos en un beso inesperado que debería evitar a toda costa. Nunca, en mi sano juicio, se me ocurriría aprovecharme de alguien que ha bebido demasiado, y menos aún considerando su edad. Sin embargo, sus manos recorren mi cuerpo y me atraen hacia ella con una rapidez que me deja totalmente desconcertada y, a la vez, me gusta. Sus dedos se enredan en mi pelo y busca mi boca con pasión, acompañada de una torpeza que le arranca unos cuantos suspiros. El miedo se apodera de mí, y mi mente ordena parar.

Ya me gustaría poder hacerle caso.

La oscuridad nos acompaña, aunque deja suficiente luz para que pueda verme reflejada en sus ojos cuando se aparta, manteniendo una mano en mi cuello y la otra sobre mi pecho.

—Esto no está… —balbuceo en un intento por serenarme.

—Me da igual —aclara y me besa otra vez.

Durante un instante que me parece eterno, me quedo paralizada. Sé que esto es un error del que me arrepentiré mañana, pero hago a un lado a la razón y fundo mi boca con la suya. Nuestras lenguas se enredan con deseo desmedido y apenas nos damos un segundo para respirar. Irene me quita la camiseta rápidamente y hunde sus labios en mi cuello, donde traza un camino de besos que me eriza la piel. Mis dedos alcanzan el nudo del tirante de su vestido, y lo deshago con una torpeza que la hace reír en un momento dado.

El sonido es tan hermoso como sus labios carnosos y esos ojos que han aparecido en mis sueños a pesar de mis intentos por evitarlo. Desde el otro día no he dejado de imaginarla por el B&B, ya sea grabando videos, tomando fotografías o comiendo como si fuera su última comida. Atractiva y alocada, es un imán que me atrae como la calidez de su piel mientras deslizo mis manos por su espalda y atrapo su trasero. Un leve gemido se escapa de sus labios, y levanta la vista para mirarme con picardía mordiéndose el labio inferior.

—No hagas eso —pido, aunque sé que no me va a hacer ni caso.

Suelta una risilla y se encoge de hombros, busca mis manos y provocativa, las mueve hacia sus muslos guiándome hacia el interior de sus piernas donde me quedo, hasta que sus labios me obligan a caer en una inevitable locura.



15
DEJARSE LLEVAR

IRENE

Quizá sea el efecto del alcohol o de los sentimientos que me atraviesan por dentro; tal vez sea la combinación de ambos lo que ha provocado que ahora me encuentre aquí, semidesnuda frente a una mujer impresionante que me observa con los ojos bien abiertos, pidiéndome con su boca que la bese una y otra vez. Edith me arranca otro gemido con el poder de sus manos. Sus dedos recorren lentamente la cara interna de mis muslos, me erizándome la piel y acelerándome en cuestión de segundos. Noto el latido de mi corazón golpear fuerte contra mi pecho y aunque percibo un ligero dolor de cabeza, lo ignoro por completo.

«Esto es un error», repite mi mente, un error que es posible que lamente mañana, pero ya tendré tiempo para eso.

Busco sus labios y la beso de nuevo, tan desesperada que siento que esto no va a ser suficiente. Su tacto quema, o quizá solo sea mi percepción, pero me gusta y correspondo a sus caricias al entrelazar los dedos de mi mano derecha con los suyos, guiándola bajo mi ropa interior. Nuestras miradas se encuentran de nuevo y asiento dándole ese permiso que en realidad no necesita. Edith busca mi cuello con avidez y me moja cuando empieza a acariciar mi sexo. Mis gemidos se ahogan entre sus labios mientras la habitación da vueltas por la cantidad de sensaciones que experimento. Todo es contradictorio, pero tan increíble que creo estar disfrutando de una droga maravillosa.

Llevo mi mano a uno de sus pechos, acariciándolo hasta que su pezón se endurece. La hago gemir y el sonido se transforma en una risa torpe cuando se mueve por el dormitorio para quitarse las zapatillas. No sé cómo terminamos en la cama ni en qué momento ella acaba encima de mí, mirándome tan de cerca que puedo verme reflejada en sus ojos con claridad. Me quedo paralizada por un segundo hasta que su lengua roza mi cuello y eriza mi piel. Enredo los dedos en las sábanas y arqueo la espalda para ella, desesperada. Su boca marca un camino que me hace apretar los labios hasta que se detiene y la veo arrodillarse.

—Me encanta… —susurra al mirar de cerca el tatuaje que tengo bajo el pecho de la constelación de Libra.

—¿Más que yo? —pregunto sugerente, apoyo las manos sobre la cama y me levanto un poco para quedar a su altura y acariciar sus labios con mi lengua—. Porque yo diría que no —añado sin ningún tipo de pudor.

No le doy tiempo a reaccionar cuando la tumbo y me cuelo entre sus piernas. Todavía lleva el pantalón puesto, así que lo desabrocho y lo bajo despacio. No deja de mirarme y yo tampoco lo hago, quiero conectar con sus ojos todo el tiempo, incluso cuando me doy cuenta de que no lleva ropa interior, haciéndome sonreír. «Debe haber salido corriendo de aquí», me digo y recuerdo brevemente llamarla con prisas, a pesar de que no sé ni lo que dije. Hago eso a un lado y me agacho para hundir mi boca en uno de sus pechos, saboreándolo hasta notar que el pezón se endurece de nuevo. Edith enreda sus dedos en mi pelo y los mechones caen sobre su cuerpo desnudo, donde caminan con el movimiento del mío sobre ella.

Saboreo cada centímetro de piel donde también dejo pequeños mordiscos que le arrancan varios suspiros y cuando llego a su costado derecho suelta una risilla deliciosa y se mueve entre pequeños espasmos producto del cosquilleo que le produzco. Y me obliga a seguir hasta que alza su cadera sin poder soportar más la mezcla de sensaciones.

—Tienes un punto débil —susurro y sonrío con malicia antes de abrirle las piernas con las manos y mirarla durante un segundo.

No me lo pienso dos veces y hundo mi lengua en su sexo. Gime sin poder contenerse, quiero que lo haga otra vez y succiono hasta que lo consigo. La acaricio sin parar, disfruto tanto de esto que percibo la humedad en mis muslos y la excitación que intento frenar tocándome mientras la devoro sin pausa, con la respiración entrecortada y el corazón a mil por hora. No sé si será el alcohol, pero siento una revolución incontrolable en mi interior. Edith se mueve al ritmo que yo marco y me agarra del pelo, obligándome a seguir hasta que su cuerpo comienza a temblar. Sabe tan bien que disfruto de ella un rato más, llevándola al borde del abismo mientras la escucho gemir sin parar.

El sonido se me mete muy adentro, mi cuerpo quema y me toco a la vez que la acompaño a la locura, para llegar a un orgasmo que moja mi mano y que a ella le hace gritar de placer. Un millón de sensaciones me palpitan en el pecho y se levanta, tan rápido que apenas tengo tiempo de reaccionar ni tranquilizar mi respiración. De rodillas, me besa llevándose su sabor. Acalla nuestros jadeos y se roba mi aliento erizándome la piel. Sus manos me buscan, acaricia mis pechos y marca las líneas de mi tatuaje hasta que bajan poco a poco, una para colarse entre mis piernas y la otra anclándose en mi trasero con la única intención de atraerme más a su cuerpo.

Muerde mi labio inferior y grito a la vez que entra en mi interior con la fuerza de un huracán. Las piernas me tiemblan y estoy a punto de caer, así que rodeo su cuello con los brazos, me aferro a ella y abro un poco más las caderas. Su lengua sobre mi piel prende un fuego que me recorre de arriba abajo y cuando acaricia mi clítoris a la vez que entra y sale, pierdo lo poco que me queda de cordura.

. . .

Siento un cosquilleo en la espalda y abro los ojos con el sol del amanecer colándose en la habitación. La brisa que entra mueve las cortinas y también acaricia mi piel desnuda de una manera que me pone los pelos de punta. Durante un segundo creo que son unos dedos los que me producen esa sensación, pero al echar un vistazo a mi alrededor me doy cuenta de que estoy sola. Levanto la cabeza y noto un pinchazo en las sienes que me lleva a recordar parte de lo que hice anoche tras dejar la casa de mis primos. Las imágenes van desde mis lágrimas hasta las copas que bebí en un club del que no recuerdo ni el nombre, sin embargo, lo que tengo grabado son unos gemidos y una risa que acaricia las paredes de mi mente.

—Hostia… —susurro y llevo los dedos a mis labios hinchados—. ¿Ha pasado de ve…?

No termino de formular la pregunta y me levanto de golpe para ver el vestido en el suelo, junto al resto de la poca ropa que llevaba puesta. Si cierro los ojos puedo ver con claridad a Edith frente a mí, con los suyos bien abiertos antes de arrasar con mi cuerpo a base de besos. Las sensaciones provocan un cosquilleo en mi estómago y noto cómo mi sexo me palpita excitado ante el recuerdo de cómo me folló a pesar de haberse negado al principio.

El teléfono vibra en alguna parte del dormitorio y salto de la cama con torpeza. La resaca provoca que mi estabilidad se vea perjudicada y estoy a punto de caer de rodillas, aunque está claro que el alcohol no nubló todos mis sentidos anoche. El bolso está bajo una de las sillas que hay en el dormitorio y cuando lo abro veo un mensaje que trae otro tipo de sensaciones en las que no quiero pensar.

> Dora: Siento que las cosas fueran así, espero que hayas podido descansar y que pronto aclares las cosas con tus padres. Me encantaría que recuperáramos el tiempo perdido, Sylvia ya quiere volver a quedar contigo.

Suspiro y dejo caer el teléfono sin ánimo de nada. Pensar que mi madre engañó a mi abuela para que creyera que su familia no quería saber nada de ella me revuelve el estómago y me dan ganas de decirle cuanto la odio. Sin embargo, algo dentro de mí sabe que eso no serviría de nada y que la impulsividad nunca lleva a nada bueno. Anoche, la decepción me llevó al alcohol y el alcohol a algo que jamás pensé que podría llegar a pasar.

«Aunque lo estuvieras deseando».

Al meterme en la ducha y dejar que el agua caiga sobre mi cuerpo, acaricio mis brazos y mis muslos. El recorrido me lleva directamente al tatuaje y recuerdo perfectamente la mirada de Edith, sus palabras, la forma en la que lo acarició, como buscó mi piel con los labios, una locura que me pone de nuevo a cien. Pienso en ella, en cómo sus pechos se movieron junto a sus caderas, en el sabor de su sexo, en sus dedos clavados en mí. La siento con tanta claridad que mis propias manos se mueven solas y me masturbo al recordar lo que hicimos anoche, porque ni la resaca ha hecho que lo olvide.

Abandono la habitación unos quince minutos después, con el pelo recogido en una coleta y una blusa que transparenta mi piel. Al bajar las escaleras huelo el café y estoy a punto de correr hacia el comedor, tengo tanta hambre que hasta a mí me sorprende. Son casi las once y ya no quedan muchos huéspedes por aquí, aunque tampoco llevo mucho el control de las personas que me acompañan durante estas vacaciones. Miro hacia el jardín y sonrío al ver la mezcla de colores que las flores crean, aunque lo que más quiero es encontrarme con una mujer que no sé cuántos secretos guarda.

—Irene, ya has bajado. ¿Qué tal la noche? —Agnes interrumpe mis pensamientos, lleva la cafetera en una mano—. ¿Mucha resaca? —La sonrisa que esboza me produce unos nervios que obligan a tragar saliva sin saber muy bien qué decir—. Edith me comentó que fue a recogerte y que estuviera atenta por si necesitabas algo más.

—Ah… —suelto, al pensar en lo que pasó se me vienen un montón de imágenes a la cabeza que vuelven a poner mi piel ardiendo, pero regreso a la realidad enseguida—. Sí, es que pasó algo y bueno… el alcohol hizo el resto.

—Espero que puedas solucionarlo pronto. ¿Quieres algo más además del café?

Niego y muerdo el interior de mis mejillas.

—No, gracias, me lo tomaré mientras paseo por el jardín, necesito aclarar las ideas. —«Adiós a comer algo»—. ¿Sabes dónde está Edith?

—Ha salido a hacer unas gestiones, por lo visto se olvidó de una cosa importante, lo que es muy común en ella —bromea y se encoge de hombros—. Me ha pedido que hoy atienda yo las llamadas, así que cualquier cosa… estaré en la recepción.

—Claro…

Agnes me entrega una taza con una sonrisa en los labios antes de dar media vuelta y marcharse. Probablemente Edith no le habrá dicho nada, y lo prefiero así porque incluso yo necesito un rato en paz para evitar que los nervios me controlen.



16
DESCONTROL

EDITH

20 de agosto de 2024.

Sé que es imposible, pero he evitado a toda costa cruzarme con Irene. Trabajar en un B&B tan pequeño provoca que tengas contacto directo y más íntimo con los huéspedes, y ya no sé qué hacer para no quedarme a solas con ella. Desde la otra noche, no he hecho más que pensar en sus ojos, en sus labios, en su cuerpo, en sus manos, en… todo. Y lo peor, es que siento que, de alguna manera, me aproveché de la situación. La cabeza no deja de darme vueltas, vira entre reproches y emociones a las que no quiero dar importancia, esas que me llevan a imaginarnos de nuevo juntas, desnudas, besándonos hasta no poder más.

—Esto es una puta locura…

—¿Qué es una locura? —Agnes me sobresalta y estoy a punto de tirar la libreta de reservas. Pone los brazos en jarras y se acerca con los ojos entrecerrados, «mierda». De esta no me escapo—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada, solo estoy pensando qué hacer cuando acabe el verano, mi hermana me metió en la cabeza el miedo, a lo mejor tiene razón y vivir tanto en la incertidumbre es una locura.

Agnes echa atrás la cabeza sin poder creerse que haya dicho eso, finjo cara de agobio y ella levanta una ceja, se acerca al escritorio, apoya las manos y mira la libreta de reservas que, ahora mismo, está llena.

—No deberías de hacerle tanto caso a Helen, ella no tiene idea de cómo gestionar un negocio por sí sola, deberías estar más tranquila, las cosas han ido mejor.

—Ya lo sé, pero quiero darle una oportunidad a las fechas poco habituales, pensar en algo que anime a la gente a venir al B&B.

Ni yo misma me creo esta conversación, aunque al verla sonreír, sé que es más que suficiente para que no me pregunte por lo que de verdad me pasa.

—Bueno, para eso todavía quedan unas semanas, ya veremos qué ocurre después. Además,

Irene ya nos ha echado una mano y seguro que llegan más huéspedes. —Estira el cuello y echa un vistazo hacia el comedor, y menos mal que no ha visto la cara que he puesto—. Voy a ir a preparar más café, seguro que en nada empiezan a pedir el desayuno y no quiero que me pille el toro. ¿Tú quieres algo?

—No, voy a ver si termino con este lío, más tarde pasaré por la cocina. No te preocupes.

—Vale… —Se encoje de hombros y siento un gran alivio cuando está a punto de dejarme en paz.

Al menos, hasta que Irene aparece por el pasillo y tengo ganas de que se me trague la tierra. Agnes me mira extrañada.

—Edith, ¿podemos hablar? —Se muerde el labio inferior y titubea.

Lo primero en lo que me fijo, es en cómo le brilla la boca gracias al pintalabios. Hoy está preciosa con la camisa que lleva justo por el ombligo y esos vaqueros cortos que marcan sus curvas de una forma irresistible. El pelo le cae por los hombros y no puedo evitar recordar la sensación que me produjo la otra noche, mientras acariciaba mi piel con cada movimiento de su cuerpo.

—La verdad es que tengo que ir con Agnes a la cocina, va retrasada con el desayuno. —Esta me mira sin entender qué pasa y me levanto de golpe—. ¿Tal vez luego?

—Como quieras…

Cuando nuestras miradas se encuentran mi cuerpo se revoluciona y tengo que obligarme a caminar e ir hacia la cocina. Nada más entrar, Agnes cierra la puerta y se apalanca ahí, de brazos cruzados, mirándome como si fuera un detective a punto de interrogar a su criminal más buscado.

«Joder, ¿por qué ha tenido que bajar en este preciso momento?», me reprocho y trago saliva.

—Eso ha sido rarísimo, ¿qué te pasa con Irene? ¿Por qué has huido de ella como si…?

Suelta un grito agudo y se lleva las manos a la boca. El pánico que siento me hace correr y tapárselas con las mías.

—No digas ni una palabra, ¿está claro? —Sueno todo lo amenazante que puedo y hasta que no asiente convencida, no me aparto.

—¿Te has… te has liado con ella? —La cabeza empieza a darme vueltas y necesito aire fresco. Me basta con eso para regresar a la otra noche, a cada curva de su cuerpo, a cómo marcó el mío con sus labios a…—. ¡Vas a contestar o qué!

Grita y me acerco a ella hecha una furia.

—Que no montes un espectáculo, joder —mascullo entre dientes. «Joder, a veces me dan ganas de matarla»—. Sí, lo hicimos, ¿contenta?

Agnes abre los ojos de par y par, de repente rompe a reír.

—¿Y has pensado que evitarla va a ser buena idea? Que tienes, ¿quince años?

—Muy graciosa… ¿No te acuerdas que te dije que la recogí borracha como una cuba?

—Perfectamente, ¿y qué tiene de malo? Se notaba a mil leguas que os atraíais desde el principio. La tensión sexual entre vosotras se podía cortar con un cuchillo, hasta Nina y Annie dicen que se dieron cuenta —lo suelta con tanta tranquilidad que me llevo las manos a la cabeza.

—Agnes, que tiene veinticinco años.

—Tú treinta y nueve, ¿y qué? —«¿Cómo es posible que lo diga tan fresca?», pienso y ella se pone a preparar el desayuno como si nada—. Mira, yo soy de las que piensa que hay que disfrutar un poco, si esto ha pasado por algo será. Además, cuando se vaya del B&B regresará a su vida y tú a la tuya, ¿qué tiene de malo pasarlo bien un poco? Ni que os fuerais a casar.

—Que no se trata de eso… —suelto y tengo que obligarme a callar para no gritar—. Jamás en la vida se me habría ocurrido acostarme con alguien que no está en sus cabales y menos con una cría.

—A mí no me parece tan cría, de hecho, la veo bastante madura para su edad, qué quieres que te diga. ¿Le has preguntado por qué se emborrachó la otra noche? —Al negar, suspira y me encara cruzándose de brazos—. Pues deberías, porque a lo mejor pasó algo malo y solo quería descargarse un poco. Vale que las formas a lo mejor no fueran las correctas, pero… ¿quién soy yo para juzgar que os hayáis enrollado con lo buenas que estáis?

Levanta las manos tan fresca y se pone a lo suyo. Quiero decirle que lo que de verdad me preocupa no es haberme acostado con ella, sino que deseo hacerlo otra vez cuando tengo muy claro que sería una locura.

Agnes me da la espalda y tengo que hacer un esfuerzo para callarme y apretar los labios mientras empiezo a batir huevos en un bol, no puedo salir ahí fuera y que Irene intuya que quería huir de ella. «Como si no fueras evidente», me reprocho y lanzo un suspiro.

—Desde luego, tus consejos valen oro —ironizo y levanta una ceja mientras me mira. La sonrisa que pone es digna de ser mi mejor amiga y no puedo evitar darle un pequeño empujón con el cuerpo—. Sabía que no me equivocaba al querer llevar este negocio contigo.

—No sé si lo que has dicho de tu hermana es verdad, pero ya sabes mi opinión. Sinceramente, creo que hemos hecho un trabajo estupendo con el B&B y si quieres darle un

pequeño cambio, me parece bien, pero que no pierda nuestra esencia. —Me dedica una sonrisa y va hacia la mesa para cortar algunas rebanadas de pan de coca—. No te dejes influenciar por ella, tienes que hacer lo que quieras, como quieras y cuando quieras. Incluso acostarte con una chica que tiene unas curvas de infarto.

—Cállate ya, por favor. —Le tiro un trapo a la cara y las dos rompemos a reír.

. . .

A veces, me pregunto qué sería de mi vida sin Agnes y su amistad. Desde luego, tengo claro que nunca habría dado el paso de abrir De grote reis. Ella fue la única que me animó a llevar a cabo la idea y a seguir adelante cuando tenía todo en mi contra, y no pasa un día sin que me alegre de haberle hecho caso. Cada vez que me levanto, agradezco a la vida vivir en un sitio como este, en dar alojamiento a personas que vienen a la ciudad para conocer un poco más de nuestra historia, gente que está de paso sin más y otros que está claro que vienen a buscar algo más. Como Irene.

Salgo al jardín y lo primero que hago es respirar aire fresco, ver las flores que están repartidas por el lugar y fundirme con el aroma que estas desprenden. Los niños destroza plantas juegan con una pelota junto a su padre y la estampa me hace sonreír, pero al segundo mis ojos se desvían hacia otra persona, una chica increíble que está concentrada en su ordenador mientras lleva las gafas de sol de diadema.

«Me pregunto qué estará haciendo».

Sé que ha sido una mala idea evitarla a toda costa y no tengo idea de si va a querer hablar conmigo, pero no puedo pasarme el resto del tiempo que ella esté por aquí esquivándola, así que lleno mis pulmones de aire y camino hacia la mesa en la que está.

—¿No estabas de vacaciones? —recrimino en tono de broma al recordar que no tenía ganas de saberse nada del trabajo.

—Algo tendré que hacer si no me dejas hablar contigo —suelta cortante. Aparta la mirada de mí y regresa su atención a la pantalla del ordenador.

Su actitud dista mucho de la chica que he conocido estos días, aunque reconozco que en parte me lo merezco. Corro una silla y me siento mientras rebusco en mi cabeza lo que quiero decir.

—Perdona por haberte ignorado, me he portado como una cría.

—Al menos lo sabes reconocer, menos mal que esa era yo —dice y continúa sin mirarme —. Si no quieres que esté más por aquí, puedo hacer una reserva en un hotel, no será porque no

me han llovido ofertas desde que estoy en Leiden.

La indiferencia que muestra me da ganas de levantarme e irme sin más, sin embargo, no lo hago, porque yo no soy así y necesito afrontar lo que pasó como una adulta.

—No tienes por qué irte, hazlo si es lo que tú quieres, pero yo no voy a echarte, no es mi estilo —comento con frialdad, apoyo la espalda en el respaldo y miro a mi alrededor—. Irene, lo que pasó la otra noche…

—Ya me ha quedado claro que fue un error, no te preocupes. —Es la primera vez que me mira a los ojos desde que hemos empezado esta conversación y veo algo que no me gusta—. No debí actuar así ni dejarme llevar por el alcohol, es obvio.

—No… —suspiro antes de continuar, con las palabras atascadas en la garganta y los nervios a flor de piel—. No hiciste nada malo, de hecho me…

Su teléfono suena y el gesto se le enfría todavía más. Aun desconozco qué pasó en casa de sus primos y me muero por preguntárselo, pero ella me ignora, se levanta de la silla y contesta la llamada sin pensárselo dos veces. La veo alejarse y echo la cabeza hacia atrás, entiendo su enfado, pero no tiene por qué comportarse así y eso es lo que más me cabrea.

Con las mismas, me levanto también y lo dejo estar. Es mejor que me centre en el trabajo y que regrese a lo mío, después de todo, como ha dicho Agnes, Irene solo está de vacaciones y puede que sea mejor ignorarla por completo.



17
FUERA DE SITIO

IRENE

—No, lo que quiero es que me explique por qué hizo creer a nana durante años que su familia pasaba de ella cuando es una puta mentira —mascullo las últimas palabras con un tono de voz más alto y el silencio que se hace al otro lado de la línea me desespera—. ¿¡De verdad va a ser tan cobarde como para no dar la cara!?

—Te estás metiendo en cosas que no te llaman Irene y más te vale que no montes un espectáculo o…

—¿O qué? —interrumpo a mi padre—. ¿Vais a venir a Leiden y llevarme a rastras igual que el abuelo hizo con su mujer e impedirme que regrese como si fuese una niña? Prueba a intentarlo.

—No, lo que voy a hacer es darte una lección para que no olvides que tienes que mostrar un poco de respeto a tus padres y lo que hemos hecho por ti, ¡¿está claro?!

—Tiene gracia que digas eso cuando la verdad es que no habéis hecho absolutamente nada.

Cuelgo la llamada y estoy a punto de lanzar el teléfono por el enfado. Noto que estoy al borde de un ataque de ansiedad, como solía pasarme en el pasado cuando discutía con ellos o me fallaban igual que lo han hecho en cada momento importante de mi vida. Ni siquiera estuvieron a mi lado cuando nana se apagaba poco a poco y el recuerdo se me clava tan adentro que tengo ganas de explotar. Los ojos se me anegan en lágrimas y voy hacia la mesa para recoger el ordenador e ir adentro. No me importa que los demás huéspedes me vean, solo quiero ir arriba y perderme en el interior de mi habitación.

—Eh, ¿estás bien? —Agnes se cruza conmigo, pero la ignoro por completo.

Uno a uno subo cada peldaño y al abrir la puerta llevo la mirada hacia la maleta que está al lado de la silla. La rabia que siento y haber discutido también con Edith me impulsa a abrirla sobre la cama y empezar a meter la ropa que ya había arreglado en el pequeño armario empotrado. Las lágrimas salen sin que yo pueda controlarlas, tengo las palabras de Dora metidas

en la cabeza igual que el desconcierto que vi en sus ojos cuando me contó algo que no esperaba.

Siempre supe que mi madre era muy ruin, que anteponía su bienestar por encima de cualquier persona, pero jamás imaginé que fuera capaz de llevarlo a tal extremo, quitarle de esa manera la oportunidad a nana de tener una vida mejor, un motivo por el que sonreír a pesar de estar lejos de su hogar. Y que mi padre también la apoyase…

Ahora entiendo porque tenía tanto miedo a volver y nunca me pidió hacerlo.

—Los odio, joder… —musito sin acabar de meter la ropa en la maleta.

Lo último que deseo es estar en un sitio donde tampoco me quieren y solo me dan ganas de largarme, pero antes de eso, me siento y limpio las lágrimas en silencio.

—¿Irene? —La voz de Edith me sorprende y no sé si ha llamado a la puerta o es que la he dejado abierta. Cuando la miro sin poder parar de llorar, cierra deprisa y viene conmigo—. Eh, ¿qué te pasa? —Al ver la maleta sobre la cama se pone de cuclillas y sujeta mis manos—. No estarás pensado en irte, ¿verdad?

—¿Qué se supone que tengo que hacer? Está claro que soy una idiota.

—Ni se te ocurra llamarte eso —suelta con algo de enfado—. No lo eres ni tampoco has hecho nada malo para tener que marcharte así, ¿está claro?

—Pues eso no es lo que me has dejado claro antes. —Me levanto y voy directa al armario, quiero terminar de recogerlo todo cuanto antes.

Le doy la espalda y quito el resto de la ropa de las perchas. Hago un montoncito y lo llevo a la cama, donde la doblo de mala manera.

—Deja de meter cosas en la maleta, por favor —pide Edith y al ver que no le hago caso me sujeta de la muñeca y me gira—. ¿Piensas hacerme caso?

—¿Por qué debería? Dame un solo motivo por el que tendría que quedarme aquí.

Nos miramos un momento, la electricidad me late en el pecho y veo cómo sus manos van hacia mi cuello. Cuento un segundo y me estampa un beso en los labios que me pilla desprevenida. Saboreo su boca y suelto un suspiro, aunque no tardo mucho en apartarla y dar un paso hacia atrás.

—No… —Paso la lengua por mis labios e intento por todos los medios no ver mi reflejo en sus ojos, porque sé que entonces no habrá vuelta atrás—. No quieres hacer esto, no está bien —le recuerdo y pongo en mi boca las mismas palabras que ella pronunció la otra noche, es increíble como mi mente puede recordarlo todo a pesar de la borrachera.

Una sensación de tristeza me invade, sé que va a salir por esa puerta, porque ella también

lo cree y por eso, regreso junto a la ropa.

—Te equivocas —comenta, acaricia los dedos de sus manos acercándose a mí—. El problema, es que sí que quiero. Y también que te quedes.

Me besa de nuevo durante unos segundos en los que me olvido de todo. Cuando se separa, noto cómo me tiemblan los labios por el desconcierto, solo hace unos pocos días que llegué a Leiden y tengo las emociones a flor de piel por culpa de mis padres, de la familia de nana y de mis propias dudas. El ovillo que se forma en el centro de mi pecho se enreda y empiezo a llorar sin poder contener las lágrimas, y al sentarme en la cama me tapo la cara.

—Joder, soy una vergüenza.

—No digas tonterías —advierte con un tono dulce en la voz—, creo que lo único que necesitas es desahogarte. ¿Qué pasó la otra noche? ¿Te trataron mal?

—¿De verdad quieres saberlo? —Me limpio las lágrimas y asiente a la espera de que se lo cuente—. No fue eso, en realidad fueron maravillosos, mi prima lejana, Sylvia, quiere que quede con ella mañana, para ir a dar una vuelta por la ciudad y enseñarme algunas cosas. —Suspiro y apoyo las manos sobre mis piernas—. Me enteré de que mi madre, con el apoyo de mi padre, hizo todo lo posible porque nana creyera que su familia no la quería. Mi abuelo también lo hizo en su día, pero ella terminó por seguir sus pasos y… no puedo creerlo, joder. Si la hubieras conocido te habrías dado cuenta de lo maravillosa que era.

—Y seguro que en cierta parte está aquí. —Edith aparta un mechón de mi cara con cariño y se lleva lo que queda de las lágrimas que han caído por mis mejillas—. Siento mucho que te hayan fallado.

—Lo llevan haciendo toda la vida, ni siquiera estoy segura de que quisieran tenerme.

Se queda muda ante mis palabras y no puedo reprochárselo. El pensamiento se me ha pasado tantas veces por la cabeza que al final yo misma me lo he creído. Noto una presión terrible en el pecho y empieza a costarme respirar a pesar de que estoy más calmada, y lo odio, odio volver a sentirme así por culpa de mi madre, regresar a un pasado que ya tenía más que superado, o eso pensaba.

No digo nada más, me dejo caer sobre los muslos de Edith y me acurruco como si fuera esa niña de diez años que necesitó consuelo. Ella me abraza y se queda conmigo el tiempo suficiente para que mi respiración se calme y pueda volver a hacerlo con tranquilidad. No sé cuántos minutos pasan, pero su presencia logra que encuentre una paz momentánea que se volverá a destruir cuando encare la realidad de las cosas con mis padres. Me enderezo y la miro a los ojos, seguro que estoy hecha un desastre y me arreglo el pelo por la vergüenza que siento.

—Estás preciosa —susurra y se acomoda mejor en la cama—, y no importa si ellos hicieron mal las cosas, lo que cuenta es lo que tú le diste a tu abuela.

—Ojalá pudiese haber hecho más, si llego a saber todo esto antes no habría esperado para que regresara. Nunca pude cumplir esa promesa y… me duele en el alma.

—¿De verdad crees que no lo estás haciendo? —Frunzo el ceño extrañada y la sonrisa que pone en sus labios provoca que el corazón me lata a mil por hora—. Porque yo creo que sí, solo tienes que ver tu éxito y lo mucho que te entregas a las cosas. Sinceramente, cuando entraste por la puerta del B&B me dejaste… impactada.

—¿Por qué?

Echo a un lado lo demás y me acerco a ella. Me encanta cómo se ve mi reflejo en sus bonitos ojos azules, de hecho, me quedo mirándola un rato con tal de disfrutar de una mezcla de colores que me parece deliciosa, aunque no más que sus labios o la forma en la que los aprieta cuando no quiere dejarse llevar por el impulso.

—Por tu energía, tu atracción… eres como el primer rayo del sol que hace a un lado la oscuridad —comenta en voz baja y no espera un segundo más.

Vuelve a besarme y yo enredo los dedos en su nuca, la atraigo hacia mí y me quedo así hasta que siento que voy a perder la respiración.



18
REVOLUCIÓN

EDITH

21 de mayo de 2021. Leiden, Holanda.

Pasé noches y noches sin dormir, con los nervios a flor de piel y un nudo en el estómago que parecía hacerse más grande conforme avanzaban las horas. Guardaba conmigo un secreto que me moría por gritar a los cuatro vientos, sobre todo a una Agnes que cada día parecía más desesperada por conocer cuál era esa sorpresa de la que quería hablarle. Tras un par de meses de reuniones con el banco y la inmobiliaria que vendía el edificio del número sesenta y siete de la calle Rapenburg, por fin había conseguido el aprobado para seguir adelante y adueñarme de la propiedad. El sueño de montar mi propio Bed & Breakfast tomó forma en cuestión de unas horas y aunque prometí a mi mejor amiga que sería la primera en contarle lo que pasaba, no pude evitar ir directa a casa deseando decírselo Lise.

Por el camino, pasé por su pastelería favorita y compré una tarta pequeña de queso con la que siempre solíamos celebrar los logros personales de la otra. Bien sabía que la idea de dejar la empresa de mis padres y lanzarme al vacío era una locura, sobre todo al contar solo con mis ahorros, pero ya no quería estar más anclada a sus horarios y decisiones en un lugar donde Helen y Andreas siempre estarían por encima de mí. Con la ilusión reflejada en mi sonrisa caminé y antes de entrar en casa me arreglé un poco el pelo con las manos, como si estuviera a punto de tener una primera cita con el amor de mi vida. Quise darle una sorpresa por lo que procuré no hacer ruido con las llaves ni tampoco al abrir la puerta. Los nervios se me anudaron en el estómago y al ir hacia el salón me di cuenta de que algo no estaba bien.

—¿Cariño…? —pregunté al aire, extrañada porque sabía que se había quedado en casa para adelantar algunos informes del trabajo.

Mis pasos me llevaron al pasillo que daba a nuestro dormitorio y en cuanto crucé el umbral la tarta se estrelló contra el suelo. El ruido al aplastarse se me atravesó con la misma velocidad que di un paso hacia atrás y acabé estampándome contra el marco de la puerta.

—Edith, ¿qué haces aquí? —Los ojos se me anegaron en lágrimas al ver a mi mujer en la cama con una de sus compañeras de trabajo.

—¡Joder! Yo… será mejor que me vaya —titubeó esta con torpeza y no pude moverme ni un solo centímetro mientras veía cómo salía de mi cama y recogía la ropa.

Abrí la mano derecha y las llaves también acabaron en el suelo. En ese momento, sentí un enorme peso alrededor de mis tobillos, solo quería que la tierra me tragase.

—Eres… —logré musitar, pero apenas tenía voz.

—Cariño, esto no es… ha sido un error, yo… —Lise se puso el camisón que tantas veces le quité con mis propias manos y se acercó a mí con expresión desencajada—. ¿No ibas a llegar más tarde?

—¡Eso es lo único que tienes que decir! —Grité, con tanta fuerza que sentí la garganta arder.

—Lo siento, madre mía, perdóname. Yo no… yo no…

—No ¿qué? ¿No querías hacerlo? Claro. —Escuché la puerta de casa y al notar sus manos me las quité de encima con odio y asco a la vez—. No me toques, quiero que te largues de aquí.

—Déjame explicártelo, te prometo que no ha significado nada, cariño… yo te quiero.

Intentó besarme, sujetarme las mejillas… Al apartarme corrió hacia mí y enredó los dedos en mi abrigo. El *shock* me llevó a darle un manotazo que le abrió una herida en los labios y la hizo caer de rodillas, desesperada, rota por las lágrimas, aunque algo seguía diciéndome que estas no eran de arrepentimiento.

—Lárgate de aquí, no quiero verte cuando regrese a casa, puedes irte con esa zorra si quieres.

—¡Edith, tienes que perdonarme! ¡Espera!

Lise gritó y gritó incluso cuando salí del dormitorio y bajé las escaleras. Al encontrarme con las calles de Leiden rompí a llorar y caminé sin rumbo fijo durante horas hasta acabar en casa de Agnes y contarle, derrotada, lo que había pasado. La ilusión que tenía por empezar a cumplir un sueño maravilloso se convirtió en pesadilla y en ese momento, creí que nunca volvería a encontrar el rumbo.

. . .

22 de agosto de 2024.

—Espero que tengan un maravilloso viaje de vuelta, siempre que quieran De grote reis estará a su servicio.

—Ten por seguro que volveremos, querida Edith. —Me despido de la señora Rodrigo con un abrazo y no puedo evitar sonreír mientras su marido le abre la puerta del taxi nada más salir del B&B.

Permanezco unos segundos así, con los codos apoyados en el escritorio y la barbilla en mis manos, siempre que los huéspedes se van satisfechos y felices siento un cosquilleo en el estómago al que todavía no me acostumbro. Haber creado esto desde la adversidad es un sueño cumplido, el mejor y uno al que no quiero poner fin.

El teléfono suena y parece que lee mis pensamientos.

—De grote reis, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me gustaría hacer una reserva para últimos de mes, en concreto el día treinta, ¿hay alguna habitación disponible? Tengo un poco de prisa. —La voz de la mujer suena igual de seca que su pretensión y a mi cabeza se viene el recuerdo de ese maldito arquitecto.

—Claro, deme un momento —pido y llevo la mirada con hastío hacia la libreta de reservas.

Veo el hueco libre y aunque mi primer impulso es decirle que no, dibujo un círculo y pongo una sonrisa con tal de evitar que se me note el hastío.

—Sí, tendré habitaciones libres, ¿a qué nombre quiere que haga la reserva? —Anoto Simone en el hueco una vez que me lo dice y al girar la cara me encuentro con la sonrisa de Irene mientras se toma un café en una de las mesas del salón. Desde ahí, me guiña un ojo y tira un beso con la mano antes de acariciarse el cuello con picardía—. Perdone, ¿ha dicho algo más?

—Que si tengo que pagar por adelantado —repite la mujer.

«Maldita sea», pienso y me obligo a apartar la mirada, tengo que centrarme en el trabajo.

—No es necesario, puede hacerlo cuando llegue, pero tengo que tomarle todos los datos por la política de cancelación.

—Está bien, está bien, dese prisa.

Pongo los ojos en blanco y apunto lo que la mujer me dice. Apoyo el auricular entre mi oreja y el hombro y pongo la atención donde sigue Irene. El teléfono se me cae por su culpa cuando se desabrocha uno de los botones de la camisa sin mangas que lleva. Por suerte, ya había colgado la llamada, porque de no ser así tendría que haber aguantado a una mujer que ya vaticino, nos va a dar algún que otro dolor de cabeza. Rulo un mechón de mi pelo y niego.

—Menos mal que falta un poco —susurro como si supiera de verdad que no va a ser una

huésped modelo.

Hecho un vistazo a la libreta y me alegra saber que tendré unas horas para arreglar la habitación que acaban de dejar los Rodrigo. Últimamente hemos tenido tanto trabajo que apenas me ha dado tiempo a respirar o poder salir a hacer unas compras en paz. Agnes no ha parado de insistir en avisar a su madre para que se ocupe de la recepción y vayamos a tomar unas copas con nuestros amigos. Hace unas semanas le habría dicho que no, pero ahora me apetece verlos y echar a un lado la rutina.

Voy hacia la cocina y le dedico un guiño a Irene. Al entrar choco con una tonelada de tortitas puestas en varios platos y a mi mejor amiga canturreando con sartén y espátula en mano.

—¡Qué susto! —se queja en cuanto me ve y apunta con esta—. A ver si dejas de entrar así, que no eres un fantasma.

—Uy, uy, qué cascarrabias te has levantado hoy, ¿no has dormido bien? —bromeo y la obligo a entrecerrar los ojos. Como siga así sí me va a lanzar algo de verdad a la cabeza—. Estaba pensando que mañana podrías preguntarle a tu madre que si nos hace el favor y se encarga del B&B. Así salimos con los chicos.

Suelta un gritito y la tortita a la que estaba dando la vuelta se le cae en la encimera llenándolo todo de masa. Aparta la sartén del fuego y lo apaga con la velocidad de un rayo, como si acabara de suceder un milagro.

—Dime quien eres y donde está la Edith de antes —suelta y se acerca colocando sus manos en mis mejillas, mirándome bien de cerca—. ¿Tienes fiebre? —Me toma la temperatura y me hace bufar.

—Mira que eres tonta, ¿es que no puede apetecerme salir por ahí? Con lo pesada que has estado con eso y ahora me vienes con esas.

—Porque llevas meses, ¡meses! sin querer saber nada de ellos. Ya has visto que han tenido que venir aquí para verte, o sino nada.

—Tampoco te pases —debato y le doy la espalda con tal de no verle la cara.

—¿Ah no?

Busco el trapo de cocina y lo mojo dispuesta a limpiar el desastre que ha hecho por toda la encimera, a veces es una cochina. Al girarme, la veo de brazos cruzados con gesto de total incredulidad.

—Bueno, vale, digamos que los he abandonado un poco —admito y ella levanta los brazos victoriosa.

—Nos, y todo porque Lise no paraba de mandarte mensajes y tus hermanos de agobiarte.

Precisamente, buscar el apoyo de tus amigos es lo que debes hacer cuando te pasa algo de esa magnitud, no dejarnos a un lado y encerrarte en el trabajo. —Creo que llevaba días con ganas de echarme la bronca por mi actitud.

Que muchos estén en el círculo de mi exmujer tampoco es que ayude mucho, aunque siempre me han dejado claro que eso no debería afectarme. Siempre he sido una mujer sociable, alguien a quien le gusta divertirse, igual de viva que las flores que hay en mi jardín y haberme perdido en un laberinto de inseguridades provoca que, por no saber gestionar mis emociones, haya días en los que a pesar del tiempo que ha pasado me odie y sienta miedo a la vez.

—¿Le vas a pedir a tu madre que venga o no? —insisto con ganas de llevar la conversación a otra parte.

—En cuanto termine le mando un mensaje, no pensé que todos fueran a querer desayunar tortitas.

—Eso te pasa por hacerlas de maravilla. —Voy hacia ella y le doy un beso en la mejilla antes de meter el dedo en la masa y llevarlo a mi boca.

—¡Deja de hacer la guarra en la cocina! —Me azota con la espátula en el culo y ambas rompemos a reír. «Cómo me gusta llevar este negocio con ella»—. ¿Qué tienes pensado para cuando los huéspedes se vayan? Porque me parece que hay una persona ahí fuera que espera llevarte a dar una vuelta.

Mueve las cejas con diversión y la odio por ponerme así de nerviosa.

—No deberías alegrarte tanto, ya sabes cómo me siento al respecto.

—Yo digo que dejes de pensar en su edad y que disfrutes del tiempo que esté en el B&B —comenta y enciende el fuego de nuevo—. Además, no es que te vayas a casar con ella o algo así.

Lo suelta a la vez que le pego un bocado a una y la comida se me va al otro lado haciéndome toser por culpa de la impresión.

—Te mato… —me quejo, roja por la falta de aire.

Agnes rompe a reír y niega.

Salgo de la cocina por la necesidad de no escucharla hacer más conjeturas tontas y nada más entrar al comedor me encuentro con la protagonista de mis nervios. Las dudas se instalan en mi cabeza, hay un montón de razones por las que no seguir adelante con esto, por mucho que me guste pasar tiempo con Irene y haya disfrutado de su… La mirada que me dedica enciende el fuego que recorre todo mi cuerpo y al pasar por su lado le acaricio el cuello sin que nadie se dé cuenta.

A veces odio a Agnes, sobre todo, porque es la voz de mi razón.



19
VOLVER A SER LA DE ANTES

IRENE

A pesar de que es martes, el canal de Rapenburg está lleno de embarcaciones. Desde que hemos salido del B&B sin un rumbo marcado, se me ha puesto una sonrisa en labios, aunque la verdad, es que estoy algo nerviosa y espero darle una sorpresa a Edith. Ella continúa en silencio, con la mirada al frente, curioseando cada detalle de lo que hay a nuestro alrededor como si no viviera aquí. No se lo he dicho, pero me encanta la forma en la que sus ojos se abren cada vez que ve algo que le gusta, como los ramos de flores que están repartidos por muchos de los puentes que ya he cruzado en una ciudad que cada día me parece más bonita.

No puedo evitar observar el cielo, perderme en el movimiento de las nubes blancas como si quisiera encontrar ahí a mi abuela y saber qué piensa sobre mi necesidad de conocer la ciudad donde se crio. Dora habló conmigo la otra noche y me tranquilizó mucho después de lo que pasó. También me dijo que algún día me llevaría a la casa donde vivieron nuestros abuelos antes de que el mío decidiera trasladarse a Nottingham, aunque no estoy segura de estar preparada para dar ese paso.

—¿Ves esas repisas y estanterías de pared? En la floristería. —Edith interrumpe mis pensamientos y señala a nuestra derecha, a un pequeño local que está repleto de flores de un sin fin tonalidades.

—Qué bonito.

—Es de Liam, el chico que pone el puesto en el mercado. Yo le ayudé a hacerlas, igual que algunos de los adornos que tiene en el interior del local.

—Espera… —Su confesión me pilla por sorpresa. A mi cabeza se viene un lugar en concreto del B&B, el primero que me gustó cuando busqué información en su página web—. La mesa del rincón de lectura, ¿la has hecho tú?

—Es una de mis pasiones y de mis pequeños secretos, no todo el mundo sabe que me suelo desahogar con la carpintería, aunque hace un par de meses que no hago nada.

—Vaya… no lo diría con las manos tan suaves que tienes —suelto lo primero que se me pasa por la cabeza y ella rompe a reír—. ¿Qué? Sabes que es verdad —protesto. Verla de esa manera altera mis nervios y me doy cuenta de la tontería que he dicho. —Me gustaría, antes de regresar a casa, verte hacer alguna pieza.

—¿Cuándo tienes pensado irte? —Darle vueltas a la idea me pone un nudo en el estómago, porque tras dejar Leiden regresaré a un lugar del que querré huir de nuevo.

—Todavía no lo sé, quiero conocer un poco más a la familia de nana y la ciudad. —Me encojo de hombros, pero no comparto con ella el malestar que siento al pensar en volver a casa y tener que enfrentarme, entre otras cosas, a mis padres.

Desde la última conversación que tuve con él, no se han dignado a enviarme ni un solo mensaje y ya doy por hecho que les da igual lo que nos hicieron a mi abuela y a mí. Agacho la mirada y me obligo a respirar un par de veces con tal de que Edith no vea lo mal que me siento. No quiero estropear el paseo ni que ellos ocupen nuestra conversación cuando lo que más deseo es conocerla un poco más.

—¿Y tú? ¿Te irás de vacaciones cuando el verano acabe y no haya tanto trabajo?

—Ni idea, hace mucho que no me tomo unos días para mí, por no hablar de hacer las cosas que me gustan.

—¿Por qué? —Alza las cejas y se muerde el labio inferior, otra de sus señales con las que me dice que no le gusta hablar de esos temas, como la mañana que nos encontramos por aquí—. No hace falta que me lo digas, podré soportarlo.

Suelta una risilla y después niega. El movimiento en la calle es frenético y veo muchas terrazas desde aquí.

—¿Tomamos un helado y te lo cuento?

Parece que me lee el pensamiento y no tardo en estampar un beso en su mejilla.

—A ver si adivinas cuál es mi favorito —la reto y muestro una sonrisa divertida.

Ando más deprisa y al girarme le guiño un ojo. La veo caminar hacia mí con el vestido que lleva puesto y que deja ver sus muslos de vez en cuando. La sonrisa que esboza provoca la mía, también que mis pensamientos viajen a los instantes en los que clavé mis dedos en su piel, en sus caderas, invadida por el deseo, el mismo que se despierta cada vez que estamos cerca y puedo respirar de su mismo aire. Aprovecho la oportunidad y hago unas cuantas fotografías sin apartar la mirada de ella.

Al llegar a la heladería busco una mesa libre y me siento sin esperar. Ella niega al verme así de inquieta, un rasgo que de vez en cuando no puedo controlar, sobre todo si estoy un poco

nerviosa o con alguien como ella, que me mira con curiosidad y en silencio.

—Espero que no seas de vainilla y chocolate —comenta y apoya bien la espalda.

—No, el chocolate lo dejo para otras ocasiones especiales —digo sugerente.

Me encanta retarla y ver cuánto aguanta en morderse el labio interior o rizar uno de sus mechones entre los dedos. Un camarero llega y pide el suyo en inglés, de mango y coco con ralladura de limón. Después me mira a mí y tengo que obligarme a no sonreír porque quiero llevarle la contraria e ir a lo común solo por ver la cara que pone.

—Para mí de mora con almendra. —El chico asiente y se va dejándonos a solas—. Era el favorito de nana, desde que lo probé lo pido en cada ciudad que visito.

—Tenía muy buen gusto —comenta y me encanta la forma en la que lo dice.

—Una pena que no todo el mundo se diese cuenta de lo maravillosa que era.

—A veces, nuestras familias no son lo que soñamos o queremos. A mí me pasa lo mismo. —Se lleva las manos al pelo y aparta un mechón poniéndose algo más seria—. El otro día quedé con mis hermanos a comer y me hicieron una encerrona para que me viera con mi exmujer, Lise —cuenta con tristeza, ahora entiendo por qué estaba así y no quiso decirme nada en el momento.

—Joder… menuda mierda —afirmo y se encoge de hombros—. ¿La cosa no acabó bien?

—Era el amor de mi vida —admite con un brillo en los ojos que despierta en mí una sensación de celos inesperados—, y la pillé en la cama con una de sus compañeras de trabajo. El mismo día en que el banco aprobó el crédito para poder abrir De grote reis.

Me quedo paralizada sin saber muy bien qué decir. Soy capaz de ver el dolor que siente, mezclado con un toque de tristeza y decepción que no puede compararse a nada de lo que yo haya vivido. Intento ponerme en su lugar, pero no puedo, porque está claro que yo no he conocido el amor de esa forma; hasta el punto de querer unir mi vida con alguien para siempre. A su lado, soy una cría que no puede ofrecerle consuelo.

—Lo siento mucho… tuvo que ser muy doloroso.

—Muchísimo, durante mucho tiempo me sentí perdida, y tampoco tuve el apoyo de mi familia. Ellos siempre lo justificaron como un error y hasta hoy hacen lo posible porque regrese con ella. Creo que vivir algo así me cambió, porque ya no soy capaz de disfrutar de las mismas cosas.

—¿Cómo qué? —El vacío que siente se le nota a mil leguas, tanto que provoca el temblor de sus labios y las dudas a la hora de seguir hablando.

—Solía salir en bicicleta, perderme por los campos de flores y tulipanes durante horas

cuando era época. La escalada también es una de mis pasiones y ahora creo que no voy a tener idea de subir una sola presa en el rocódromo. Simplemente he dejado de hacer las cosas por miedo a encontrarme con ellos, lo hacíamos todo juntos.

—Llévame contigo —suelto sin pensar. Edith guarda silencio y el camarero nos interrumpe dejando los helados en la mesa, y cuando se marcha, no pierdo la oportunidad de convencerla—. Nunca lo he probado y me apetece hacer cosas nuevas, además, seguro que así te animas. Te prometo que no te haré pasar vergüenza —añado con picardía.

—Algo me dice que lo harías de maravilla. —Carraspea y se entretiene con el helado y la cucharilla. Por el silencio que ataca a sus labios parece que esconda algo más que no quiere decirme, aunque al final me dedica una sonrisa y afirma—. ¿Qué te parece el domingo? No creo que Agnes ponga ninguna pega. Si se lo comento estoy segura de que me echará encantada del B&B.

—Se nota lo mucho que te quiere y cuánto te cuida —comento y me tomo unos segundos para probar el helado. Suelto un gemido de placer y echo la cabeza hacia tras—. Joder, qué bueno está… no me extraña que a mi abuela le encantara. Podría jurar que el de aquí es el mejor que he probado en mi vida.

—Es de las heladerías más famosas que hay en la ciudad, aunque en Ámsterdam hay otra que te encantaría.

—Pues vas a tener que llevarme. —Alzo las cejas y ella niega mientras sonríe.

No pienso perder la oportunidad de pasar más tiempo con ella y me parece que ya se ha dado cuenta. Quisiera seguir con la conversación, pero mi teléfono suena y veo que es una video llamada de Sandra. Me anima para que responda y aunque no me apetece mucho, lo hago.

—¡Aburrida! ¿Qué tal va todo por allí? —grita y escucho jaleo de fondo.

Se nota que llevan de juerga desde que han llegado.

—Pues aquí estoy, comiendo un helado de mora y almendra. ¿Y vosotros qué? De borrachera en borrachera ¿no?

—Ya ves tía, no hemos parado desde que el avión llegó a Venecia. El festival está siendo la hostia y ¿sabes qué nos falta? ¡TÚ! —Mueve el teléfono y los chicos levantan los brazos y sueltan un «¡Eso!» que me hace negar—. En serio, si hubieses querido podrías haberte tomado un par de días, aunque ya veo que te has olvidado de tus amigos.

—No te pases que eso no es verdad, ya te dije cómo estaban las cosas —protesto. A veces odio que se ponga así, aunque en el fondo, sé que es porque me echa de menos—. Si me hubieras contestado a mis mensajes sabrías que he conocido a la familia de nana.

—¡Espera, espera, que por ahí no era joder! —grita a Gonza y lo veo encogerse de hombros—. Perdona, ¿qué decías?

—Nada, que espero que lo paséis bien.

—¿Sabes qué vamos a hacer? ¡Ir a verte! Lo tengo decidido, en cuanto acabe el AMA me pillo un vuelo directo a Leiden.

—Será a Ámsterdam, aquí tienes que llegar en tren —rectifico.

—Qué pedante eres a veces, ¿quieres verme o no? —No soy capaz de responder nada, aunque parece que le da lo mismo—. ¡Que ya voy! —grita otra vez a su espalda—. Te llamo cuando tenga el vuelo reservado, chao, chao.

Me deja con la palabra en la boca y un dolor de cabeza que ignoro al mirar la pantalla y darme cuenta de la cantidad de notificaciones que tengo de mis redes sociales. Últimamente no paran de llegarme comentarios fuera de tono que he ignorado por completo, con respecto al lugar donde estoy y su dueña, quien me mira sin perder detalle.

—Tienes un acento precioso, aunque no haya entendido una palabra —comenta a punto de reír—. ¿Me enseñarás un poco de español antes de irte?

—Claro que sí, pero solo si me llevas al rocódromo —afirmo y presto atención a mi helado que ya está derritiéndose un poco. Entrecierra los ojos y río con picardía, me encanta convencerla de esta manera. Chupo la cuchara despacio y alzo una ceja—. ¿Hay trato?

—Hecho.



20
LOS GIROS DE LA VIDA

EDITH

23 de agosto de 2024.

Hace tanto que no salgo por ahí que estoy nerviosa. Sobre la cama tengo un par de vestidos y un montón de ropa; llevo más de media hora frente al espejo y nada termina por gustarme. Es todo tan absurdo que con el paso de los minutos, siento que estoy a punto de rendirme. Al menos hasta que entre lo que hay colgado en el armario, encuentro un mono veraniego de color aguacate oscuro que es de espalda abierta y tirante cruzado. No me lleva más de un segundo probármelo y arreglarme un poco el pelo. El toque perfecto son unas sandalias bajas marrones y algunas pulseras que me compré en el mercado y que todavía no he usado, por lo que me las pongo y observo el *outfit* completo mientras que el teléfono vibra sobre la mesita de noche. Agnes ya está de camino, así que me maquillo un poco y me coloco unas gotas de perfume.

Al bajar, me la encuentro con su madre y un gesto de aprobación que se mezcla con orgullo.

—Guau, ¿con quién va a ligar esta noche señorita Visser? —bromea y le pego un manotazo antes de abrazarla.

—No digas tonterías, me ha costado un mundo decidir qué ponerme.

—Qué lástima que cierta huésped no esté aquí para ver lo guapa que vas. —Su madre alza una ceja y la fulmino con la mirada.

—¿De quién hablas? ¿Ha pasado algo? —pregunta ella y yo niego rápidamente.

—No le hagas caso a tu hija Julie, si tienes alguna duda ya sabes que puedes llamarme.

—Mi madre sabe muy bien lo que hay que hacer por aquí —aclara Agnes y me agarra del brazo—. Vámonos ya, que los demás van a montar una fiesta en cuanto te vean.

—Qué exagerada eres. —Rompo a reír y me despido de su madre con un par de besos en la mejilla.

—Como si no supieras que tengo razón…

De Leidse Danssalon —una discoteca creada para nuestra quinta que mezcla hits clásicos con música actual— está a cinco minutos de aquí y al ir calle abajo no puedo evitar pensar en la cantidad de veces que he estado cerca de ellos y me he negado a disfrutar de unas copas en su compañía. Tiempo atrás teníamos la tradición de ir a Ámsterdam una vez al mes y aunque me hubiera gustado poder hacerlo ahora, supongo que ya tendremos oportunidad más adelante. «Si no te machacan por pasar de su cara». Agnes va agarrada de mi brazo y los labios me cosquillean por las ganas de contarle que voy a llevar a Irene al rocódromo, sin embargo, me lo guardo para y me concentro en pasarlo bien esta noche a pesar de que no paro de preguntarme qué es lo que estará haciendo ella en este momento.

—¿Quiénes vienen al final?

—Nosotras dos, Nina, Annie, Chris y…

—¿Y? —Levanto una ceja y me paro en seco, no me gusta nada la cara que ha puesto.

—Creo que le comentó a tu hermano que si quería venir. —Agnes se gira y agarra mis manos con fuerza, como si quisiera evitar que me largara de aquí, y vaya que si quiero—. Antes de que digas nada, no es una encerrona para que hables con él.

—¿Ah no? ¿Entonces qué coño es? Joder, para una vez que digo de salir con vosotros y me venís con estas.

—¡Se siente fatal! ¿Vale? Sabe que no hizo bien las cosas y tú no le has contestado las llamadas, ya conoces a Andreas, le avergüenza mucho fallarte —aclara y pone esos ojos de cachorrito con los que suele ganarme.

Siempre ha tenido una consideración desmedida con mi hermano y no entiendo el por qué.

—Pero no tuvo problema en engañarme para que me viera con Lise —protesto y echo la cabeza hacia atrás soltando un bufido desesperado.

—Tú misma lo dijiste, Helen es quien lía siempre las cosas. Deberías darle una oportunidad, te prometo que no ha querido hacerte daño, no ha parado de contarme mal que se siente. —Entrecierro los ojos y ella carraspea como si no hubiera dicho nada.

—¿Qué pasa aquí? —insisto, aunque enseguida tira de mi brazo.

—Nada que deba decirte ahora mismo.

Insistiría, de hecho me anoto hacerlo más tarde, porque ahora no puedo centrarme en otra cosa que no sea en nuestros amigos y esa sensación extraña que me ataca y me hace sentir que han pasado siglos desde la última vez que nos vimos.

—¡Pero si es la perdida! —grita Chris y me abraza con tanta fuerza que apenas puedo respirar—. ¿Cuánto hace que no nos vemos, diez años? —bromea.

—Mira que eres tonto. —Le doy un manotazo en el pecho y un beso en la mejilla—. ¿Ya no te acuerdas de la fiesta de cumpleaños o qué? —le reprocho y enseguida se encoge de hombros como si quisiera hacerse el loco.

—Eso fue hace tres meses, me sirve de excusa para decir que te he echado de menos. Estas dos me han dicho que el verano en De grote reis va de maravilla. —Mueve las cejas emocionado y yo lanzo un suspiro—. No esperaba menos de ti, te lo has currado muchísimo.

—No todos piensan lo mismo —aclaro y enseguida sabe por dónde voy.

—En cuanto a eso…

—No pasa nada. —Se lleva una mano a la nuca y le doy otro beso—. A lo mejor nos vendrá bien hablar y todo, ¿sabes si va a tardar mucho?

—Me ha dicho que llegaba en quince minutos, así que ¿entramos?

Todas seguimos a Chris, quien se encarga de pagar las entradas y abrirse paso dentro de la discoteca. Las luces ya se mueven por todas partes y la pista de baile está repleta de personas que quieren olvidar el peso de sus obligaciones; ambiente que se me contagia en cuestión de un segundo. Hacía tanto que no disfrutaba de una noche así que no puedo evitar ponerme a bailar incluso antes de pedir una copa. Annie y Nina me acompañan y cuando mi hermano aparece, se queda rezagado contándole algo al oído a mi mejor amiga. «Aquí pasa algo», pienso, aunque al escuchar *Don’t Stop the Music* de Rihanna paso de historias y levanto los brazos.

Me muevo al ritmo de la música, cierro los ojos y me empapo del ambiente a la vez que canto, rodeada de personas desconocidas y dos amigas que también lo dan todo. Las copas llegan a nuestras manos y bebemos los cócteles mientras nos evadimos de cualquier cosa que haya podido darnos dolor de cabeza estos días. Me siento tan bien que he de reconocer que echaba todo esto de menos; salir con las personas que más quiero, ser esa mujer que capaz de divertirse sin pensar en el mañana.

De repente, Andreas se acerca a mí y me planta un beso en la mejilla.

—Me alegra que estés aquí —grita por encima de la música para que pueda oírle—. ¿Hablamos?

—Ahora no —aclaro y al ver la mueca que dibuja en sus labios, sonrío—. Está sonando una de nuestras canciones favoritas, ¿es que no te acuerdas?

Andreas presta atención y su gesto cambia por una felicidad que me lleva de viaje a aquel instante, cuando él cumplió los veinte y me sacó a la pista de baile. *Love Don’t Let Me Go* de

David Guetta suena, contoneo mis caderas y bebo lo que queda de mi segundo cóctel. Sujeta mi mano y me hace girar, bailamos juntos recuperando parte de lo que fuimos por aquel entonces, porque las obligaciones de la adultez y lo que hemos vivido ha hecho que nos separemos poco a poco.

Sus ojos azules brillan y las arrugas por las preocupaciones del día a día desaparecen durante los tres minutos y treinta y seis segundos que dura la canción. Sin embargo, los dos volvemos a la realidad y sé que no voy a poder evitar esa charla con él, por lo que le doy mi mano y nos guío hacia un lugar más apartado, dejando a nuestros amigos en la pista dándolo todo.

—Quiero pedirte perdón, no sé qué se me pasó por la cabeza.

—Yo creo que sí lo sabes —reprocho, aunque enseguida cambio el tono de voz—, todos estáis empeñados en que debería haber perdonado a Lise, que me conviene estar con ella, que podría buscar otra manera de ser feliz a su lado a pesar de lo que hizo. Y no es lo que quiero Andreas, ¿de verdad tienes ganas de verme tan infeliz?

—¡Que no! —grita y agacha la vista arrepentido—. Mira, reconozco que cuando todo pasó pensé que podíais arreglar las cosas, es verdad. Me dejé llevar por la opinión de Helen, papá y mamá, pero ahora… jamás le desearía a nadie esa infelicidad.

Frunzo el ceño y lo miro extrañada, nunca dice las cosas a la ligera, ni mucho menos con esa expresión.

—¿Ha pasado algo? —Busco su mano y la acaricio.

—Mi matrimonio se ha acabado —suelta y me llevo las manos a la boca. Rápido, conecto la conversación que he tenido antes con Agnes y la busco en la pista de baile. «No puede ser»—. De hecho, hace mucho que no me unía nada a Karen, pero ya sabes cómo son nuestros padres, las apariencias lo parecen todo. He intentado durante un tiempo hacer a un lado lo que siento y no puedo seguir así, es más, no quiero.

—¿Estás enamorado de…? —Miro otra vez a mi mejor amiga y al volver a los ojos de mi hermano, sé que no necesito una afirmación—. ¿Cuándo ha pasado?

—Pues hará un año. —Abro los ojos por la sorpresa y él sonríe con calma—. Cuando fuimos a Ámsterdam para el simposio de Nina, tú y yo nos habíamos peleado y…

—¿Te acostaste con ella?

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué te crees que todo el mundo va poniendo los cuernos a la gente? —Su cara hace que rompa a reír y lo abrazo fuerte—. ¿Y ahora qué te pasa?

—Que me gusta la idea de veros juntos, no sé por qué. Creo que necesitabas en tu vida a

alguien como ella, aunque te advierto que es una cabezota de cuidado.

—No me digas, creo que algo de ti se le debe de haber pegado. —Le doy un manotazo en el pecho y ríe conmigo—. Solo espero que las cosas vayan bien, ya tengo tramitado el divorcio y supongo que después de eso tendremos nuestra primera cita de verdad.

—Has sido todo un caballero por respetar en todo momento a tu mujer, gracias por no ser como Lise —aclaro y aunque un sentimiento de tristeza se me ovilla en el pecho, no tardo en echar eso a un lado—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias hermanita —dice, vuelve a abrazarme y después aparta un mechón de mi cara —. Aunque si te soy sincero, creo que deberías intentar hablar con ella, no solo por las dos sino por los demás. Ellos nunca lo van a admitir, pero sé que les gustaría que saliésemos juntos.

—Lo voy a intentar, prometido —aclaro y busco su mano de camino hacia la barra—. ¿Por qué no me invitas a una copa y bailamos otro rato?

—Claro. —Se pasa una mano por su pelo rubio y viene conmigo. Cuando llegamos se da la vuelta y apoya la cintura—. Y tú ¿qué? ¿Todavía no vuelves al mercado?

La pregunta me pilla por sorpresa e intento librarme llamando al camarero, aunque no me hace ni caso y con la mirada de Andreas puesta en mí, sé que no tengo escapatoria. En la pista de baile veo a dos mujeres moviéndose juntas, sonríen mientras disfrutan de la música y se besan sin despegarse ni un solo centímetro. Busco a mi alrededor y no puedo evitar pensar que me gustaría que Irene estuviera aquí, a pesar de que sé que son un millón de cosas las que nos separan. Mi hermano alza las cejas y yo me encojo de hombros, dándole la única respuesta que tengo.

—La verdad es que no lo sé.



21
TENTAR A LA SUERTE

IRENE

25 de agosto de 2024.

Edith se mantiene en silencio de camino al Club Windflower, un centro para profesionales y personas que quieren iniciarse en la escalada. Su semblante está serio y ya es la segunda vez que se acaricia las manos mientras agarra el asa de la bolsa de deporte, como si estuviera a punto de afrontar la prueba más importante de su vida. Me da miedo preguntar y que se eche atrás, aunque creo que lo que más me asusta es la idea de que al final no quiera venir conmigo.

Ayer fui con Ingrid a comprarme unas mallas y ropa deportiva, y aunque todavía no tengo idea de cómo voy a hacerlo, me muero de ganas por empezar a subir las presas que se me pongan por delante. De hecho, también he cargado el móvil con la intención de dejar grabado todo lo que pase hoy y poder enseñárselo a ella. Con tal de ganar la apuesta que hicimos, haré lo que sea. Además, las cervezas gratis son bienvenidas siempre.

Los nervios empiezan a subirme por la garganta y de lejos ya veo las aguas del río Oude Rijn que pasan por aquí. Varias embarcaciones están encalladas y me fijo en el bonito contraste que crea la hierba de la zona con la pintura de estas.

—¿Sabes? Todavía tengo pendiente dar una vuelta por los canales, ¿te apetece venir conmigo algún día? —Edith no contesta, parece que se haya evadido por completo de la realidad —. ¿Hola? —muevo una mano delante de sus ojos—. Sí, sí, perdona… ¿qué decías?

—¿Seguro que estás bien? Porque podemos dar media vuelta. No quiero que te sientas incómoda conmigo… —Por el gesto que pone, parece que lo que insinúo no le ha hecho mucha gracia y me frustro porque no sé qué hacer.

—No te hagas ideas preconcebidas Irene, que no es eso.

—¿Entonces? —pregunto preocupada—. Si no te parecía buena idea podrías haberte negado y ya está.

—¿Por qué siempre tienes que pensar que el mundo está en tu contra? —espeta y al verme

dar un paso hacia atrás me sujeta de la muñeca—. Perdona, no quería ser tan brusca, te prometo que no es por ti, es que este lugar… es de mis lugares principales con los amigos y… Lise.

—Ah… —Llevo la mirada hacia el edificio del club y aprieto los labios—. Joder, no tenía ni idea, qué tonta soy, ni siquiera te lo debería de haber propuesto. Pensaba que solo lo hacías con ellos, no creí que fuera una cosa de… pareja.

—No pasa nada, supongo que tengo que dejar de evitar los lugares donde venía con ella, además, hoy es domingo así que seguro que ni se asoma por aquí. —Se encoge de hombros y nos anima a continuar.

—Ya verás cómo nos divertimos. —Me agarro de su brazo y le doy un beso en la mejilla —. Publiqué una encuesta en Instagram y nadie da un duro por mí, pero les pienso callar la boca y hacerlo que te cagas.

A pesar de que la he hecho sonreír tengo claro que la situación no debe ser fácil para ella. Seguro que tiene un montón de sentimientos encontrados y que ese malestar no se borrará de su expresión durante un tiempo. No obstante, en cuanto abrimos la puerta y entramos, los ojos le brillan al chocar con las paredes repletas de presas de colores y varias personas que escalan con y sin cuerda por ellas. Un hombre la saluda en holandés y le da un fuerte abrazo, incluso deja las manos en sus hombros y la mira como si hiciera siglos que no se pasa por aquí.

Me quedo varios pasos atrás por vergüenza y aprovecho el momento para hacer unas cuantas fotografías que ya quiero subir a mis redes sociales.

—Ella es Irene, es su primera vez —dice ya en inglés y su colega estrecha mi mano.

—*Welkom*, espero que te gusten las emociones fuertes porque te prometo que aquí las vas a sentir, Edith ya está curtida en esto, seguro que te enseña muy bien.

—No lo dudo. —Le dedico a ella una sonrisa y carraspeo.

Subo una historia con la primera fotografía que he hecho y etiqueto la ubicación. Después de pedir los zapatos para las dos, se despiden y Edith regresa conmigo. Ahora parece más contenta y cuando muerde la goma que lleva en la muñeca para agarrarse una coleta, no puedo evitar pensar en sus labios sobre mi piel y cómo me marcó aquella noche. La piel se me eriza y me obligo a volver a la realidad, sobre todo, porque estoy deseando empezar con esto y descubrir dónde está mi limite.

—Lo primero que vamos a probar es la escalada en búlder, en esas paredes bajas de allí. —Señala con la cabeza y sigo sus pasos sin rechistar—. Así podrás concéntrate en la técnica y el movimiento sin pensar en la altura, si se te da bien pasaremos a algo más difícil.

—Genial, aunque ya te digo que lo voy a conseguir sí o sí.

—Qué atrevida, no quieres que se te resista nada ¿eh? —comenta y alza una ceja como si me retara.

—Bueno, creo que ya te diste cuenta la otra noche, ¿no? —suelto con picardía y me encojo de hombros.

Camino hacia atrás y le dedico un guiño sin dejar de sonreír. La veo entrecerrar los ojos y muerdo mi labio inferior con la única intención de provocarla. Edith niega y viene sin perder más tiempo. Cuando está a mi lado tira la bolsa al lado de la mía y se arrodilla para abrirla. En el interior hay un par de cinturones que sujeta regalándome una sonrisa maliciosa antes de rodearme con uno de ellos, cerrarlo a la altura de mi vientre, apretarlo y atraerme hacia ella de un tirón. Momento que aprovecha para clavar sus dedos en mi cintura y atarme algo a la espalda que no he alcanzado a ver. «Joder, no puedo despegarme de sus ojos».

—Carbonato de magnesio, para tener las manos secas, aunque de momento no creo que te haga falta.

—Espero que lo hayas disfrutado —aclaro y enseguida camino hacia la pared sin perder la oportunidad de comérmela con la mirada.

Las presas son bastante grandes y me agarro a un par de ellas con seguridad. Ella se pone en la pared de mi derecha y enseguida afianza las manos, después se impulsa y se queda suspendida en el aire antes de buscar el agarre con sus pies. Me quedo embelesada con sus brazos y trago saliva, verla así de concentrada y fuerte me parece tan sexi que al apoyar el pie no lo hago bien y caigo de espaldas contra la colchoneta.

—Yo que tú me centraría en lo que tengo delante, o me parece que hoy no vas a poder conmigo.

—Te la estás jugando… —amenazo en tono bromista—. Voy a callarte esa boca que tienes.

—Atrévete. —Me dedica un guiño y en un santiamén recorre la pared de lado a lado.

Lo hace tan rápido que no puedo evitar sentirme un poco tonta, aunque un rato más tarde le cojo el punto a pesar de que los brazos me duelen demasiado. No pensé que necesitaría tener tanta fuerza para esto. Nunca me había fijado en lo atlética que es; los músculos de la espalda se le marcan bajo la camiseta de tirantes y mi mente me lleva de regreso a su cuerpo, a cada una de las curvas que toqué con mis manos. Imaginarlo me ayuda a aferrarme a las presas y casi sin darme cuenta subo unas cuantas hasta la parte de arriba. Después, me cuelgo un rato y doy un salto hacia la colchoneta. Tengo las manos rojas por el esfuerzo y la respiración entrecortada, pero juro que esto es lo más increíble que he hecho en mucho tiempo, sobre todo por la manera en la que ella se acerca a mí y me enseña una barrita de chocolate.

—La vas a necesitar —comenta y antes de dármela, le pega un bocado y se relame los labios con la misma picardía que yo he tenido con ella antes.

El sudor perla su piel y varios hilos le caen por su pecho, colándose en entre la camiseta morada. Está un poco despeinada, aunque tengo que admitir que me encanta verla así, tan vibrante, atrayente y sexi que me dan ganas de encerrarla en los vestuarios y no dejarla salir hasta agotarla de placer.

—Qué guapa eres —digo en español y levanta una ceja. Me tomo el atrevimiento de acercarme a ella y me pongo de puntillas para susurrar en su oído—. Después te lo digo.

Le dedico un guiño y me como la barrita. Edith lanza un suspiro y yo me encojo de hombros, agarro la bolsa y pruebo a subir otra vez. Al cabo de un rato —cuando considero que ya estoy preparada— voy hacia la pared donde las cuerdas ya están instaladas en las rutas. Esta vez soy yo quien se pone el arnés, aunque no pierdo la oportunidad de acariciar mi cuerpo mientras ella me mira. Veo la cima y me obligo a tragar saliva, no parecía tan alta desde la entrada. «Venga que tú puedes», pienso y me pongo el magnesio para un mejor agarre. Lo primero que hago es afianzar las manos y busco donde poner los pies antes de empezar la escalada.

—Fíjate bien donde pones los pies, tienes que buscar un buen agarre. —Al prestarle atención la veo de brazos cruzados y alzo una ceja.

—¿Es que no vas a subir?

—Prefiero ver cómo lo haces primero, me gustan las vistas que tengo desde aquí —comenta con picardía y niego—. A ver si eres capaz de llegar a la cima, ¡pero no te envalentones!

«Se está vengando, seguro. Ya le daré su merecido»

—¿Todavía no me conoces? —la reto y al segundo pongo la atención en las presas.

Según los videos de YouTube que vi ayer —porque ni loca iba a venir aquí sin saber de qué iba todo esto—, el agarre de los pies te permite distribuir el peso del cuerpo de manera más equilibrada, lo que se traduce en no acabar contra el suelo. Suspiro y me concentro en buscar puntos firmes y después muevo las manos para controlar el movimiento y avanzar en la escalada. Desde aquí la distancia con la cima parece mucho mayor de lo que había visto desde el suelo y empiezo a sentirme nerviosa y a respirar más rápido. No suelo tenerle miedo a las alturas y aunque llevo el arnés, pensar en la caída hace que tropiece y me agarre fuerte. El pecho me da un pinchazo y tengo la sensación de que la ansiedad va a hacer de las suyas.

—¿Estás bien? —grita Edith. Me cuesta centrarme, aunque asiento como puedo—.

Espérame que voy contigo.

Cuento los segundos lentamente y respiro con calma hasta que la veo aparecer a mi lado. Nos separan unos pocos centímetros, pero yo la siento a kilómetros de distancia y eso me tensa un poco más. Agacho la mirada y suspiro.

—Seguro que ahora te parezco una listilla —comento avergonzada.

—Pues no, me pareces preciosa, incluso estando un poco asustada —dice con voz dulce y la manera en la que me sonríe hace que me cosquillee el estómago—, pero no deberías mirar hacia abajo. Busca las jarras y descansa un poco, respira y evita los pellizcos y las regletas, ¿vale? Esta pared no es para expertos así que no te preocupes.

—Está bien… —afirmo y hago lo que me dice. Haber buscado información y la charla que me ha dado antes de salir del B&B me ayuda a tener un poco más de confianza. Algo que no tardo en aplicar, aunque suba muy despacio—. ¿Mejor?

—Lo estás haciendo genial, ¿te gusta?

—Sí, solo que para la próxima no iré de chulita —bromeo más conmigo que con ella, pero se ríe y pone una sonrisa en mis labios—. Puedes ir bajando si quieres, creo que necesito un descanso.

—Vale.

Asiente y da un salto que la manda a la colchoneta en nada. Lo hace con una destreza increíble y siento un poco de envidia, tanto que tengo ganas de intentarlo de nuevo, pero cometo el error de mover la mano derecha y mi pie a la misma vez. El miedo a caer me aturde y eso es precisamente lo que pasa, tan rápido que trastabillo y me voy contra ella sin poder evitarlo.

—Ah, joder —suelto un quejido, las dos estamos sobre la colchoneta y al apoyar las manos en esta tengo su boca casi pegada a la mía—. ¿Estás bien?

Observo mi reflejo en sus ojos y después la forma en la que se moja los labios. El tiempo se paraliza un momento y noto el latido de mi corazón en las sienes, es imposible que solo con mirarme cree una revolución en mi interior.

—Vaya, no esperaba verte.

Escucho una voz que nos es totalmente ajena. Levanto la mirada y me encuentro con una mujer guapísima que mira a Edith con una sonrisa pícara. La impresión de la caída queda a un lado cuando me aparta y se levanta. No ha sido más que un susto, pero cuando hago lo mismo la veo totalmente pálida, como si acabara de ver a un fantasma, y no tardo mucho en descubrir la razón.

—Lise, ¿qué haces aquí?



22
ALGO DISTINTO A MÍ

EDITH

El silencio se vuelve incómodo, sobre todo al notar cómo Lise mira a Irene, quien intenta por todos los medios no salir corriendo. Carraspeo e intento mostrarme serena, aunque no es que me guste la situación. Mi acompañante muestra una sonrisa y se quita el arnés con cuidado, no estoy segura de si va a querer regresar aquí después de esto.

—Lo habitual. Sabes que vengo a escalar un par de veces al mes —contesta con toda la naturalidad del mundo—. ¿Y tú? Hace un siglo que vienes, ¿ahora das clases a novatas?

—Irene —suelta ella y se estrechan las manos—. Me alojo en De grote reis, y Edith se ofreció a enseñarme las mejores cosas de la ciudad, ¿verdad?

—Sí… claro. —Trago saliva y me aparto un mechón de la cara. Todavía llevo puesto el arnés, me lo quito con torpeza y dejo la cuerda en su lugar—. De todas formas, ya nos íbamos, tengo muchas cosas que hacer.

—Seguro que Agnes puede ayudarte más tarde —comenta Irene, después mira a Lise y le vuelve a sonreír como si quisiera demostrarle algo. Parece que esté marcando territorio y eso me hace sentir incómoda—. Incluso yo.

—Deberías de hacerle caso y descansar un poco, darte el lujo de disfrutar de lo que te gusta, como hacíamos antes. —Mi exmujer no ayuda a la situación y cuando se acerca solo quiero que se me trague la tierra. Inesperadamente, me abraza y pone sus labios en mi oído—. Te sigues viendo preciosa ahí arriba. —Se aparta y mira a Irene—. Un placer conocerte. Espero que nos veamos por aquí antes de que tus vacaciones se terminen, seguro que mejoras tus caídas.

«Había olvidado lo arrogante que podía ser». Dos minutos de conversación y ya me duele la cabeza. Nos deja a solas, pongo las manos en jarras y echo la cabeza hacia atrás, necesito respirar un poco o me volveré loca. De todas las cosas que esperaba que pasaran hoy, encontrarme con mi ex no estaba en la lista, sobre todo porque no solía venir en domingo.

—¿Estás bien? —Irene acaricia mi abrazo y lleva la mirada hacia donde está Lise.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto, más por la frustración del momento que por estar realmente enfadada, aunque no lo parezca—. Marcar territorio como si fuera algo tuyo.

—¿Y ahora por qué te cabreas conmigo? Yo no tengo la culpa de que haya aparecido de la nada. Te avisé, si no querías hacer esto, podrías haberlo dicho.

—Deja de ponerte a la defensiva, que esto no solo va de ti. —Su expresión cambia por completo y le veo la intención de marcharse en los ojos. De hecho, camina hacia las bolsas, agarra la suya y se la cuelga a la espalda sin decir ni media. Lise nos mira con esa estúpida sonrisa en los labios, como si se sintiera ganadora de algo—. Espera, no quería que sonara así…

—Seguro que no —susurra Irene, me acerco a ella y la obligo a que me mire.

—Te lo digo en serio, me ha encantado venir aquí contigo, de hecho, muchísimo. —La miro a los ojos y acaricio su cuello antes de romper la distancia para susurrarle algo al oído—. Tienes un culito muy mono —aclaro y ella me da un empujón.

—Pues si lo quieres, vas a tener que esforzarte un poco. ¿Echamos una carrera? —Levanto una ceja y ella se muerde el labio inferior con ese gesto pícaro que empiezo a echar de menos cada vez que no la tengo cerca.

—¿Segura? ¿Y qué vas a darme si gano?

. . .

El agua de la ducha se desliza por mis dedos y acompaña al movimiento de mis manos. Acaricio la espalda de Irene despacio, sin perderme ni un solo centímetro, hasta que llego al tatuaje del colibrí y me agacho para clavar los dientes ahí. Saboreo su piel y disfruto de la sensación que esto me produce, da igual que esté de espaldas a mí porque puedo imaginar exactamente su expresión y cómo se estará mordiendo el labio inferior. Mientras me pongo de pie, marco un recorrido con mis labios, dejo besos por todas partes y acabo en su cuello donde me regocijo unos segundos hasta que echa la cabeza hacia atrás y se mueve para atrapar mi boca con la suya.

Sus curvas bajo mi tacto son una maravilla que no puedo dejar de tocar ni de descubrir. Nuestras lenguas se enredan en un beso que me hace gemir y perder todo el aire que tengo en los pulmones, pero ni cuando necesito respirar quiero alejarme de ella.

—Siento mucho lo de antes —susurra, se gira y me mira a los ojos—. No me gusta parecer una cría, porque te prometo que no lo soy.

—Ya lo sé —aclaro, le acaricio el cuello y después aparto el pelo mojado de su cara—. Nunca he creído que lo seas.

—Pero sí te cohíbe que sea tan joven. —Aunque dibuja una sonrisa, sus ojos son el espejo de las dudas que la recorren y, a decir verdad, es algo que también me pasa—. Yo no me esperaba nada de esto.

—¿El qué? —Acaricio su nariz con la mía y no aparto la mirada en ningún momento. Mis manos se pasean por sus hombros, sus brazos y van a su cintura, también a su vientre donde dejo varias caricias que también me ponen los pelos de punta.

—Que me gustaras tanto —confiesa y rompe la poca distancia que nos separa. Irene me besa sin esperas, y recorre mi espalda con los dedos. Tira de mis labios y me hace sisear además de sentir un cosquilleo en el estómago que no desaparece ni cuando estamos lejos la una de la otra—. Sé que aquella noche fui muy… tonta, no debí dejarme llevar por el alcohol o lo que me pasó, pero cuando lo pienso, sé que volvería a repetirlo una y otra vez. Eres una mujer impresionante, Edith.

Desliza su mano derecha por mi cuerpo y acaba entre mis piernas. Vuelve a besarme y se baña en mi humedad, donde marca caricias que me sacan los primeros suspiros; me apoyo en la pared de la ducha y en su pecho, ahí donde puedo sentir el latido de su corazón, tan frenético como el mío.

—Solo tengo miedo a… que esto sea una locura que acabe por hacernos daño a las dos —menciono con la voz entrecortada. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, tengo que morderme el labio para evitar gritar de placer cuando invade el interior de mi sexo y se abre paso entre las paredes. Dios, es jodidamente increíble—. Tú podrías estar haciendo mil cosas por la ciudad, con otras personas de tu edad, en vez de… estar conmigo.

—Yo siempre estoy donde quiero estar —aclara y lleva su mano libre a mi nuca.

Enreda los dedos en mi pelo y me atrae hacia ella para besarme sin esperas. El deseo que siento me eriza la piel y no tardo mucho en buscar su cuerpo, cada una de sus curvas, su sexo. Tiemblo de placer y ella gime conmigo cuando la acaricio y empiezo a entrar en su interior al mismo ritmo que ella marca conmigo.

Las dudas sobre lo que siento se convierten en humo al besarnos y darme cuenta de que aquí no hay ni una sola barrera que pueda separarnos. Sus labios marcan mi piel y yo hago lo mismo con ella. Descubro que quiero más cada vez que se me pone la piel de gallina e Irene no tarda en corresponder, en llevarme a una locura que no solo me hace gritar, sino volver a sentir, como si las partes dañadas que existían dentro de mí estuvieran curándose gracias a ella. Caigo en sus ojos y no solo veo color sino luz, el café que te sabe a gloria, los tulipanes que empiezan a florecer para convertir Leiden en un paraíso.

Me dejo llevar sin presiones, sin dolores de cabeza, sin pensar en lo que estará bien o estará

mal, sin contar los días hasta que sus vacaciones se acaben y las dos tengamos que volver a la realidad.



23
LA FELICIDAD PUEDE SER NUESTRA

IRENE

27 de agosto de 2024.

Parece que el tiempo haya pasado volando, aunque en realidad, he sentido cada día como si fuese el primero que estoy aquí. Ingrid me envía otro mensaje e insiste en que no debería esperar más para hacer una visita a la universidad y aunque lo que quiero es negarme, creo que conocer un poco más de la cultura de Leiden me va a gustar. Respondo que sí y me pongo a revisar el resto de mensajes. Desde la última vez que hablé con Sandra, no he vuelto a saber nada de su intención de venir, así que deduzco que estará muy ocupada con Gonza y el resto, viviendo la vida a tope en los pubs más famosos de Venecia. Es increíble cómo nuestras líneas vitales están en diferentes escalas y lo lejos que me siento de ellos algunas ocasiones.

Mi cuenta ha ganado un montón de seguidores estos días y aunque he empezado a recibir comentarios de todo tipo por estar en De grote reis y con Edith, prefiero ignorarlo y concentrarme en seguir disfrutando del viaje y editar videos que poder subir más tarde. A pesar de que no he dicho nada en voz alta sobre lo que empiezo a sentir por ella, la gente ya saca sus propias conclusiones y deja su opinión sobre qué debería hacer o con quién debería juntarme. Esto es lo que más odio de crear contenido, la exposición a la malicia que tienen algunas personas.

—No le des más importancia —susurro para mí.

En el jardín corre una ligera brisa que anuncia el final de agosto y aunque los pelos se me ponen de punta me niego a moverme de aquí y perderme las vistas que tengo delante. Edith lleva los guantes de jardinería puestos y poda algunas ramas que han crecido alrededor de sus plantas y que parecen no gustarle nada por el gesto que tiene ahora mismo.

Quiero ir hacia allí, darle un beso y ponerle una sonrisa en la cara, aunque el teléfono me interrumpe con una llamada de Sylvia.

—Pensaba que ya no querrías saber nada de nosotros —dice en cuanto descuelgo.

Después de lo que pasó me ha costado un poco gestionar las cosas y he sentido miedo de volver a verlos, como si yo tuviera la culpa de las acciones de mi madre.

—Al contrario, la verdad es que os echo de menos, sobre todo el *Hachee* de Dora. —Las dos reímos y suspiro—. Siento no haberos llamado antes, a veces no soy consciente de cuánto me aíslo cuando alguien me hace daño, es un defecto que tengo que cambiar.

—A veces lo necesitamos, créeme, yo también soy hija de alguien —bromea—. Una cosa, el viernes celebramos el cumpleaños de Stefan, podrías pasarte por aquí.

Me quedo un segundo en silencio, Edith golpea una rama con enfado y pone una sonrisa en mis labios.

—Vale, ¿puedo llevar a alguien? Creo que os caerá de maravilla.

—¡Claro! Siempre se puede cocinar para una persona más, en fin, espero que tengas un buen día. Ah, y el contenido que subes es la hostia, tienes que darme algunos consejos de edición.

—Lo haré, te lo prometo. Gracias por avisar Sylvia.

Se despide y cuelga la llamada. Dejo a un lado los emails y el trabajo —que aquí no parece ni siquiera eso— y voy con la mujer que pone mariposas en mi estómago. Me pongo a su espalda y le soplo con dulzura al oído.

—¿Perdiendo otra batalla contra las flores?

—Que va, mi ojo no ha está en peligro —responde y al mirarme, me maravilla con su sonrisa—. Tengo pendiente hacer algunos cambios, se lo comenté a Liam, pero aún no tengo muy claro qué cambiar.

—Estaría muy guay que pusieras repisas a la salida del jardín creo que combinaría muy bien con las fotografías que hay nada más entrar, un contraste entre lo clásico y el color. —Edith mira hacia allí y se cruza de brazos pensativa, me encanta cómo el ceño se le frunce y tuerce los labios—. Y te recuerdo que me debes verte con la carpintería.

—Tienes mucho morro —dice y alza una ceja—. Aunque estaría muy bien, y poner algunos rosales o enredaderas que llenen los espacios que hay en la fachada que da a la otra casa. Ojalá hubiera podido comprar un sitio más amplio para el B&B, tendría un jardín mucho más bonito que este.

—Pues yo lo veo perfecto. —Me encojo de hombros y acaricio los pétalos de una de las zinnias naranjas—. Pero tengo una curiosidad, ¿por qué no has plantado tulipanes? En tus redes sociales y la web no lo he visto.

—Porque su cuidado lleva mucho tiempo, necesitan tener el drenaje perfecto y no pueden

estar en cualquier maceta. Sinceramente, creo que si se muriera algún tulipán a mi cuidado me moriría de la vergüenza, son el símbolo de nuestro país, algo muy importante y no quiero tener ese descuido. —Muerde el interior de sus mejillas y niega—. Seguro que piensas que es una tontería.

—Para nada, se nota que son importantes, aunque por eso creo que necesitas más tiempo libre y pensarte bien lo de contratar a alguien que trabaje en el B&B. —Me acerco a ella y acaricio su cuello—. Así tampoco tendría que pedir cita para salir a dar una vuelta contigo —añado con picardía y bajo la mano poco a poco hasta llegar a su cintura—. Te prometo que Agnes no tiene nada que ver con esto, soy yo la que me he dado cuenta del trabajo que lleva atender a todos los huéspedes.

—Me cuesta mucho confiar en la gente, sería como darle un pedazo de mi corazón a alguien desconocido y no sé…

—Hasta hace dos semanas yo también era una desconocida —comento, y la forma en la que suena me parece increíble. Beso sus labios sin pensar en la gente que pueda haber a nuestro alrededor y al sepárame de ella le dedico un guiño—. Esto es lo que te pierdes por estar metida aquí todo el día…

Doy media vuelta y contoneo mis caderas de camino hacia la mesa donde estaba. En cuanto recojo el ordenador subo a la habitación y me pongo unos vaqueros cortos que acompaño con una blusa. La universidad está aquí al lado así que no tardo mucho en llegar. Ingrid me saluda y al quitarse las gafas de sol veo las ojeras pintar sus párpados. Alzo las cejas y bufa enseguida, creo que, si tuviera a alguien delante, hasta le daría un puñetazo.

—¿Te he dicho ya cuánto odio a los universitarios?

—Creo que un par de veces, sí —comento en tono bromista—. ¿No te dejan dormir?

—Se tiran toda la noche gritando en la calle como si la ciudad fuese suya. Adoro que tengan vacaciones después de meses sin parar de estudiar, pero joder, que algunos ya somos adultos.

—Totalmente, ya estamos en la mediana edad —digo y rompemos a reír—. Yo al final sí he prestado más atención al trabajo de lo que prometí.

—Ya he visto tu Instagram y la sensación que causas, aunque espero que también hayas hecho turismo, además de escalada ¿mmm? —Me quedo en silencio y se lleva las manos a las sienes exageradamente, como si acabara de cometer un delito mortal—. No me lo puedo creer, o sea que todavía no has ido a ver los molinos o el jardín botánico.

—¡Juro que quería hacerlo! Pero es que…

—¿Es que…? —Deja la pregunta al aire y se saca del bolso la cajetilla de cigarrillos. Al ofrecerme uno niego y hace el amago de encenderlo—. No te molesta ¿verdad?

—Para nada, aunque esperaba que entrásemos ya.

—No, no, antes quiero enseñarte algo en lo que seguro no te has fijado —comenta y empezamos a caminar—. ¿Has tenido más problemas con tu familia? ¿Es por eso?

—Para nada, bueno, de mis padres no sé absolutamente nada, pero ya me da igual y el viernes celebro el cumpleaños de mi primo, solo han pasado cosas que no me esperaba…

Ingrid alza las cejas y da una calada profunda al cigarrillo. El humo vuela frente a nosotras y aunque no me gusta mucho el olor del tabaco, no comento nada.

—Bueno, que conste que yo ya lo he dicho, si te vas de Leiden sin haber disfrutado de sus lugares emblemáticos no será mi culpa.

—Te prometo que no voy a cometer ese delito —bromeo, me encojo de hombros y echo un vistazo a nuestro alrededor—. Todavía me queda un tiempo por aquí, no quiero hacer las cosas con prisas.

Ella me mira sin entender bien a qué me refiero, dejamos atrás la universidad y cruzamos una calle hacia un edificio antiguo con una fachada blanca espectacular. Conforme nos acercamos me doy cuenta de que está repleta de letras y ya de cerca, veo el número veintitrés y un poema de E. E. Cummings que leo con un cosquilleo en los labios. Es difícil sentirte pleno en un lugar del que apenas sabes nada, emocionarte de esta forma, pero hay detalles en Leiden que continúan maravillándome, como si fuera al encuentro con nana y pudiera darle un abrazo otra vez.

Al pensar en ella, me doy cuenta de lo mucho que le habría gustado ver esto, sentir que el arte es capaz de llenar el corazón a través de las calles, justo en los momentos que más pareces necesitarlo.

—El proyecto se llama *Poemas en la pared*, y hay más de cien repartidos por la ciudad en distintos idiomas, aunque para descubrir algunos tienes que buscarlos bien.

—Parece que haya caminado con los ojos cerrados, ¿cómo he podido perderme algo así? —comento frustrada, el teléfono me vibra en el bolsillo y enseguida soy consciente de la razón —. Voy a tener que encontrar un balance.

—Te va a sonar extraño, pero a veces me hubiera gustado crecer en otra época, sin las prisas o las quejas, sin tener que estar dándolo todo porque parece que nada es suficiente. El tiempo se esfuma y apenas somos conscientes porque nos movemos como un robot, por ejemplo, sé que me gusta estar en el bar, pero ¿lo quiero para siempre? Claro que no. —Da otra calada al

cigarro y me mira unos segundos—. Lo peor de todo es que el miedo a decepcionar a mis padres es casi mortal, porque ellos nunca han querido esto para mí y dudo que tengan los mismos deseos que yo.

—¿Y cuáles son?

—Abrir mi propia galería de arte. —No sé por qué esperaba que fuese algo así.

Le sonrío y busco el teléfono solo para enseñarle parte de mi trabajo.

—Yo no supe que esto era mi sueño hasta que hice mi primer viaje con nana —comento con nostalgia—. La manera en la que viví aquellos días me marcaron para siempre y empecé una especie de diario en redes sociales. Cuando murió sentí un vacío tan grande que solo pude llenar descubriendo otros lugares, y así hasta ahora. Lo que pasa es que esto se ha vuelto un poco… automático.

—Supongo que ahora tienes más presión por parte de las marcas que quieren que hagas publicidad ¿verdad?

—Pues sí, y me gusta, no te voy a decir que no, pero creo que era más feliz cuando solo me dedicaba a compartir con la gente la gastronomía y cultura de los lugares a los que iba sin tener esta presión detrás. —Suspiro y vuelvo a leer algunas palabras del poema—. Lo que quiero decir es que no tenemos por qué estar de acuerdo siempre con las directrices que nos marcan. Es verdad que nuestros padres no han vivido en una época fácil, pero ¿eso nos tiene que obligar a seguir sus pasos y poner precio a nuestra propia felicidad? Nana me enseñó a que por encima de todo estoy yo, y tú deberías hacer lo mismo, nunca es demasiado tarde para tomar las riendas.

Ingrid me sonríe y se acerca a mí para darme un beso en la comisura de mis labios que me deja un poco estática. Después comparte una caricia en mi cuello y mira calle abajo, justo hacia donde está el edificio de la universidad.

—Te tomaré la palabra, serás la primera en ver mi galería cuando esté en marcha —promete, empieza a caminar y se termina el cigarrillo en unas cuantas caladas—. Eso sí, vas a tener que decirme que cosas inesperadas han pasado, porque no me gusta quedarme las dudas, sobre todo si la persona me interesa tanto como tú.

Trago saliva y asiento sin más. Por suerte, Leiden se ocupa de llevar mi la atención hacia otra parte, aunque mi mente se haya quedado estancada en otra cosa.



24
UNA NUBE GRIS

EDITH

30 de agosto de 2024.

Hacía siglos que no gozaba tanto de la ciudad como en este último par de días. Agnes y su madre se han ocupado del B&B mientras yo he disfrutado de Irene y su incansable gusto por hacerme sonreír. Hemos ido de compras, a visitar un par de los jardines secretos de Leiden y también hemos planeado cómo voy a construir las repisas que adornaré con algunos rosales y tal vez, algún que otro tulipán cuando sea temporada. A pesar del extraño miedo que siempre he tenido por algo tan sencillo, cada vez que ella lo nombra o pone la idea en mi cabeza, no puedo evitar querer empezar cuanto antes. De hecho, ya he encargado los tablones de madera y voy a usar el garaje de mi mejor amiga para empezar a construir.

—¿Estás segura de que quieres ponerte a hacerlo conmigo? Te advierto que incluso después de ducharte, vas a encontrar serrín en los lugares menos esperados.

—¿Y perderme cómo te ves cuando estás haciendo algo que te encanta? Mmmm, creo que no.

Estamos apoyadas en la barandilla del puente de Rapenburg y las aguas se mueven al compás del movimiento de las barcas que transitan el canal. Podría venir aquí un millón de veces y descubrir cosas nuevas de mí cada vez que veo mi reflejo en ellas, pero lo que lo hace especial es Irene, que se gira y se pega a mi cuerpo con esa picardía que mostró el primer día que nos vimos. Sus manos acarician mi pecho y suben poco a poco hacia mi cuello donde marca algunos círculos antes de besar mis labios.

—Estoy nerviosa por lo de esta noche —susurro con mi expresión reflejada en sus bonitos ojos—. No tengo idea de lo que van a pensar cuando…

—¿Y qué más da lo que piensen? Yo quiero que vengas, que estés conmigo y eso es lo único que te debería importar. Lo gente puede opinar lo que quiera.

—Agnes me ha dicho exactamente lo mismo —comento y esbozo una sonrisa—. Cuando

le hablé la primera vez de lo que pasó se mostró tan encantada que me pilló por sorpresa, aunque con los días también he entendido por qué.

—¿Sí? —Asiento y vuelve a besar mis labios—. ¿Y ahora cómo te sientes?

—Resulta que mi hermano y ella se han enamorado, aunque esto no lo sabe nadie, de momento lo llevan discretamente porque Andreas está en pleno proceso de divorcio. —Pienso en la idea de verlos juntos y no puedo expresar la felicidad que siento a pesar de que últimamente no me he llevado muy bien con él—. Ellos también se llevan diez años, supongo que por eso me lo dijo, pero…

—¿Pero? —Irene entrelaza sus dedos con los míos y me observa sin separarse ni un solo centímetro.

—No quiero que te pierdas nada por mí, cosas que están hechas para tu… edad.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que eso no me interesa? Mira, Sandra, me dijo que vendría a verme y desde entonces no he recibido ni un solo mensaje de ella, tampoco de Gonza o el resto de mis amigos. —Se encoge de hombros y a pesar de que sonríe, veo cierta aura de tristeza en su bonita mirada—. Es obvio que no estoy en el mismo punto que ellos y siempre ha sido así, imagino que tiene que ver con haberme criado con mi abuela y lo que tuve que pasar con ella. No digo que no me guste salir de fiesta, hacer alguna locura, beberme unas cuantas copas… pero…

—Ya sabemos cómo acabó eso la última vez —interrumpo y las dos reímos ante el recuerdo.

—Lo que quiero decir es que puede que tenga veinticinco años, pero no siento que esté en esa línea vital, como el resto de personas de mi edad. Te lo dije el otro día, yo siempre estoy donde quiero estar, así que no le des vueltas a eso, ya me encargo yo de cerrarles la boca.

—¿Y eso? —Pongo las manos en su cintura y me acerco más a ella—. ¿Lo dices por algo?

—Es una forma de hablar. —Carraspea y vuelve a besar mis labios, al mismo tiempo que dejo escapar un suspiro. Al mirarla a los ojos veo esa sinceridad que se reconoce fácilmente en ella, pero lo que me pasa es que, aunque tenga razón y yo la crea, todavía hay cosas que no me puedo sacar de la cabeza.

—¿Regresamos? Tengo en la agenda que los nuevos huéspedes van a llegar en media hora y quiero ver que todo está en orden.

—Claro, aunque esta tarde no puedes faltar a nuestra cita, o me verás enfadada de verdad.

—Ah, ¿pero es qué hay un nivel superior a lo que he visto estos días?

—Siempre —responde encantada y echo la cabeza hacia atrás mientras caminamos.

Ir con ella de la mano despierna algunos nervios que no puedo ignorar. Quiero dejarme llevar, hacerle caso y también a Agnes, pero no puedo evitar darme cuenta de las miradas de las personas que pasan por nuestro lado. Me preguntó qué pensarán los demás cuando lo sepan o sí voy a tener fuerzas para decírselo.

«Tómalo cómo una historia de verano, las dos lo pasáis bien juntas, no tiene nada de malo disfrutar de unos días mientras te dejas llevar». Recuerdo las palabras de mi mejor amiga y suelto el aire lentamente. Tal vez sea yo quien le da demasiadas vueltas a todo cuando no tiene tanta importancia, al final Irene se irá en algún momento y cuando se marche, yo tendré que seguir con mi vida como si nada. Pero, qué difícil es disfrutar y no hacer caso cuando conoces las diferencias que te separan de una persona y, sobre todo, que esto va a tener un final.

—He pensado llevar algo a casa de tus primos, ¿sabes si tienen algún dulce favorito?

—Yo creo que si traes unos cuantos *stroopwafels* te los ganas nada más entrar a casa. El otro día me comí un par en otra cafetería y estaban malísimos. —La cara de asco que pone no tiene precio y me hace reír—. Agnes tiene buena mano con los dulces, debería de probar hacer cosas nuevas en el B&B, ya sabes, para que nos podamos llevar algo cuando regresemos a casa. De hecho, le pediré preparar un par de publicaciones especiales con eso.

—Claro, se lo comentaré… —Siento una punzada en el pecho, aprieto su mano y aunque le sonrío estoy segura de que se ha dado cuenta de mi malestar.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, no pasa nada —miento.

Por suerte, llegamos a De grote reis y me olvido de dar explicaciones que no van a tener ningún sentido. Ella asiente y no pregunta, pero al girarse y dar un paso hacia adelante se para en seco. Frente al B&B hay un taxi y el conductor saca las maletas de los huéspedes que iba a recibir en un rato. «Mierda» me digo, aunque el semblante de Irene me impide dar un paso adelante.

—Mamá… papá… ¿qué hacéis aquí? —suelta y cuando se giran y nos miran suelto su mano rápido.

—¡Sorpresa! —Otra chica de su edad sale del taxi y corre a por ella. Cuando la abraza, Irene no es capaz de corresponder, se ha quedado de piedra—. Sabía que te íbamos a dejar sin aliento. El otro día hablé con tus padres y les conté que tenía pensado cambiar mis vacaciones para venir a verte y ya ves, los convencí de que me acompañaran, aunque claro, yo me alojo en otro hotel.

—Pero…

—Bienvenidos a De grote reis —digo yo y prácticamente corro hacia la puerta—. No los esperaba hasta dentro de veinte minutos.

—Sí, es que me equivoqué con la hora del tren, no entiendo como una ciudad que es tan famosa, todavía no tiene aeropuerto. —La mujer habla con hastío y siento un nudo en la garganta.

El que debe ser su marido sonríe y le muestro la mano.

—Encantada de recibirlos, pueden pasar a la recepción, seguro que mi compañera ya tiene lista la llave de su habitación.

—¿Es que piensas quedarte ahí parada? —Antes de entrar veo cómo se refiere a Irene y esta camina sin más.

Ha perdido el brillo en la mirada y parece como si la felicidad se le hubiera esfumado de golpe. Su amiga se le agarra del brazo y juntas van a por el resto de maletas que se han quedado en la puerta. Por suerte, Agnes escucha el jaleo y se acerca a mí sin perder un segundo. Cuando me mira, lo hace sin comprender nada de lo que está pasando, así que niego y le pido que me ayude con la mirada.

Empiezo a sentir náuseas y un dolor punzante en las sienes, pero lo que más me duele es darme cuenta de cómo Irene parece estar dolida ante una encerrona que estoy segura no le debe de haber hecho ninguna gracia. Lo primero en lo que pienso es en esta noche, y después, se viene a mi cabeza la forma en la que sus padres nos han mirado antes de que yo soltara su mano.



25
SECRETO INESPERADO

IRENE

Me pongo el rímel con las manos temblorosas, de hecho, al final tengo que dejarlo sobre el tocador y apoyarlas si no quiero que esto acabe en un desastre. Recuerdo las respiraciones aprendidas en yoga y en las diferentes sesiones con mi psicóloga y empiezo a tomar aire en un intento por calmar mis nervios. Por suerte, Sandra se ha ido hace un rato y encerrarme en mi habitación me ha parecido la mejor idea a pesar de que apenas me queda tiempo para terminar de arreglarme e ir a casa de mis primos.

Lo que iba a ser una cita maravillosa con Edith se ha convertido en una pesadilla con mis padres como invitados de honor. Hace una hora que he hablado con Dora y comentado lo que ha pasado, al rato me ha enviado un mensaje en el que los ha invitado a cenar con la única intención de arreglar las cosas, pero es que yo no sé si hay algo que quiera solucionar. Menos en este sitio, un lugar en el que me he sentido plenamente feliz después de tanto tiempo.

No sé cuántos días van a quedarse, pero ya quiero que se vayan. Que la que se supone es mi mejor amiga esté de su parte con la excusa de «No quería que lo siguieras pasando mal por esto», me ha vuelto a demostrar que en el fondo no me conoce tanto como yo creía, porque al contrario de lo que ha hecho, yo jamás le habría preparado una encerrona de esta magnitud. Alguien llama a la puerta y estoy tentada en gritar y mandar a la mierda a quien se atreva a molestar, sin embargo, Edith aparece por el hueco al abrir y alivia parte del malestar que siento en la boca del estómago. No sé cómo no me he encerrado en el baño y me he puesto a vomitar. Supongo que el daño que me provoqué en el pasado y durante mis periodos de ansiedad, ha frenado el impulso.

—¿Cómo te sientes? —Sus bonitos ojos buscan los míos y me zambullo en ese mar azul donde quiero quedarme para siempre.

—Un poco mejor, la tila de Agnes hace maravillas —comento e intento sonreír, aunque no me sale. Me avergüenzo tanto de la situación que no tengo idea de por dónde empezar—. No

esperaba que Sandra fuera a hacer algo así, ni que mis padres se presentasen aquí. Siento que van a darte muchos dolores de cabeza.

—No pasa nada, es algo con lo que lidio muy a menudo —bromea, aunque no hay nada de divertido en su expresión.

—Sí pasa, ellos son… tú no los conoces, les da igual las personas. Les he importado poco durante toda mi vida. —La tristeza me invade y siento las lágrimas acudir a mis ojos, a la mierda el rímel. Lo único en lo que puedo pensar es en que ojalá nana estuviera aquí para refugiarme entre sus brazos—. He sentido ganas de…

Cierro la boca rápido y agacho la vista.

—¿De qué?

Se pone de cuclillas y busca mis manos con calma. Las caricias que deja sobre mi piel me entregan otra vez esa seguridad que en ciertos momentos he creído perdida a pesar de mostrarme al mundo como una chica que es capaz de arrasar con todo.

—Cuando empecé la universidad estaba sometida a tanto estrés y ansiedad por culpa de ellos que desarrollé bulimia nerviosa —confieso y por vergüenza, aparto la mirada de ella—. Estos últimos meses han sido un reto constante por no volver a ese lugar donde estuve, a punto de destrozar a nana. Fui un sufrimiento constante para ella.

—No digas eso. —Me abraza y apoya mi cabeza en su hombro. Puedo escuchar el latido frenético de mi corazón y no sé por qué siento un terrible miedo porque me vea como algo de lo que poder despojarse. Igual que otros han hecho conmigo—. Estoy segura de que tu abuela estuvo ahí dándolo todo porque te quería. Aunque un poco terca sí que eres —bromea y eso me hace reír—. ¿Tu amiga sabe todo esto?

—Qué va —suelto y al apartarme suspiro—. Ella no tiene ni idea de nada, vive en su mundo de yupi. —Edith me mira sin entender y rectifico—: En las nubes, como tiene lo que quiere al alcance de su mano con solo llamar a sus padres, cree que los demás somos iguales. De hecho, piensa que todo en mi vida es maravilloso, cuando está claro que no.

—Por eso tiene más valor lo que haces, buscar aquello con lo que eres feliz sin caer en lo que los demás quieran para ti. —Edith se levanta y me cede su mano. Nuestras miradas se encuentran y me besa—. Ahora vas a salir ahí fuera y les vas a demostrar a tus padres que esto que haces es mucho más importante que lo que piensan de ti. Y también vas a disfrutar del cumpleaños de tu primo como si yo estuviera allí.

—Lo peor es que no y lo estaba deseando, presentártelos a todos, decirles que…

—Shhhh. —Pone su índice en mi boca y besa mi frente—. Ya habrá otro momento para

eso, ahora termina de maquillarte que vas tarde.

. . .

La tensión puede cortarse con un cuchillo. Sylvia no ha dejado de mirarme durante toda la noche, pero no se atreve a dar el paso ni a hablar por si dice algún comentario inconveniente. Por el contrario, mis padres no han parado de beber vino y disfrutar de la fiesta como si fueran los mejores seres del planeta y se llevaran de maravilla con Dora, Nico y sus hijos. No sé cómo son capaces de ir así por la vida, sin arrepentirse del daño que hacen, mostrándose con esa sonrisa petulante mientras dejan polvo y destrucción a su espalda.

La cabeza me duele tanto que masajeo mis sienes, pero sé que ni todo el esfuerzo del mundo va a llevarse lejos este malestar. Stefan habla con un par de amigos de la familia y no presta atención a este sector de la mesa; mejor así porque al menos no tendré que fingir ante él que las cosas van bien.

—Voy un segundo al baño —anuncio.

—¿Es que no puedes esperar? Estamos en mitad de la cena, y que yo sepa te hemos enseñado mejor educación que eso.

—En realidad vosotros no me habéis enseñado nada, fue nana quien lo hizo —suelto hacia mi madre sin pensar.

—Irene, compórtate o…

—¿O qué? —Me enfrento a mi padre y nuestros primos se quedan helados. Hasta Stefan ha dejado de conversar con sus amigos y yo río sin saber muy bien por qué—. Os recuerdo que vuestras amenazas ya sirven de nada. En vez de haberos presentado aquí sin más, deberíais disculparos por destrozarle la vida a nuestros abuelos. —Encaro a mi madre y provoco que se levante y venga hacia mí dispuesta a darme una bofetada—. Venga, hazlo.

—Eres una niñata que no tiene idea. —Cierra los puños y deja caer los brazos a cada lado de su cuerpo, después se gira hacia Dora—. ¿Por qué no se lo explicas tú? Dile por qué mis padres tuvieron que irse de aquí.

—Eso no es…

—Qué, ¿justo? No, claro que no, porque sabes bien que lo que hizo tu abuelo fue algo horrible y que Claudia lo habría perdonado absolutamente todo a pesar de poner en peligro su bienestar, otra vez.

—¿Qué bienestar? —pregunto totalmente desconcertada.

—Muy bien, seré yo quien se lo diga. —Mi madre se encoge de hombros y se vuelve hacía mí—. Su querido hermano agotó a Claudia, tanto que abortó el niño que esperaba. Y lo peor de todo es que la siguió obligando a trabajar nada más salir del hospital con la excusa de que la empresa no podía quedarse sin sus manos. —Por primera vez, veo lágrimas en los ojos de mi madre, aunque me siento egoísta al no poder creer en su dolor—. Tu abuelo dijo basta y prefirió quedarse sin nada y empezar de cero en Nottingham. Allí tenían unos amigos que les ofrecieron su casa y un puesto de trabajo, por aquel entonces yo tenía once años y fui quien vio a tu abuela llorar todas las noches. Así que, por favor, no me vengas a dar clases de amor, porque hice todo lo que estuvo en mi mano para protegerla.

—¿Prohibirle volver a ver a su familia hasta el punto de manipular su correspondencia? —pregunto con desprecio, sin poder creérmelo—. No hay nada que justifique actuar tan bajo. —La miro con asco y voy hacia el cuarto de baño.

—¿Cómo vas a saber tú qué es sacrificar algo si lo has tenido todo?

Cierro los puños y aunque estoy a punto de llorar, aguanto el vendaval. Miro a Dora y la veo cabizbaja, incluso arrepentida.

—¿También me mentiste el otro día? Dijiste que no tenías idea de lo que pasó.

—Cariño… —susurra arrepentida, aunque el daño ya está hecho—. Pensé que no iba a servir de nada hacerte más daño.

—Claro, siempre pensáis en lo mejor para vosotros, pero está claro que no para mí.

Me largo del salón sin más. Estoy a punto de cerrar la puerta de un portazo, pero me contengo. Por Stefan y las personas que cenan hoy con nosotros, incluso por la memoria de mi abuela. Abro el grifo del lavabo y me mojo el cuello y la nuca con los dedos temblándome por culpa de los nervios y mientras tanto, intento poner en mi cabeza el recuerdo de alguna conversación con nana sobre lo que pasó. Sin embargo, no hay absolutamente nada y al mirarme al espejo, me doy cuenta de que mi abuela solo se preocupó por mi felicidad sin querer empañar en ningún momento nuestra relación. Algo que ellos han intentado a pesar de que no puedo verlo así por más que quiera.

Yo era todo lo que mi abuela tenía y ella la única persona que velaba por mi bienestar. De mi madre he escuchado un millón de veces que el sentimentalismo es un arma muy peligrosa, que puede hacerte fracasar en la vida y ya no sé si ella es fría por naturaleza, o si su padre la hizo así. Me siento tan mal que le doy vueltas a la posibilidad de no haber nacido, en si hubiera sido mejor no haber existido y eso pone un nudo en mi estómago.

—Esto es una mierda… —susurro a punto de llorar, mi teléfono vibra en el bolsillo trasero de mi pantalón corto y veo que es un mensaje.

Edith: Espero que la cena no esté siendo tan horrible como esperabas. Mañana podemos compensarlo e ir a un lugar que estoy segura que te va a encantar.

Las fuerzas me flaquean y estoy a punto de guardarme el móvil sin responderle nada, aunque al final opto por un «Vale» que no dice mucho y a la vez más de lo que pueda parecer.

Arreglo mi pelo y me doy cuenta de que me he mojado la blusa que llevo, pero me da igual, no pienso permitir que me jodan esta noche, por lo que pongo una sonrisa en mis labios y abandono el cuarto de baño.

Al regresar veo que mis padres no están y Dora me mira desde la cocina.

—Han preferido irse, según ella no querían seguir con el espectáculo.

—Qué raro —ironizo—, ellos siempre prefieren aparentar lo que no es, ni siquiera están juntos de verdad y se atreven a… —La mirada entristecida de ella me frena en seco—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Cuando me hablaste de que Claudia nunca recibió noticias de mi abuelo, me entró el pánico. Sé que él quería arreglar las cosas. No pretendía hacerte daño y al final, ha resultado ser así. —Niego y me acerco a ella para darle un abrazo—. Su hermano la quería mucho y se arrepintió siempre de lo que ocurrió, él era un buen hombre, no quiero que pienses que no fue así.

—Te creo —comento y me separo de ella para poder mirarla a los ojos—. Es algo que llevan en los genes y ahora lo entiendo todo. A pesar de lo que pasó siento que eso no justifica lo que mis padres hicieron. Nana se murió sin haber saber nada de él, de ti, de Stefan y Sylvia. Es su culpa.

—Quizá deberías hablar con ellos, a veces hacemos cosas que no están bien porque creemos que es una forma de proteger a las personas que amamos. —Me acaricia la mejilla y después sonríe. No me había dado cuenta de que las dieciocho velas ya están listas para ponérselas a la tarta—. A tu madre se le veía muy afectada, creo que lo pasó muy mal por aquel entonces y puede que por eso no haya sabido quererte de la manera en la que debía.

—Lo dudo mucho —comento y me encojo de hombros—. Está claro que nunca ha querido estar conmigo.

—Cariño, eso no lo sabes… —añade y veo a Sylvia apoyarse en el marco de la puerta.

—Tiene razón —dice y al venir conmigo me abraza—, ojo de loca no se equivoca, tengo un sexto sentido en calar a las personas y creo que se arrepiente de muchas cosas. Puede que vuestra relación no vaya a ser perfecta, pero al menos debes intentarlo.

—Para tener veinte pareces mayor que yo. —Se echa a reír cuando lo digo y afirmo sin

más ánimo de hablar de esto—. Será mejor que le cantemos al cumpleañero, ya me siento fatal por lo que ha pasado.

—Desde luego… no vamos a olvidar este cumpleaños jamás.

Las tres reímos y el malestar que siento se esfuma por completo, aunque sé que mi vuelta a De grote reis no va a ser un camino de rosas ni mucho menos.



26
HAY SORPRESAS LLENAS DE COLORES

EDITH

31 de agosto de 2024.

No he podido pegar ojo en toda la noche preocupada por Irene. Sus padres regresaron a eso de la media noche y hoy han bajado a desayunar temprano con la excusa de ir a hacer turismo por la ciudad, aunque presiento que lo que no querían era encontrarse con su hija. He notado su mirada de odio puesta en mí un par de veces y Agnes no ha tardado nada en darse cuenta de ello. Ahora está conmigo en la cocina, sumergida en un silencio sepulcral que sé que le va a durar muy poco, como la atención que está poniendo en preparar unos sándwiches que me llevaré conmigo junto a un par de botellas isotérmicas para disfrutar del camino a un lugar que todavía no he anunciado en voz alta.

—¿No piensas decir nada de esa mujer? Parece la encarnación del diablo —suelta y, como siempre, exagerando—. Y ya no te quiero decir su marido.

—No te pases que es la madre de Irene.

—Pues menuda mala suerte, si me llega a tocar a mí me tiro por un barranco. —La fulmino con la mirada y levanta las manos—. ¿Qué? No me digas que no piensas lo mismo.

—Pero no quiero que su hija te oiga y se sienta como una mierda —le digo casi en un susurro. Tiene pinta de que las cosas han empeorado, porque después de mi mensaje Irene se ha quedado muda. —Me acerco al frigorífico y cojo un par de manzanas rojas sin poder apartar esa idea de mi cabeza.

También empapelo algunas *stroopwafels* y Agnes me mira con odio porque va a tener que hacer algunas más cuando seguro que ya no lo tenía previsto.

—¿Crees que se han dado cuenta de que te has tirado a su hija? —Lo suelta tan de repente que estoy a punto de tirar lo que llevo entre manos. Me dan ganas de lanzarle algo a la cabeza, sin embargo, me giro y niego un par de veces.

—Cierra esa bocaza que tienes, por favor. Y no lo digas así…

—¿Cómo quieres que lo diga? Si es lo que ha pasado, que te atraiga una huésped no tiene nada de malo, ni tampoco acostarte con ella para darle un poco de salseo al cuerpo.

—Es que no te soporto. —Echo la cabeza hacia atrás bufando y ella se ríe—. Tú lo ves todo muy sencillo —comento, provoco que alce una ceja y me obligo a callar—. Mejor procura atender a esa gente bien, no quiero que quemen De grote reis.

—No sé yo, igual y cuando vuelvas ya está reducido a cenizas.

Pongo los ojos en blanco y le doy un beso en la mejilla. Al salir de la cocina algunos de los huéspedes que todavía desayunan me saludan y les sonrío sin mediar palabra. Lo último que quiero es quedarme aquí y jugar a la posibilidad de encontrarme con ellos justo cuando voy a salir con su hija. Las palabras de Agnes me tamborilean en la cabeza y no soy capaz de hacerlas a un lado, al menos, hasta que me encuentro con Irene a la salida y logra que el nubarrón se disipe de golpe.

Hoy lleva un short beis y una camisa de rayas azules y blancas. Por el contrario a lo que yo creía, sonríe y sus ojos irradian tanta luz como el sol de la mañana.

—¿Vas a decirme a dónde vamos? —pregunta y se acerca a mí.

Cuando va a darme un beso mis pies tropiezan un poco y lo hace en mi mejilla. Lo primero que hago es mirar a nuestro alrededor y carraspeo algo incómoda, aunque sin poder resistirme a su gesto de cariño cuando pone las manos sobre mi pecho.

—¿Es que no te gustan las sorpresas?

—Depende, porque las de últimamente no es que hayan sido una maravilla —protesta y da un par de pasos hacia atrás—. Me encanta cómo te sientan estos vestidos veraniegos —añade con una mirada sugerente cuando repara en mis piernas desnudas.

—Y a ti esas camisas, se nota que son tus favoritas. —Desde que llegó a De grote reis la he visto vestir más de diez. Irene levanta los brazos y gira sobre sí misma para que la vea bien—. Estás muy loca.

—Dime que no te gusta y dejaré de hacerlo.

Efectivamente, me quedo en silencio y se encoge de hombros con diversión. Cuelgo la bolsa de tela al hombro y la dirijo calle arriba de camino hacia la estación de tren que está a unos quince minutos de aquí. Lo que me gusta de este recorrido es que podemos bordear el canal y cruzar dos de los puentes más bonitos de la ciudad, aunque todo eso queda a un lado cuando la miro y me doy cuenta de que tiene la atención puesta en las pocas nubes blancas que surcan hoy el cielo.

—Anoche ya no me respondiste, supongo que el cumpleaños de tu primo no fue muy bien.

—Irene suspira y echa la cabeza hacia atrás, lo que provoca que me arrepienta de hablar—. No hace falta que me lo cuentes si no quieres.

—No es eso, es que todavía me cuesta creer lo que pasó, sentí tanta vergüenza que ya no sé si voy a ser capaz de pisar su casa otra vez. Sobre todo, por la actitud de mi madre. Para colmo esta mañana se lo he contado a Sandra y dice que no son más que tonterías mías. Como se nota que ella no ha vivido un horror constante… no sé por qué coño se ha atrevido a traerlos aquí —habla sin pausas, hasta el punto que parece perder todo el aire que contiene en sus pulmones.

—Con razón tenía Simone esa cara esta mañana, aunque a tu padre… a él no supe bien cómo descifrarlo.

—Él suele aguantar más las apariencias, aunque a veces es incluso peor. Los dos se llevan las cosas a su terreno cuando más les conviene. —Suspira y niega—. Anoche me contó que mi abuelo se llevó a la familia de aquí porque nana tuvo un aborto por culpa de su hermano, y que después le ocultaron las cosas para protegerla. La verdad es que me cuesta mucho creer que mi madre sea capaz de querer proteger a una persona.

—¿Y si fue así? —Me mira con sorpresa y trago saliva, no es que quiera meterme en donde no me llaman, pero a lo mejor una opinión más neutral le vendrá bien—. Quizá tuvo miedo a que le hicieran daño, no digo que la forma de actuar estuviera bien, pero…

—¿Qué pasa conmigo entonces? Porque desde que tengo uso de razón no he escuchado de su boca que se siente orgullosa de mí, o que me apoya por lo que he conseguido cuando prácticamente pasé mi infancia y adolescencia sin ellos. —Irene se enfada y lo noto en el tono de su voz.

Quiero decirle que no lo pague conmigo, pero sé que he abierto la caja de Pandora y ya no puedo retirar mis palabras.

—Según mi experiencia, ser padres no siempre es fácil, los míos han cometido un millón de errores y es verdad que no nos llevamos muy bien… pero cuando lo pienso con frialdad, tengo la sensación de que simplemente hicieron lo que pudieron.

—No quiero hablar más de esto —me corta y se centra en la cámara para hacer unas cuantas fotografías del camino.

—Irene, no te enfades conmigo, solo intento darte una visión distinta de las cosas. No sé por qué te lo tomas todo tan a la tremenda —comento y otra vez me equivoco.

Se para en seco y me mira con esa llama que se enciende en sus ojos cuando no está de acuerdo con algo.

—Creo que mejor me vuelvo al B&B, sinceramente, no he venido a esto. —Cuando está a

punto de dar un paso la sujeto de la muñeca y obligo a girar—. Déjame, por favor.

—No —insisto y aprieto más los dedos—, quiero pasar el día contigo y me da igual si te enfadas solo porque te haya dado mi opinión, estoy segura de que tu abuela no querría verte así en este lugar. Solo tienes que aprender a aceptar que no todo el mundo puede pensar como tú.

—Y está claro que tampoco sentir… —dice en voz baja y los labios le tiemblan un poco—. Ahora entiendo por qué me cuesta encajar con las personas de mi edad, Ingrid tenía razón.

—¿Ingrid? —Levanto una ceja y ella suspira.

—La chica que conocí en el bar donde trabaja y con la que he salido estos días por la ciudad, a hacer turismo y eso, el otro día me enseñó la universidad. En fin, digamos que es un poco como yo, tampoco ha tenido las cosas fáciles. —Se encoge de hombros y echa un vistazo a las aguas del canal—. Hoy solo me apetece disfrutar del día antes de regresar, ¿podemos intentar pasarlo bien?

Sujeta mi mano y cambia el gesto por una sonrisa. Durante el viaje nos dedicamos a hablar de cómo quiero decorar el jardín del B&B y también de los primeros meses en los que estuve a punto de abandonar y quedarme en la ruina. Irene me enseña algunas fotografías de sus primeros viajes y otras con su abuela, es increíble la manera en la que se le ilumina la mirada cada vez que habla de ella. Se nota que la echa mucho de menos y que estar en Leiden la ha llevado a conectar un poco más con esa parte perdida, sin embargo, no he podido evitar que mis pensamientos viajen de vez en cuando a otra parte y a la forma en la que ha hablado de esa chica que ha conocido aquí.

El tren llega en poco más de treinta minutos. Vamos a hacer en bicicleta lo que nos falta de recorrido, por lo que la dirijo a la tienda de alquiler que hay cerca de la estación. Irene alza una ceja y yo le dedico un guiño. Haber traído una cesta de picnic me habría delatado, y aunque tengo ganas de probar los sándwiches hago un esfuerzo por aguantarme y seguir adelante con la sorpresa.

—Me hubiera gustado llevarte a otro sitio, pero en esta época del año no está abierto.

—Tendrías que haberte puesto un pantalón, ¿no vas incómoda? —Le sonrío por la manera en la que ha ignorado mis palabras y se fija en mí en vez de prestar atención al camino.

—Así disfrutas un poco más de las vistas…

—Te la estás jugando, que lo sepas —comenta y me encojo de hombros.

Pedaleo y marco un ritmo lento con el que poder disfrutar de las calles de Ámsterdam y los canales que también las rodean igual que sucede en Leiden. En esta época hay muchísima gente que se mueve con sus bicicletas y eso nos retrasa un poco. Mientras llegamos a nuestro destino,

me fijo en cómo Irene echa un vistazo a nuestro alrededor, la sonrisa no desaparece de su cara y podría apostarlo todo a que le pican los dedos por dejar el recuerdo grabado en su maravillosa cámara o teléfono móvil. Admito que la idea es sacarla de esa faceta que siempre la posee al ir a cualquier parte. Hacer que disfrute, como turista y no como creadora de contenido, de un lugar que a mí también me ha ayudado cuando quiero alejarme de las obligaciones del B&B.

La entrada principal al Vondelpark se levanta en la lejanía y en cuanto dejo de pedalear y apoyo los pies en el suelo, llevo mis ojos a ella. Su boca se abre por la sorpresa y se queda tan paralizada que por un segundo pienso que se ha convertido en una estatua. La mezcla de colores y los pilares de hierro forjado adornados con elegantes detalles dorados, destacan sobre el fondo oscuro y los siento como el anticipo a la serenidad que nos espera en el interior.

—¿Vamos? —pregunto y me bajo de la bicicleta.

A Irene le cuesta reaccionar, aunque enseguida se pone a mi lado y empieza caminar con lentitud. Al cruzar la entrada, el bullicio de la ciudad se desvanece rápidamente, y ya se puede escuchar el murmullo tranquilo de las hojas junto al canto de los pájaros. Los árboles se alzan con sus ramas entrelazadas en lo alto, creando un arco natural que filtra la luz del sol y proyecta sombras danzantes en el suelo. Sus ojos se fijan en cada detalle y en cómo sus pies se funden a la perfección con esa imagen. El corazón empieza a latirme rápido a pesar de que respiro lento, como si mi mayor deseo fuera vivir esto de una forma única e irrepetible.

He visitado muchas veces este parque, pero en cuestión de unos metros, me he dado cuenta de que es la primera vez que lo percibo de otra manera y a través de la mirada de una mujer que me hace debatirme entre lo que debo y quiero hacer. Como si poco a poco se metiera en lo más profundo de mi corazón para marcarlo de una forma que en lo personal, ya no voy a poder olvidar.



27
SORTEANDO LO INEVITABLE

IRENE

No sé cuánto llevo paraliza en el mismo sitio, con la mirada puesta en las hojas y la manera que se acarician unas con otras mientras se mecen al viento. Apenas hemos recorrido unos metros del parque y el malestar que he sentido desde anoche se ha esfumado como si nunca hubiera existido. Los nervios se me ponen en la boca del estómago y me hacen sonreír cuando percibo a Edith mirándome, tan alegre que parece que haya planeado esto desde hace días.

—¿Te gusta?

—Es… precioso —respondo, ya no sé hacia dónde mirar, porque terminar en su sonrisa sigue pareciéndome el mejor destino.

El sendero se ve amplio y hay algunos bancos de madera dispersos en los que varias personas disfrutan de un pequeño descanso o de una charla con su pareja y amigos. Lo único que sé, es que no quiero quedarme aquí y me dejo guiar hacia donde quiera llevarme.

—Tu sonrisa sí que lo es —comenta y acentúa unos nervios que he sentido casi desde que llegué, a pesar de no haberme dado cuenta de ello.

De vez en cuando, el camino se abre a prados amplios donde veo a muchos tomar el sol, hacer un picnic o jugar con sus mascotas. Sonrío al ver la bolsa que lleva colgada del hombro y ahora me doy cuenta de que ha querido evitar a toda costa decirme a dónde íbamos. Parece que Edith no se dé cuenta de lo maravillosa que es, dice estar anclada en la rutina, escondida entre las sombras, totalmente perdida, pero cada vez que la miro veo a alguien capaz de arrasar con cualquier chispa de soledad. Es como un pájaro que sobrevuela la ciudad y se posa en tu ventana para dar música al amanecer, y me hace muy feliz estar aquí y ahora, dispuesta a seguir sus pasos sin miedo a donde nos puedan llevar.

—Vas a tener que dejar de hacer eso, me pones nerviosa.

—¿Tú, nerviosa? No me lo creo —suelta una carcajada y chista la lengua—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Todavía tengo que recordarte que entraste a De grote reis como si fueras un

huracán?

—Yo no tengo la culpa de que seas así de torpe —bromeo, me encojo de hombros y vuelvo a mirarla—. Te lo digo en serio, has conseguido que en poco tiempo me sienta especial, y no como esa chica que recorre el mundo porque nunca conecta con nada.

Edith sonríe y mira sus pies durante unos segundos, aunque pone enseguida la atención al frente, hacia un sendero más estrecho, bordeado por arbustos y flores silvestres. Hay un momento en el que el aire se llena de una fragancia dulce que reconozco al instante. Frente a nosotras, se abre un espacio amplio y soleado donde hay un rosedal. Las hileras ordenadas de variedades y colores crean un despliegue de rojos, rosas, blancos y amarillos, dejándome boquiabierta. Estoy a punto de soltar la bicicleta, pero al final consigo seguir sus pasos hacia uno de los espacios abiertos llenos de césped, donde se adelanta y deja la suya en la graba antes de extender su mano e invitarme a ir con ella.

—Si estuviéramos en época habríamos ido al parque Keukenhof, pero hoy vamos a tener que conformarnos con esto.

—¿Estás de broma? —Vuelvo a echar un vistazo a mi alrededor, a las pequeñas sendas de grava que permiten pasear entre los rosales, y enseguida me dejo caer sobre la hierba—. Creo que es el sitio más bonito que he visto nunca.

—¿Con la cantidad de lugares que has visitado? —Pregunta y la miro de pie, cerca de mí antes de dejar la bolsa de tela sobre el césped—. No me lo creo.

—A lo mejor es porque estás tú —aclaro con cierta picardía y me pongo la mano de visera para evitar que el sol me impida verla.

No responde, se tumba a mi lado y cierra los ojos, como si solo deseara disfrutar del aroma y el sonido que nos rodea.

El estómago me ruge por culpa de no haber desayunado, pero hago eso a un lado, me acerco a ella para apoyar la mejilla en su hombro. Tardo poco en buscar su mano y entrelazo nuestros dedos mientras disfruto del latido de su corazón. Ojalá pudiéramos quedarnos aquí y no tener que volver a De grote reis o enfrentarme a mis padres, dejar Leiden y regresar a Barcelona, una realidad que ya ni siquiera sé si me pertenece.

—¿Cuándo tienes pensado irte? —pregunta Edith como si se hubiera metido en mi cabeza.

Pensar en ello me hace temblar y romper la burbuja en la que me había metido al cruzar la entrada del parque. Me niego a tener que decir adiós, dejar aquí esa parte de mi alma que lleva existiendo en mí desde que me vi reflejada por primera vez en los ojos de nana. Los cierro y soy capaz de contar la cantidad de veces que me he sentido vacía, lejana, como un puñado de hierba

marchita que puedes arrancar con facilidad. En muchas ocasiones he querido zambullirme en la oscuridad y no volver a salir, pero aquí todo es diferente; puedo soñar con encontrar mi verdadero camino, ser consciente de que merezco ser feliz, aunque esta aparezca en porciones, en instantes que nunca son eternos, pero sí lo suficiente como para apartar los nubarrones que a veces nos atrapan.

Edith me acaricia el brazo y obliga a responder.

—Imagino que… dentro de poco, hay muchas marcas que se ponen las pilas en los cambios de estación y seguro que pronto tengo noticias de mi manager —comento en voz baja —. Me gustaría no tener que hacerlo, porque no sé si quiero volver a Barcelona y pensar en lo que tengo que hacer o las obligaciones.

—No puedes abandonar las cosas sin más, Irene. —Sé que tiene razón, pero me duele la manera en la que lo dice, con esa seguridad que la representa cuando yo no soy más que una madeja de nervios. O quizás es solo que espera el día en que me marche—. Creo que si lo hicieras sería un error.

—¿Un error? ¿Y qué pasa con lo que me hace feliz? Estar aquí… puedo recorrer las calles de Leiden y sentir que respiro de verdad, siento a nana conmigo y como si… como si cada uno de mis pasos me hubieran guiado hasta aquí.

—Las vacaciones siempre te producen esa sensación de bienestar, te quieres quedar ahí todo el tiempo posible, es una lástima que no duren eternamente —bromea y al girar la cara acaricia mi mejilla—. Que hayas conectado así con tu abuela es increíble y creo que es justo lo que necesitabas, estoy muy orgullosa de ti y sabes que en el B&B tienes sitio el tiempo que quieras.

—Y pienso aprovecharlo hasta el último minuto —aclaro, beso sus labios y apoyo mi mano en su pecho, quedándome un rato.

Escondo lo que pienso y también el dolor que me produce imaginar tener que subirme al tren que me saque de esta burbuja. Puede que tenga razón y esto sea una simple historia de verano. Siento su latido en mis dedos y quiero imaginar que ella también es capaz de percibir el mío al tener la mano apoyada en mi cuello. Sería capaz de perderme una y otra vez en su mirada, sin necesidad de buscar algo más que me haga sonreír. Sus dedos dibujan círculos en mi piel, y sin pensar, me atrae a ella para besarme sin esperas, sin importar que el mundo gire a nuestro alrededor.

La tristeza que siento desaparece poco a poco, con el sabor de su boca y esos ojos que me hipnotizan, aunque mi estómago ruge de nuevo y Edith rompe a reír a carcajadas, incluso patalea como una cría, contagiándome enseguida.

—No me lo puedo creer, tienes un león en el estómago —bromea y muerde su labio inferior.

—Ya sabes que soy insaciable —comento, dándole un tono distinto a la conversación.

Alza su ceja al darse cuenta por donde voy y niega mientras que se sienta. Busca la bosa y me da la comida, aunque lo que llama mi atención es el aroma dulzón que proviene de un pequeño recipiente.

—¿No serán…?

—¿*Stroopwafels*? No pensarías que iba a venir sin robarme unas cuantas, ¿verdad? No sabes la cara que puso Agnes. Seguro que ha estado con mala leche toda la mañana, solo espero que no lo haya pagado con la gente —bromea.

—Yo diría que tú eres hasta peor. —Me encojo de hombros y no tarda en darme un manotazo—. ¡Qué! Niégamelo ahora mismo. Si no dejas que nadie se acerque ni un poquito tus flores.

—Es que no todo el mundo sabe cómo tratarlas —protesta y tengo que aguantarme las ganas de reír—. Te lo digo en serio, ya te lo comenté el otro día, por eso no he plantado tulipanes —añade, con un puchero que me parece adorable.

—Pues eso debería de cambiar, yo creo que puedes hacer lo que te dé la gana, que para eso es tu negocio. Y no solo ahí, también fuera del B&B.

—¿A qué te refieres? —Desempapela un sándwich y le da un bocado.

Hago lo mismo con el mío y salivo al percibir la mezcla de sabores, entre el tomate, la lechuga y un queso que siempre sabe a gloria.

—Bueno… —Me limpio la boca con el dorso de la mano y doy unos segundos para tragar —. Llevabas siglos sin hacer escalada y Agnes me comentó que tampoco sales mucho con tus amigos.

—Agnes es una bocazas y le voy a poner las pilas cuando volvamos —protesta y me acerco a ella.

Beso sus labios y el cabreo momentáneo se esfuma de inmediato.

—No la culpes, solo quiere que verte feliz, que seas la mujer que hacía senderismo, daba largos paseos, o que siempre hacía planes con el resto. —Suspira y tengo la sensación de que está a punto de llevar la conversación a otra parte—. De grote greis es un sitio que… te cambia la vida, te lo digo yo. Creo que podría cambiar la vida a muchas de las personas que se alojan ahí, no solo por vacaciones, pero también tienes que encontrar ese balance entre hacer felices a los demás y serlo tú.

—¿De verdad tienes veinticinco años? —bromea y las dos nos echamos a reír.

—Supongo que hay algo en lo que Sandra sí que tiene razón. No quiero… —Las palabras se me quedan atascadas en la garganta y agacho la mirada, solo unos segundos—. No quiero irme de aquí sin saber que vas a estar bien y vas a seguir siendo la mujer que yo he conocido.

—Tú no eres quien tiene que cuidarme —aclara, pero no lo hace con ánimo de que me sienta mal, sino todo lo contrario—, más bien tendría que ser al revés. Hagamos un trato.

Levanto una ceja y deja el sándwich a un lado. Me enseña la mano y carraspea, se ve tan bonita que me dan ganas de que no diga nada y comérmela a besos.

—A ver…

—Tú me ayudas a volver a mis pequeñas costumbres y yo a que te marches de aquí con ganas de descubrir cuál será tu próximo destino.



28
UNA HISTORIA TONTA DE AMOR

EDITH

2 de septiembre de 2024.

Los lunes son una completa locura. Muchos de los huéspedes se marchan para regresar a la rutina y con la llegada de septiembre, la cosa se pone mucho peor. Hoy se quedan vacías cinco de las ocho habitaciones y pensar que tengo por delante un día agotador de limpieza, me da ganas de meterme en la cama y no salir. Al final van a tener razón en que tengo que contratar a alguien más, al menos, durante la época estival. Apenas son las ocho de la mañana y ya quiero que el día acabe, por no hablar de que hace un rato me han enviado un mensaje diciéndome que los tablones con los que quiero hacer las repisas, ya están preparados y a la espera de que los recoja.

—No sé cómo coño lo voy a hacer.

—¿Hacer qué? —Mi mejor amiga aparece por el pasillo que da a la recepción y me da un susto de muerte—. Chica, te has quedado blanca.

—Podrías no plantarte aquí así como así, coño —me quejo en voz baja por miedo a que algún huésped nos oiga—. Tengo que ir a recoger los tablones de las repisas y no tengo tiempo ni de respirar, ya me dirás qué hago.

—Pues está claro, dejar que me ocupe yo de todo.

—Hoy se vacían cinco habitaciones… —Abre la boca y de repente, también se pone pálida —. Necesito un ayudante de emergencia.

—Podrías decírselo a Andreas, seguro que está encantado de echarte una mano —propone encantada.

«Lo que esta quiere es tenerlo por aquí.»

—Es una opción —digo, levanto una ceja y estoy a punto de reír por la cara que me pone —. Está bien, ahora le mando un mensaje, aunque no prometo nada, los lunes suele estar liadísimo en la empresa.

—Pues eso no es lo que me ha dicho a mí, al contrario, creo que tiene todo el mes de vacaciones.

Ahora soy yo la que se sorprende y abre la boca sin poder remediarlo.

—¿Por qué yo no me he enterado de eso? —pregunto, aunque enseguida tengo clara la respuesta—. Porque paso olímpicamente de la gente.

—Sé que te dije que disfrutaras del verano con Irene, pero creo que ya va siendo hora de que prestes un poquito de atención a los demás, ¿no te parece? Otro agosto más y no hemos ido ni de picnic al río, pero a ella te la llevas al Vondelpark… —dice en un tonito de ofensa fingido.

—Ya te lo dije, necesitaba respirar un poco, la situación con sus padres es… difícil y se nota que lo está pasando mal —justifico y enseguida niega la mar de feliz.—. Ahora que ya no vamos a tener tanto trabajo, podremos hacer más cosas juntos.

—En otra época te habría dicho que no, pero ahora pienso que…

—Ya, ya, que deberíamos contratar a alguien, me pondré con ello —aclaro y se lleva las manos a la boca. Niego y ahora sí que río. Irene dice que yo soy una exagerada, lo extraño es que no se haya dado cuenta de que Agnes lo es mucho más que yo—. En fin, voy a llamar a Andreas y le comento las ganas que tienes de verle.

Le dedico un guiño, me saca la lengua y gira sobre sus pasos para ir hacia la cocina y preparar el desayuno. Aunque la gente se marche, tienen que hacerlo con el estómago lleno y un buen recuerdo. De lo último, siempre me encargo yo, con algunos imanes de nuestro molino más famoso y un descuento del treinta por ciento en futuras reservas.

La mañana trascurre más calmada de lo previsto. Mi hermano me ha dicho que en diez minutos está aquí con la furgoneta y que se va a quedar echando una mano a Agnes. La idea me produce un cosquilleo en el estómago porque él no está habituado a las cosas que hay que hacer en De grote reis, pero tengo que empezar a aplicar lo que le dije a Irene y dejar que la gente que me quiere me ayude. Me despido de la pareja que ha ocupado la habitación tres y de la familia que se ha quedado con nosotros durante los últimos diez días, nada que ver con los críos destroza plantas, desde luego.

Todos dicen que van a regresar y eso me pone en un estado de felicidad absoluta, aunque se esfuma en cuanto veo aparecer a Simone con su cara de perro rabioso. «Que Irene me perdone por pensar esto» me digo e intento ser lo más simpática posible.

—Espero que hayan disfrutado mucho de su estancia.

—No ha estado mal para no ser un hotel —comenta con desdén—, aunque está claro que no hemos conseguido lo que queríamos al venir aquí. Irene no quiere irse con nosotros.

—Tal vez lo haga más adelante, tengo entendido que no empieza a trabajar hasta dentro de unos días —se me escapa el comentario con tanta naturalidad que carraspeo en cuanto me doy cuenta.

—Gracias por haberla cuidado este tiempo, puede que no se lo crea, pero la queremos mucho. —Lucas me dedica una sonrisa y echa un vistazo hacia el comedor, supongo que espera ver ahí a su hija, aunque al final desiste, suspira y le da las maletas a su mujer, quien las arrastra hacia la calle.

La verdad es que este matrimonio tiene pinta de todo menos de eso.

—No… hay de qué —susurro y busco por el cajón los regalos de despedida—. Espero poder verles en el futuro —añado, la puerta se cierra y de repente, siento un pálpito en el corazón que no me gusta nada.

—Mi mujer es muy considerada en cuanto a muchas cosas, no lo voy a negar, me parece una cualidad adorable, pero cuando se trata de nuestra hija. Bueno, ya entenderá a qué me refiero algún día. —Lucas se apoya en el mostrador acercándose a mí—. Está claro por qué Irene no quiere irse de aquí, parece que tiene motivos muy… personales. Sinceramente, no sé cómo no te da asco. Seducir a una cría cuando podrías ser casi su madre.

—Eso no es lo que…

—Te recomiendo que no le metas más pájaros en la cabeza y la dejes en paz, o al final sí habremos tenido un viaje productivo después de todo —suelta con prepotencia.

—¿Qué quiere decir? —cuestiono con educación, aunque si fuera por mí, ya le habría echado de aquí a patadas.

—Resulta que en la calle de enfrente hay un edificio que está a la venta y la idea de hacer un pequeño hotel a los pies del canal, que tenga muchas más comodidades que esto… —dice con desprecio—, me parece un negocio muy rentable para el futuro. —Se endereza y tamborilea los dedos sobre la madera, después se pasa las manos por el polo que lleva puesto—. Podría acabar con tu rinconcito en un santiamén.

—¿Me está amenazando?

—Te estoy aconsejando que te olvides de mi hija y esa relación asquerosa que tenéis. Vas a hacer todo lo posible para que no tenga ganas de regresar por aquí. No sé ni cómo se te ha pasado por la cabeza algo así, debería darte vergüenza.

—Está muy equivocado si cree que…

—Tú misma, De grote reis me parece un lugar con mucho encanto, sería una pena ver cómo desaparece en cuestión de meses —interrumpe y me arranca de las manos el sobre con el

imán y el descuento—. Algún día Irene agradecerá lo que Sandra y nosotros hemos hecho por ella.

Lucas se gira y se va, no sin antes dedicarme una última sonrisa cargada de asco hacia mí. La cabeza empieza a darme vueltas y me obligo a sentarme.

No sé por qué lo hago, pero abro el navegador en el ordenador y tecleo Lucas Kennell y Simone Huisman. Los resultados me llevan a un montón de artículos que hablan de sus éxitos no solo en Reino Unido, sino también en otros países de Europa como España, Italia o Francia. Dedicados toda la vida a la administración de empresas, han logrado que muchos de los negocios que han apoyado y lanzado triunfen, y tardo muy poco en notar cómo se me revuelve el estómago.

El ácido me sube por la garganta y me obligo a beber agua mientras echo un vistazo a otros artículos sobre habladurías que tratan sobre su matrimonio fingido. Cuando Irene me contó sobre ellos, jamás pensé que fuera a tener razón a tal extremo.

Puedo entender que lo nuestro sea una completa locura, pero yo jamás…

—Edith, ¿estás bien? —Su voz atraviesa la distancia y me cuesta reaccionar—. Madre mía, estás pálida —añade.

—Será porque todavía no he desayuno —digo titubeante. Se pone de cuclillas y lleva las manos a mi cuello donde ya debe de notar el sudor frío. De repente siento pánico a que sus padres abran la puerta y nos vean así—. De verdad, no es nada, solo que hoy tengo mucho trabajo y el cuerpo ya me envía señales.

—¿Seguro? —insiste, asiento y se levanta—. Ya se han ido, ¿verdad?

—Hace un momento, Simone parecía algo triste —comento con voz entrecortada, no sé ni cómo puedo hacerlo.

—Ella siempre parece triste, pero cuando le conviene.

—Tal vez deberías de darle una oportunidad, a lo mejor hay cosas que no ves. —La hago alzar una ceja, estoy segura de que no le ha gustado que lo diga. Lo sé por la manera en la que se abraza y acaricia el collar que lleva puesto—. Perdona, no quiero meterme en cosas que no me llaman.

—Vamos, no te enfades tú también… —pide y vuelve a acercarse a mí, aunque me levanto y salgo de mi puesto rápido.

—Tranquila, no estoy enfadada —aclaro, lo cierto es que no miento, pero tampoco soy capaz de contarle lo que me ha dicho su padre hace un rato—. Mi hermano va a venir a echar una mano a Agnes, yo tengo que ir a por los tablones de las repisas, los llevaré a su garaje en cuanto

los recoja.

—Joder… hoy no voy a poder ayudarte, he quedado con Sandra, quiero hablar con ella antes de que haga más tonterías. Desde que discutimos el otro día solo nos hemos visto para ir de copas y fingir que todo va bien —suspira y noto su malestar en el gesto que pone.

Me gustaría abrazarla, pero el miedo provoca que solo sea capaz de acariciarle el hombro.

—Seguro que va bien, ya lo verás. Nos veremos luego.

Irene me mira extrañada, aprieto los labios y voy hacia la cocina, donde me refugio entre tortitas y magdalenas. Agnes está tan estresada que ni se ha dado cuenta de que me ocurre algo, y lo prefiero así. El tiempo pasa y Andreas llega con su furgoneta azul y una sonrisa tonta en los labios, cómo le envidio en este momento por tener las cosas tan fáciles. «Esto es una tonta historia de verano», me recuerdo e intento cambiar el gesto de preocupación.

—Cada vez que vengo por aquí, no sé por qué se me pone un cosquilleo en el pecho.

Pongo los ojos en blanco y lo abrazo con fuerza. Se nota que está de vacaciones por la camiseta veraniega y los vaqueros que lleva puestos, también ha pasado de afeitarse y debo reconocer que lo veo hasta más guapo.

—Claro, no sabes por qué… Yo creo que tiene forma de mujer y de nombre Agnes —bromeo con él y se encoge de hombros como si nada—. La tienes en la última planta, pero te sugiero que la trates con tacto, está cabreadísima porque los huéspedes se han ido en tromba y hay que limpiar todas las habitaciones.

—¿No es algo habitual en vuestro día a día?

Me encanta esta nueva faceta en la que se preocupa por mi trabajo.

—Sí, pero no es lo mismo a darles un repaso diario —suspiro y echo un vistazo a mi espalda, me encantaría encontrarme con la mirada de Irene ahora mismo—. En fin, voy a recoger esos tablones y dejarlos en casa de Agnes.

—¿Te pasa algo, hermanita? Pareces un poco…

Niego y le doy un beso en la mejilla a la vez que le robo las llaves de la mano.

—Nada de lo que debas preocuparte, al verano le queda poquísimo para terminar. —Corro hacia la furgoneta y aunque él me mira extrañado no tarda mucho en caminar hacia el interior del B&B—. Maldita sea… —musito y una vez que estoy dentro, apoyo la frente en el volante.

Me lleva unos segundos arrancar el motor y poner la radio, donde suena una canción de Taylor Swift que no recuerdo cómo se llama. Por más que intento concentrarme en la carretera no puedo evitar regresar una y otra vez a la expresión de Lucas y cómo me ha amenazado esta

mañana. Incluso podría decir que hasta Simone se fue con una sonrisa maliciosa en los labios. El primer pensamiento que se me pasa por la cabeza es el dolor que le provocaría a Irene enterarse de esto, por lo que decido que no le voy a decir nada. «Y hacer lo correcto», me digo. Ella es una chica de veinticinco años y yo estoy a punto de cumplir los cuarenta, nuestra historia es un imposible que acabará en unos días y lo mejor de todo es ir preparándome, por más que el corazón no pare de gritarme que me equivoco al creer que esto es una tonta historia de verano que olvidaré de aquí a unos meses.



29
ALGO QUE NO PUEDO ADMITIR

IRENE

Me duele fallar a la promesa que me hice a mí misma de disfrutar de los canales de Leiden junto a la mujer que me abre los ojos cada día que pasa, pero Sandra no es de las que deja que le cambien los planes y ya me lo ha demostrado más de una vez. El ejemplo más simple y actual es que ha traído a mis padres solo porque se cree con el derecho de intentar que arregle las cosas con ellos, cuando está claro que no tiene idea de nada.

Se levanta las gafas de sol, abre los brazos y viene hacia mí para fundirse en un fuerte abrazo conmigo. Lo correspondo e intento que no note lo incómoda que me siento por toda la situación que ha provocado a pesar de haber pasado buenos momentos con ella.

—Tengo que reconocerlo, este sitio es encantador, no me extraña que quisieras venir, aunque siga creyendo que te has perdido unas vacaciones de lujo con los demás.

—Si tú lo dices… —susurro sin ánimo de llevarle la contraria.

—Venga, ¿por qué estás tan seria? —me empuja con el cuerpo y pone esa sonrisa de no haber roto un plato en su vida—. Tus padres se han ido, ya puedes respirar tranquila.

—¿Tienes idea de lo que has hecho al menos? Forzándome a hablar con ellos cuando no estaba preparada, las cosas no se hacen así Sandra.

—Pero si siempre es lo mismo, tú te enfadas, ellos te recriminan cosas, os perdonáis, quedáis a comer y vuelta a empezar —recuerda y aunque tenga razón en el proceso, odio que lo vea como algo tan simple.

No paramos de estar metidos en un círculo tóxico que deberíamos dejar de una vez. Suspiro y me dirijo hacia una de las embarcaciones donde el *schipper* —termino con el que se refieren en Holanda a los capitanes— nos cede una mano y ayuda a subir. Estoy segura de que nos espera un viaje maravilloso, y aunque me gustaría sentarme y disfrutar sin más, no creo que pueda hacer a un lado la conversación que quiero tener con ella.

Sandra se pone las gafas de sol y arregla el pelo con el mismo aire que suele tener mi

madre. A veces no me extraña que se lleven tan bien, son igual de petulantes. Suspiro e intento no pensar mucho en ello, aunque sea solo por un rato.

—Bienvenidas, soy Jan y espero hacer que este paseo sea inolvidable —comenta el capitán, quien no debe tener más de treinta.

Mi acompañante cruza una pierna sobre la otra y se levanta un poco las gafas. Hay cosas que no cambiarán. Pongo los ojos en blanco, le pego un codazo y vocaliza un «¿Qué?» que me hace suspirar y sonreír a la vez, supongo que es precisamente por estas tonterías que la quiero a pesar de todo lo que nos distancia. Empezamos a surcar las aguas y ella se pone más cómoda y dedica a mirar los músculos de Jan. Es una babosa.

—Deberías prestar atención, luego no te acuerdas de nada —le recrimino en voz baja.

—No sé yo si sería capaz de olvidar ese cuerpazo.

Aunque hablamos en español, el capitán parece darse cuenta de lo que sugiere mi amiga y las mejillas me arden por la vergüenza.

—Como ya sabréis, nos encontramos en el corazón académico de la ciudad con la universidad a la derecha y la Academiegebouw a nuestra izquierda —dice con voz armónica y esa pasión que caracteriza a alguien que le gusta mucho lo que hace—. Este edificio ha sido el lugar de muchas defensas de tesis y ceremonias importantes a lo largo de los siglos y un orgullo para Leiden.

—Podría estar escuchándole toda la vida. —Le doy otro codazo a Sandra—. ¡Oye! Seguro que a ti te pasa lo mismo con esa madurita del B&B. —Mueve las cejas con diversión, aunque yo me he quedado más sorprendida que otra cosa—. Cuando te vi nada más llegar de la mano con ella pensé que estaba loca, pero ya me he dado cuenta de cómo la miras y al contárselo a tus padres, me dieron la razón.

—¿Has hablado de eso con ellos? —Dejo de prestar atención al discurso de Jan, ya no sé si habla o simplemente nos dirige por el canal. Mi amiga se encoge de hombros y la agarro de la muñeca—. ¿Sandra?

—¿Y qué problema hay? Solo quería asegurarme de si era un error o no.

—Que tendrías que habérmelo dicho a mí antes, ¡joder! ¿Y tú te llamas mi amiga? ¿No te has parado a pensar que hay una razón por la que no les he dicho nada? —La barca se mueve a la vez que yo me hago a un lado, me dan hasta ganas de saltar al agua y dejarla aquí.

—¿Va todo bien señoritas?

—Sí Jan, tú sigue a lo tuyo —suelta Sandra sin ningún tipo de consideración—. Mira, no sé qué problema tienes últimamente, estás a la defensiva y todo te molesta. No es mi culpa que tú

hayas sido tan descuidada y andes por ahí con una persona que…

—Que ¿qué? ¡Venga dilo! Dime exactamente qué es lo que piensas de esto, y de mí ya que estamos.

—¡Pues que se te ha ido la cabeza! No sabes ni lo que haces, vas de aquí para allá creyendo que tienes la vida solucionada con ese trabajo y para colmo, te buscas a una tía que te saca cuánto ¿veinte años? He visto lo que has publicado en tus redes sociales, y no tienes más que ver lo que comenta la gente para darte cuenta de lo horribles que son algunas cosas, ese mundo, y esa… relación. —Levanta las manos y después bufa—. Creo que desde que se murió tu abuela estás absolutamente perdida.

—Mira, en eso tienes razón —comento con ironía—, sí, estoy perdida, porque ella era la única persona que siempre ha estado conmigo en todo momento y alentado en todo lo que he querido hacer. ¿Te molesta que tenga un trabajo que me guste, que pueda viajar por todo el mundo cuando me dé la gana sin pensar en horarios o en jefes que saquen lo peor de mí? Lo siento mucho, yo no tengo la culpa de que tu visión de la vida sea tan corta. —Sandra abre la boca y asiente sin más, me he pasado pero bien. La punzada en mi pecho me lo deja claro—. Perdona, no quería ser tan…

—¿Sincera? Ya… está claro que eso es lo que piensas, sino no lo habrías dicho.

—No sé qué tiene de malo apostar por un presente mejor sin seguir las directrices de nuestros padres o lo que marca la sociedad. Y lo mismo me pasa con Edith. Sí, tiene casi cuarenta, pero nunca me he sentido así junto a nadie, ella me valora y no pone barreras delante de mí.

—¿Y qué vas a hacer cuando su familia también se entere de esto? ¿Crees que van a aceptar que salga con una cría, que vais a poder ir por ahí de la mano como si nada? ¿Qué va a estar a tu lado tú intentas ubicarte? —No me puedo creer que tenga que escuchar estas palabras de alguien que debería, como mínimo, entender un algo mi postura—. Y ese trabajo que tanto amas, ¿qué va a pasar cuando tengas que ir de un lado a otro y ella se quede aquí? Porque te recuerdo que tiene su vida hecha y que os separa un mundo entero que solo va a hacer que acabes destrozada.

—Que le den al mundo, y a todos los que piensen que esto es una locura cuando…

—¿Cuándo qué? —me interrumpe.

Jan vira un poco la embarcación y nos damos de cara con uno de los puentes más históricos de Leiden, donde muchos turistas observan las vistas del canal y toman fotografías sin descanso. Me gustaría estar en el lugar de una de esas personas, en vez de aquí, en mitad de esta guerra por intentar justificar unas acciones que me nacen del corazón y que no pienso rechazar.

Las palabras se me atascan en la garganta, tengo tanto miedo de ponerle nombre a lo que siento que no soy capaz de decirlo en voz alta, por lo que niego dándome por vencida.

—Nada, eso ya no importa… hoy solo quería decirte algo importante y aunque sé que me vas a odiar, espero que al menos lo entiendas. —Alza una ceja y busco una de sus manos con la única intención de hacer el golpe menos fuerte—. Voy a marcharme de Barcelona, creo que nunca debería de haberme mudado allí.

—Y qué pasa con… nosotras —titubea e intento sonreír—. ¿Esto va en serio?

—No nos vamos a ver como antes, pero te prometo que iré a visitaros.

—¿Es por lo que te he dicho de esa mujer, por traer a tus padres aquí?

Niego y echo un vistazo a nuestro alrededor. Veo a muchos sonreír con la alegría en sus ojos y siento un vuelco en el pecho, empiezo a echar de menos como solía ser cuando nana vivía, a pesar de haber rescatado momentos que vibran fuerte dentro de mi pecho.

—No es eso, tú ya sabes por qué —comento y le acaricio las manos—. Te prometo que he intentado ver Barcelona como mi hogar, pero… simplemente no siento que sea mi lugar en el mundo.

—¿Y este sitio sí que lo es? —se interesa, aunque noto cierto resquemor en el tono de su voz.

—¿La verdad? No tengo ni idea.



30
CERRAR EL CÍRCULO

EDITH

Llevo sentada en la furgoneta más de cinco minutos, con las manos apoyadas en el volante y la mirada en ninguna parte. Durante el trayecto he tenido que parar varias veces y respirar con calma, aunque no me ha servido de mucho. Las amenazas de Lucas siguen metidas en mi cabeza, palpitan con tanta fuerza que el dolor ha aparecido hace un rato, aunque lo que más me duele es pensar en cómo pueden acabar las cosas con Irene. Si se entera de lo que ha pasado con su padre la voy a poner en una situación complicada, pero pensar en la posibilidad de que sea yo quien le haga daño, joder no quiero ni imaginármelo.

Estoy a punto de llorar por la frustración cuando escucho un toque en la ventanilla del copiloto que me saca del trance. Lo que no espero es encontrarme con la sonrisa de Lise, quien cambia la expresión al notar que me pasa algo, siempre le ha bastado con mirarme a los ojos para saber que no estoy bien. Podría arrancar el motor y largarme de aquí sin darle explicaciones, pero no puedo porque tengo que ir a por esos malditos tablones.

—Qué casualidad —comenta al verme salir del coche—. ¿Te ha pasado algo? Tienes cara de disgusto.

—¿Desde cuándo te preocupa cómo me sienta o deje de sentir? —Aprieta los labios y yo suelto un suspiro de camino a la acera. Comportarme así no va a solucionar las cosas, mucho menos con alguien que no tiene culpa de nada—. Perdón, es que no está siendo un buen día.

—Ya lo veo, aunque te equivocas en algo, yo nunca he dejado de preocuparme por ti. Eres tú quién se alejó por completo.

Dejo caer los brazos y agacho la mirada, no necesito tener esta conversación ahora mismo.

—¿Y qué esperabas? Te pillé en nuestra cama con otra, una mujer a la que por cierto, has mantenido en tu equipo hasta hoy.

—Fui yo quien cometió el error, no tenía por qué pagarlo con alguien más. Además ¿qué motivo puedo dar para despedir a una trabajadora intachable?

—Dos personas no se acuestan si no quieren —aclaro, levanto las manos y niego—, pero eso ya es agua pasada, hemos rehecho nuestras vidas y yo tengo unos tablones que recoger.

—¿Carpintería para De grote reis? —se interesa y al asentir, sonríe—. Como en los viejos tiempos… —Estoy a punto de suspirar por el cansancio, pero Lise se adelanta y busca una de mis manos—. Mira, sé que no puedes perdonar lo que pasó, lo único que quiero es que nos demos la oportunidad de volver a ser amigas, algo me dice que también echas de menos lo que teníamos antes de… enamorarnos.

No sé si es porque me pilla con las defensas bajas o si es verdad que la echo de menos, pero hasta yo me sorprendo a mí misma al dar un paso y abrazarme a ella. Quizá solo necesito consuelo después de lo que ha pasado esta mañana y mi exmujer ha sido durante muchos años el hombro en el que he llorado y en quién me he apoyado cuando más lo he necesitado.

—Perdóname por tratarte fatal estos años, sabes que no ha sido mi intención, solo estaba…

—Enfadada, decepcionada, dolida. —Se separa de mí y me mira a los ojos con esa sonrisa que siempre me ha parecido preciosa. Varios mechones le caen en la frente y no puedo evitar apartarle uno de la cara—. Jamás te reprocharía que lo estuvieras, pero te prometo que este abrazo ha sido lo mejor que me ha pasado en meses.

—Seguro… con lo ligona que has sido siempre —bromeo.

—Ya sabes que no me refiero a eso —apunta y el silencio nos rodea unos segundos—. ¿Te puedo acompañar a por esos tablones?

—Claro, está aquí al lado. Si quieres, luego podemos tomar un café —propongo.

Por primera vez en mucho tiempo me siento bien haciéndolo y, sobre todo, con que ella diga que sí.

…

La normalidad con la que hemos entablado conversación me hace pensar que, a pesar de que los chicos me han mantenido al tanto, no querer saber nada de ella durante casi tres años ha sido un error garrafal. Parece que su vida no ha cambiado mucho, sigue en lo más alto con su empresa de marketing digital y habla del día a día con un orgullo que le brilla en los ojos. Desde que nos conocemos no recuerdo un momento en el que se desviara de ese sueño que hace realidad cada vez que regresa a la oficina. De las dos, yo he sido la que ha estado más perdida en el ámbito laboral al no querer seguir los pasos de mis padres y hermanos. Me costó muchos años lanzarme a por mi verdadera pasión. Sin embargo, poder contarle cómo van las cosas en De grote reis,

hace que me dé cuenta de lo orgullosa que tengo que sentirme por levantar ese lugar.

—¿Y entonces qué vas a hacer? Porque te conozco lo suficiente como para animarme a decir que no te gusta la idea de no ocuparte del B&B tu solita.

—No te voy a quitar la razón —comento, doy un sorbo al café y devuelvo la taza a su platillo—, pero me he dado cuenta de que si las cosas continúan así de bien, no voy a tener tiempo ni fuerzas con las que ocuparme de todo y eso puede traducirse en un mal servicio, y los huéspedes no merecen. Solo me da miedo equivocarme.

—Creo que ahora que se terminan las vacaciones es el momento de pensarlo y si quieres yo puedo ayudarte con el tema digital, seguro que reservas no te van a faltar. —Sus ojos brillan incluso antes de que le dé una respuesta, parece que sepa que no me voy a negar—. La verdad es que tenerlo en plena Rapenburg es una ganancia y más con el canal a un paso del B&B, tienes que aprovechar ese tirón.

«Si no lo hace antes Lucas», comento para mí y siento un escalofrío. Una terrible sensación de miedo me atraviesa y escondo las manos bajo la mesa. No quiero que se dé cuenta, aunque a ella nunca se le escape nada. Tengo que pensar en algo rápido si no quiero que pregunte, por lo que asiento sin más.

—Me parece una idea maravillosa —comento y carraspeo, solo quiero deshacerme del nudo que tengo en la garganta y no pensar más en lo que ha pasado esta mañana.

—Pues que así sea. —Lise levanta la taza de café como si fuera una copa y las dos la chocamos. Como si el destino hablara, su sonrisa se amplia y levanta una mano antes de gritar el nombre de Chris—. Mira con quién tengo la suerte de estar.

Nuestro amigo llega por mi espalda y al girarme se queda con la boca abierta, creo que hasta el alma se le ha despegado del cuerpo y no puedo evitar romper a reír. Su mirada va de mí a Lise y viceversa durante un buen rato, hasta que me levanto y le doy un abrazo. Muevo una de las sillas y lo invito a sentarse con nosotras. Ya debería haber dejado los tablones en casa de Agnes y regresar a De grote reis, pero esto es justo lo que necesitaba.

—Creo que acabo de presenciar un milagro —exagera Chris y se lleva las manos a la nuca.

Al abrir los brazos nos observa y veo en sus ojos esa felicidad que solo entienden los verdaderos amigos, esas velas que iluminan nuestra oscuridad, quienes han pasado por algo tan difícil como nuestro divorcio. Porque es obvio que eso no solo nos afectó a nosotras.

—Los astros se han alineado —bromeo, el camarero vuelve y le pido un café para él—. Qué raro verte por aquí y no en la clínica.

—Me he pillado dos días libres, el verano me está agotando, como las vacaciones no

lleguen pronto me voy a tirar al canal. Maldita la hora que se me ocurrió cambiárselas a Yannick.

—Lo hiciste por una buena causa, seguro que está disfrutando de una luna de miel inolvidable. —Lise golpea un par de veces su mano—. Por cierto, adivina quién ha aceptado que la ayude a posicionar su web para tener más clientes.

Chris me mira y me encojo de hombros como queriéndole quitar importancia. La idea de que pasemos de cero a algo así en cuestión de nada me pone un poco nerviosa, quizá solo tenga que dejarme llevar y supongo que nuestra amistad se dará de forma natural. Por su expresión diría que está entre sorprendido y feliz por imaginar que las cosas pueden volver a ser como antes y a mí también me gustaría creerlo.

No he dejado de dar círculos sobre mí misma durante los últimos tres años y ya es hora de echar a un lado los miedos, permitirme encontrar ese balance, volver a las cosas de antes sin querer encerrarme en una habitación con tal de evitar que lo que pasó se lleve cada una de las cosas que aprecio en la vida.



31
EN LO PROFUNDO DEL CORAZÓN

IRENE

3 de septiembre de 2024.

—¡Vale, te prometo que tendrás una respuesta en un par de días! —grito al móvil y al colgar la llamada vuelvo con Edith que corta la madera con la sierra circular—. No sé cómo puedes aguantar este jaleo, me zumban los oídos.

—Ya estoy acostumbrada, te he dicho que te pusieras los auriculares. —No levanta la mirada de lo que hace, más bien se concentra todavía más en seguir la línea que ha marcado hace un rato con el lápiz.

El garaje de Agnes está lleno de serrín y virutas. Los tablones, ahora más pequeños, también se amontonan a un lado y poco a poco parece que la cosa toma forma. Llevamos aquí desde antes de las nueve y no he podido evitar mirar cada paso del proceso. Bueno, más bien sus brazos, la manera en la que se ha mordido el labio inferior, su ceño fruncido por la concentración… Tengo que reconocer que está muy sexi con la camiseta de tirantes pegada al cuerpo y el sudor perlando su pecho y brazos. El ruido cesa y echo la cabeza hacia atrás, seguro que voy a estar sorda por días.

—Creo que me voy a tomar un descanso —comenta y apila la tira del tablón junto a los demás—. ¿En serio no tienes nada mejor que hacer?

—¿Qué ver tus músculos y ese culo increíble mientras cortas madera? Creo que no —puntualizo con picardía—. Podrías haberme dicho cómo va la cosa y así te echaba una mano, preciosa —pronuncio la última palabra en español y Edith esboza pequeña sonrisa, la primera que le he visto en toda la mañana—. No me gusta que estés tan seria, ¿seguro que no te preocupa nada?

Me acerco a ella y pongo las manos sobre su pecho.

—Vas a pringarte, estoy hecha un asco —protesta y se aparta de mí.

—A ti te pasa algo. —En cuanto lo digo me da la espalda. No pienso dejar que me deje con

la duda por lo que voy tras ella y la agarro de la muñeca—. ¿Qué ocurre?

—Nada, solo estoy trabajando, esto no son unas vacaciones para mí —responde con desdén y al soltarla es ella quien echa el aire por la boca—. Perdona, es que pensar en que la temporada de verano está a punto de acabar me pone un poco nerviosa.

—Ya te dije que voy a hacer todo lo posible porque la gente quiera venir a ver Leiden, y seguro que acaban en De grote reis, tengo influencia entre mis seguidores.

—¿Y cómo sabes qué van a elegir mi B&B? Podrían alojarse en cualquiera que esté mucho mejor que el mío, incluso en un hotel. Tu amiga, por ejemplo, no está equivocada al pensar que allí hay muchas más comodidades. —Su mirada se transforma, mezcla del enfado y un miedo que veo por primera vez.

—Cree que sus pensamientos son la verdad universal, está segura de que al final no voy a irme de Barcelona porque según ella no voy a encontrar una ciudad que me guste más. No le hagas ni caso, lo ha dicho porque sigue cabreada conmigo. —Me acerco a ella y la beso a pesar de que me llevo en el acto un par de virutas de la madera.

Edith cierra los ojos y asiente más calmada. A primera hora, Sandra vino a De grote reis y se despidió de mí. Quería volver con los chicos en una semana que, según sus palabras, «Va a ser mucho mejor que estar entre molinos y agua estancada». Creo que al final ni ha venido a apreciar un poco el lugar donde se crio mi abuela, más bien quería ver si regresaba con ella o hacía caso a mis padres.

Le doy la mano y caminamos hacia la entrada de la casa, donde nos sentamos. Estamos unos segundos en silencio, la veo quitarse los guantes y dejarlos a un lado con cuidado, después se seca la frente y busca el agua que ha traído en su mochila. Cuando me la ofrece, niego y apoyo las manos con ganas de disfrutar del sol y la brisa que corre por aquí.

—¿Quién te ha llamado antes?

—Ah, Carmina. Mi manager —aclaro y Edith asiente—. Parece que me escuchase el otro día, porque va a enviarme información de las marcas que están interesadas en trabajar conmigo después de las vacaciones, quiere que le eche un vistazo a un par de ideas. —No le doy mucha importancia, y ahora mismo no tengo ganas de pensar en mi próximo viaje o en las obligaciones que eso conlleva.

Me ha costado mucho dejar apartado el móvil y querer atrapar todo en una fotografía o visitar restaurantes solo porque deseaba probar sus platos y no por la oportunidad de darlo a conocer. Aquí he respirado y aunque no he recorrido Leiden de arriba abajo, siento que es porque necesito tomarme más tiempo en esta ciudad.

—Seguro que tienes alguna propuesta interesante, si quieres podemos verlo juntas más tarde. —Abro los ojos y la veo sacar de la mochila un par de envases que llevan dos hamburguesas con sus respectivas patatas. Cuando alzo una ceja sonríe como si nada—. Me apasionan —comenta y no tarda mucho en llevarse una a la boca.

—¿Fría y a esta hora de la mañana? Creía que te gustaba más lo dulce.

—Eso es… porque no me conoces para nada —dice con algo de frialdad.

Sus palabras me ponen un nudo en el estómago y reconozco que hay algo en ella que no es igual a estos días atrás.

—Quizá —suelto, me enderezo y estiro la mano. Cuando me pongo más cómoda abro mi envase y cojo un par de patatas—. En nosotras está cambiarlo, ¿no? —Le pego un bocado a una y veo cómo asiente. El silencio que nos rodea se vuelve tenso, ella se dedica a comer y aunque yo lo hago también al final me canso y la busco con la mirada—. ¿Es que ya no te intereso? ¿Crees que porque tenga que volver al trabajo voy a pasar de ti y no voy a venir a verte?

—Solo intento comer algo mientras me tomo un descanso, Irene, nada más. —Otra vez vuelve a esa indiferencia de hace un rato.

—No me mientas, el otro día dijiste que querías que hiciésemos cosas juntas, que no te importaba el tiempo que estuviera en Leiden o si tenía fecha de vuelta y ahora… —Pone esa mirada de «Te estás cabreando por nada» y me limito a suspirar.

No sé qué hago aquí, así que me levanto y voy a buscar mi bolso. Lo que ha pasado últimamente es un claro recordatorio de lo que he vivido durante toda mi vida. Parece como si nunca fuera suficiente, que puedan desecharme sin más. A lo mejor simplemente los agoto o no quieran estar con alguien que está claro que sigue sin encontrar su lugar en el mundo. Aunque lo que más odio es tener que darle a Sandra la razón.

Noto cómo los ojos se me anegan en lágrimas y al girar me encuentro con la mirada de Edith, justo antes de que se acerque mí y me bese.

. . .

—Esto no está bien… ¿y si aparece por la puerta?

—No lo va a hacer. —Me silencia con otro beso, erizándome la piel.

Sus manos se mueven tan rápido que apenas me da tiempo a reaccionar. Deja en mi cuello un reguero de besos que me produce un cosquilleo delicioso y pone una sonrisa tonta en mis labios. Si hace unos minutos mi mente se atrevió a pensar que no me quería por aquí, ahora veo

en sus ojos un sentimiento totalmente distinto, el deseo que hace más oscuro ese bonito color en su mirada, el placer que siente cada vez que acaricia mi piel. La beso, saboreo su boca como si esta fuera la última vez y cuelo los dedos entre su ropa. Marco su abdomen y poco a poco voy hacia abajo para desabrocharle el pantalón e ir más allá.

Edith suelta un jadeo y después se muerde el labio inferior de la misma forma que lo hizo la primera vez que estuvimos juntas. No puedo evitar querer guardar esta imagen en mi cabeza, como cada una de las ocasiones que me ha sonreído o me ha mirado, como no había conocido hasta que la besé aquella noche.

Su sexo está húmedo y ella profundiza las caricias en mí, haciéndome suya a la vez que entrelaza los dedos de su mano libre con la mía. Eleva mi brazo y atrapa la muñeca contra la pared. Deja unos cuantos mordiscos en mi barbilla y después se deleita otra vez con mi cuello, con mis hombros, con cada pedacito que encuentra a su paso, donde quiere dejar escrito su nombre y todo lo que siente por mí.

Cierro los ojos y me dejo llevar por el movimiento de sus dedos, por su respiración y la manera en la que le late el corazón. Nuestros cuerpos se unen más allá de lo que una vez imaginé y no puedo pasar más de unos segundos sin besarla a pesar de que tiemblo y no puedo pensar con claridad. Suspiro sobre sus labios y cuando el éxtasis toma el control de mi cuerpo, suelta mi mano y lleva la suya hacia mi nuca, donde enreda los dedos. Muerde mi barbilla y pasa su lengua por mi cuello y al decir su nombre sonríe, grabándose en mi cabeza, igual que ya lo está en mi corazón.



32
AFRONTAR LA VERDAD

EDITH

Irene no deja de sonreír, tiene el codo apoyado en la ventanilla de la furgoneta y el pelo suelto le vuela con el viento. La felicidad que veo en sus ojos se me contagia durante todo el camino de regreso a De grote reis. Atrás llevamos los tablones cortados y listos para empezar a darles una capa de pintura y después el barniz que protegerá la repisa de la humedad una vez que pongamos ahí las plantas, un trabajo que podemos hacer en el mismo jardín, quizá con una pequeña implicación de los huéspedes si ellos quieren participar a través de alguna encuesta en redes sociales.

Me gusta estar aquí, en nuestra pequeña burbuja personal, donde no tengo ninguna otra preocupación, donde puedo dedicarme a mirarla mientras conduzco por un trayecto que querría convertir en un destino eterno. La forma en la que sus ojos buscan cada pequeño rincón de Leiden es maravillosa, parece que quiera guardar dentro de ella la magia de esta ciudad y llevársela en un pequeño cajón de recuerdos.

—No sé qué voy a hacer cuando despierte y ya no esté aquí. —La melancolía tiñe el tono de su voz, aunque no se mueve en ningún momento.

—Creo que no tienes que pensarlo como un adiós, sino un hasta pronto. —Giro el volante y estiro el cuello, quiero encontrar aparcamiento cuanto antes y empezar a meter los tablones dentro.

—Tampoco me gustan los hasta pronto, al final acaban por ser un adiós. —Frunzo el ceño y al mirarnos me doy cuenta de cómo la tristeza ha hecho a un lado esa expresión tan bonita que he visto hace un momento—. Cada vez que he soñado con poder alcanzar algo que se quede conmigo, termina por esfumarse.

—¿Lo dices por tu abuela?

—Por ella, por mis padres, por Nottingham, Barcelona, mis amigos… siento que cada cosa que he tenido se ha escapado entre mis dedos, ya no estoy aferrada a ninguna cosa.

—Te tienes a ti. —Le dedico una sonrisa, aunque no parece suficiente para que ella también lo haga—. También tus sueños, creo que a veces queremos con ahínco pertenecer a un lugar en vez de centrarnos encontrarnos a nosotras mismas.

—Pero tú tienes De grote reis, a Agnes, tus amigos…

—Y también casi cuarenta años —comento mientras llevo la furgoneta a un hueco que ha quedado libre—. A tu edad yo también me sentía perdida y no me escuché, seguí los dictados de las personas que conocía y aunque fui feliz en otros sentidos, nunca me sentí plena, hasta que me pregunté de verdad qué era lo que quería.

—¿Qué pasa si lo que yo quiero es… quedarme aquí? Dejarlo todo y empezar de cero.

Piso el freno y nos paramos de golpe. Irene se lleva una mano al pecho por el susto y yo me quedo paralizada, miro el volante y lo agarro fuerte. Las palabras de su padre se pasean por mi cabeza y empiezan a quemar todo lo que encuentran a su paso.

—No puedes hacer eso —digo con sinceridad, aunque sin revelar nada de lo que me reconcome por dentro. Quisiera hacerlo, claro que sí, contarle que Lucas ha amenazado con joderme el negocio y de paso destrozarla, pero parte de sus palabras revelan una verdad contra la que no puedo luchar, porque lo que tenemos, es imposible—. ¿Qué pasa con tu trabajo?

—Bueno, no es algo muy complicado, me dedico a viajar, puedo estar en cualquier parte.

—Ya, pero…

—¿Tan malo te parece? —pregunta y pone esa sonrisa en los labios con la que me atrapa sin remedio. Se acerca a mí y acaricia mis labios con el pulgar de su mano derecha—. Quiero conocer a fondo Leiden, descubrir cada pequeño detalle como si mañana no fuera a existir, no porque esté de vacaciones, es porque lo deseo de verdad. Y también… me encanta estar contigo.

El corazón empieza a latirme deprisa y cuando me besa, estalla una revolución dentro de mi pecho, igual que ha pasado en casa de Agnes o cada vez que la he tenido tan cerca. El miedo se hace añicos y desaparece, trae consigo esa pequeña posibilidad con la que soy capaz de dar la razón a lo que siento. Algo que no me he atrevido a pronunciar en voz alta y que arrasa con la poca cordura que me queda.

—Solo quiero que te lo pienses bien —susurro, todavía pegada a sus labios—. No quiero ser yo quien te corte las alas o te obligue a hacer algo que no deseas.

—¿No te acuerdas de lo que te dije la otra vez? —Vuelve a besarme y sus manos se deslizan hacia mi pecho—. Yo siempre estoy donde quiero estar.

Escucho un golpe en la ventanilla y me aparto rápido. Al girarme me encuentro con Andreas, su sonrisa desaparece de repente y veo a Agnes en el umbral del B&B, también

mirándonos como si acabara de descubrir las Américas.

—¿Quién es? —pregunta Irene, creo que voy a entrar en pánico.

—Mi hermano mayor. —Abro la puerta de la furgoneta y carraspeo.

Ella hace lo mismo y bordea la furgoneta para hacer algo que me deja boquiabierta y con una mezcla entre temor y los nervios con los que ya me sudan las manos.

—Así que tú eres Andreas, el hombre del que tan orgullosa se siente Edith —habla con tanta naturalidad que en este momento la envidio, sobre todo porque él sigue pasmado, incluso cuando le muestra su mano—. Soy Irene, encantada de conocerte.

—Igualmente… —comenta él y la saluda antes de recibir un abrazo—. Venía a ver si la cosa había ido bien… has tardado un montón.

—Ya, es que he hecho unas medidas mal y me ha llevado un buen rato arreglarlo. ¿Verdad? —Pido ayuda a Irene con la mirada, pero lo que ella hace es sonreír con picardía y morderse el labio inferior.

—Hasta las mejores carpinteras se equivocan, pero ha sido muy divertido —suelta y desde aquí veo cómo Agnes está al borde de un ataque de risa. «Dios, que me trague la tierra». Irene se gira y me dedica un guiño—. Voy a darme una ducha, tengo que revisar esos emails. ¿Nos vemos luego?

—Claro…

Tengo que hacer algo. «Rápido, piensa». Mis pies se mueven automáticamente y voy a la parte de atrás de la furgoneta, la abro, me pongo los guantes y empiezo a dejar los tablones en el suelo antes de llevármelos dentro.

—Yo te echo una mano. —Agnes aparece a mi lado y su expresión me pone todavía más nerviosa—. ¿Piensas quedarte ahí parado o qué? Ayúdanos hombre.

—Sí, sí, ya voy.

Entre los tres metemos la madera dentro y las dejamos apiladas en la terraza, en una zona donde no molestará a los huéspedes. Son casi las dos y aunque debería pensar en hacer algo de comer, lo único que quiero es encerrarme en algún lugar y que los nervios se disipen por completo.

Voy hacia la cocina y busco la limonada en el frigorífico, mientras me bebo un vaso no puedo evitar darle vueltas a lo que ha pasado esta mañana. Tengo el tacto de Irene tan memorizado que puedo cerrar los ojos y notar cómo sus dedos se deslizan por mi cuerpo, la forma en la que sus labios reparten besos por mi cuello, mi pecho, en cada centímetro de piel, convirtiéndome en objeto de su deseo, en la única mujer que deseo que me toque. Se me corta la

respiración y noto cómo el corazón me late frenético, porque estar entre las mismas paredes no es suficiente si no puedo respirar de su aire y tiraría cada uno de los muros que nos separan con tal de conseguirlo.

—¿Edith? —Mi hermano asoma la cabeza por la cocina y entra cuando me ve—. ¿Qué haces aquí encerrada? Creía que íbamos a pedir algo de comer.

—Necesitaba un respiro —le comento e intento sonreír, aunque no me sale.

Dejo el vaso en la encimera y apoyo ahí las manos. Estoy a punto de llorar.

—¿Qué pasa? —Agnes aparece y en cuanto me ve, viene hacia mí sin pensárselo dos veces y apoya su mano en mi hombro—. Edith, ¿estás bien?

—Vale, ¿qué me estoy perdiendo? Porque lo que he visto en la furgoneta hace un rato con… Irene…

—Andreas parece que hayas nacido ayer, digamos que tu hermana tiene un lío de verano con ella —dice con cierto tono de diversión.

—No lo es —musito, necesito un poco de calma y me dejo caer en una de las sillas.

—¿Cómo…?

—Que no es un lío de verano, Agnes, me estoy enamorando.

No sé a quién pilla más de sorpresa la confesión, si a ella, a mi hermano o a mí. Los dos se miran y como si este fuese el peor dilema al que me he enfrentado, se sientan delante de mí. En la cara de Andreas veo un sinfín de preguntas que no es capaz de pronunciar en voz alta y hasta tengo miedo de lo que pueda llegar a pensar. Me tapo la cara e intento respirar con tranquilidad, algo que es evidente no voy a conseguir por mucho que lo intente.

—Pero… ¿cómo ha pasado? —Se interesa mi mejor amiga—. Pensaba que solo era diversión. Joder, ahora me arrepiento de haberte mandado al mercado ese día. —Bajo las manos de golpe y ella las agarra con fuerza—. Pensé que sería divertido, quería que salieras un poco e hicieras algo por ti más que estar encerrada aquí todo el día, no podía imaginar que…

—Edith, eres consciente de que…

—¿Tiene veinticinco años? —interrumpo a mi hermano—. Sí, claro que lo sé —asiento y vuelvo a llevarme las manos a la cabeza—. Os juro que no pensé que me fuera a pasar, al principio… es que Irene… bueno tú ya la conoces Agnes.

—Es dicharachera, enérgica, como una explosión por así decirlo. Además de muy guapa —indica ella—. Tiene un aire fresco, de esos que no pasan desapercibidos y si te paras a conocerla un poco no parece que tenga esa edad, creo que ha vivido muchas cosas que la han

hecho ser más madura.

—Desgraciadamente, sí —admito.

—Pero, de todas formas… —titubea Andreas, creo que no sabe lo que quiere decir—. ¿Se lo has dicho a ella? Porque se supone que está solo de vacaciones.

Niego y entrelazo mis dedos con nervios y un cansancio que empieza a recorrer todo mi cuerpo. Tengo las palabras atascadas en la garganta, y sino las suelto creo que voy a terminar por volverme loca.

—No podemos estar juntas, y no solo porque haya venido a unas vacaciones que ahora quiere extender. Es que…

Los ojos se me llenan de lágrimas, estoy a punto de explotar, pero a la vez, no soy capaz de decirlo.

—¿Qué pasa, cariño? —Andreas lleva una mano a mi mejilla y acaricia con el pulgar, dándome un consuelo que no sé por qué me pilla de sorpresa, sobre todo por cómo han ido las cosas entre nosotros últimamente.

—Sus padres lo saben —suelto y Anges se lleva las manos a la boca—. Y antes de irse de aquí, Lucas me amenazó. Si no consigo que Irene se marche, si no termino con esto como para que no quiera volver por aquí nunca le hará la vida imposible y también… acabará con De grote reis.



33
SONREÍR ENTRE NUBARRONES

IRENE

19 de noviembre de 2021. Nottingham, Inglaterra.

Parecía como si la lluvia, un manto donde refugiarse y disfrutar del sonido que tanto nos gustaba, hubiese querido acompañarnos durante la noche. Nana permanecía con los ojos cerrados, tal calmada que por un segundo quise creer que no experimentaría ningún tipo de sufrimiento. Llevábamos aquí dos días y los médicos fueron tan claros que empecé a contar las horas como si estuviera en una carrera directa contra la muerte. No podía hacerme a la idea de perderla, solo había pasado con ella veintidós años y cada vez que cerraba los ojos, rezaba porque me concedieran un poquito más de su tiempo.

—¿Todavía no has comido nada? —Su voz, mucho más débil de lo normal, hizo que girase sobre mis pasos y dejara de prestar atención a los charcos enormes que ya se podían ver desde esta altura.

Rompí la distancia y al acercarme a su cama intenté sonreír, lo que menos quería era que me viera preocupada o, peor aún, extremadamente asustada.

—No tengo hambre nana, además, la comida de aquí da asco y no pienso traer nada de fuera si no puedes comerlo conmigo.

—Siempre tan considerada, pero no voy a permitir que te mueras de hambre por mi culpa, ¿entendido? —refunfuñó, abrió los ojos y llevó una mano a mi mejilla, donde dejó una caricia que supe iba a mantener conmigo siempre—. Tienes que intentarlo.

—Intentar ¿qué? —Al sentarme en la butaca que tenía al lado me permití acercarme a ella y llevar su mano a mis labios.

—Ser feliz, *schatje* —pronunció «Tesoro» con ese cariño con el que lo escuché toda la vida, y en ese momento sentí un nudo en el estómago que se apretó hasta dejarme sin respiración —. No importa lo difícil que te lo ponga la vida, sigue ese camino que dicta tu corazón, que nadie te quite la ilusión de cumplir tus sueños y buscar lo que te hace feliz.

—Pero es que no sé si voy a poder hacerlo sin ti —admití entre lágrimas, aunque me esforcé porque ninguna cayera.

—Eso no es verdad… —Nana cerró los ojos y tomó una respiración fuerte. La mano le tembló tanto que pensé que la perdería en ese preciso instante—. Sé que vas a lograr cada cosa que te propongas, recuerda que los lugares están de paso, pero las personas no. Y yo voy a estar a tu lado cada vez que abras los ojos, aunque ya no puedas verme.

—No quiero que te vayas —sollocé y apoyé la cabeza sobre la cama.

El pánico que sentí al imaginar el presente sin nana hizo que me derrumbara ahí mismo. Mordí tan fuerte mi labio inferior solo porque no me escuchara llorar que noté el regusto amargo invadir mi boca, aunque ninguno de mis esfuerzos fueron suficientes. Ella acarició mi pelo tranquilamente, sin añadir una sola palabra, respiró con calma y continuó así hasta que pasó un buen rato y me dormí, tan relajada que hasta llegué a soñar con el campo de tulipanes que siempre me había descrito. Una ilusión repleta de colores donde nos sonreímos hasta que soltó mi mano y yo no pude seguir sus pasos.

Al despertar su pecho ya no se movía, tiré de su mano, pero no respondió. El silencio fue tan duro que me quedé paralizada y sin saber qué hacer durante un buen rato, hasta que me fijé en su expresión. Parecía sonreír, ese bonito gesto que yo misma había heredado y con el que siempre me recibió cuando salía del colegio o llegaba a casa después de estar toda la mañana en el instituto o la universidad. Me levanté y tumbé un rato a su lado, apoyé la cabeza en su pecho, con la tonta idea de querer escuchar el latido de su corazón cuando ahí no había nada. «A mí no me importa con quien estés o donde quieras ir, mientras te vea sonreír de esa manera tan bonita, solo recuerda que los días nublados también necesitan existir para que la luz llene después nuestro corazón».

Sus palabras me atravesaron por dentro y aunque intenté ser fuerte, sabía que iba a ser muy difícil conseguirlo.

. . .

4 de septiembre de 2024. Leiden, Holanda.

—Madre mía, no pensé que fuera a quedar tan bonita. —Con el móvil en la mano, echo un vistazo a la pantalla, saco un par de fotografías y voy hacia la pared de ladrillo.

Antes de pintarlos, Edith ha unido los tablones de la que será una futura repisa que acogerá muchas macetas y un par de enredaderas en la parte más alta. Su hermano sonríe y la mira encantado, con una complicidad que me cosquillea en el estómago. Me gusta estar aquí y poder

verla así de feliz, incluso cuando hace algo tan sencillo como esto.

—Ya te dije que tenía mucha mano —comenta Agnes a mi lado.

—Qué suerte que lo haya podido comprobar con mis propios ojos —suelto y no me doy cuenta de lo sugerente que suena la frase hasta que ella carraspea—. ¿Puedo subirlo a mis redes? Quiero que la gente vea lo bonita que se va a ver la terraza en unos días.

—Hasta que alguien se lo cargue… —Edith suspira y su hermano carraspea, aunque enseguida baja de la escalera—. Ya me encargo yo de pintarlo, Agnes podrá ayudarme a colocarla cuando esté seca.

—¿Seguro? Porque puedo cambiar el día si quieres.

—No, no. —Con la mano en el pecho de Andreas su hermana le sonríe y niega—. Quiero que estés divorciado cuanto antes, ya no soporto esa tensión que hay entre vosotros dos, estáis locos por gritarlo a los cuatro vientos —añade.

—Entonces ya podremos salir algún día a tomar algo los cuatro juntos —comento y me encanta poder imaginarlo.

—Seguro… —titubea Agnes y también carraspea.

Frunzo el ceño, aunque ninguno más añade nada, de hecho, parece que hasta tienen prisa por recoger las cosas y ponerse a otra cosa. Saco un par de fotografías más y aunque quiero subirlas enseguida a Instagram, guardo el teléfono y voy con Edith al interior.

Antes de que entre a la cocina sujeto su muñeca para que espere.

—¿Por qué has dicho eso antes?

—Porque en la vida puede pasar cualquier cosa, no tenemos nada asegurado.

—Ni que alguien fuera a destrozarte el negocio de repente —bromeo y su expresión se endurece—. Siento si soy tan idealista, pero yo creo que lo estás haciendo de maravilla. Se nota el amor que tienes por este sitio.

—Es que a veces no se trata solo de eso —añade, parece que quiera decir algo más, aunque las palabras no salen de su boca—, pero bueno, serán imaginaciones mías. ¿Ya le has dado una respuesta a tu manager?

Niego y ella suspira, por un segundo tengo la sensación de que lo desea más que yo.

—Ya sabes que quiero pensar las cosas bien, serás la primera en saberlo. ¿Por qué no vamos a dar un paseo esta tarde? Quiero visitar un lugar contigo.

—Debería terminar lo de la repisa y…

—Por favor —interrumpo y aprovecho que estamos solas para poner las manos en su

cuello y dejar un pequeño beso en sus labios—. Sé que estás ocupada y también un poco preocupada por lo que pueda pasar cuando el verano se acabe. Pero te prometo que va a merecer la pena.

—¿Cuándo no es así contigo? —Por primera vez en toda la mañana sonríe.

Si pudiera, enmarcaría este momento en una fotografía que sobreviva un millón de años.

—Tu hermano me cae muy bien, por cómo lo describiste pensé que era un ogro.

—¿Quién? —Andreas aparece por la puerta de la cocina y su hermana se pone blanca.

Rompo a reír y busco la mano de Edith, encantadísima de ser testigo de cómo se le ponen las mejillas rojas por la vergüenza.

—Buscaos algo que hacer y dejadme en paz. —Se enfurruña y se va del comedor como si fuera un elefante en una cacharrería.

—Me encanta verla así otra vez, tenía la sensación de que nunca iba a pasar —comenta su hermano y se guarda las manos en los bolsillos de sus vaqueros—. He estado toda la noche pensando que era una locura, pero pareces alguien muy especial, así que gracias.

—No he hecho nada del otro mundo, salvo casi dejarla ciega cuando la conocí —digo y el recuerdo me saca una risilla—. No me había encontrado a nadie que fuera tan torpe y maravillosa a la vez.

—La verdad es que es un poco caótica, pero no se lo digas o me prohíbe la entrada —bromea él—. El viernes teníamos pensado ir al centro de escalada, ¿por qué no te vienes? Agnes me comentó que el primer día te animaste a subir con cuerda.

—Soy muy cabezota y cuando quiero llegar a algo, no paro hasta conseguirlo. Además, Edith es muy buena maestra.

—Eso es porque te quiere —suelta y el impacto de sus palabras me hace abrir la boca.

Él se queda blanco y la tensión nos rodea por segundos.

—Gra-Gracias… —puedo decir apenas, el teléfono me salva de una situación que me ha puesto los pelos de punta, aunque al ver que es mi padre, no sé qué es peor—. Tengo que contestar, luego me dices a qué hora iremos y eso.

—Vale. —Andreas se lleva una mano a la nuca y aprieta los labios como si fuera consciente de que acaba de meter la pata o algo así.

Me alejo del comedor y busco el aire fresco de la terraza antes de responder, sé que si no lo hago van a insistir todo el día, por lo que cojo aire y descuelgo.

—¿Qué tal el regreso a Nottingham? —pregunto sin mucho interés en saberlo.

—Pues como siempre, las vacaciones han sido cortas.

—Si a esto lo podéis llamar vacaciones —recuerdo y por el tono de mi voz seguro que sabe a lo que me refiero.

—Mira cariño, sabemos que esa noche en casa de los primos no estuvimos bien, pero tú tampoco pones las cosas fáciles —comenta con un extraño tono cariñoso. Sabe que si continúa con la charlita le voy a colgar el teléfono y por eso toma carrerilla y sigue—: Tu madre quiere disculparse con Dora, también hablar con ella y que tú estés presente. Ahora no podemos viajar otra vez, pero podríamos hacerlo por videollamada, ¿qué te parece?

—Pues que no vamos a solucionar nada, el daño ya está hecho papá.

—Irene, las cosas no son siempre blancas o negras, y no estamos en tu contra por más que quieras verlo así. Déjanos que lo expliquemos al menos y luego podrás juzgarnos.

La situación me hastía, y me extraña que de repente quieran arreglar las cosas. Además, últimamente están muy juntitos y eso no puede traer nada bueno. Echo la cabeza hacia atrás, suelto un suspiro y me pellizco el puente de la nariz. No me apetece para nada ir a casa de Dora y pasar esa vergüenza, pero sé que es una puerta que tengo que cerrar de una vez.

—Vale, pero hasta el fin de semana no puedo, tengo cosas que hacer con Edith y sus amigos —lo digo con naturalidad y a propósito—, supongo que os habréis divertido con Sandra y vuestras conjeturas.

—De eso ya hablaremos cariño. Solo dinos día y hora, ajustaremos nuestra agenda.

—Ahora le mando un mensaje y luego te cuento. Dale saludos al tío. —Muerdo mi labio inferior y echo un vistazo al cielo, como si quisiera pedirle a nana que me ayude.

—Y tú procura no tomar decisiones a la ligera, ¿vale? Te quiero, cariño.

Corta la llamada y miro la pantalla del teléfono. «Joder, seguro que esa metomentodo les ha dicho algo», pienso. Empiezo a teclear un mensaje para ella, aunque enseguida lo doy por imposible y simplemente lo dejo estar, echo un vistazo a mi espalda y al ver el comedor vacío siento los nervios en el estómago. Porque a pesar de todo, lo único que tengo en la cabeza son las palabras que ha dicho Andreas.



34
EL MIEDO A PERDERLO TODO

EDITH

A pesar de que he hecho lo imposible por poner mil excusas y quedarme en el B&B, aAgnes y mi hermano me han echado a patadas. Según ellos necesito tomarme un respiro, como si hacer las repisas y estanterías para el jardín fuese un trabajo que me deja exhausta. La verdad es que quería evitar a toda costa darle alas a unas mariposas que se mueven dentro de mí tan solo con mirarla. Irene y yo vamos de la mano y algunas personas no apartan la vista, aunque a ella no parece importarle. Tampoco debería importarme a mí, pero no puedo evitar sentirme incómoda y tener que esforzarme por ignorar a gente que nos juzga sin conocernos de nada. Como si el amor tuviera unas normas pautadas que todo el mundo debe seguir al pie de la letra.

Niego al darme cuenta de que he interiorizado esa palabra, de que la he hecho nuestra por más que he querido hacerla a un lado e ignorar los sentimientos que empezaron a nacer dentro de mí cada vez que ella me sonreía o tenía un detalle especial conmigo.

—Te prometo que no vamos a ir muy lejos —dice emocionada—, llevo queriendo ir desde el día que llegué.

—¿Y por qué no lo has hecho antes?

—¿La verdad? —Afirmo y aprieta mi mano—. Porque tenía miedo a no ser capaz de hacerlo, y tampoco sabía si iba a entender el significado de las palabras que nana me dijo antes de morir.

Como siempre y cada vez que habla de ella, aparece en sus ojos esa melancolía y tristeza que me gustaría poder arrancarle y guardar en un baúl lejos de su alcance. Me he dado cuenta de que por encima de todas las cosas quiero protegerla, aunque en el proceso, también termine por destrozarla.

Entramos por la calle Noordeinde y al pasar por el restaurante La Cubanita, siento un pálpito en el pecho. Llegamos a la esquina e Irene toma la siguiente calle desde donde se pueden ver las aguas del río Rijn, sin embargo, no es eso precisamente lo que llama mi atención, sino ver

Molen de Put, el molino tipo *polder* que fue utilizado históricamente para el drenaje del agua de las tierras bajas. La reconstrucción que se completó en 1987 se sitúa cerca del Puente de Rembrand donde hay un montón de flores que yo misma he regado en alguna que otra ocasión. Se me eriza la piel cuando Irene tira de mi mano y me lleva allí prácticamente a rastras. Al llegar se suelta y gira varias veces sobre sus pasos, hasta que llega a mitad del puente y se detiene de golpe.

La veo apoyar las manos en la barandilla y también acariciar los pétalos de algunas flores en el proceso. Las aguas se ven preciosas a esta hora de la mañana, de un color azul que se mezcla con tonos verdes y el movimiento de las diferentes embarcaciones que navegan por la zona. Grandes o pequeñas no importa, pero sí la felicidad que brinda a las personas que pasan por aquí. Cierro los puños y cojo aire, lleno mis pulmones y empiezo una batalla personal entre lo que siento y lo que tengo que hacer.

—Era el sitio favorito de mi abuela, de toda la ciudad —comenta Irene en cuanto llego a su lado. Apoya el pecho y suelta los brazos como si pudiera tocar el agua con los dedos—. No hablaba muy seguido de Leiden y siempre que lo hacía solía terminar por desviar la conversación, supongo que por lo mucho que le dolía. Pero cuando lo hacía, me contaba cosas sobre los campos de tulipanes y el puente, de cómo se sentía libre y querida. Al cerrar los ojos la puedo imaginar pasear por aquí con mi madre, algo que también me hubiera gustado hacer a mí.

Cuando nombra a Simone se me pone un nudo en la garganta que me cuesta mucho deshacer y solo lo consigo al ver la sonrisa de Irene al apoyarse en la barandilla y estirar su mano para que vaya con ella.

—Siento que no lo hayas podido hacer con ellas, sé que habrías sido muy feliz. —Entrelazo nuestros dedos y los miro durante unos segundos. Nuestras miradas se encuentran y verme reflejada en la suya es un privilegio que nunca llegué a pensar tener—. Pero ahora estás aquí, y de alguna manera u otra, creo que has cumplido ese sueño que tenías de pequeña.

—Lo que quiero decirte es… —Se muerde el labio inferior y titubea, necesitada de unos segundos con los que buscar las palabras correctas—. Se marchó más pronto de lo que quise, pero aquel día le prometí que no iba a perder la oportunidad de hacer lo que el corazón me pidiera. Y aunque te niegues, creo que quiero intentarlo… quedarme aquí.

—Irene… —Pone un dedo en mis labios y me silencia.

Siento tambores en la cabeza, la razón no para de golpearme con las amenazas de Lucas y lo mal que puede acabar esto. Pero cuando me besa los sentimientos se avivan y pasan por encima de cualquier otra cosa, sin importar que sean dudas, incertidumbre o el dolor que me recorre cada vez que pienso en que le hagan daño. Hace meses creí que no volvería a ser capaz

de amar, que nunca me reencontraría con esa parte de mí que ahora brilla por encima de todo lo demás. Hasta que apareció Irene, de la forma más extraña posible, como el agua que da vida a la naturaleza; una revolución que atravesó mi jardín sin ningún pudor y con la sonrisa más bonita que haya visto jamás. La misma que me dedica al separarse y acariciar mis labios con su pulgar.

—No quiero que digas nada, solo que confíes en mí, ¿vale? Te prometo que no voy a abandonar las cosas que más me importan.

—Es que no dejaría que lo hicieras, porque entonces no serías la chica que casi me saca un ojo nada más llegar —le recuerdo y se echa a reír. Hago a un lado lo malo, busco su mano y camino por el canal hacia el molino—. La semana que viene se celebran los días de los monumentos abiertos, podríamos visitarlo por dentro, seguro que también lo decoran con luces —le digo y señalo hacia allí—, te prometo que es un espectáculo cuando se hace de noche.

—Aunque seguro que no supera en nada a lo que consigues tú —comenta y apoya su cabeza en mi brazo mientras andamos.

Su mano se arrastra y se une a la mía dejando nuestros dedos entrelazados. Nos quedamos en silencio de camino hacia allí y la escucho suspirar un par de veces, seguro que ahora mismo piensa en su abuela y lo único que quiero es que de alguna manera sepa que está con ella.

—No me has comentado nada de esos e-mails.

—Pero si eres tú la que no ha parado de trabajar, como si tuvieras prisa por montar esas repisas. He llegado a pensar que no querías ni verme —confiesa con tristeza y mis pies se frenan de golpe—. Eh, que es broma —dice al darse cuenta de mi expresión—, jamás lo creería, de verdad, aunque al principio te costara salir conmigo a la calle. Sé cómo nos mira la gente…

—Eso me da igual. Lo que piensen, lo que hablen… solo me importa lo que a ti te haga bien —confieso sin hacer notar la profundidad que hay en mis palabras, porque está claro que, en parte, miento.

—Pues qué suerte, porque precisamente eres tú. —Vuelve a sonreírme y me besa con su mano sobre mi pecho.

Disfruto del tacto de sus labios, de sus dedos, de cómo su respiración se une a la mía sin otro deseo que crear una revolución en mi corazón. «Sean cuales sean las intenciones de ese hombre, te juro que no voy a permitir que cumpla con sus amenazas», las palabras de Andreas se pasean por mi cabeza. Quiero creer en él, pero a la vez, no puedo evitar sentir un terrible miedo a equivocarme.

El molino se presenta ante nosotras a un par de metros e Irene se suelta de mi mano con la intención de acercarse y verlo en su plenitud. Sujeta la cámara y aprieta el botón varias veces. La

ilusión que veo en sus ojos hace que sonría y ella aprovecha la ocasión para girarse y fotografiarme.

—¡Que no! —grito y pongo la mano delante de mi cara.

—¿Por qué? Si tú eres el mayor atractivo de Leiden, ¿no puedo retratarte solo con la intención de disfrutar de ti cuando no estemos juntas? —apunta sugerente y se muerde su labio inferior.

—Eres… —Me acerco a ella y se encoge de hombros—, irremediable.

—Pero seguro que te encanta lo irresistible que me pongo —dice convencida, y sabe que no puedo negarlo—. Ven, quiero que nos hagamos unas fotos juntas con el molino de fondo, pienso alardear de ti todo lo que pueda.

—Uff, seguro que te tienen una envidia increíble —bromeo.

Las dos reímos y esta vez saca unas cuantas fotografías con su teléfono a la vez que atrapa cada detalle de lo que ve a su alrededor sin dejar de sonreír. Me pregunto cómo será cuando está en modo cien por cien trabajo, si se le frunce el ceño igual que cuando está al ordenador o si tendrá algún ritual que cumple al pie de la letra en cada uno de sus viajes. Cuanto más la miro más soy consciente de que quiero descubrir cada detalle que esconde y que todavía no ha mostrado. Y a pesar de que el miedo ha estado a punto de consumirme estos días, creo que puedo creer en las palabras de Andreas y pensar que lo nuestro puede salir bien.



35
ESTO ES REAL

IRENE

6 de septiembre de 2024.

Edith lleva distraída con el teléfono desde que he bajado a desayunar, preparada para ir con ella y su hermano al club de escalada. Parece como si hubiera recibido una mala noticia, aunque cuando le he preguntado ha dicho que no es nada. Tal y cómo prometí la otra tarde no he podido dejar de mirar las fotografías que nos hicimos, también las he compartido en redes sociales y he hecho alguna que otra publicación donde vuelvo a recomendar De grote reis y algunos rincones de Leiden que son imperdibles si vienes de vacaciones. Las diferentes opiniones no se han hecho esperar al dar a entender una conexión que, conforme pasan el tiempo, siento más real. Sin embargo, no quiero dar importancia a los comentarios de unas personas que no tienen idea de lo que siento.

Los días han pasado rápido y casi sin darme cuenta, dando lugar a un viaje que me ha ayudado a cerrar algunas heridas a pesar de que otras, se han abierto por culpa de las acciones de unos padres que, por más extraño que parezca, no puedo evitar echar de menos. Por una vez me gustaría tener su apoyo, esas palabras de aliento que siempre he esperado de su parte a pesar de que siempre han deseado una vida diferente para mí. Hasta mi tío ha dejado algunos comentarios en los que dice estar orgulloso y que siente una envidia tremenda por no estar paseando por Leiden conmigo. Cuánto más lo pienso, más me doy cuenta de que son muchas las cosas que deberían unirnos y siento lástima por no conseguirlo.

Busco el teléfono en la bolsa y empiezo a escribir.

> Irene: Dile a mamá que el domingo por la mañana estaré en casa de Dora, así podremos hablar largo y tendido sin que el trabajo os interrumpa.

Envío el mensaje con la esperanza de que al menos podamos dar un paso adelante. Sandra también me ha enviado algunas fotografías de su último destino vacacional junto a Gonza y aunque todavía estoy enfadada con ella, sé que al regresar a Barcelona a recoger mis cosas, voy a

querer exprimir cada segundo del tiempo que nos quede por disfrutar juntas.

—Mirad, los chicos ya han llegado —anuncia Andreas y las dos miramos al frente.

Un hombre sonríe y a su lado veo a alguien que no esperaba encontrarme. La exmujer de Edith se acerca a nosotras y nos saluda con alegría. Me quedo parada sin entender muy bien qué es lo que pasa, hasta que ella se fija en mí y extiende su mano.

—Y tú debes ser Irene, me han hablado muy bien de ti, encantada de conocerte.

Le entrego la mía y me abraza como si fuéramos colegas de toda la vida. Al separarse palmea la espalda de Andreas y le dedica un guiño a Edith antes de ir al encuentro de los demás.

—¿Qué…?

—Ah, nos encontramos la mañana en la que fui a por los tablones, supongo que ya era hora de intentar arreglar un poco las cosas y ser amigas —comenta como si nada—. No te parece mal que haya venido ¿verdad?

—No, son tus amigos —titubeo sin saber qué más añadir.

Agarro el asa de mi bolsa y aprieto las manos con los nervios en el estómago. Andreas es quien me presenta al resto y aunque quiero quedarme con sus nombres lo único que soy capaz de hacer es observar a Lise, y darme cuenta de la complicidad que tiene con Edith y con el resto. Mis piernas se mueven solas y entro al Club Windflower, donde pensé que estaba loca al creer que nuestros sentimientos no eran solo producto de mi imaginación. Todos se colocan en una de las paredes que ya tienen cuerdas y aunque ya he vivido mi primera experiencia aquí, no puedo evitar pensar que voy a ser un completo desastre.

—Tranquila, que voy a estar contigo todo el rato —susurra Edith a mi oído.

—No estoy preocupada por eso —aclaro y Andreas me mira como si supiera a qué me refiero exactamente.

Dejo la bolsa y me pongo los zapatos de escalada que nos han dado al entrar. En mi cintura llevo el carbonato de magnesio que también he puesto en mis manos lista para subir. Nos hemos repartido por parejas, salvo Annie que ha decidido empezar por algo más sencillo, justo lo que yo debería haber hecho, porque en cuanto pongo mis manos y pies en las presas siento un temblor incontrolable azotar todo mi cuerpo.

Me cuesta escalar y mirar abajo no ayuda en absoluto. Recorro dos metros y resbalo con el pie derecho. La caída hacia las colchonetas no es dolorosa, sin embargo, al levantarme veo que Lise se ha dado cuenta y que sonríe como si le gustara que haya besado el suelo.

Edith baja de un salto y viene conmigo.

—¿Estás bien, seguro que no quieres hacerlo en búlder?

—Estoy bien, solo ha sido una caída tonta —protesto y aparto las manos cuando ella las busca—. Deberías de haberte puesto con ellos, así no te molesto.

—No digas tonterías, si me encanta ver cómo te mueves por la pared. —Se acerca a mí y me da un beso en el cuello. Pasa las manos por mi espalda y las noto en mi cintura—. Tienes que impregnarte bien las manos o te vas a escurrir más si los pies te fallan, acuérdate de que son fundamentales para distribuir el peso y el equilibrio.

Edith me mancha las palmas y los dedos y aunque parezca una tontería, siento que es el gesto más romántico del mundo.

—¿Y tú? ¿Seguro que estás bien? Porque no has parado de mirar el teléfono en toda la mañana con cara de preocupación.

—No es nada, es que tengo a un cliente pesado que quiere la devolución de la reserva cuando ha incumplido con la normativa, ya sabes cómo es la gente. —Suspira y echa un vistazo a la pared—. Venga, que seguro ahora lo haces mejor.

—Vale… —Muerdo el labio inferior y la sigo con la mirada.

Edith observa las presas unos segundos y al segundo empieza a subir. Se nota que viene aquí desde hace años por la manera en la que sus pies y manos se mueven. Agacho la vista y veo las mías, no sé por qué siento una punzada en el pecho, pero lo intento ignorar e ir hacia la pared. Levanto la mirada y ella me presta atención un segundo, dedica una sonrisa y guiña un ojo, lo que me da fuerzas antes de empezar el recorrido.

Estaba claro que iba a tardar un mundo en llegar arriba, y aunque he resbalado un par de veces, no he vuelto a caerme, y los chicos lo celebran como si fuera el logro del siglo. Andreas levanta las manos junto a su amigo Chris y el resto aplaude con alegría a excepción de una persona, quien parece hasta asombrada de que lo haya conseguido. Al bajar, recibo el abrazo de Edith y un beso en los labios inesperado que me deja con una sonrisa tonta y los nervios en la boca del estómago.

—Vas a ser una competidora difícil cuando vayamos a Groningen. Hasta te puedes sumar en el próximo viaje que hagamos.

—No la animes tanto Chris, que todavía es novata —aclara Edith y me dedica una caricia en el cuello—, todavía le cuesta combinar bien las manos y los pies, pero progresas adecuadamente —añade con orgullo.

Ese pequeño detalle hace que rebose de felicidad, a pesar de que yo no daba un duro por mí.

—Sí que ha sido una sorpresa. —Lise me ofrece una botella de agua y bebo de ella con tranquilidad.

—¿Sólo eso? —pregunto sin poder contenerme, los demás se miran entre sí, aunque no veo ningún gesto extraño o fuera de lugar.

—Con ver a Edith feliz, nos basta —comenta Annie—, y tú también lo pareces.

—Tanto que pronto me tendréis por aquí cualquier día de la semana —afirmo con los nervios cosquilleándome en el estómago.

—¿De verdad? Pues tendremos que conocernos mejor —añade Lise y siento que no le hace mucha gracia por la manera en la que mira a su exmujer, quien de repente ha vuelto a tener esa cara de preocupación.

Voy con ella y entrelazo nuestros dedos, le doy un beso en los labios y me la llevo conmigo hacia donde está la mochila, de la que saco unos *stroopwafels* que ofrezco con un gesto pícaro. Edith abre la boca y niega por una travesura que habrá sacado de quicio a Agnes seguro.

—Dime que al menos le has dejado una buena ración o nuestra vida correrá peligro al volver.

—Supongo que sí, ¿con tres tiene bastante?

—¡Irene, no me lo puedo creer! Eres la personificación del diablo —comenta y se echa a reír. No tarda en coger uno y darle un bocado que parece saberle a gloria por el suspiro que suelta—. Y por eso te quiero. —Las palabras se escapan de sus labios y me dejan tan sorprendida que el paquete se me cae al suelo.

—Edith… —Es ella quien se agacha y lo agarra, después mira sus manos en silencio y tarda un poco en volver a mis ojos. De hecho, solo lo hace al rozar su cuello con los dedos—. Yo también te quiero —confieso, con el corazón a mil por hora y un cosquilleo en el estómago que ha estado ahí prácticamente desde que llegué.

La beso y me olvido de sus amigos, de su exmujer y también de cualquiera que pueda estar por aquí. Poder sentir el latido en su pecho y el tacto de sus manos me hace vivir en una realidad maravillosa por la que estoy dispuesta a luchar, aunque haya un millón de cosas que se pongan en nuestra contra.



36
SENTIMIENTOS CONTRA LOS QUE LUCHAR

EDITH

La mañana de escalada terminó en una comida en el restaurante que hay a una manzana del club, donde no paramos de reír y disfrutar de un rato maravilloso. Saber que mis amigos están encantados con Irene y que no ponen ningún pero a lo que tenemos, me ha dejado con una sensación increíble en el pecho, al menos hasta que he vuelto a De grote reis. A primera hora de la mañana recibí un mensaje de Lucas en el que me compartió el enlace de las fotografías del molino que su hija subió a Instagram. El texto también decía un «Esto no es lo que acordamos» que me provocó una horrible sensación en el estómago y un enjambre de pensamientos nada buenos.

Lo peor es que desde que le respondí que necesito hablar con él, ya no se ha vuelto a comunicar y la espera va a conseguir matarme por dentro. Después de darnos una ducha, Irene me dijo que había quedado con Ingrid, y algo dentro de mí, no para de decirme que eso es justo lo que debería dejar que haga por más que mi corazón piense lo contrario.

—No te importa que pase la noche con ella ¿verdad? —comentó con sus labios pegados a los míos.

—Solo si no tengo que ir a recogerte porque acabas como una cuba.

—Lo peor que puede pasar si eso ocurre, es que tú y yo acabemos en la cama —me recordó con una sonrisa pícara.

Todavía noto el cosquilleo en mi labio inferior tras una mordida sugerente y el contoneo de sus caderas al salir del B&B con otro de los vestidos veraniegos que compró en el mercado. Ahora, estoy en la cocina, sola y en silencio, con el trabajo hecho y ninguna obligación más que estar pendiente de los huéspedes en caso de que necesiten alguna cosa. En las fechas que son, ya no tenemos lleno completo y se puede decir que estamos mucho más tranquilas a pesar de que adore el ajetreo de los meses de julio y agosto. Algo que podría cambiar a mal si las amenazas de Lucas se hacen realidad.

Andreas me ha prometido informarse sobre el edificio que nombro y si hay algún posible comprador. De hecho, también está dispuesto a enfrentarse de cara a esto si fuera necesario, aunque yo le haya pedido que no se meta. Lo que menos quiero es que él tenga un problema por mi culpa, pero todavía no tengo claro qué es lo que le voy a decir a ese hombre si me contesta en algún momento.

El teléfono me sorprende cuando estoy a punto de batir unos huevos con los que llenar el estómago. Veo que la llamada proviene del mismo número con el que envió el mensaje y tomo una bocanada de aire antes de descolgar.

—¿Diga? —respondo con un nudo formándose en el estómago al saber de quién se trata.

—Espero no haberte pillado ocupada —comenta Lucas, con el mismo tono que usó al lanzar sus amenazas—, acabamos de terminar la jornada en la oficina.

—Tranquilo, a estas horas ya no tenemos servicio de cocina y la mayoría descansa.

—¿Mi hija está por ahí?

—No… —Trago saliva y suspiro—. Ha salido a tomar algo con una amiga, Ingrid.

—Lo que debería hacer en vez de estar con alguien que le dobla casi la edad —protesta en voz baja y escucho el sonido de una puerta. Un escalofrío me recorre la espalda y me muerdo el pulgar por culpa de los nervios—. Mira, no tengo nada en tu contra, de hecho, me pareciste una empresaria bastante digna, pero no voy a permitir que sigas así con mi hija.

—Ella es mayorcita para saber lo que quiere, en realidad es mucho más madura de lo que debería, creo que, si se sentara un segundo a escucharla, se daría cuenta.

—¿Ahora vas a darme clases de paternidad? ¿Tú, que ni siquiera sabes lo que es?

—Usted no sabe nada de mí, le agradecería que…

—Lo que yo te agradecería es que la dejaras en paz —interrumpe y suelta una risa tonta—. Si el otro día no fui claro, lo seré ahora. He recibido información sobre ese edificio del que te hablé y no solo te voy a joder el negocio, sino que voy a conseguir que Irene venga arrastrándose a nuestra empresa —habla con tanta naturalidad que hasta me asusta—. Mi mujer y yo tenemos entendido que ya le han llegado un par de propuestas… y sería una pena que su próxima colaboración se convierta en un desastre, una pieza de dominó que consiga quitarle la idea de seguir con esa tontería.

—Eso es lo que más feliz le hace —espeto con enfado, apunto con el índice a pesar de que no está aquí—. Si se le ocurre joderla se las verá conmigo.

—¿De verdad te atreves a amenazarme? Te olvidas de que somos sus padres y que, si en algún momento se derrumba, acabará acudiendo a nosotros. Porque al final, la sangre es la

sangre —dice con toda la seguridad del mundo—. Vas a terminar con esto o nadie más querrá colaborar con mi hija en su vida. Te juro que va a ser la vergüenza de ese ridículo mundo. ¿Estás dispuesta a ser quien le quite eso que tanto adora hacer?

—No pienso permitir… —La llamada se corta y me deja con la palabra en la boca—. ¡Joder!

Doy un golpe contra la mesa a palma abierta y suelto un quejido de dolor. El timbre del mostrador suena y aprieto los labios con fuerza, lo último que me faltaba es que a estas horas venga alguien a dar por culo. Sin embargo, me sorprendo al encontrar a Lise con una sonrisa mientras me enseña una botella de vino en una mano y una bolsa en la otra.

—Traigo comida china, he pensado que podríamos hablar sobre lo que te comenté el otro día.

—Ahora no es buen momento Lise, de verdad.

—No pienso irme de aquí hasta que nos lo acabemos todo, así que tú misma. —Se encoge de hombros y se abre paso.

Al ver el comedor se queda paralizada, yo creo que hasta sorprendida. Sé que ha visto De grote reis por fotografías y porque los chicos le han enseñado el B&B, pero esta es la primera vez que lo ve desde que puse toda la decoración y no mientras las cosas estaban a mitad de hacer.

—Mi rincón favorito es ese de allí —comento ya resignada, y señalo donde está la estantería y el sillón en el que poder disfrutar de una buena lectura—, aunque no he leído desde hace meses. Creo que necesito que el verano se acabe solo por eso.

—Y no porque no te encante lo que haces. Lo que no entiendo es cómo puedes soportar a la gente, yo a veces estoy asqueada de la empresa, y eso que soy mi propia jefa.

—Es que a veces no hay quien te aguante —suelto bromista y ella me da un toque con la botella de vino—. Mejor comemos en la cocina, no quiero que algún huésped venga y nos sorprenda aquí.

Al darle la espalda vuelvo a apretar los labios e intento que lo que siento desaparezca, lo que menos deseo es que ella empiece con sus preguntas, porque sé que sería capaz de hacerme cantar como un gallo si se lo propone. Busco dos copas en el armario y las pongo sobre la mesa junto a un par de servilletas y los cubiertos mientras echa un vistazo a lo que hay por aquí.

—¿También dejáis que los huéspedes se sirvan?

—Agnes deja todo preparado en esa zona de la encimera —señalo a mi derecha—, aunque ya hemos comprobado que por la noche no suele bajar nadie salvo en raras ocasiones.

—Yo no sé si podría dejar que la gente campe por aquí tan tranquila, sobre todo sin

vigilancia.

—Llámame confiada, pero a mí me gusta —comento, me encojo de hombros y me siento en una de las sillas donde me cruzo de piernas—. Tampoco hay nada de valor que puedan llevarse, además, si se les ocurre, hay un pequeño sistema de seguridad oculto, no es que no haya tomado precauciones. Andreas me ayudó con eso.

—Menos mal, porque si es por ti, te daría igual. —Se ríe y abre los paquetes con los tallarines, las bolas de pollo y unos cuantos rollitos de primavera. También ha traído pollo con almendras y el estómago me ruge tan fuerte que alza una ceja—. Pues menos mal que no querías nada.

—Ya me conoces… —Carraspeo y sirvo los platos además de las copas de vino—. Esta mañana no te has molestado, ¿verdad?

—¿Por Irene? —Asiento y ella niega. Enseguida agarra el tenedor y empieza a comer como si no hubiera perdido la costumbre de hacerlo conmigo—. Para nada, me parece una chica bastante interesante, aunque admito que me pilló un poco por sorpresa. Se le ve madura para tener…

—Veinticinco —aclaro. Me llevo uno de los rollitos a la boca y le doy un bocado sin haberle puesto salsa siquiera. Está tan bueno que no tardo en suspirar de placer—. Y sí, ha pasado por muchas cosas, su madre no es que sea una maravilla, por no hablar de su padre… —La voz se me entrecorta y noto cómo los dedos empiezan a temblarme—. Supongo que eso la ha curtido bastante.

—Sí que se le nota, he cotilleado un poco su Instagram y mola mucho lo que hace, ir de aquí para allá, ¿no crees que eso vaya a ser un problema en el futuro? Porque por lo que ha dicho, parece que tiene muy claro que se quiere venir a vivir aquí. No sé si eso sería muy compatible contigo.

—Tiene las cosas muy claras y es muy cabezota, cualquier cosa que se le ponga por delante, lo hará —respondo sin mucha claridad.

—No pasa nada si no quieres hablar de ello. —Lise se pone a la defensiva y se sirve un poco de pollo en el plato junto a los tallarines—. Solo intento darte mi opinión, sabes que no puedo evitar preocuparme por ti —aclara—. Es que por momentos me ha parecido que estabas un poco agobiada.

Ahí está, siempre tan capaz de llevar la conversación al punto exacto en el que casi lograr que confiese hasta el último de mis secretos. El corazón me da un vuelco y me dan ganas de soltar lo que tengo ahí enquistado, desde cómo me siento hasta la maldita llamada de Lucas antes de encontrarme con ella. Quiero pedirle consejo, desahogarme y dejarle claro que lo mío con

Irene no es ínfimo, sino algo que deseo por mantener en el tiempo, aunque otra parte de mí tenga muy claro lo que de verdad va a pasar.

Niego y le robo el pollo de las manos, me sirvo un poco y me concentro en eso unos segundos, hasta que puedo volver a prestarle atención y hacer como si nada.

—Solo son cosas del trabajo —miento, muerdo otra vez el rollito y le apunto—. No deberías preocuparte, ya sabes que yo puedo con todo, el negocio sigue en pie ¿no?

—Y también tu maravillosa energía —admite, se limpia la boca con la servilleta y busca una de mis manos—. Te he echado mucho de menos, no tienes idea de cuánto. Todos estos meses he sentido un vacío enorme.

—No exageres… —susurro y agacho la mirada.

—Te lo digo en serio Edith, quiero que seas alguien importante. Has sido la mujer de mi vida y eso no va a cambiar por más que estés con otra persona. Nadie puede borrar nuestra historia. —Se levanta de la silla y se agacha delante de mí. Recibo una caricia de sus dedos que trae viejos recuerdos que creía enterrados—. Prometo que nunca volveré a hacerte daño, seré la mujer que un día conociste.

—Vas a hacerme llorar, Lise. —Se me forma un nudo en la garganta y la miro a los ojos, donde encontré ese refugió nada más conocerla y en el que ahora siento una paz que aminora el dolor que se me remueve por dentro—. Anda, levanta que la comida se enfría y eso es un delito.

—Prométeme que vamos a ser mejores que durante estos últimos años —dice antes de hacerlo.

—No necesito prometerlo, sé que va a ser así, igual que antes —aclaro y cuando ella se pone de pie me da un beso en la comisura de los labios.

—Sigues oliendo de maravilla —comenta con atrevimiento y aparta un mechón de mi cara.

Carraspeo y la veo sonreír. Se sirve un poco más de comida y yo bebo un buen trago del vino con la única intención de calmarme un poco, porque si no lo hago, la revolución que llevo en mi interior, explotará en cualquier momento.



37
CERRAR LA HERIDA

IRENE

7 de septiembre de 2024.

He pasado otra noche sin pegar ojo. Los nervios me han cerrado el estómago, no quiero afrontar la conversación entre mis padres y Dora, ni tampoco tener que imaginar un escenario donde las cosas vayan a peor. Quisiera sacar el valor de decirles que se cancela todo y que me da igual lo que ellos tengan que decir, pero en el fondo, no puedo, porque tengo muy claro que lo correcto es darles una oportunidad. Nana lo habría hecho de estar viva y necesito poner eso en valor.

Ojalá este tema fuera lo único que me tiene aturdida. En mi cabeza están presentes las palabras que escuché decir a Lise la otra noche, justo cuando atravesé la recepción con la intención de subir las escaleras y darle una sorpresa a Edith. «Tú has sido la mujer de mi vida y eso no va a cambiar».

—Por más que estés con otra persona —añado, como si lo hubiera oído ahora mismo.

Lo peor fue quedarme ahí, con la desconfianza apoderándose de mi interior, con la atención puesta en la respuesta que ella dio, algo que me dejó peor todavía y con ganas de volver el tiempo atrás y seguir de copas con Ingrid.

Darme cuenta que su conexión sigue ahí me pone un nudo en el estómago y no he querido ni preguntar al respecto. Ayer nos dedicamos todo el día a terminar la repisa que ahora luce desnuda en una pared que pronto se va a llenar de flores. Edith ha prometido ir al puesto de Liam y comprar unas plantas en específico el próximo martes y tengo muchas ganas, aunque antes voy a desquitarme el malestar que cargo con ella y hablar de nosotras en una cena que espero sea inolvidable.

—Irene, ¿estás despierta? —Escucho su voz al otro lado de la puerta tras un par de toques que me apartan de la ensoñación—. En la cocina hay tortitas con caramelo y chocolate, por si quieres bajar —añade y me saca la primera sonrisa del día—. No tardes o me las como todas.

—¡Espera! —grito, me levanto de la cama de golpe y corro con torpeza a la entrada.

«Que no se haya ido», pienso y al abrir me la encuentro apoyada en la pared, como si supiera que iba a hacer exactamente esto.

—Qué bonita te ves por las mañanas.

—Calla, si tengo el pelo hecho un desastre, ¿y tú qué? Madrugas más que yo y no se te nota nada —comento y enredo su camiseta entre mis dedos. Doy un tirón y me la llevo dentro—. Me encanta que hagas esto, podría acostumbrarme rápido.

—Sí… —susurra y antes de que pueda añadir algo más la beso.

Nos quedamos así un rato y lo único en lo que pienso es que ojalá pudiera ser todo el día, sin la necesidad de tener que rendir cuentas a nadie.

—Me encantaría que pudieras venir conmigo —susurro y me abrazo a su cintura.

Escuchar el latido de su corazón da ritmo al mío y, otra vez, los miedos se deshacen y se pierden más allá de mis ojos.

—Tienes que enfrentarte a esto tú sola, y lo vas a conseguir. —Edith se separa y pone sus manos en mi cuello a la vez que deja caricias con sus pulgares en mis mejillas—. A veces queremos evitar las cosas más dolorosas por el miedo que nos provoca la posibilidad de salir destrozadas y, en el fondo, no nos damos cuenta que después somos un poquito más fuertes, y también libres. Estoy segura de que vas a notar un gran alivio al darles la oportunidad de explicarse. —Sonríe y me da un pico—. Recuerda que eres ese huracán que arrasó con mi jardín y, además, tan bondadosa como tu abuela. Ella te guiará si te sientes perdida.

—En realidad acabas de hacerlo tú —comento y la abrazo—. No tienes idea del bien que me haces. —Levanto la mirada—. Todavía sigue en pie la cena de esta noche, ¿verdad?

—Claro que sí, ¿por qué iba a cambiar de idea?

Debería decírselo, hablarle de lo que escuché la otra noche, pero no puedo.

—Por nada, solo estoy nerviosa. Me visto y bajo a desayunar, ¿vale?

—Pero en serio, no tardes, tengo tanta hambre que sería capaz de comerme todo lo que hay en la cocina yo sola. —Consigue arrancarme un suspiro con otro beso y la veo marcharse tan rápido como yo la he metido en la habitación.

Me tiro en la cama y arrugo los dedos en las sábanas. El recuerdo de nuestra primera vez se viene a mi mente y suspiro al darme cuenta de la locura que cometí y a lo que llevó sentirme tan perdida y agotada. Jamás pensé que al llegar aquí fuera a experimentar algo tan profundo y como se me enciende la sonrisa cada vez que pienso en ella. Sus ojos aparecen al cerrar los míos y basta con que ella diga una sola palabra para provocar que el fuego arda en mi interior. Si esto es un sueño, entonces no quiero despertar, no deseo salir ahí fuera y enfrentar la realidad, tampoco

tener que pensar en el trabajo, en las personas que dejaré atrás, en la ciudad que ya no volveré a pisar… «Acabas de hacerlo tú», recuerdo y enseguida me levanto de la cama y voy a vestirme.

Elijo unos vaqueros cortos beis y una camisa veraniega de estampados en manchas naranjas, amarillas y blancas. Con las sandalias puestas, el pelo arreglado, un poco de maquillaje y mis gafas de sol, bajo a la cocina y me encuentro a Edith haciendo café mientras Agnes termina de decorar las tortitas.

—Esta de aquí me ha dicho que hay hambre.

—Qué mentirosa, si eras tú la que quería comerse lo que encontrase a su paso —protesto con diversión y no tardo en darle su merecido con un beso que convierto en un pequeño mordisco en su labio inferior—. Te las vas a ver conmigo.

—¿Y qué es lo que piensas hacer? —pregunta con picardía.

—Eh, que me tenéis delante, cortaos un poco. —Las dos reímos y dejo el bolso sobre la mesa.

—Habló la que no está todo el día pegada a mi hermano —se queja Edith—. Nunca le he visto tan interesado en venir a De grote greis como estos días.

—Eso es porque tú eras muy cabezota, si le hubieras dado la oportunidad te habría ayudado a levantar todo esto, pero era más fácil pensar que estaba en tu contra. —Las dos abrimos la boca y Agnes levanta las manos—. Ale, ya lo he dicho. —No tarda en suspirar de alivio y volvemos a reír por la cara que pone.

—He reconocido mis errores ¿vale? Sé que Andreas nunca ha actuado con maldad, solo se deja influenciar mucho por mi hermana.

—Pero hasta tú te has dado cuenta de que no pasaba nada por intentar ser amiga de Lise. —Aprieto los labios y enseguida dejo ver la incomodidad que siento con un leve carraspeo y la caricia en el collar—. Y tú no te preocupes, seguro que le caes de maravilla, es normal que esté un poco a la defensiva —añade, seguro que se refiere a cómo se comportó conmigo en el club de escalada.

Edith no tiene secretos con su mejor amiga por lo que veo.

—No pasa nada, además eso no es lo que me preocupa. —Carraspeo y me sirvo unas cuantas tortitas en el plato con mucho sirope de chocolate y caramelo.

Las dos se miran entre sí, aunque no se atreven a decir nada más ni yo tengo ganas de explicar el por qué lo he dicho.

La situación se vuelve un poco incómoda y no tardo mucho en terminar, limpiarme los labios y despedirme de ellas. Quiero estar cuanto antes en casa de mis primos y sé que pasear un

poco me ayudará a despejar las ideas. En el móvil tengo un par de mensajes de Sandra sin responder y también unos e-mails que me obligarán a volver a una rutina con la que tendré que alejarme de Edith cuando menos quiero. La cabeza empieza a dolerme y al cruzar la calle los nervios crean un nudo en mi estómago que obligan a parar un segundo.

Cuando toco al timbre tengo la tonta esperanza de que no haya nadie en casa, pero Dora aparece enseguida tras la puerta y me dedica una sonrisa maravillosa.

—Tiene que ser delito que te alojes en un lugar tan cercano y no vengas más de visita —dice, aunque sé que no lo hace con mala intención.

—No te mentiría si admitiera que he estado muy ocupada con otras cosas, ¿quién dice que durante las vacaciones no se hace nada? —bromeo y le doy un abrazo.

Siento tal alivio que no puedo evitar quedarme así unos segundos y hasta ella se da cuenta de cuánto lo necesito por la manera en la que besa mi frente. De repente, aspiro y percibo un aroma a canela delicioso.

—Nico ha preparado sus rollos favoritos, por si tenemos que llenar el estómago mientras hablamos —comenta, en los ojos se le ve que también está nerviosa.

—He comido un montón de tortitas hace nada, pero no pienso negarme.

Vamos hacia el salón, donde me siento y preparo portátil sobre la mesa. En apenas diez minutos mis padres deberían iniciar la videollamada, Dora me ofrece una limonada que acepto más que encantada y Nico le da la mano; también se siente incómodo, aunque en parte, creo que todos queremos escuchar lo que tengan que decir.

Miro el reloj varias veces y a la hora acordada la notificación aparece en pantalla. Acepto y al primero que veo es a mi padre, con ropa deportiva puesta y las gafas de diario. Cuando se viste así no aparenta ser ese hombre frío que camina por la oficina y da miedo a todo el mundo.

—Cariño, ¿qué tal estás? ¿Cómo has pasado estos días?

—De maravilla, aunque se nota que ya ha llegado septiembre —comento y acaricio mis manos bajo la mesa—. Y vosotros, ¿habéis tenido mucho trabajo?

—Lo justo, tu madre está preparando una limonada. —Dora y yo nos miramos por una casualidad que está a punto de hacerme sentir bien—. Ah, ahí viene.

—Hola a todos —saluda ella con gesto impasible.

A veces me pregunto si no le duele la cara de no expresar absolutamente nada. Lo cierto es que no la recuerdo sonreír demasiado y admito que eso me duele un poco, aunque ahora, prefiero no pensar en eso.

—¿Qué tal Simone? Fue una lástima que no pudiéramos pasar más tiempo juntas en Leiden, te habría gustado visitar algunos lugares de la ciudad.

—No lo dudo, pero así se han dado las cosas —comenta un poco indiferente. Apoya los codos en la mesa y deja caer su barbilla en las manos como yo suelo hacer—. Le dije a mi hija que quería aclarar las cosas, y aquí estoy.

—Pues dinos, ya sabes que no hay problema.

Mantengo silencio, quisiera estar enfadada por su maldita actitud. En realidad, quisiera muchas cosas que ahora mismo no soy capaz de expresar.

—Tenéis que entender que en aquel momento mi padre hizo todo lo posible porque su mujer no volviera a sufrir. Mi madre estaba en un ambiente abusivo y los amenazaron con dejarlos sin nada, estoy segura de que es algo que no desconocéis.

—No… —Dora traga saliva y se aclara la garganta con un poco de limonada—. Pero después mi abuelo dejó muy claro que se arrepentía muchísimo de lo que hizo, por eso quiso contactar con Claudia.

—¿También te dijo cómo los amenazó con acabar con su empresa de Nottingham si no cumplía con su petición? —La voz de mi madre adquiere ese tono arrogante que no me gusta nada y cuando estoy a punto de intervenir, mi padre niega—. Sé que la quería mucho, pero también era un ser posesivo que no sabía demostrar su amor de otra forma que no fuera con amenazas. Como dije la otra noche, mi madre sufrió muchísimo y preferí mantenerla a salvo, ya había dejado su ciudad y decidieron empezar de cero en otra parte sin importar lo que tenían en Leiden. No podía permitir verla otra vez así.

—Pero perdió años de su vida en los que podría haberlo perdonado y regresar a Leiden como siempre quiso hacer —digo con los labios temblando.

—¿Cómo tú me perdonas cada vez que yo cometo un error, cuando solo busco lo mejor para ti?

—No digas tonterías, nunca has hecho eso —espeto y me obligo a beber un poco de limonada.

—Vives en el rencor porque somos unos padres que no están acostumbrados a este cambio de generación, a ver las cosas de otra forma, con ojos diferentes. Puede que no te haya criado como debería, pero sí he estado en los momentos más importantes de tu vida, Irene.

—Salvo cuando nana se moría —suelto el dardo con la voz entrecortada—. No fuiste capaz de quedarte una sola noche mientras yo tuve que ver cómo se apagaba poco a poco. Ni siquiera hiciste eso.

—Porque no quería hacerme a la idea de perderla, no fue porque no quisiera. Simplemente… no tuve valor. —Veo un par de lágrimas caer por sus mejillas y cuando mi padre intenta limpiárselas lo aparta—. Sé que me equivoqué, que debí estar ahí contigo, pero tienes que entender que a veces no sabemos cómo hacer las cosas, que los padres también se pierden en mitad de la tormenta y que por más que lo intentemos, nos cuesta encontrar el rumbo.

—Cariño, estuviste al cuidado de nana porque ella nos lo pidió con ahínco, eras todo para ella y puede que nos acostumbráramos a la situación. Te veíamos tan feliz a su lado que no quisimos romper ni un poquito ese vínculo que teníais, es el mejor regalo que se nos ocurrió hacerle. También a ti.

—Pero no… —Las palabras se me atascan en la garganta y busco el vaso de nuevo, aunque no soy capaz de beber una sola gota—. No era eso lo que quería, sino a los tres. Que me deis vuestro apoyo cuando os digo que no quiero trabajar en la empresa, que me gusta la vida que llevo.

—Lo he visto. —Pongo cara de sorpresa y mi madre intenta sonreír—. Tu trabajo en redes sociales, el cariño que le pones a todo, y solo puedo decir que estoy orgullosa de ti, pero…

—¿Pero?

—No queremos que te precipites en las decisiones que quieras tomar solo porque nos odias, o por nana.

—Yo no os odio —aclaro y el nudo de mi estómago empieza a deshacerse—. Nunca os he odiado, es solo que todavía… no supero su muerte —añado entre susurros—. No soy capaz de entender cómo el universo apagó a una persona tan necesaria y maravillosa.

—Nosotros tampoco. —Mi madre suspira y sonríe, quizá por primera vez en años—. Tienes que creernos, solo queremos tu bien cariño mío, como una vez lo quisimos para nana. Sé que es muy duro de escuchar, Dora, y no quería tener que destapar algo así después de tantos años.

—No te preocupes, nosotros nos desvinculamos del negocio familiar por similares circunstancias, nunca pensé que mi abuelo hubiese llegado a tales extremos. Cuando estábamos con él, era totalmente diferente y su forma de hablar de Claudia… no sé, quizá solo desee creerle.

—Supongo que la quería a su modo —comenta su marido y le aprieta la mano—, a pesar de que no fuera capaz de demostrarlo de otra manera. Incluso yo mismo cometo ese error con mis hijos.

—Siento mucho lo que pasó en la fiesta de Stefan, espero que no le hiciéramos sentir mal.

—Mi madre suspira y por primera vez en mucho tiempo la veo arrepentida de algo.

—Para nada, es un chico bastante maduro, un par de cervezas después ya se había olvidado del tema. —El comentario nos hace reír a todos y me tapo la cara con las manos—. Me alegro de que hayamos podido hablar, aunque espero que la próxima vez que vengáis por aquí vayamos a cenar o a dar una vuelta por la ciudad.

—Eso está hecho —promete mi padre y no tarda en mirarme—. Si es que Irene también lo quiere.

—Claro…

Estar aquí crea una revolución en mi interior que difícilmente va a desaparecer en lo que queda de día. Ver a mi madre sonreír es casi un milagro y logra emocionarme tanto que el gesto se me contagia. Quisiera añadir algo más, pero las palabras no salen de mi boca y los dejo hablando de algunas cosas mientras yo me tomo un respiro en la cocina. Sin dejar de oírles, busco el teléfono en mi bolsillo y escribo un mensaje a Edith en el que le informo que esto ha salido bien.

Irene: Tenías razón en lo que dijiste, me alegra haberles dado la oportunidad. Estoy deseando salir contigo esta noche, prometo que va a ser inolvidable. Te quiero.

Miro durante un rato las dos últimas palabras y pulso «enviar» antes de volver al salón. Lo primero en lo que pienso al sentarme es que me hubiera gustado que nana viera esto y después, que seguro está orgullosa de mí.



38
LA MAGIA TAMBIÉN SE ROMPE

EDITH

Irene ha insistido en que nos encontremos en el restaurante. Debo llevar unos cinco minutos dando vueltas por la calle sin ningún rumbo fijo, nerviosa por verla mientras no hago más que pensar en cómo afrontar el secreto tan cruel con respecto a sus padres. Al leer el mensaje me alegré de saber que las cosas se habían arreglado, pero no puedo evitar pensar en si será otra estrategia con la que ganar terreno. Pensar así de ellos me revuelve el estómago, y ya no tengo idea de si es una forma de querer proteger a su hija o si es que llevan la maldad metida dentro.

Después de la conversación que tuve con Agnes y mi hermano, ya no les he vuelto a comentar nada, y prefiero no hacerlo, porque esto es algo que tengo que solucionar por mí misma.

—Venga, ella no tiene por qué darse cuenta —me digo y cierro los puños.

Recojo fuerzas, respiro hondo y como si en mi cabeza no tuviese un ovillo con todo lo que ha pasado voy directa al restaurante EnSuite, donde las farolas que decoran la fachada iluminan las flores que adornan las que están al borde de la acera. Me encanta que cada rincón de Leiden tenga esta mezcla de colores y aromas que descubro como nuevos a diario y sin importar que lleve aquí toda la vida. Al entrar me encuentro con un ambiente tranquilo y la melodía de una canción suave que me acompaña hasta el recibidor donde un chico me da la bienvenida con una sonrisa.

—Mi acompañante ya debe de haber llegado —anuncio—, Irene Kennell.

—Ah, sí, ha escogido la mejor mesa que tenemos —comenta con simpatía y me dirige hacia el interior del restaurante donde veo varias mesas reservadas y otras que ya están al completo, con personas que disfrutan de una copa de vino y —por lo que veo— una deliciosa selección de platos—. Que disfruten de la velada —se despide y señala a su derecha.

Mi cita se levanta de la silla y me deja con la boca abierta. Irene ha elegido un vestido negro con escote en v que se ciñe a sus curvas y resalta el bronceado de su piel. Su mirada brilla

gracias al maquillaje y el recogido perfecto que lleva esta noche y que le despeja la cara. No soy capaz de moverme un solo centímetro, por lo que es ella quien se acerca a mí y busca una de mis manos.

—Esto es exactamente lo que buscaba —aclara con los labios pintados de un brillante rojo y que sonríen solo por y para mí.

—Y yo que pensé que no podrías sorprenderme más —susurro y doy un paso atrás solo para disfrutar un poco más de cómo se ve.

Alargo el cuello y veo una chupa de cuero colgada en el respaldo de la silla que reconozco perfectamente y que me produce un delicioso cosquilleo. Ahora, cada vez que la ponga, su perfume estará mezclado con el mío.

—Agnes me ha ayudado un poco, sienta de maravilla con este vestido.

—Debe ser porque eres tú quien la lleva —confieso, suspiro y beso sus labios con naturalidad.

La caricia que dejo en su mejilla me cosquillea en los dedos, igual que el agarre de su mano mientras me dirige a la mesa. Encantada, aparta una silla e invita a sentarme antes de hacer lo mismo y apoyar los codos. Descansa la barbilla en sus manos y me mira con esa picardía que me ha erizado la piel en más de una ocasión.

—Tú también estás preciosa, me encanta cómo te quedan esos vestidos, y el pelo cayendo sobre tus hombros, es muy… sexi. —Se muerde el labio inferior y entrecierra los ojos.

«A saber qué está pensando ahora mismo», me digo, algo que no tardo en averiguar por la manera en la que se los humedece después. Acaricio la tela de mi vestido pistacho, dejo el bolso a un lado y arreglo un poco el pelo sin perder ni un solo detalle de la decoración que nos rodea, minimalista y elegante, con varios cuadros florales en las paredes y un pequeño jarrón en el centro de la mesa.

Los muebles son oscuros y combinan perfectamente con las paredes blancas, además de con la música que suena. Es un sitio tan bonito comparado con De grote reis que creo estar metida en una burbuja.

—Me encanta el restaurante —confieso mirándola a los ojos—, aunque no más que tú, por supuesto.

—Eso imaginaba, porque de lo contrario la noche no va a terminar como espero —aclara con tono juguetón.

Se muerde el labio inferior y busca la servilleta, la pone sobre sus piernas y enseguida llega una camarera a tomarnos nota.

—¿Nos sirve un Sassicaia 2016? Y deje la botella, por favor. —La mujer asiente y yo miro la escena encantada.

—Es una de las mejores producciones de la historia reciente, destacaron esta añada por su equilibrio, profundidad y capacidad de envejecimiento. Ya verás cuánto te gusta. —Miro a Irene maravillada, casi con la boca abierta y con deseos de seguir escuchándola. Es la primera vez que veo esta faceta de ella y enseguida me doy cuenta de cuánto debe disfrutar lo que hace—. Esto es parte de lo que hago en mi día a día cuando me tengo que poner profesional, pero de estos días no puedes quejarte, he dejado muy de lado el trabajo.

—Bueno, casi del todo —bromeo—. Así que esto es parte de lo que haces en tus colaboraciones —comento con interés y ella asiente con los ojos brillantes de orgullo.

—Cuando voy a una ciudad siempre hay algún restaurante que contacta con mi manager y me ofrece cenar o comer y yo doy mi opinión del local, el ambiente, su carta. No soy una experta ni mucho menos, pero me gusta que tengan en cuenta a personas como yo, que venimos solo porque deseamos disfrutar de una velada junto a la persona que queremos —susurra las últimas palabras acercándose a mí. Besa mis labios y después busca mi mano, donde deja algunas caricias—. Me gustaría mucho poder hacerlo más.

—Y a mí también… —respondo sin mentir en ningún momento, pero con el pánico en la garganta. Intento que no se dé cuenta y carraspeo—. ¿Cómo supiste de este restaurante? ¿Te lo recomendó tu manager?

—En realidad no, fueron un par de personas en mis redes sociales, después de subir nuestra fotografía juntas. Tenía otra cosa pensada para esta noche, pero no pude resistirme a la idea de venir aquí cuando vi el restaurante, y espero que a ti también te haya encantado la idea.

—A mí lo que me gusta es estar contigo, sea donde sea —aclaro y le dedico un guiño.

El vino llega enseguida y me tomo mi tiempo en percibir el aroma, disfrutar de este instante mágico junto a una mujer que es increíble y que me gustaría que todos vieran con los mismos ojos que yo, sin importar nuestra diferencia de edad o la vida que hayamos elegido llevar.

Irene levanta su copa y me dedica la sonrisa más preciosa que exista en el universo entero.

—Quiero celebrar esta noche contigo, brindar por una velada perfecta y todo lo que has traído a mi vida. No te imaginas lo bien que me haces sentir Edith Visser… Has conseguido algo que creía imposible, ser el faro que me ha reconducido y me ha llevado a ser yo otra vez —confiesa a la vez que entrelaza sus dedos con los míos—. No quiero que lo olvides nunca. La forma en la que das sentido a las cosas con solo mirarte… Tienes algo más que un bonito cielo que ilumina las mañanas de cualquiera que se cruce en tu camino.

Me quedo sin palabras, literalmente se me atascan en la garganta y noto cómo los ojos se me anegan en lágrimas, aunque me esfuerzo porque no caiga ni una sola, lo que menos quiero es estropear este momento. Cuando miro a Irene no veo a una chica de veinticinco años sino a un alma guerrera que ha luchado toda su vida por hacerse un hueco en el corazón de los que ama, y la forma en la que se ha abierto paso hacia el mío; sin esperarlo, provoca que me cueste respirar al estar lejos de ella.

Siento un nudo en el estómago, un malestar terrible que me impulsa a contarle lo que llevo guardado desde hace días. Muerdo el interior de mis mejillas con la intención de hacerlo, hasta que una voz conocida nos interrumpe.

—¿Edith? —Al girar la cara veo a mi madre observándonos sin entender absolutamente nada y estoy a punto de tirar el vino.

—Mamá, ¿qué…? —Noto los dedos temblorosos y me obligo a dejar la copa sobre la mesa.

A su lado aparecen mi padre y Helen. Sus miradas no solo destilan desconcierto, sé reconocer el asco que percibo por su parte, y eso provoca que Irene aparte la mano enseguida y que yo empiece a sudar. El frío recorre mi columna vertebral y aunque quiero encontrar las palabras con las que poder salir de la situación, lo único que escucho es el latido de mi corazón.

—¿Vas a explicarte o piensas hacer como si nada? —suelta mi hermana, con el mismo desprecio y aire de superioridad de siempre—. ¿Qué haces cenando con una… cría?

—No es una cría, se llama Irene —aclaro con enfado—, y por favor, no montéis una escenita aquí.

—Tú eres quien lo hace, como siempre. Debería de darte vergüenza, ir por ahí con alguien que parece… Dios, agradezco que Lise no siga contigo.

Irene nos mira sin entender ni una sola palabra y en parte lo agradezco, porque no quiero que sea testigo de unas palabras tan despreciables. Deseo levantarme y largarme de aquí, aunque por primera vez en mucho tiempo no permito que ellos ganen esta batalla.

—Os agradecería que me dejarais cenar con mi chica en paz. Si tenéis algo que decirme, hacerlo en otro momento —espeto y mis padres se quedan blancos.

Es él quien sujeta del brazo a mi madre y la guía hacia la mesa que habían reservado a una distancia nada considerable al tener en cuenta que no tengo ganas de verles las caras.

La tensión que nos rodea provoca que el pecho me duela y casi no soy capaz de respirar con tranquilidad. Me bebo un buen sorbo de vino y me doy cuenta de que al final he estropeado un instante mágico cuando lo que menos quería era precisamente eso. Un par de lágrimas

aparecen en mis ojos e Irene se levanta para limpiarlas con su pulgar.

—Si quieres nos vamos, no pasa nada, de verdad.

—No, no, quiero cenar aquí contigo. Seguro que hasta tenías pensado el menú, algo con lo que sorprenderme —comento avergonzada.

—Pues sí… —dice y se inclina un poco con ganas de besarme, aunque al final se contiene y regresa a su lugar.

Cómo odio tener que enfrentarme a una situación en la que no podamos ser libres de hacer lo que nos dé la gana sin despertar habladurías o esa clase de miradas. La sensación de opresión empezó hace unos días, cuando Lucas me dejó claro que no iba a permitir que estuviera un segundo más con su hija, y aunque es verdad que he intentado ignorarlo, no puedo evitar pensar en los comentarios que he leído en nuestras redes sociales.

Irene pide la cena, un menú que empieza con un tartar de lubina con espuma de yuzu, crujiente de calamares y mayonesa de eneldo, seguido de espárragos blancos con aceite de hierbas, una selección de quesos y un postre que me deja con la boca abierta. El sorbete de ruibarbo mezclado con la tarta de queso, un bizcocho de microondas y chocolate escocés, es una delicia a la que no estaba preparada, igual que vivir una noche así. Pero, sobre todo, jamás llegué a imaginar que me encontraría con una mujer que me llena en cada sentido y que me provoca querer ser mejor, y también, la que era antes de que destrozaran mi total confianza.

Algo que mis padres y Helen no parecen entender, como tampoco los de Irene o las personas que se dedican a míranos como si esto fuera un delito. La cabeza empieza a dolerme; ojalá la velada hubiera sido diferente, ojalá hubiera podido hablar del B&B o las cosas que aún quiero hacer con ella como si nada, cuando en realidad solo he sentido la incomodidad por la presencia de unas personas que nunca han llegado a entenderme del todo y que nunca lo harán.

—¿Por qué no damos una vuelta por la ciudad? Quiero pasar un rato más contigo.

—Me parece una idea maravillosa —aclara después de sacar una última fotografía antes de levantarnos.

Estoy segura de que no va a tardar en crear una publicación que yo siempre recordaré de una forma diferente a cómo la ven los demás. Irene paga la cuenta, agradece el servicio a los camareros y va al baño. Instante que Helen aprovecha para levantarse de la silla y venir hacia mí.

—Por favor, no se te ocurra decir algo indebido —le pido y llevo la mirada hacia el fondo del restaurante.

—De todas las cosas estúpidas que has hecho en tu vida, jamás pensé que se te fuera a ocurrir algo así. ¿Qué edad tiene, veinte?

—Te voy a decir algo Helen, por primera vez en mucho tiempo me vuelvo a sentir yo, y ella es una mujer maravillosa, no una cría —mascullo y tengo que contenerme de no hacer algo más—. Que sea más joven no implica nada, ¿entiendes? Porque te aseguro que es mucho más madura que tú, incluso que nuestros padres, por más que sintáis… asco.

—No me extraña que se avergüencen de ti. Tener que soportar esto de alguien que lleva nuestro apellido es… Ojalá no tuviera que cruzarme contigo en la vida.

Llevo la mirada hacia la mesa donde están sentados y veo a mi madre echarme una mirada indiferente, como si yo fuera una simple desconocida. El veneno que mi hermana hecha por la boca se mete muy adentro de mí y está a punto de hacerme llorar, aunque me contengo al ver que Irene regresa.

—La pena es que yo lleve tu sangre, Helen. Ve con ellos, nunca os he necesitado y nunca lo haré —aclaro y esbozo una sonrisa en cuanto mi cita llega a donde estamos—. Vamos preciosa, aquí no hay nada interesante que hacer.

Noto la incomodidad en su mirada, enseguida sigue mis pasos. Al salir del restaurante noto un alivio impresionante, la puerta se cierra y dentro dejo todo lo que puede hacernos daño, aunque tenga muy claro que esto no es más que un pequeño huracán.



39
LUCHANDO CONTRA LAS OLAS

IRENE

Edith no ha dicho nada desde que hemos salido del restaurante y la verdad es que tampoco sé qué añadir después de lo que ha pasado. He disfrutado muchísimo de la cena, pero me he dado cuenta de que ella ha estado todo el tiempo mirando de reojo a su familia, incómoda y con una tristeza que, a pesar de sus esfuerzos, no ha podido ocultar. La conozco lo suficiente como para saber que está dolida, que todavía se aguanta las ganas de llorar y que siente una enorme vergüenza por lo que hemos vivido.

Intento por todos los miedos que esta sensación desaparezca, así que acaricio su mano y a la altura del canal, la llevo conmigo.

—Siento lo que ha pasado, no pensé que fuéramos a encontrarnos en una situación así.

—De todos los restaurantes a los que van a cenar tenía que ser el mismo, joder —musita con la mandíbula tensa, parece que esté a punto de gritar—. No me puedo creer que sean tan… idiotas.

Edith suelta mi mano y camina hacia el puente. Se apoya en la barandilla y mira hacia el fondo, como si ahí pudiera encontrar las respuestas que busca. Me pongo a su lado y apoyo la cabeza en su brazo, durante un rato observo nuestro reflejo sobre las aguas, iluminadas por la luz de las farolas, moviéndose a un ritmo lento, junto a la brisa que nos rodea.

—Es una mierda que tengamos que acostumbrarnos a esto —digo con voz queda y la tristeza me invade de repente.

Ella se mantiene en silencio, entrelaza sus dedos y al girarse puedo ver en sus ojos lo mal que se siente. Están apagados, sin ese brillo que llamó mi atención el primer día que la conocí. Aprieta los labios y después intenta esbozar una sonrisa que no aparece y que se ve opacada por un suspiro.

—No quiero hacerlo… —Agacha la mirada. Su mano va hacia un mechón de pelo y lo acaricia con nervios—. Tener que enfrentar a la gente, soportar sus miradas o justificarme todo el

rato. No tenemos por qué hacerlo, Irene.

—Ya lo sé, pero es algo que no podemos evitar. La gente todavía se cree que dos personas tan distintas no pueden estar juntas, pero se equivocan. —Entrelazo nuestros dedos y aprieto su mano con fuerza. Su silencio tensa el ambiente y noto cómo se me acelera el corazón—. ¿Edith?

—No puedo permitir que pases por esto. —Abro la boca para decir algo, aunque ella no me lo permite. Niega, la veo dudar como si estuviera en mitad de un debate interno y después, continúa—: No voy a… limitar tu vida a esto, a tener que soportar lo que digan o cuidar nuestro comportamiento solo porque no lo acepten.

—¿Y qué pasa con lo que yo quiero?

—Quererlo a veces no es suficiente. —Echa un leve vistazo a las aguas del canal antes de volver conmigo—. Y tú te mereces aprovechar cada oportunidad que se te ponga por delante sin que lo que tenemos lo tire por tierra.

Habla de oportunidades como si fuera lo más importante cuando ni siquiera he sido capaz de decidir cuál quiero que sea mi siguiente paso.

—¿Es porque prefieres estar con alguien como Lise, que no sea una cría como yo? —Enfatizo esa palabra, como la gente lo ha hecho cada vez que nos ha visto. El dolor que empieza a abrirse paso en mi interior se mezcla con unos celos que no debería de sentir, porque al mirarla a los ojos sé cuál es su respuesta—. Pensé que no te importaría, que pasarías de la gente, que… me querías de verdad.

«Por favor, no te dejes llevar por los demás», suplico entre pensamientos. El silencio que mantiene me desespera y entrega un mensaje distinto al que espero. Edith suelta mi mano y en este momento, se me parte el alma.

—Con alguien como ella, todo sería mucho más fácil —suelta y me deja paralizada, no puede hablar en serio—. Lo siento, pero estarás mejor sin mí.

—Edith… —susurro e intento retenerla al sujetar sus manos.

—Le pediré a Agnes que esté pendiente de ti el resto del tiempo que te quedes en De grote reis, no pierdas la oportunidad de hacer cosas maravillosas Irene, encuentra lo que más te hace feliz, eso es lo único que me importa.

—¡Pero es que eres tú quien me hace feliz! ¿Todavía no te has dado cuenta? —Llevo mi mano hacia ella y se aparta.

—He visto esos comentarios, lo que la gente pone en tus publicaciones, y no son los únicos que piensan que esto es una locura, que deberías seguir con tu vida y yo con mi triste Bed & Breakfast sin embaucar a alguien como tú —enfatiza. Puedo recordar perfectamente ese

comentario, uno de los muchos que la gente se dedica a publicar como si su verdad fuera la universal—. Viniste aquí de vacaciones, a tomarte un respiro de todo lo que te ahogaba, y yo no puedo… no quiero ser la persona que te aleje de lo que te gusta.

—No puedo creer que lo estés diciendo en serio —musito, aprieto los labios y agarro sus manos sin temor a nada—. Mírame, mírame ahora mismo y dime que lo que sientes no es verdad, que no me quieres y que te da igual todo lo que ha pasado. Dímelo, y entonces, te creeré.

No dice nada. En sus ojos veo esas ganas de besarme que he reconocido durante todos estos días y cómo lo que dice no va en sintonía a lo que siente. Pero suelta mis manos y se marcha dejándome aquí. Mis piernas no actúan, me quedo aquí parada, veo cómo se aleja y por más que el corazón me lo pide, termino por no hacer nada hasta que rompo a llorar y me aferro a la barandilla del puente para no derrumbarme.

Por más que lo piense, no puedo creer que la noche haya terminado así, no después de lo que nos hemos dicho, no cuando sé que Edith me quiere y quería estar conmigo a pesar de cualquier cosa. El teléfono suena en el peor momento y veo que es Sandra. Tengo el impulso de lanzarlo al canal, no quiero hablar con nadie, aunque al final ignoro mis deseos y descuelgo la llamada.

—Perdona que no te haya llamado antes, volver a la rutina da asco —dice nada más descolgar.

—Sandra… —sollozo sin ser capaz de decir nada más.

—Irene, joder, ¿qué ha pasado?

. . .

He caminado sin rumbo durante más de media hora sin hacer otra cosa que recordar las palabras de Edith y la forma en la que me miró antes de marcharse. Por más que intente hacerme a la idea, no puedo creer que sea verdad; Sandra piensa que es mejor así y que debería tomármelo como una historia de verano que en unos cuantos años no voy a recordar.

—Como si hubiera podido evitar enamorarme de ella… —susurro y noto cómo las lágrimas bañan de nuevo mis ojos.

Tengo el teléfono en la mano y quiero llamarla, como aquella noche en la que logró hacer polvo el dolor con sus besos, caricias y todo su cuerpo. He acabado frente al B&B y veo la oscuridad a través de las ventanas. Me pregunto si estará despierta y, como una tonta enamorada, busco una piedrecita pequeña y la lanzo hacia donde está su habitación. Una, dos y tres veces

repito el proceso, pero no aparece y yo me quedo aquí, de pie, soñando con poder ver esa sonrisa de nuevo. A lo largo de toda mi vida me he preguntado si alguna vez podría ver en los ojos de alguien esa felicidad que nana sentía al estar con el abuelo, y al cerrarlos tengo muy claro que no habrá otra persona que provoque esta revolución en mí, por más que Edith o el mundo piense lo contrario.

«¡Eres muy joven! Dentro de nada cogerás un avión y seguro que acabas en la cama de otra chica que conozcas por ahí», las palabras de Sandra se pasean por mi mente como si me hubiera dado el mejor consejo del mundo. Qué tonta es al no darse cuenta de que eso no es eso lo que quiero, viajar por todas partes y conocer a un montón de chicas como yo, sino descubrir el mundo junto a una mujer que ha cambiado mi vida en todos los sentidos.

Busco otra piedrecita en uno de los árboles que hay en la acera y la lanzo contra la ventana, pero otra vez me quedo sin respuesta. Me limpio las lágrimas y busco las llaves de la habitación en el bolso. Al entrar en De grote reis voy hacia el comedor y pongo mi mano en la puerta de la cocina, la abro un poco y solo veo oscuridad en su interior, como en el resto del B&B, donde el silencio predomina y sigue mis pasos mientras subo las escaleras. El corazón me late a toda prisa y por un momento pienso en ir a su habitación sin importar que se niegue a verme, pero por primera vez, no puedo ser espontánea y acabo en la mía, tirada en la cama y agarrada a unas sábanas que hoy no van a poder darme consuelo.



40
DECIR ADIÓS A LO QUE SIENTO

EDITH

9 de septiembre de 2024.

Entro a la floristería de Liam y me dejo embriagar por el aroma que se respira en el interior, una mezcla deliciosa que da vida y podría alegrar a cualquiera, aunque en mí no causa ningún efecto. Por más que he querido arrancarme la imagen de la cabeza no dejo de recordar la tristeza en los ojos de Irene o el sonido de las piedras que lanzó contra mi ventana la otra noche. Durante más de dos horas estuve pegada a la puerta de mi habitación, con el tonto deseo de que ella apareciera, incluso tuve el impulso de ir a buscarla y decirle la verdad; que no quiero que se vaya, que me dan igual mis padres, lo que piense la gente, nuestra diferencia de edad o los deseos de otras personas. Porque la quiero y pensar que cuando se vaya ya no la volveré a ver, me rompe el corazón.

—Edith, qué raro verte por aquí, ¿no has podido esperar al mercadillo?

—Pues no. —Intento sonreír, aunque no soy capaz de hacerlo. Acaricio los pétalos de unas lilas y vuelvo la atención a Liam—. He hecho una repisa para la zona de la terraza y me gustaría encargarte algunas macetas y flores, quiero que esté a punto cuanto antes.

—Siempre tan desesperada —comenta entre risas—. A ver, te conozco bien así que supongo que querrás darle un toque colorido, ¿me equivoco?

—Para nada, ya sabes cómo soy.

—Se aprende a conocer a las personas con detalles tan simples como este —dice y sale de atrás del mostrador, con el delantal marrón puesto y las manos un poco manchadas de tierra. Seguro que ha estado arreglando algunas macetas—. A ver que tenemos por aquí… —Lo sigo con la mirada y en cuanto le veo sonreír sé que ya tiene una idea—. ¿Qué te parece si mezclamos unas caléndulas con begonias y que el cosmos se lleve el protagonismo?

Echo un vistazo a las últimas y enseguida pienso en un cuadro de colores rosados y naranjas, perfecto para dar un brillo especial a la terraza y algunas otras zonas del jardín. Asiento

encantada y aspiro el aroma de un par de ellas.

—Deberías dedicarte un poco más a esto, dar consejo a otros restaurantes o negocios, seguro que si escucharan tus ideas alucinarían.

—Por ahora me conformo con aconsejar a buenas clientas como tú, ya veremos qué pasa en el futuro. De grote reis es un buen ejemplo del trabajo bien hecho.

—Salvo que su dueña es un completo desastre —comento con la tristeza anudándose en mi garganta—. Tiendo a estropear todo lo que toco. —Liam frunce el ceño y niego—. En fin, no me hagas ni caso.

—Cuando nos conocimos te recuerdo perdida, pero jamás pensé que fueras un desastre. Eres una persona que entrega hasta el alma y cuando eso pasa, te arriesgas a experimentar el dolor. —Se encoge de hombros y lleva al mostrador una de las lilas que tiene en las mesas que hay en la floristería—. Llévatela, es un regalo, seguro que alegrará tu día de alguna manera.

—No te merezco —comento y soy capaz de esbozar una pequeña sonrisa.

Mis pies pesan como el plomo cuando emprendo el camino de vuelta al B&B. No puedo evitar pensar en Irene cada vez que doy un paso o miro hacia cualquier rincón de estas calles, donde ya he escrito momentos a su lado que no voy a poder olvidar. La forma en la que le hablé anteayer… el modo en que le dije esas palabras han formado un agujero en el centro de mi pecho imposible de cerrar. Andreas ha intentado sonsacarme qué es lo que pasó, pero no he sido capaz de contarle nada y mucho menos sobre la última conversación que tuve con Lucas.

Las lágrimas acuden a mis ojos enseguida y la situación empeora cuando veo a mis padres venir hacia mí con Helen. A veces preferiría que se pasen la vida en Ámsterdam y no tener que verles la cara nunca por más que los eche de menos. El traslado de la empresa me vino muy bien en ese sentido, porque al menos, estar lejos me ha permitido quitarme dolores de cabeza innecesarios.

—Menuda cara traes —dice mi hermana con desdén—, podrías fingir un poco de alegría cuando nos ves.

—¿Para qué? Si lo único que sabes hacer es joderme la existencia.

—Edith, por favor —pide nuestro padre y me hace lanzar un suspiro—. Y tú deja ya de comportarte como una cría, sinceramente, no sé qué os cuesta llevaros un poco bien.

—Yo no soy la que quiere controlar su vida a toda costa —protesto indiferente.

—No, está claro que a ti te importa poco nuestro bienestar, la empresa o lo que les pase a las personas que te quieren. —Helen vuelve a la carga y estoy a punto de mandarla a la mierda, aunque la mirada de papá es suficiente para hacer que se calle la boca.

—Te equivocas y te voy a decir por qué. —Me acerco a ella y la encaro sin importar que ellos estén aquí—. Porque la otra noche le destrocé el corazón a una mujer maravillosa a cambio de que nadie pueda robarle sus sueños, y ese es el mayor acto de amor que he hecho en toda mi maldita vida.

Estoy a punto de llorar, no sé si por la tristeza, el dolor, la frustración o una mezcla de todas. Nadie dice nada, Helen demuestra la misma indiferencia que siempre, aunque mis padres se miran entre sí.

—Edith… —dice mamá, pero enseguida niego.

—No tengo ganas de hablar, tengo mucho que hacer en De grote reis, aunque Helen crea que es un lugar insignificante.

Les doy la espalda y camino sin mirar atrás, no tengo fuerzas de enfrentar sus miradas o esa maldita expresión de orgullo que estoy segura mi hermana lleva en la cara. Noto el temblor en las manos y estoy a punto de dejar caer las lilas en un par de ocasiones, pero llego al B&B y cuando tengo intención de entrar en la cocina, veo a Irene atravesar el comedor con sus maletas y el gesto de no haber pegado ojo en toda la noche.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte un poco más? —le dice Agnes, que sigue sus pasos.

—No, aquí ya no tengo nada que hacer, me quedaré con mis primos hasta que tenga que coger el avión.

Aprieto los labios y mi mejor amiga me pide hacer algo, pero cuando Irene pasa por mi lado nuestras miradas ni siquiera se encuentran y esa es la última señal que necesito para dejarla marchar del todo. «Esto es lo mejor», me digo y durante unos segundos, recuerdo las amenazas, las miradas de reproche, lo mucho que ama hacer su trabajo; se me rompe el corazón y estoy a punto de dar media vuelta y rectificar, aunque al escuchar la puerta cerrarse, sé que todo ha terminado. Soy incapaz de aguantar más las lágrimas y rompo a llorar frente a Agnes. Ella corre hacia mí, me arrebata la lila de las manos y lleva a la cocina por si algún huésped más apareciera por aquí.

Me ayuda a sentarme en una silla y me sirve un vaso de agua que no soy capaz de agarrar sin que las manos me tiemblen. La mirada de Irene antes de dejar De grote reis se ha clavado dentro de mí como un puñal y estoy segura de que la herida es mucho mayor. Siento que, por más que sepa que tenía que hacerlo, acabo de destruir algo maravilloso, lo mejor que me ha pasado en la vida desde hace años.

—¿Qué ha pasado? Si hace unos días estabais de maravilla. ¿De verdad la has dejado por lo que te dijeron tus padres y Helen en el restaurante? —Cuando la miro a los ojos me doy

cuenta de que Irene ha buscado consuelo en ella.

Algo que yo debería de haber hecho nada más llegar, igual que hablar con Andreas e intentar buscar una solución que no fuera dejar marchar a la chica de la que estoy enamorada.

—He intentado convencerme de que sí —le digo en un hilo de voz. Me quedo callada y bebo un poco de agua—, pero sé que voy a odiarme toda la vida por haber hecho esto.

—No entiendo nada. Vas a tener que explicarte un poquito. —Agnes se acuclilla delante de mí y busca mis manos. Me obliga a mirarla y me quita el vaso que aparta a un lado. Después me sonríe con esa calma que la caracteriza en los momentos más difíciles, como si fuera un faro que te guía en mitad de la noche—. Sabes que puedes confiar en mí, esa pobre chica está destrozada, creía que la querías de verdad.

—Y lo hago —confieso, suelto su mano y me tapo la cara. Intento tomar aire, aunque el hipo me lo impide y justo cuando estoy a punto de hablar, Andreas entra en la cocina.

—No tenía idea de que Irene se iba ya, la he visto con las maletas —comenta y al verme su expresión se desencaja—. ¿Edith?

—Lucas me dijo que además del hotel, destrozaría la carrera de su hija —confieso y tomo una bocanada de aire—. Me dejó muy claro que o rompía con ella o… —se me quedan las palabras atascadas—. No puedo permitir que Irene pierda lo que más ama hacer, ¿habéis visto sus publicaciones, el cariño que le pone a ese trabajo?

Hablo tan rápido que ni siquiera me doy cuenta de que sigo llorando. Mi hermano y Agnes se miran entre sí y Andreas agarra una silla, en la que se sienta justo delante de mí. Después niega y limpia mi mejilla derecha con un pulgar.

—¿Por qué no lo has hablado con ella? Estoy seguro de que podría haberle plantado cara a su padre, no parece una chica que se amedrente por nada, más bien todo lo contrario.

—¿Y que sea capaz de dejarlo todo por quedarse aquí? No, jamás me lo perdonaría.

—Y en su lugar, prefieres romperle el corazón y de paso, destrozártelo a ti. —Agnes interviene y no es nada delicada con el tono que usa, de hecho, se cruza de brazos y echa la cabeza hacia atrás soltando un bufido—. Sinceramente, creo que has cometido un terrible error. Podríamos haber acabado con esos desgraciados, me da igual si te montan un negocio aquí al lado, De grote reis es mucho más que cualquier hotel de lujo y es por eso que la gente viene aquí.

—A lo mejor tienen razón, sus padres, los nuestros, Helen… —Miro a Andreas y él aprieta los labios—. Lo que tenemos, ponerle esos límites… Irene tiene derecho a vivir cada una de las oportunidades que tenga por delante, y la vida que llevo aquí, solo iba a ser un impedimento. Podría estar con cualquiera…

—Pero ella te eligió a ti —me recuerda Agnes y se sienta en la otra silla que hay libre.

—Solo soy un amor de verano, dentro de unos años ni siquiera se acordará de esto y me agradecerá no tener que estar en una continua lucha. Como le dije, todo sería más fácil si yo estuviera con otra persona. No voy a cambiar de idea.

Mi hermano me abraza y escuchar el latido de su corazón me reconforta tanto que podría quedarme aquí todo el tiempo que hiciera falta. El dolor se profundiza cada vez que respiro, pero estoy tan segura de haber hecho lo correcto que al final, sé que voy a poder vivir con esto aunque no pueda olvidarme de lo que siento.



41
NO HE REGRESADO A MI HOGAR

IRENE

3 de junio de 2022. Barcelona, España.

No sé a qué hora me dormí la noche anterior. Al abrir los ojos me encontré con un vaso de cerveza sin terminar y varias porciones de pizza fría en el cartón abierto que había sobre la mesa de centro del salón. El silencio me abrazó como cada uno de los días desde que llegué a Barcelona, aunque en las últimas semanas conseguí encontrar algo de consuelo con un par de viajes y cada una de las experiencias vividas allí. Todavía tenía el recuerdo en la cabeza de los labios de una portuguesa guapísima que me invitó a dar un *tour* por Lisboa como guía del hotel en el que me alojé, aunque nada de eso tenía el poder de apagar el dolor que todavía sentía por dentro.

Al buscar el teléfono me di cuenta de que tenía decenas de notificaciones, todas de mis redes sociales, salvo unos cuantos mensajes de Sandra y mi padre. Habían pasado cuatro meses desde que decidí dejar Nottingham y ellos seguían sin hacerse a la idea de que no quería trabajar en la empresa. «¿De qué se supone que vas a vivir? ¿Cómo puedes pensar en tu futuro tan a la ligera?». Por mucho que ellos quisieran llamarlo miedo, yo tenía claro que era otra estrategia de control y preferí volver a ignorarlos.

Fui hacia la cocina, me preparé un café y mientras se hacía, empecé a leer muchos de los mensajes que tenía.

—Tienen que estar de coña… —susurré y miré al frente como si fuera a encontrar a alguien con quien compartir lo que acababa de ver.

> Señorita Kennell, estaríamos encantados de poder hablar con usted y comentarle sobre una posible colaboración entre ambas partes, tenemos mucho interés en que sea la imagen de nuestra marca y que sus viajes den a conocer más nuestro trabajo…

Volví a leer un par de veces el mensaje y con un cosquilleo en los dedos, bloqueé la pantalla y dejé el teléfono sobre la encimera. Con el café listo, lo miré de reojo y negué; la idea de que mis publicaciones —en honor a la promesa de nana— se hubieran hecho virales hasta

aumentar mis seguidores en miles, me parecía una locura, y mucho más que me ofrecieran trabajo solo por eso.

Media hora después, Sandra tocó al timbre. Varias cajas seguían cerradas en el fondo del salón, con cosas que todavía no sabía si iba a tirar o dejar en mi nuevo hogar. En cuanto abrí, le vi las mejillas rojas y me hizo reír por cómo hiperventilaba.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que contarme?

—Tampoco te he dicho que te hagas una maratón —bromeé y busqué en la nevera un refresco—. Necesito tu opinión, porque no sé si están de coña o es que esto se ha vuelto una locura.

—¿Una locura? A ver, venga, date prisa y déjate de hostias. —Su impaciencia era de las cosas que más me gustaban de ella.

Al sentarme en el sofá, tomé aire, desbloqueé el teléfono y le enseñé mi perfil de Instagram, donde los seguidores aumentaban por momentos. Después mostré mis *insights* y finalmente el mensaje que había recibido, dándome cuenta de que no era el único.

—Creo que me ofrecen trabajo, colaboraciones pagadas por enseñar el hotel y los restaurantes más famosos de la ciudad, según me han dicho quieren que la ciudad tenga un mayor flujo de turismo entre los jóvenes. Incluso me ha contactado una manager. —Tragué saliva y esperé a que Sandra me diera su opinión.

Su silencio se alargó unos cuantos segundos en los que me puse nerviosísima, hasta que sonrió y dejó el teléfono sobre la mesa.

—Tía, no sé a qué esperas, que te quieren pagar por viajar, beber y comer… ya lo quisieran algunos.

—Creo que no es solo eso —comenté con un cosquilleo en el estómago—, me parece que buscan una forma diferente de dar a conocer esos sitios, una experiencia total que también implica sus productos.

—Da lo mismo, sea lo que sea… ya quisiera yo tener esa suerte, creo que voy a dejar las prácticas, ya no aguanto al imbécil de Ricardo.

—Tendrías que arriesgarte y echar el currículum en la empresa de ese amigo del que siempre hablas, seguro que lo consigues.

—Pufff, dudo que contraten a alguien que acaba de terminar la carrera. —Sandra se echó hacia atrás y suspiró.

—Yo creo que no lo vas a saber si no lo intentas, tienes muy claro lo que quieres hacer en esta vida, así que arriésgate, no seas como yo que no tiene ni puta idea de lo que le espera la

semana que viene. —La tristeza me invadió y sentí ganas de cerrar los ojos.

—Pues está claro que irte a Suiza, porque estás loca si no les dices que sí, en serio, vete a pasar un poco de frío, a lo mejor así te aclaras las ideas. Seguro que a tus padres les da algo cuando se enteren. —Me hizo reír con aquel comentario y me abracé a su cuerpo.

Aquella fue la primera vez en muchos meses que empecé a sentirme parte de algo, parte de mí misma.

. . .

13 de septiembre de 2024. Barcelona, España.

Sandra sujeta una pancarta enorme de bienvenida que me saca una sonrisa a pesar de todo. El viaje ha sido igual de cansado que doloroso, como si una parte de mí todavía estuviera en Leiden, negándose a la certeza de que no voy a volver por más que lo quiera. Lo único que logró consolarme después de dejar De grote reis, fueron los abrazos de Dora y Sylvia, además de la visita que hice a la antigua casa donde vivió nana. Mis pies caminaron solos por el antiguo despacho de mi abuelo y la buhardilla en la que había varios objetos que ellos dejaron allí. Conmigo, ha viajado una edición antigua de Los Miserables que quiero leer en cuanto esté en casa tranquila, con algunas anotaciones que he visto por encima y que todavía no me atrevo a descubrir. Incluso Ingrid se mostró apenada por lo ocurrido y aunque me hubiera gustado forjar una mejor amistad, sé que al menos va a dar esos pasos a los que siempre ha tenido miedo.

Con las maletas en mano, paso el control y mi mejor amiga corre hacia mí. Me da un abrazo tan fuente que logra cortarme la respiración y su alegría se me contagia al segundo.

—Estás loca, no hacía falta que vinieras a buscarme, me las puedo arreglar sola.

—¿Y perderme tu cara al ver la pancarta? De eso nada. —Niega y pasa su brazo por mi cuello—. Gonza también quería venir, pero no ha podido pillarse la mañana libre.

—Ya veo que tú sí, y eso que acabas de volver de vacaciones.

—En realidad tengo algo que confesarte. Presenté mi dimisión hace unos días, antes de volver a Barcelona. —Sandra se para en seco y me deja sin palabras, tan sorprendida que abro la boca de golpe—. Ya sé, ya sé, me vas a decir que es precipitado y que parecía estar a gusto en la empresa, pero me llegó una oferta mejor y no he podido rechazarla.

No sé por qué siento que esto no va a gustarme. Noto un pellizco en el estómago por el que me da miedo preguntar, aunque no tardo en hacerlo.

—¿Dónde?

—Adivina. —Pone una sonrisa de oreja a oreja y deja las manos en mis hombros—. Nos vamos a Nottingham.

«Joder, lo sabía», me digo y debo de haber desconectado del mundo porque de repente veo a Sandra mover una mano delante de mi cara.

—Vaya… no me esperaba eso por su parte, ni tampoco por la tuya.

—Venga, sabes que tus padres son buena gente, les comenté que no estaba de acuerdo con algunas cosas y me ofrecieron una oportunidad. He pensado que así podríamos pasar más tiempo juntas, tú y yo contra el mundo. —Levanto una ceja y se agarra a mi brazo—. ¿Te lo imaginas? Mejores amigas y compañeras de trabajo.

—Yo no he dicho en ningún momento que vaya a hacer algo así, ¿de dónde te has sacado semejante tontería?

—Teniendo en cuenta lo que ha pasado y que quieres dejar Barcelona, creí que lo tomarías como una opción, ¡ya hablaremos de eso! Ahora nos vamos a comer, que he reservado mesa en tu hamburguesería favorita.

—Llevo las maletas a cuestas, quiero irme a casa a descansar —protesto, aunque con la mirada que me hecha deja claras sus intenciones.

Veinte minutos después —y con mucho tráfico por delante—, llegamos al centro y nos metemos directas en el local. El olor provoca que se me haga la boca agua y me lleva al recuerdo de la primera vez que vine aquí, siendo una total desconocida que aprendió a entender y hablar la mayoría de español gracias a La casa de papel cuando todavía vivía en Nottingham. Las fotografías que hice de Barcelona despertaron el interés de muchos al comentar también mi particular forma de aprender el idioma.

Cuatro meses después mi acento había casi desaparecido, lo que me hizo sentir una más de por aquí. Eso y haber conocido a Sandra en un bar de copas. Nuestra conexión fue inmediata y se ha mantenido hasta hace no mucho. Tanto es así que pide mi hamburguesa favorita con queso sin necesidad de que le diga nada, junto a un batido de vainilla, al más puro estilo americano. Según ella es una guarrada, pero la mezcla me parece una de las mejores delicias del mundo.

Tengo el móvil en la mesa y me pican los dedos por ver si Edith me ha enviado un mensaje, aunque la idea se me quita bastante rápido.

—Enseguida nos traen todo —comenta con una sonrisa que cambia en cuanto se sienta delante de mí—. ¿Qué pasó? Porque cuando me dijiste que volvías no me contaste nada.

—Supongo que no estaba hecha a la idea todavía —admito y me encojo de hombros con indiferencia fingida. En realidad, estoy destrozada y podría echarme a llorar aquí mismo, pero no

quiero hacerlo frente de ella, no después de lo que pasó en Leiden—. Al final mis padres ganaron la batalla, Edith me dijo que todo sería más fácil si estuviera con una mujer de su edad.

—¿Y no tiene razón? —Sandra suspira y busca una de mis manos, como si así pudiera darme consuelo—. Tienes que admitir que las cosas no os iban a resultar fáciles.

—¿Lo es todo en general? —contesto asqueada, incluso a la defensiva. Se da cuenta e intento respirar con calma—. Estaba claro que no todo el mundo lo aceptaría, sobre todo porque también somos dos mujeres y el mundo cada vez se presenta peor para el colectivo, pero de verdad creí que podríamos con eso, que ella no haría caso a la opinión de los demás o los comentarios que han empezado a circular en mis redes sociales.

—Lo que no veo normal es que quisieras dejarlo todo por una historia de verano, por alguien que apenas conoces.

—Eso es lo que tú te crees. —Niego y esbozo una sonrisa al recordar los momentos que he vivido con Edith en Leiden. Se me forma un nudo en la garganta y por un segundo siento que no voy a ser capaz de hablar, aunque al final lo hago—: Nada más llegar a De grote reis pude ver cómo era, no me hizo falta hablar mucho con ella para darme cuenta que era una mujer increíble, que teme constantemente decepcionar a las personas que quiere o a los huéspedes que se alojan allí porque nunca ha recibido el apoyo que necesitaba. —Cierro los ojos un par de segundos y al volverlos a abrir suspiro—. Nunca había conocido a alguien que se entregara tanto a su sueño y a las personas, hasta el punto de que pone el bienestar de otros por encima de sus deseos. Si la hubieras visto cuando la conocí… es tan torpe que te podrías pasar días riéndote… pero también tiene un lado valiente y aventurero que invita a cualquier locura. Así que no me digas que apenas la conozco, porque no es verdad…

Sandra no dice nada y le salva que llegue la comida. La veo agachar la vista y se centra en la hamburguesa mientras yo intento hacer lo mismo, porque lo único que tengo en la cabeza es la expresión de Edith cuando me dejó en el puente del canal. Había tanta inseguridad en ella que por un segundo pensé que lucharía contra la razón. Pero aquí estoy, y ella parece disfrutar de la compañía de Lise como si no hubiera pasado nada.

Antes de que el avión aterrizara he visto una publicación en sus redes sociales y la manera en la que la he visto sonreír solo demuestra que tengo razón.

—Yo digo que dejes las cosas en casa y que esta noche salgamos por ahí. —Mi cara lo dice todo, aunque Sandra niega e insiste—. Te vas a venir conmigo y con los chicos, punto. Ya estás en casa.

Sonrío apenas y le doy un bocado a la hamburguesa. Ella hace lo mismo, convencida de que podré seguir adelante, sin darse cuenta que para mí, esta ciudad ya no es mi hogar.



42
PIEZAS QUE ENCAJAN

EDITH

14 de septiembre de 2024. Leiden, Holanda.

Lise está a mi espalda a la espera de sacar unas cuantas fotografías del nuevo aspecto que tiene el jardín. Con el otoño a la vuelta de la esquina, se ha pasado los últimos días en De grote reis con la excusa de impulsar nuestras redes sociales y llamar la atención de nuevos huéspedes; y a pesar de no haber tenido ganas de nada, ha conseguido distraerme un poco.

Desde que Irene se marchó no he dejado de ver su Instagram, pero no ha publicado nada. «Aquí ya no tengo nada que hacer». Recuerdo esas últimas palabras como un puñal directo al corazón, aunque lo peor fue ver su expresión y cómo pasaba por mi lado como si fuese transparente. Todavía no puedo creerme que se haya ido y que lo nuestro haya pasado a ser algo… insignificante.

—Edith, ¿estás aquí o qué? —La voz de Lise me despierta y bajo de la escalera de golpe, a punto estoy de caer—. Eh, cuidado, que te puedes hacer daño.

—Tranquila, si la escalada no me ha matado esto no lo hará —bromeo, aunque su expresión demuestra que no le hace ninguna gracia—. Creo que esto ya está, no quiero tocar más los cosmos, tienen que durar un montón, hasta que el otoño entre de lleno.

—Se ve precioso —dice y empieza a hacer algunas fotografías—. Seguro que a la gente le va a apetecer un montón venir a tomar algo por aquí. Es una pena que nunca tengas tulipanes.

—La próxima primavera habrá —confieso, aparta el teléfono y me mira—. Irene me convenció y ya no quiero limitar mis ideas o los deseos que tenga a partir de ahora.

—Esa chica te ha calado hondo ¿eh? —El tono con el que lo dice no me gusta, porque parece como si fuese con doble intención.

—Es lo que pasa cuando alguien te roba el corazón —reconozco dejándola pasmada y con los labios apretados—. Quizá parezca una locura, después de todo apenas ha estado un mes por aquí, pero esto es lo que siento y no estoy convencida de poder olvidarme de ella.

—Pudiste hacerlo de mí ¿no? —Lise saca un par de fotografías más y se guarda el teléfono en el bolsillo—. No debe resultarte más complicado teniendo en cuenta que tú y yo estuvimos años juntas.

—Lise, por favor… no empieces —comento en un hilo de voz—. No quiero discutir contigo, ni que te lo tomes así, sabes que no pretendía que sonara de esa manera.

—Ya, pero lo ha parecido. —Suspira y se abraza con incomodidad, igual que en su mirada aparece esa tristeza que reconozco al instante.

Voy con ella y la abrazo quedándome en silencio.

—Lo siento, es que me está costando hacerme a la idea —confieso e intento sonreír.

—No pasa nada, pero te lo digo por tu bien, tienes que tomarte más en serio esta especie de campaña. Te prometo que vas a tener un montón de reservas en cuanto le demos otra imagen a las redes sociales, y no me importa venir después de trabajar siempre que me invites a comer. —Esboza una sonrisa enorme y pone esos ojos de cachorrito con los que tantas veces me ganó en el pasado.

—Hecho. Además, tengo algunas ideas para el comedor y las habitaciones, necesito una opinión más neutral, porque Agnes se pasa aquí la vida entera y dice que ya están de maravilla.

—Como si no supiera lo perfeccionista que eres. —Se echa a reír y me regala una caricia en la mejilla—. ¿Qué te parece si la semana que viene cenamos en casa y te enseño un par de ideas que tengo? Podemos invitar a los demás, como en los viejos tiempos.

Y aunque quiero negarme, no puedo evitar sentir que me vendrá bien distraerme un poco.

—Solo si me dejas llevar nuestro vino favorito.

—Hecho.

. . .

Ya no sé cuántas veces he mirado el diario de reservas, como si no tuviera el trabajo hecho y sí demasiado tiempo libre. La transición entre las vacaciones y la nueva estación en De grote reis ha llegado justo en el peor momento, cuando necesito tener la mente ocupada; y ya no sé qué más cosas hacer. He arreglado las flores en el jardín, también he hecho la colada con ropa que estaba limpia y en la cocina no tengo nada de lo que ocuparme, porque Agnes ya se ha puesto manos a la obra.

Estoy sentada tras el mostrador y no dejo de mirar la puerta, deseando que ocurra un milagro que es imposible, porque ella no va a aparecer por más que lo desee. Voy a su perfil de

Instagram y veo que ha subido una historia, ya en Barcelona. Al parecer está con Sandra y el texto deja claro lo feliz que le hace haber regresado a la ciudad y reencontrarse con sus amigos, quienes aparecen en algunos videos consecutivos mientras cenan o se toman unas copas. Sin darme cuenta sonrío, me alegra verla feliz y de vuelta al lugar donde debe estar por más que haya querido pensar lo contrario.

—¿Estás ocupada, cariño? —Al quitar la mirada de la pantalla y ver a mi padre estoy a punto de tirar el teléfono por la sorpresa.

Ni siquiera lo he escuchado entrar, aunque lo primero que pienso es que quiero que se vaya por donde ha venido.

—¿Es que no está claro que no? —suelto cortante y él lanza un suspiro—. Lo más seguro es que esté un par de semanas sin muchos huéspedes, ¿qué quieres?

—Hablar, no te molestaré mucho rato, ¿compartirías una cerveza con tu padre? Como en los viejos tiempos.

—Claro…

La sonrisa melancólica que dibuja me deja con un nudo en el estómago. La horrible sensación que me aborda va desde la tristeza y a una rabia que también me cuesta contener cuando estoy delante de ellos. Porque en el fondo, no he sido yo la que se ha alejado durante estos años. Suspiro y cierro el diario, apago la pantalla del ordenador y guardo el teléfono en el bolsillo, invitándole a pasar.

La terraza está preciosa como para no disfrutar de esa cerveza ahí, por lo que le pido que vaya mientras yo busco un par de latas en la cocina. Al llegar con él, le ofrezco la suya y me siento en la silla que hay a su lado izquierdo, igual que solía hacer cuando iba a su casa de visita. Dios, hace tanto tiempo de eso que ni siquiera puedo recordar la última vez que hablamos mientras el sol se ponía en Leiden.

—Tu hermano me ha dicho que esa chica ha vuelto a Barcelona, ¿cómo era…?

—Irene —interrumpo, aunque no le miro—. Era algo inevitable, tarde o temprano tenía que volver, solo vino de vacaciones. —Bebo de mi cerveza con indiferencia y el sabor amargo se me atasca en la garganta—. Supongo que vuestra actitud me hizo dar el paso definitivo.

Cierro los ojos y la conversación que tuve con ella en el puente regresa, con el mismo dolor que le provoqué con mis palabras, porque lo más triste es darme cuenta que ninguna de las personas que nos rodean tuvieron nada que ver con ello. Fui yo la que rechazó nuestra oportunidad, la que decidió mentir para protegerla, la que no buscó alternativa u otra salida que poder encontrar juntas, y aunque me gustaría dejárselo claro a mi padre, no soy capaz de hacerlo.

Nos quedamos en silencio, disfrutamos de la cerveza —por decir algo— y me dedico a mirar cómo las nubes van perdiéndose en el cielo, donde los colores cambian en su misión por dar paso a la noche.

—Estás enamorada de ella ¿verdad? —pregunta y siento un vacío que no sé si voy a poder llenar en algún momento—. Me di cuenta enseguida, solo había que verte mirarla para saberlo. Ya estoy acostumbrado a eso, pero con ella, fue diferente, te sentías… tú.

—¿¡Y por qué no me lo dijiste esa noche, papá!? —Dejo la cerveza en la mesa de golpe y me giro con la única intención de que me mire bien a los ojos—. ¡Os bastó un segundo para que me odiara a mí misma y creyera con fervor que estar con ella era algo imposible!

—Creí que podría protegerte de eso, de lo que pudiera pasar en el futuro, del daño que te provocaría que esa historia de amor también se destruyera, como pasó con Lise.

—Fue ella quien se acostó con otra, no yo —le recuerdo y levanta las manos dándome la razón—, pero parece que no queréis verlo por la forma en la que os comportáis, siempre intentando que regresemos cuando está claro que no es lo que quiero.

—Deberías ir a buscarla —dice y abro la boca sorprendida. Se encoge de hombros y por primera vez en mucho tiempo le veo esbozar una sonrisa de verdad—. Me equivoqué, los tres lo hicimos. Tu madre y Helen entrarán en razón, solo están dolidas por cómo dejaste la empresa y la venta de una casa que, sinceramente, yo me habría quitado de encima cuanto antes.

«Tiene que ser la cerveza, está claro, mi padre no puede ser el hombre que está aquí», el pensamiento se cruza por mi cabeza y doy un sorbo de la mía en un intento por volver a la realidad.

—Creí que tú también me odiabas por eso.

—Rechazaba la idea de que te alejaras tanto de mí, que volaras, que no me necesitaras en absoluto. Siempre has sido muy independiente y supongo que durante algún tiempo me sentí ganador. Yo quería que te vinieras con nosotros a Ámsterdam… —La tristeza vuelve a ensombrecer su gesto y no puedo evitar alargar la mano y acariciar la suya—. Edith, me he equivocado tanto… pensar que me odias es demasiado y no voy a permitir que seas infeliz. La vida es demasiado corta como para no apoyar a las personas que queremos, y tú eres sangre de mi sangre.

—Yo no te odio, papá —aclaro en cuanto tengo oportunidad. Me da un apretón y los labios le tiemblan—. Nunca lo he hecho, pero sí que he estado enfadada. Llegué a creer que no me queríais, que incluso os alegrabais de las cosas que me salían mal. Me hubiera gustado tener vuestro apoyo al crear De grote reis, te prometo que este sitio es especial.

—Estas paredes te han devuelto la sonrisa, desde luego —admite—, y me parece que Irene se hubiera adaptado muy bien a la vida en Leiden, por mucho que tenga un trabajo algo raro.

Su gesto me hace reír. Había olvidado cuánto me gustaban estos momentos con él. Sin embargo, enseguida suspiro y llevo la cerveza hacia mis labios.

—Por más que la quiera no podía dejar que se quedara aquí —confieso, él me mira sin entender a qué me refiero, así que disparo lo que tengo dentro y no he podido hablar con nadie —. Su padre me amenazó con destruir la carrera de su hija si no la dejaba ir. —Abre la boca por la sorpresa y asiento sin más—. Supongo que quieren controlar lo que hace. Irene ama su trabajo, le encanta viajar, conocer otras culturas, restaurantes, rincones especiales como los que nos rodean… No podía permitir que después de su abuela, perdiera eso también, porque esa gran pasión comenzó justo por ella.

—¿Y por qué no se lo dijiste? Andreas dice que es una chica muy madura, seguro que lo habría intentado.

—Porque pensar en la idea de que sufra por mi culpa me destroza por dentro y a lo mejor tenéis razón, quizás estar con ella no vaya a traer nada bueno, son muchas cosas las que nos distancian.

—Unos años de nada —comenta con una facilidad sorprendente—. Cariño, creo que a estas alturas esas cosas no deberían importarte. Cuando dos corazones se unen es porque están diseñados para encajar. Del futuro no sabemos nada, a veces te enamoras y el tiempo hace que ese amor se agote, pero otras, tenemos la suerte de que dure para siempre.

Busca mi mano y la aprieta con cariño. Puedo ver mi propia tristeza en sus ojos y el dolor se profundiza todavía más en mi interior.

—Ojalá no fuera demasiado tarde, papá.



43
UN MUNDO SEMI VACÍO

IRENE

Barcelona, España.

—Espera, ¿a qué viene tanta prisa?, creía que tenía unos días para decidir qué hacer. —Me pongo la mano de visera e intento que el sol no profundice el dolor de cabeza que tengo.

Odio salir de fiesta con los chicos y que se nos vaya de las manos.

—Y es así, pero creo que sería buena idea que vayas al evento que organizan en el Hotel Arts mañana, hay muchos *influencers* que están invitados y tú ya estás en el círculo, tienes la oportunidad de que más gente te conozca —comenta mi manager—. Me ha parecido raro que la invitación llegara a última hora, pero yo no la desaprovecharía.

—Supongo que tendré que ir de compras, mándame toda la información y también la invitación, me vendrá bien, necesito despejarme.

—Genial cariño, ya te echaba de menos en el ruedo.

—Y yo —admito y vuelvo a sonreír—. Oye Carmina, gracias por todo. Este trabajo no sería lo mismo sin ti. —Suspiro y me giro en la cama, observando parte del desastre que tengo por el suelo y encima de los muebles—. Todavía me debes una cena, por si lo has olvidado.

—Será cuando regreses a Inglaterra. No pienso mover mi culo de aquí y ser yo quien vaya a buscarte, ya hay que tener mucho morro —bromea y las dos rompemos a reír—. En serio, disfruta mucho de la fiesta, creo que después de todo, te lo mereces.

—Gracias.

Cuelgo la llamada y dejo el teléfono en la mesita de noche. Estiro los brazos y miro hacia el techo blanco de la habitación, un lugar que siento vacío a pesar de haber vivido aquí durante más de dos años. Echo de menos las sombras que caían en los muebles y el suelo del B&B, la rutina de las comidas y cenas por la ciudad, el sonido de los canales y el olor a flores que siempre me acompañaba. Es como si hubiera dejado una parte de mi alma allí y todavía no pudiera recuperarla. Supongo que tengo que darme tiempo, pero no dejo de preguntarme cómo

habrían sido las cosas si Edith…

Pensar en ella provoca que vuelva a coger el móvil y ver que ya han publicado algunas fotografías de cómo se ve el jardín con la repisa que ella misma hizo. Recuerdo ese día en casa de Agnes, en su gesto de esfuerzo y esa sonrisa tonta que se le ponía cada vez que nos mirábamos mientras yo protestaba porque estaba llena de serrín. Aprieto los labios y echo un vistazo a las historias, donde Lise aparece como invitada de honor en un momento que me hubiera gustado vivir a mí.

—Supongo que ahora tienes lo que más querías… —susurro al ver la sonrisa de Edith junto a ese gesto de orgullo que siempre pone cada vez que algo sale como le gusta.

Bloqueo la pantalla y tiro el móvil en la cama. Taparme la cara no evitará que esto me duela, que odie la forma en la que han terminado las cosas. «Quizá Sandra tenga razón», pienso y aunque la idea de regresar a Nottingham con ella no me atrae, a lo mejor es una oportunidad que todavía no puedo visualizar. Echo a un lado todo eso y salgo de la cama, tengo cosas más importantes que estar lamentándome por alguien que ha decidido no apostar por nosotras.

Me pongo ropa cómoda, me tomo un ibuprofeno y voy directamente a comprarme el vestido que voy a llevar mañana por la noche. Al menos, quiero hacer que esto merezca la pena.

Barcelona me recibe con los brazos abiertos y una temperatura agradable. Se nota que ya no estamos de vacaciones a pesar de que las calles nunca están tranquilas y disfruto del paseo hacia una de mis tiendas favoritas. Justo cuando llego recibo un e-mail de Carmina con toda la información y un «Disfruta» que pienso respetar al pie de la letra, porque después de todo lo que ha pasado, tirar por tierra la oportunidad de hacer de mi trabajo algo más importante, no está en mis planes.

. . .

15 de septiembre de 2024.

La decoración en el Hotel Arts es impresionante, tanto que creo que no he cerrado la boca desde que he entrado aquí. El Salón Gaudí ya está preparado para la cena de gala, aunque reconozco que primero quiero disfrutar del cóctel en el Lounge junto a la piscina infinita, donde las vistas al mar ponen una sonrisa en mis labios. Sin duda, esta es una de las estampas más bonitas que he visto en mucho tiempo y no pierdo el tiempo en capturarla con el móvil.

Hago un par de fotografías y también un video que subo como historia dando gracias por la invitación y un ambiente que es magnífico a pesar de que apenas conozco a nadie. Por delante de mí pasa un grupo de chicos que parecen tener una complicidad increíble y una de ellas se acerca

a mí.

—Tú debes ser Irene, Carmina me ha hablado de ti. —Extiende su mano y la estrecha con la mía sin pensárselo dos veces—. Soy Diana y llevo un par de años trabajando con marcas de moda.

—Ah, sí, creo que te conozco, tiene algunas de tus portadas en la oficina, esa mujer me ha dado una visión de este trabajo magnífica —comento como si nada. A pesar de que siento un nudo en el estómago, los nervios se disipan conforme hablo—. No tengo idea de que hago aquí, todo parece hecho para personas que están en otra liga.

—No digas eso, he visto el trabajo que haces y me parece magnífico. Tu último viaje me ha dado ganas de visitar Leiden sin pensar en el trabajo, solo de disfrutar. Se nota que estabas muy a gusto por allí —afirma y yo intento sonreír—. Muchos de los invitados se han hecho conocidos por sus relaciones con otras personas, pero nosotras nos lo hemos currado solitas, así que no te infravalores, puedes abrir mucho tus fronteras si te lo propones, hacer de esto un estilo de vida maravilloso.

Se pasa los dedos por su pelo rubio, apartándose un pequeño mechón que se le ha escapado del peinado que lleva esta noche.

—Intentaré hacerte caso y disfrutar de la cena.

—Verás como te lo pasas de maravilla, puedes estar conmigo todo el rato si quieres, así no te comen esos nervios que se te notan en la cara.

—Mucho, ¿verdad? —Se echa a reír. Tomo aire y respiro tranquilamente, un par de segundos, lo suficiente para calmar la revolución que llevo por dentro—. Creo que ya está, si no llegas a aparecer probablemente me habría marchado.

—Nada de eso, necesito amigas nuevas, alguien que tenga mi misma visión de las cosas, no tan superficial como las del resto.

Diana se despide de sus amigos durante un rato, se agarra de mi brazo y me arrastra hacia la barra donde nos pide un par de mojitos de mango. Bebemos tranquilas, ella me cuenta cómo empezó su carrera y yo la forma en la que nana me inspiró a continuar con esto, a pesar de que mis publicaciones empezaron a hacerse notables cuando ella ya había fallecido. Tenerla presente en cada uno de mis pasos es algo que me llena el corazón, aunque muchas personas me lo hayan roto por el camino.

Cuanto más hablo con ella más me doy cuenta de que nuestra capacidad de soñar no debería tener límites por mucho que otros no estén a nuestro favor, en un presente donde se nos pide dejar de ser nosotras mismas y convertirnos en máquinas guiadas por directrices en

beneficio de otros. Pienso en mis padres y en su falta de apoyo, en la manera en la que siempre han querido manipularme, en cómo mi madre nunca me ha ofrecido una mano por miedo a lo que pueda pensar su marido.

En mi interior tengo una mezcla de emociones que poco a poco se disipa con la ayuda de Diana y también del alcohol.

Con el cuarto mojito me doy por vencida y ya no puedo dejar de reír o hacerme fotos con el resto de invitados; *influencers* de todo tipo. Algunos me desean suerte y hay otro que me invita a ponerme en contacto con él para hacer alguna colaboración en conjunto.

Lo agradezco con una sonrisa y me despido cuando nos llaman, al parecer la cena ya está lista en la segunda planta.

—¿Irene Kenell? —Me giro al escuchar mi nombre y le pido a Diana que vaya con el resto. Afirmo y me paso las manos por mi vestido negro—. Madre mía, no pensé que fueras tú, ni tampoco que te encontraría por aquí.

—Ya, yo tampoco me lo esperaba, la verdad —digo sin poder fingir—. ¿Quién eres?

—Tomás, un admirador, por decirlo así. —Sonríe amablemente y me da la mano además de un beso en las mejillas—. Los videos de Turquía fueron espectaculares, me gusta un montón cómo detallas el estilo de vida de los lugares que visitas.

—Gracias, intento no dejarme nada en los cajones —comento y echo un vistazo a mi espalda, no quiero llegar tarde a la cena—. ¿Vas a entrar o…?

—No, tengo un compromiso y me voy antes, pero si nos echamos unas fotos, me harías el tío más feliz del mundo.

—Claro.

Tan rápido como acepto, busca el teléfono en su chaqueta y ambos posamos. Se despide de mí y me quedo un rato en silencio, con los ojos puestos en el mar y el color de un cielo mágico.

Antes de entrar al salón veo en mi teléfono varias notificaciones y no tardo mucho en aceptar a Diana y el resto de personas que he conocido esta noche. Comparto en mis historias todas las publicaciones en las que me han etiquetado y guardo otra vez el móvil en el bolso. Ella levanta un brazo y me saluda en la distancia, a pesar de que tengo una sensación agridulce, sonrío y hago como si nada, uniéndome a una mesa que está llena de comida; frente a un escenario donde esta noche se va a agradecer a muchas de las caras la manera en la que han cambiado la visión de las redes sociales.

Me sirven una copa de vino blanco y brindo con los chicos lista para disfrutar del resto de la noche, aunque parte de mis pensamientos continúen en Leiden.



44
UN GESTO QUE PUEDE DESTUIRLO TODO

EDITH

16 de septiembre de 2024. Leiden, Holanda.

—Madre mía, madre mía, madre mía… —Agnes entra a la cocina de golpe y las tostadas que tengo entre manos vuelan por los aires. Cuando las ve en el suelo se para en seco, aunque no cambia su gesto de preocupación—. ¿Has visto esto?

—¿Qué pasa? Ya no me dejas ni desayunar tranquila, vas a darme un infarto —protesto y bufo al ver la comida echada a perder, no hay cosa que más odie que esto. Me agacho a recogerlo, aunque ella me agarra de la muñeca y no me lo permite—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Es Irene, la están avasallando a críticas e insultos. —Pone la pantalla del móvil en mi cara y se lo quito de inmediato.

—No puede ser… —El corazón me da un vuelco y empiezo a leer los comentarios de sus publicaciones donde le dicen de todo.

Las manos me tiemblan mientras leo cosas como «Menuda zorra», «No me puedo creer que se atreva a tener relación con semejante cabrón» o «Y dice estar con nosotras, esta tía es una estafa». «Sonriendo con Tomás Baggio, se nota que es de la misma clase». Siento un escalofrío que recorre toda mi espalda y necesito sentarme. No veo que ella se haya pronunciado, así que busco la mirada de Agnes.

—Lo último que vi son las fotografías que subió con algunos invitados de la fiesta en un hotel de lujo en Barcelona, una especie de cena de gala para *influenser*, o como se diga. Pero cuando esto ha empezado las ha borrado sin más.

—*Influencers* —rectifico y el nudo en mi garganta empieza a hacerse más grande. Leo en nombre de Tomás Baggio y hago una búsqueda rápida por internet—. Qué hijo de puta…

—¿Qué pasa? —Agnes me roba el teléfono y se lleva una mano a la boca.

Los titulares que hay de ese chico detallan denuncias por acoso y persecución en redes

sociales hacia mujeres que insultaba, ya fuese por su físico o etnia, un racista en toda regla. Pienso en Irene y en lo mucho que desconoce todavía su mundo, aunque lo que se me viene a la cabeza no es precisamente eso.

—Ha sido el desgraciado de su padre —comento y me llevo las manos a la cabeza. El estómago se me ha cerrado por completo y siento náuseas—. No ha cumplido su palabra…

—¿A qué te refieres? —Había olvidado que no sabía nada de lo que pasó en realidad.

Noto las lágrimas en los ojos y abrazo a mí misma.

—Juró que destruiría la carrera de su hija si no rompía con ella, por eso le dije aquello a Irene, me prometió que la dejaría en paz si lo hacía. —Los labios me tiemblan y empiezo a llorar —. Le destrocé el corazón y aun así…

—Vale, vale, tranquila, que tú no tienes la culpa de esto. —Agnes viene conmigo y me abraza.

Intenta calmarme con una sonrisa, aunque sabe que no va a poder conseguirlo, por eso sujeta mi mano y me lleva hacia la silla. Enseguida se guarda el teléfono y me obliga a respirar un par de veces en calma.

—Seguro que podemos hacer algo, llámala y habla con ella. Cuéntaselo todo, tiene que haber una manera de ayudarla.

—Eso no va a borrar el daño que le he provocado, estoy segura de que su padre lo ha hecho con la intención de que deje todo esto, atarla de pies y manos. Madre mía, seguro que ahora mismo está destrozada, ella no es como dice esa gente.

—Ya sabes que en las redes sociales hay de todo, tú misma lo has vivido estos días con la presión de los que no aprobaban lo que había entre vosotras, solo tienes que recordar lo que nos dijiste a Andreas y a mí el día que nos confesaste lo que sentías. —Agnes limpia mis lágrimas y sonríe, cada vez que habla así todo parece mucho más fácil de lo que en realidad es.

Me gustaría tener su fortaleza en este momento. Tomo aire e intento calmarme justo cuando el timbre de la recepción suena.

—Dios, no puedo salir así… —Me limpio las lágrimas y sorbo la nariz.

—Tranquila, yo me ocupo de esto. Intenta ponerte en contacto con ella.

Agnes me deja a solas y busco el teléfono en mi bolsillo. Empiezo a escribir, aunque enseguida desecho la idea de enviar un mensaje y la llamo. El pitido suena una y otra vez hasta que la llamada se corta y lo vuelvo a intentar, una, dos, tres, cuatro veces.

Muerdo el interior de mis mejillas, estoy segura de que en este momento no quiere saberse

nada de mí, mucho menos después de lo que hice, pero lo mío no es rendirme tan fácilmente, por lo que vuelvo a los mensajes y escribo.

Edith: He visto lo que ha pasado, tengo algo que decirte. Por favor, llámame cuanto antes.

Lo envío y bloqueo la pantalla. Por más que lo intente no puedo entender cómo un padre haría algo tan cruel a su hija. El dolor se profundiza en mi pecho y empiezo a dar vueltas por la cocina. Vuelvo a meterme en su perfil y leo unos cuantos comentarios más, tan crueles que enseguida dejo el teléfono por el horror que me parece cómo hoy en día se puede juzgar a alguien con tanta facilidad.

Si esta gente supiera qué hay detrás de todo esto, no hablarían así. Qué poder da el puto anonimato.

—Joder, tengo que hacer algo. —Abro el grifo del fregadero y me mojo la cara.

Cuando salgo de la cocina escucho a Agnes hablar con una mujer.

—Sinceramente, no sé cómo han podido dar alojamiento a una chica que se codea con semejante tipo de personas, no son los valores que nosotros prodigamos y las opiniones en desacuerdo no dejan de aparecer. Solo venía a decir personalmente que no voy a tener a De grote reis en cuenta para los próximos festivales.

—Está cometiendo un error —intervengo y cierro los puños con tal de evitar decir algo peor—, no debería juzgar a Irene por esto, créame, ella no es esa clase de mujer.

—Pues eso no es lo que yo he visto, lo siento mucho Edith, pero no podemos hacer más al respecto.

El teléfono suena y mi mejor amiga lo coge en cuanto ella se marcha, tener socios así no me beneficia en absoluto, aunque por la manera en la que Agnes aprieta la mandíbula sé que esto no va a ser lo peor.

—Los Martin han cancelado su reserva, dicen que se van a un hotel mejor —comenta y se sienta en la butaca de golpe—, esto no puede ser una casualidad.

—Lo está haciendo él, ha movido los hilos con tal de ponernos en evidencia, estoy segura.

—¿Pero qué gana ese hombre? Somos mujeres honradas, este sitio lo es. —Niega y se contiene de tirar el bolígrafo que agarra entre los dedos.

—No lo sé, pero no pienso permitírselo. En cuanto hable con Irene pensaremos qué hacer.

Sin embargo, pasan las horas y no tengo noticias de ella.

Por más mensajes que le he enviado, no ha respondido ni tampoco contesta mis llamadas. Al final de la tarde, las reservas de septiembre han desaparecido, sin embargo, eso es lo que

menos me preocupa ahora mismo. Alguien llama a la puerta y Andreas se asoma. Estoy a punto de derrumbarme ante él y no tarda en darme un abrazo con tal de evitarlo. La seriedad que veo en su expresión no me gusta nada y menos que me obligue a sentarme en la cama.

—He hablado con papá y él con un par de colegas que entienden del tema. Al parecer invitaron a Irene a esa fiesta a última hora, sin otra intención que estuviera en el hotel. Han revisado vuestras redes sociales y hay un par de sujetos que se han encargado de crear una espiral con sus comentarios, alimentando a los *haters* y demás. Lo mismo con las reseñas y opiniones en otros portales. —Me quedo tan sorprendida que no sé qué decir y él sujeta mi mano con fuerza—. Es más común de lo que parece, una mierda —añade, aunque enseguida sonríe—. Lo bueno es que podemos hacer algo, demostrar que la engañaron y que todo esto no ha pasado por casualidad.

—No me responde, ni me coge el teléfono, ¿cómo se supone que la voy a ayudar si no me deja?

—Agnes y yo lo intentamos, ¿vale? Creo que es normal que no quiera hablar contigo después de lo que pasó, tendrías que habérnoslo dicho, sabes que tenías nuestro apoyo. —Levanta mi barbilla y me obliga a mirarla a los ojos—. Nunca has estado sola.

—No quería daros más problemas… ni mucho menos ser la causante de esto.

—Creo que habría pasado de todas formas, estando tú o no en la vida de Irene, se nota que su padre va con malas intenciones. —Andreas suspira—. Tendrá que pasar por un trago horrible, pero seguro que todo se arregla.

—Joder, es que debe estar destrozada y yo… —Niego y las lágrimas vuelven a mis ojos—. Me importa una mierda que De grote reis se haga pedazos, pero que ella sufra así, no.

—Tienes que centrarte en el B&B, aunque te parezca imposible. Has invertido mucho tiempo en este lugar, no puedes permitir que un hombre así tire por tierra todo tu trabajo. —Busca mis manos y las acaricia con cariño—. También he hablado con Lise, ella te echará una mano, va a darle una vuelta a las ideas que tenía, así que hazle caso y nosotros nos ocupamos de Irene. ¿Vale?

Afirmo y me abrazo a él. Me dejo caer en su pecho, todavía no me puedo creer que haya pensado que Andreas estaba en mi contra en algún momento, porque ahora, lo único que me sostiene en pie es tenerle aquí y saber que va a echarme una mano y que puede haber una solución para esta maldita locura.



45
EN PEDAZOS

IRENE

Barcelona, España.

Mi mundo se ha venido abajo en cuestión de horas y por más que intente encontrar explicación, no logro salir del bucle. Instagram es ahora mismo una bomba incendiaria en mi contra, con insultos de todo tipo y marcas enviándome mensajes para expresar su tristeza ante una situación «tan desafortunada», por decirlo de alguna manera. Todavía no entiendo cómo ha pasado esto y Carmina ha insistido una y otra vez en que tampoco tiene nada que ver. Sé que ella jamás se jugaría el pellejo enviándome a un sitio donde podría poner en peligro su nombre y el de sus representados, por eso me ha prometido averiguar quién invitó a ese tal Tomás con la intención de atraerlo hacia mí.

Una hora antes de abandonar el hotel, las notificaciones empezaron a llegarme de forma masiva y tuve que irme de la cena deprisa, con susurros a mi espalda y miradas que no reflejaban nada bueno. Diana intentó hablar conmigo, pero el shock me impidió hacerlo con claridad y lo último que sé de ella es que está en contra de esto.

Para colmo, Edith no deja de bombardearme a mensajes y llamadas que no quiero responder. Ahora tengo cosas más importantes que solucionar.

—Irene, ¿estás ahí? —Escucho la voz de Sandra junto a un par de toques a la puerta y echo la cabeza hacia atrás.

Estoy sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá y las rodillas entre mis brazos. Si pudiera, desaparecería de la vista de todos, aunque tengo muy claro que ella no se va a dar por vencida.

—¡Ya voy! —grito al escuchar cómo insiste al aporrear la puerta.

Mi aspecto no es el mejor y al abrir lo primero que hace es soltar un suspiro y darme un abrazo fuerte.

—Menuda locura, he venido en cuanto he podido. ¿Cómo estás? —No necesito darle una

respuesta, mi cara lo dice todo—. Ya… más que destrozada. Anda ven, cuéntame qué es lo que ha pasado.

Sigo sus pasos y vamos hacia el sofá donde me siento sin muchas ganas y con las náuseas revolviéndome el estómago. Tengo una migraña horrible y haberme bebido un par de cervezas esta mañana tampoco es que haya ayudado.

Sandra levanta las cejas y espera que diga algo, aunque no sé bien por dónde empezar.

—Fue todo muy rápido, ese chico se acercó a mí, dijo que era un admirador, después me pidió una fotografía y se fue. Pensé que era del grupo que había por la fiesta, te juro que no tenía idea de que está pendiente de juicio, ni mucho menos que era semejante imbécil.

—Eso se queda corto, es un misógino de mierda y los cargos que hay en su contra no son poca cosa, en las redes sociales lo odian, aunque también tiene muchos adeptos que han aplaudido tu foto con él, como si fuera una hazaña contra el colectivo o algo así. —Sujeta mi mano y suspira—. Lo siento mucho, es una mierda.

«Una mierda es poco», pienso y noto cómo me falta el aire, de hecho, empiezo a hiperventilar y justo en ese momento el teléfono vuelve a sonar. Sandra se da cuenta de que es Edith y está a punto de coger el teléfono, pero enseguida se lo impido.

—No hagas nada, por favor, ya tengo bastante con esto.

—Seguro que la noticia ha llegado a ese sitio, y te echará la culpa, no pienso permitir que te haga más daño —masculla y busco sus manos rápidamente.

No sé a qué viene el comentario con respecto a De grote reis.

—Por favor, no quiero más dolores de cabeza ahora mismo. Solo tengo ganas de desaparecer. —Empiezo a llorar sin poder controlar el llanto y tiemblo sin parar. Me rodea con sus brazos y apoya la cara en su pecho.

—Tranquila, seguro que pronto pasa, ya lo verás.

Pero yo no estoy tan segura de eso.

—Daría lo que fuera por hundirme bajo tierra, porque nadie supiera mi nombre —susurro y de repente me traslado a esos instantes de mi vida donde no quise otra cosa a caer en una profunda oscuridad.

El dolor que me embarga se iguala a la decepción que siento conmigo misma y no puedo evitar pensar en las últimas palabras que me dijo Dora en nuestro último desayuno, cuando todavía no podía hacerme a la idea de que tenía que dejar Leiden.

…

—Dentro de un tiempo verás cómo todo esto tenía su propósito, a veces creemos que damos pasos en falso y no vemos las cosas con la perspectiva que les corresponde.

Su sonrisa consoló un corazón que acababan de romper y que sigue destrozado. Recuerdo asentir por inercia, sin poder creer que eso fuera a pasar.

—Pensé que las cosas ya eran diferentes, que esos obstáculos no existirían, que ella… no se dejaría llevar por eso. —No aparté la mirada de mi reflejo sobre el café y estuve a punto de echarme a llorar otra vez cuando sujetó mi muñeca.

—A veces nos es muy difícil luchar contra los miedos, yo misma dejé escapar una vez a Nico. —La miré con sorpresa y ella me dedicó una sonrisa calmada—. Puede que no fuera vuestro momento o que haya formado parte de tu vida lo justo y necesario para que te des cuenta de lo que quieres hacer contigo. Este viaje te ha dado muchas de las respuestas que buscabas, ¿no es así?

—Sí… es solo que, por una vez también creí que podría compartir esa felicidad con alguien más.

—Y lo harás, claro que lo harás. No dejes que nadie intente medir tus pasos Irene, levántate con orgullo y demuéstrate que vales para esto y todo lo que te quieras proponer.

…

Sus ojos adoptaron esa expresión que vi muchas veces en nana y es una imagen que se ha venido conmigo a Barcelona. Sin embargo, ya no soy capaz de acogerme a ella como recordatorio de las cosas que he conseguido a lo largo de estos años, porque un simple error, puede tirarlo todo por tierra.

No sé en qué momento me quedo dormida en el sofá, pero al abrir los ojos veo a Gonza sentado a mi lado y a Sandra al teléfono.

—Es tu madre, está muy preocupada por ti.

—Seguro… lo dudo mucho —me quejo y por más que lo intento, no consigo que el nudo en el estómago se disipe—. Debe estar muy feliz por esto, era exactamente lo que ellos querían.

—No digas tonterías, desde que se ha enterado no ha dejado de hablar con Sandra e insistir en que no se despegue de tu lado, sabe lo mal que te debes sentir. —El cariño en sus palabras está a punto de hacer que llore otra vez, aunque carraspeo y me incorporo en el sofá.

Sandra cuelga el teléfono y echa la cabeza hacia atrás mientras lanza un suspiro.

—La pobre está alteradísima —dice y por su gesto cuesta no creérselo. Se lleva una mano

a la nuca y después se echa en la butaca que hay al lado del sofá—. Quiere dejarlo todo y venir aquí, a estar contigo.

—Aquí no tiene nada que hacer y solo va a conseguir ponerme más nerviosa.

—Pero es verdad que no deberías de estar sola —aclara Gonza, busca el refresco que tiene en la mesa de centro y le da un sorbo—. Podríais iros juntas —propone, se pasa la lengua por los labios y carraspea—. A Nottingham.

—Sé a dónde te refieres —respondo con sequedad—, y la respuesta es no. Me niego a volver allí y darles esa satisfacción.

—Irene, creo que deberías pensar las cosas con otra perspectiva. —Sandra tarda poco en estar de su parte y no me extraña en absoluto, lleva intentándolo desde que se le ocurrió la tonta idea de abandonar su trabajo—. ¿No has pensado que con Carmina en Inglaterra puedes facilitarle las cosas? Además, te despejarías de esto, solo unos días, hasta que las cosas se aclaren.

—Es que… esto no es lo que yo quería, joder… —susurro y otra vez estoy a punto de llorar.

—Tranquila, estamos contigo —susurra Gonza antes de que me abrace a él en busca de consuelo.

…

18 de septiembre de 2024.

Nada se ha puesto en su sitio, de hecho, las cosas están peor y la gente se ha dedicado a hacer memes y burlas en redes sociales con videos pasados y comentarios sacados de contexto. Incluso han usado algunos que en los que mi abuela sale y eso me duele más que nada en el mundo. Jamás pensé que llegaría a odiar tanto un trabajo que solo me ha traído alegrías en el último par de años. Mantener un perfil, entre comillas bajo, ha ayudado a disfrutarlo sin tener que pensar en obligaciones mayores, y ahora, me doy cuenta que haber querido dar un paso hacia delante, ha sido el peor error que he cometido.

Carmina todavía no sabe nada y a estas alturas no creo que pueda salvarme el culo. Quizá suene negativa, pero observar las nubes desde el avión que está a punto de llegar a Nottingham tampoco ayuda demasiado.

Sandra no se ha despegado de mi lado durante este par de días y ha conseguido minimizar un poco el impacto de lo que ha pasado, al menos, hasta que Edith volvió a intentar ponerse en

contacto conmigo y la puso echa una furia. Antes de coger el vuelo publiqué un mensaje en Instagram pidiendo perdón por los posibles daños causados y dejar claro que no tenía idea de quién era ese chico, aunque no creo que sirva de mucho.

—¿Vas a ir a ver a Carmina cuando llegues?

—Todavía no lo sé. —Me quito las gafas de sol que llevo como diadema y las dejo en la bandeja plegable—. Creo que necesito despejarme un poco, iré a ver a mis padres y a mi tío, y poco más. Tú tienes que ponerte al día con tu futuro trabajo.

—Me sentiré fatal si te dejo sola en casa de tus padres.

—Tranquila, he podido lidiar con ellos toda la vida, no va a ser más difícil, créeme. Además, ya no soy una niña a la que puedan controlar a su antojo. —Comento lo último con una sonrisa irónica en los labios. La azafata llega con el carrito y nos ofrece una sonrisa—. ¿Me puedes poner un agua con gas?

—Claro que sí. —La sirve en silencio y antes de irse se agacha un poco hasta estar a mi altura—. Siento lo que está pasando, espero que pronto puedas solucionar las cosas, sabemos que no eres así.

La azafata mira a su espalda y estiro el cuello para ver a una compañera que me mira desde el final del pasillo. La saludo y agradezco el agua con una sonrisa.

—¿Ves? No todo es horrible —comenta Sandra y busca su teléfono—. Verás que, dentro de nada, vas a adorar haber vuelto a casa —añade tan contenta que no puedo evitar asentir a pesar de que no tengo ganas.

Tampoco quiero fotografías, pero me ignora y nos saca una que sube a su Instagram sin ningún tipo de tapujos. No sé si quiere echar leña al fuego o ayudar, aunque ya no me importa, incluso cuando el avión aterriza y cruzamos la pasarela siento que estoy desconectada del mundo.

Las dos buscamos nuestras maletas y me doy con la sorpresa de que mis padres están fuera del aeropuerto, esperándome con su coche. Mi padre está tan estoico como siempre, aunque parece esbozar una sonrisa encantada al verme por fin en Nottingham. Mamá viene hacia mí y me abraza sin pensárselo dos veces. Después de las últimas cosas que hemos vivido no creí que fuera a derrumbarme con un gesto así, pero lo hago y me dejo llevar por el dolor, la decepción y las lágrimas. Como si fuera otra vez esa chica frágil que buscaba el consuelo de su nana.



46
LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

EDITH

21 de septiembre de 2024. Leiden, Holanda.

Andreas me ha traído a rastras a casa de Lise. Los últimos días han sido un infierno, una batalla constante por permanecer de pie a pesar de las circunstancias. Que se hayan cancelado todas las reservas en De grote reis todavía me parece lo de menos porque en la cabeza solo tengo a una persona, una mujer que por más que lo he intentado no contesta a mis mensajes o llamadas. Según mi hermano, tengo que darle a Irene su espacio, entender que esto debe de ser mucho más complicado para ella que para mí, pero yo no puedo evitar querer hablar con ella y contarle una verdad que quizá la destroce un poco más.

El abogado de la familia sigue recopilando la información con la que hacer una denuncia formal en cuanto tengamos todo listo y aunque debería de estar contenta, la espera es lo que puede conmigo.

Estoy totalmente desconectada de la conversación que hay en la mesa, aunque de vez en cuando sonrío como si siguiera el hilo de lo que hablan. Apenas he probado bocado, y eso que Lise ha preparado mi plato favorito de esta época. Nuestras miradas se encuentran un segundo y veo en sus ojos lo preocupada que está por mí. En silencio, me pide que vaya con ella a la cocina y no tardo en hacerle caso. Los demás nos miran, aunque pongo una mano en el hombro de Annie indicándole que todo está bien.

«Ojalá fuera cierto», pienso.

—Hay pocas cosas que odio en la vida y verte así es una de ellas —comenta en cuanto estamos a solas.

—Intento que los días sean normales, pero es que no lo son. Nunca pensé que tendría que vivir algo así, y sin ser por mi culpa —suspiro con esas últimas palabras—. Tengo miedo de que esto no se solucione y De grote reis se vaya al infierno.

—Eso no va a pasar, no mientras nosotros estemos aquí —aclara, viene conmigo y pone

sus manos sobre mis hombros—. Sé que es complicado pedirte esto, pero tienes que ser fuerte y pensar en que las cosas van a salir bien ¿vale? De todas las ideas que hemos recopilado ya has visto que podemos hacer muchas cosas y eso traerá nueva clientela a De grote reis, la próxima temporada ni siquiera te acordaras de lo que ha pasado. La influencia de internet no solo funciona en lo malo.

—Es que no sé si quiero olvidarlo, al menos no todo —susurro y agacho la vista. Noto el dolor en mi pecho y me siento en una silla con ganas de quedarme a solas y sin la necesidad de tener que dar la cara ante los demás.

—Bueno, si lo olvidaras entonces tú y yo no estaríamos aquí. —Levanto la mirada cuando lo dice y no tarda en buscar mis manos—. No pienso permitir que nos alejemos otra vez, no si puedo hacer todo lo necesario por evitarlo y, de hecho, por eso quería que vinieras aquí.

Lise acaricia mi mejilla y se aleja, después busca algo en uno de los cajones de su bonita cocina, con una decoración parecida a la que teníamos en casa: muebles blancos, encimera negra y varias ilustraciones de comida en las paredes que acompañan a la pequeña estantería incrustada en el mueble de cocina donde hay montón de libros y revistas de recetas.

Vuelve conmigo y me da un papel con un número que no reconozco.

—¿Qué es esto?

—Es el teléfono de la amiga de Irene, tengo un colega que me debía una en el hotel donde se alojó y se ha jugado el cuello. Puedes llamarla e intentar averiguar cómo está.

Noto las lágrimas acudir a mis ojos y no puedo evitar derramarlas. Me levanto y abrazo a ella como en los viejos tiempos a pesar de lo mucho que han cambiado las cosas.

—No sé cómo voy a agradecértelo.

—Yo creo que sí. —Sonríe y me da un beso en la comisura de los labios—. Pensé que lo que tenías con esa chica era algo pasajero, pero es evidente que la quieres muchísimo y no pienso ser yo la que se arrepienta de no haber hecho algo al respecto. Ojalá no hubiera cometido tantos errores en su día —añade y por primera vez me doy cuenta de que se arrepiente de verdad—. Siempre vas a poder contar conmigo, Edith. No lo olvides.

Sujeta mi mano durante unos segundos y con una última caricia me deja sola en la cocina. No tengo el teléfono conmigo y sé que tampoco son horas de llamar a nadie, por lo que me guardo el papel en el bolsillo y me mojo un poco la nuca antes de regresar al salón, donde mi hermano me recibe con una sonrisa nerviosa.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Ya saben quién es —suelta sin esperas—, han averiguado quien está detrás de esos

comentarios malintencionados, y teníamos razón, lo contrataron para hacer la noticia viral y joder también a De grote reis. Michiel tendrá la denuncia redactada mañana mismo y se van a poner en contacto con el sujeto y el entorno de Tomás.

—El padre de Irene tuvo mucho que ver, estoy segura —aclaro con la misma sensación horrible que he tenido en mi estómago desde que lo vi por primera vez—. ¿Cómo es posible que lo hayan sabido tan rápido?

—Nadie está del todo seguro tras una pantalla, mucho menos en estos casos. Además, Michiel tiene buenos contactos en la policía y otros sectores, se lo ha currado mucho —comenta Andreas, aunque eso queda a un lado cuando se acerca a mí y me da un abrazo—. Te prometí que las cosas saldrían bien, ahora intenta sonreír y ven a comer, porque sería un delito que esa lasaña de verduras se quedara en la mesa.

—¡Eso, vamos a brindar! —Chris levanta su copa y los demás no tardan en hacer lo mismo —. ¡Por Edith y De grote reis!

—Y nuestra amistad —añade Agnes encantada.

—Por nosotros —digo yo en cuanto me vuelvo a sentar. Le dedico una sonrisa a Lise y bebemos de nuestras copas—. Me alegra que estemos otra vez aquí, juntos.

Las sonrisas cómplices entre nosotros se suceden una tras otra, igual que las risas tras la esperanza que me han dado mi exmujer y Andreas. El paseo de vuelta al B&B lo hago en completo silencio y a solas. Agnes se ha quedado un rato más con mi hermano y no volverá al trabajo hasta mañana por la mañana, aunque en realidad no hay mucho que hacer si no tenemos huéspedes que atender. Las aguas del canal de Rapenburg permanecen tranquilas con un leve movimiento que indica la paz que hay esta noche, misma que ahora siento por dentro, aunque al entrar a De grote reis, esa calma desaparece para poner un sentimiento agridulce en mi estómago.

Me quito la chaqueta y camino por el comedor hasta el rincón de lectura, donde me siento recordando perfectamente la forma en la que Irene echó un vistazo a su alrededor. Pocas veces he visto a alguien enamorarse a primera vista de un lugar, pero al mirarla a los ojos, sentí que creaba una conexión especial con este sitio que en algunos instantes preferí ignorar por miedo a lo que pudiera perder cuando se marchara de aquí. Ahora estoy sola, en medio de esta oscuridad, intentando aceptar una realidad en la que yo misma he tenido mucho que ver.

Después de leer el mensaje que subió a su Instagram he vuelto a intentar contactar con ella una y otra vez, y lo peor es tener que aceptar su silencio, a pesar de que me lo merezco con creces.

—Ojalá nada de esto hubiera pasado… —susurro y al acurrucarme en el sillón, el sueño me abraza en cuanto tiene oportunidad.

. . .

Las horas pasan rápido y un nuevo día atraviesa el ventanal que da a la terraza donde me tomo un café con unos *stroopwafels* a pesar de tener el estómago casi cerrado. Espero hasta que son casi las ocho y media, y en cuanto el reloj marca la hora, llamo al número que me dio Lise.

Suenan uno, dos y tres pitidos, hasta que la llamada se descuelga.

—¿Sandra? —A pesar de no haberla entendido digo su nombre y chapurreo lo poco que he aprendido de escuchar a Irene—. Soy Edith, ¿podemos hablar?

—¿Qué coño quieres? —Su inglés no es tan perfecto como el de su amiga, pero se le entiende perfectamente y noto el odio que destilan sus palabras.

—Solo saber cómo está —comento con los nervios comiéndome por dentro—. No ha cogido ninguna de mis llamadas y tampoco responde a mis mensajes.

—¿Y qué esperabas, que te preste atención cuando le destrozaste el corazón? —La escucho caminar y enseguida continúa—: Mira, si buscas que te ayude a recuperar el prestigio de ese sitio, lo siento, ya está lo suficientemente jodida como para tener que preocuparse por eso. Apenas he conseguido que hable más de cinco palabras en todos estos días, ahora está intentando solucionar las cosas con su agente.

—Por eso… quería hablar con ella —digo atropelladamente—. El abogado de mi familia sabe quién está detrás de los comentarios malintencionados que empezaron a circular por las redes. Lo orquestó el padre de Irene —suelto sin pensar, tan rápido que parece como si me hubiera sacado un peso de encima. El silencio se hace al otro lado de la línea y empiezo a sentir náuseas—. Espera… tú esto ya lo sabías. ¿Sandra?

—Lo mejor que puedes hacer es dejarla en paz, ese mundo no le conviene, ni tú tampoco.

La llamada se corta y me quedo estática en el sitio. Por suerte, tengo una silla cerca de mí porque de no ser así me habría caído al suelo, no sé qué pensar ni tampoco qué hacer, lo único que tengo claro es que necesito encontrar a Irene.

Me quedo así un buen rato hasta que alguien llama a la puerta del B&B y corro hacia la entrada. Al abrir me encuentro a mis padres y veo el gesto compungido de mi madre. Tras ellos aparece Helen y mi primer impulso es querer dejarlos en la calle, aunque enseguida me doy cuenta de que sería un error, porque Andreas también sale del coche y me dedica una sonrisa que me rompe en mil pedazos.



47
AGUAS PROFUNDAS

IRENE

5 de junio de 2020. Marsella, Francia.

—¿Todavía no te has bebido el café? ¡Santo cielo, si tampoco has probado bocado! Irene, vas a vértelas conmigo como salgas a la calle sin desayunar, ¿entendido? —Nana apareció por la puerta del cuarto de baño que daba a la habitación, con los brazos en jarras y un gesto que me hizo morirme de la risa al verla con la toalla enrollada en la cabeza.

—Anda, no exageres que sabes que puedo comer cualquier cosa por ahí. Ven aquí, seguro que ya no me echas tanto la bronca cuando sepas lo que estoy haciendo.

Aunque entrecerró los ojos y estuvo a punto de volver a decir algo, suspiró sin más y vino conmigo para descubrir un montón de archivos en una carpeta de ordenador y otros subidos a un programa de edición.

—¿Y qué se supone que tengo que ver aquí?

—Espera un momento, mira que eres desesperada —protesté y me costó un manotazo en el hombro—. ¡Eh! ¿Pero qué has comido tú esta mañana? —añadí y la invité a sentarse a mi lado —. Mira, he editado un video para mi Instagram, de todo lo que he grabado contigo estos días.

Pulsé el «play» y las imágenes empezaron a reproducirse en la pantalla. Nana se quedó boquiabierta y sus labios temblaron de emoción. Enseguida buscó una de mis manos y la estrechó con fuerza, su tacto se quedaría grabado ahí durante años. Cada una de las sonrisas que esbozó en videos y fotografías junto a mí se resumían en unos treinta segundos perfectos que se convirtieron en un regalo hacia el futuro.

—¿Te he dicho alguna vez lo orgullosa que estoy de ti? Tienes un talento increíble.

—Qué va, tampoco es que esté perfecto, me falta aprender mucho. —Me encogí de hombros, lo único que me importaba era el gesto de emoción que seguía en su expresión.

—Pues yo creo que lo es y deberías de hacerlo más, mi gran tesoro son los recuerdos que tengo aquí. —Se puso la mano en el pecho—. Y hubiera dado todo por poder verlos cada vez que

lo deseara. Si tú tienes esto, quiero que puedas hacerte mayor y mirarlos cada vez que desees acordarte de mí.

—¡No hables así! Ni que fueras a faltarme mañana mismo, además, tampoco necesito un video para acordarme de las cosas que hemos hecho juntas. —Me abracé a ella y descansé la mejilla en su hombro—. Si te ha gustado, lo haré más.

—Tú puedes hacer lo que quieras, te mereces que esos pequeños sueños se vuelvan realidad.

…

22 de septiembre de 2024. Manchester, Inglaterra.

En aquel momento no pude predecir que ella tenía claro que no le quedaba mucho tiempo a mi lado. Los siguientes meses fueron una lucha constante conmigo misma por aceptar una realidad que hasta día de hoy no he conseguido superar, aunque tener mis viajes y el trabajo que llegó junto a ellos, logró mantenerme cuerda y, en parte, feliz.

Al menos, hasta hace unos días.

Tras llegar a la ciudad y verme ayer con Carmina regresé al hotel y no he salido de él desde entonces. He apagado el teléfono y pedido que no pasen ninguna llamada en caso de que alguien intente ponerse en contacto conmigo. Sobre la cama tengo abierto el ordenador con un disco duro externo enchufado y las carpetas con todo el trabajo que he ido recopilando durante estos años. Es increíble como una gran cantidad de imágenes te pueden trasportar a instantes que a veces se pierden de la memoria, como una sonrisa, una caricia a última hora o la expresión de nana cuando veía algo nuevo.

He visto cada uno de los videos que hice de nosotras antes de perderla y eso me ha llevado a recordar por qué empecé en esto, como una forma de liberación con la que evitar aceptar la realidad.

—«Una sonrisa a la cámara nana, ¡venga déjate de vergüenza!». —Sueno alegre, tan feliz que en el video no puedo contener la risa.

—«¿Por qué no te dedicas a grabar lo que nos rodea? Bendita idea que tuve contigo» —protestó nana, aunque no tardó mucho en dedicar un guiño a la cámara y seguir con el camino que aquel día hicimos por el Puente de Londres.

Las siguientes imágenes muestran la arquitectura, a muchos turistas y las aguas de un río Támesis que recibió una tormenta de órdago. Sonrío al recordar cómo llegamos de empapadas al

hotel y el resfriado que tuve durante días a diferencia de ella. Siempre pensé que nana era de roble, pero cometí un error al creer que sería eterna.

Miro el móvil en la mesita de la habitación y tengo la tentación de abrirlo y ver si algo ha cambiado. Carmina me ha dicho que quizá haya una solución, pero que por ahora está atada de pies y manos, y que no le pueden dar la información que pide. Parece como si alguien quisiera que pasara por esta mierda. Me echo en la cama y miro el techo en silencio durante un rato a pesar de que no voy a encontrar ninguna respuesta por más que lo quiera. Esto no ha sido más que una desafortunada casualidad que han sacado de contexto y llevada a más por personas que se divierten haciendo daño a los demás. Recuerdo que mamá lo advirtió en una de nuestras tantas conversaciones, que tenía miedo a la exposición que eso pudiera darme, y ahora me arrepiento de haberla ignorado.

Es extraño cómo la echo de menos y necesito un abrazo suyo por más que se lo haya negado a lo largo de estos años.

«Aquí estarás a salvo, ya lo verás. Nadie podrá hacerte daño», dijo nada más subir al coche y por mucho que quise creerla, me niego a aceptar que esta sea mi nueva realidad.

Quiero pensar que hay una salida, que podré tomar el rumbo de las cosas y hacer lo que más me gusta, aunque ahora mismo tengo las esperanzas agotadas. Incluso Sandra está contentísima con su nuevo puesto en la empresa de mis padres y parece haber encontrado el trabajo de sus sueños. De hecho, insiste en que yo también debería darle una oportunidad. A lo mejor este también es mi destino, tener un horario de oficina y un montón de papeleo que firmar hasta última hora del día.

—No he podido cumplir su promesa… —susurro con voz queda y por más que lo intento evitar no puedo contener el llanto.

Me hago un ovillo sobre la cama y sujeto las rodillas, el cansancio logra que descanse unos minutos hasta que abro los ojos y vuelvo a la horrible realidad. Querría poder quedarme entre los recuerdos de mis sueños durante años, abrazada a nana, recorriendo cada una de las ciudades que visitamos durante las vacaciones o los últimos meses que estuvo conmigo, sin embargo, me levanto y me meto en el baño dispuesta a tomar una ducha. Es extraño, pero una parte de mi desea regresar a Leiden, al molino y los canales, solo por respirar ese mismo aire y Edith empieza a latirme en el pecho.

Desde la mañana siguiente a la fiesta no he respondido ninguno de sus mensajes ni tampoco le he cogido el teléfono, y no es porque esté enfadada o la odie a pesar del dolor que siento, es que tampoco sabría qué decirle. ¿Podría mirarla a los ojos y que vea en el fracaso que me he convertido? No, claro que no. Como tampoco podría estar con ella cuando yo soy la

causante de que De grote reis tenga tan mala prensa ahora mismo.

Darme cuenta provoca que la idea de volver a verla se esfume. Me quedo un rato bajo el chorro de agua caliente que tampoco disipa ni un poco mis pensamientos. Me visto con lo primero que encuentro en la maleta y dejo la habitación de hotel. Cruzo el pasillo desde el ascensor al recibidor y me encantaría que fuera Edith quien me recibe, en vez de la mujer rubia que asiente y sonríe.

—Señorita Kennell, ¿qué tal la estancia?

—De maravilla, es un hotel muy bonito y el servicio es impecable, como siempre. Prometo dejar una buena reseña, voy a dar una vuelta por la ciudad —informo y ella asiente sin más.

Nada más atravesar la puerta me doy cuenta de que mi respuesta ha sido automática y las náuseas me revuelven el estómago. Estos días no he podido comer con normalidad ni tampoco he conseguido mantener la comida en el estómago. El miedo por volver a ser esa versión de mí que tanto he querido dejar atrás ha aumentado mi ansiedad y también quitado horas de sueño. La brisa de Mánchester logra apaciguar un poco el malestar que siento y el dolor en el pecho que me aprisiona en los momentos más inesperados.

Mis pasos me llevan a Northern Quarter, el barrio más alternativo, donde el arte urbano te transporta a diferentes momentos de la historia y te invita a tocar el alma de las personas que viven aquí. Llevo colgada la cámara conmigo y hago fotografías de cada cosa que encuentro a mi paso, y también las calles que recorrí una vez con nana, cuando vinimos por primera vez.

El objetivo recoge diferentes imágenes que tienen un alma diferente a las de aquel momento, se ven más grises, vacías, con un sentimiento de tristeza que aparece entre las sombras. Quizá sean el propio reflejo de lo que siento y lo que se acerca, el final de algo con lo que he sido feliz durante mucho tiempo, el adiós a la persona que trató de llenar el vacío que sentía con cada uno de sus viajes.



48
SACUDIR EL MUNDO POR TI

EDITH

24 de septiembre de 2024. Leiden, Holanda.

Mis padres disfrutan en la terraza del desayuno especial de la casa. La tranquilidad que se respira en el B&B es envidiable, lo único bueno que le encuentro al desastre de vida que tengo últimamente. Todavía me cuesta despertarme y no tener huéspedes que atender o llevar el ritmo habitual que he vivido durante el verano. Arreglar el jardín, el comedor y el rincón de lectura es lo único que ha conseguido apartar de mi cabeza ese malestar constante y el sentimiento de derrota que me recorre cada vez que veo una crítica mala o inventada sobre De grote reis. Lise tiene casi lista una campaña que según sus propias palabras «Va a hacer que todo el mundo se olvide de esto», pero yo soy más prudente al respecto.

—Cariño, ¿qué haces ahí parada? Ven a desayunar. —Mamá me invita con la mano y enseguida sirve la taza que había traído para mí.

Sentarme con ellos y poderles hablar de mis temores sin sentirme juzgada es algo a lo que todavía voy a tener que acostumbrarme. El otro día disfrutamos los cinco de una cena fantástica aquí mismo e incluso Helen se disculpó por lo que ha pasado todos estos años. Por primera vez en mucho tiempo siento su apoyo, aunque no puedo evitar pensar en lo perdido y en la persona que parece haberse olvidado de mí por completo.

Mis esperanzas por hablar con Irene disminuyen conforme pasan las horas y creo que hacerme a la idea de que no hay nada que recuperar va a ser lo mejor. Por mucho que duela.

—¿Todavía piensas en esa chica? —Mi madre me sorprende con un gesto de preocupación mientras se unta un poco de mantequilla en una tostada.

Desde que tengo memoria, siempre la ha mezclado con una buena mermelada de fresa, y no tarda mucho en darme la razón.

—No puedo evitarlo, me gustaría poder hablar con ella, de solo imaginar que estará con su padre cuando no tiene idea de nada…

—Michiel ya ha hecho su trabajo y pronto vamos a saber algo más, hay que tener un poco de esperanza. —Papá acaricia mi mano y me da la calma que necesito a pesar de ser casi imposible—. Seguro que en cuanto lo tenga conseguirá hablar con la agente de Irene y darle toda la información. Ya nos has dicho que es muy adulta para su edad, va a poder con esto.

—No lo dudo, lo que me preocupa en realidad es cómo le afecte, ha tenido muchos problemas en el pasado… muy serios… —Se me revuelve el estómago de solo pensarlo y la cabeza empieza a dolerme—. Si por mi culpa le llegara a pasar algo, no me lo voy a perdonar.

—¿Pasar algo? ¿Como qué hija?

—Tuvo… —Las palabras se me atascan en la garganta, una sensación extraña se me instala en el pecho, como si algo malo fuera a pasar; y aunque esto es algo sumamente privado no puedo evitar revelar mis miedos—. Tuvo bulimia nerviosa por culpa de la ansiedad y lo mal que lo ha pasado con sus padres, la presión a la que la sometían y sus críticas le hicieron mucho daño. Tengo miedo de que no supere esto.

—No pienses así cariño, ya verás como no le pasa nada. Tienes que confiar en ella.

Mi teléfono vibra sobre la mesa y veo el número de Sandra, el corazón me da un vuelco y las manos me tiemblan. Algo no está bien y lo sé en cuanto pulso el botón y escucho la voz al otro lado de la línea.

—¿Edith? Soy Sandra.

—Ya lo sé, ¿qué pasa? —pregunto sin ánimo de andarme con rodeos, cualquier cosa que esta mujer me pueda decir no va a traer nada bueno. Y si está compinchita con el padre de Irene, mucho menos—. ¿Hola?

—Verás… no tenía pensado llamarte, pero es que… —Se hace un tenso silencio al otro lado de la línea y siento un pinchazo en el pecho—. No sé nada de Irene y en su hotel no la han visto desde hace horas, tampoco está en casa de Carmina y…

—Espera un momento —la corto e intento calmarla—. ¿Cómo que no sabes nada de ella?

—Pues eso joder, que ha apagado el móvil y nadie consigue contactarla. —Su voz suena alterada, incluso diría que está a punto de llorar—. Y ya no sé qué hacer, su padre dice que esto es una chiquillada más, pero la conozco y me da miedo que todo le haya… hecho pensar en cosas raras.

—¿¡Te das cuenta de que tú tienes parte de culpa!? —le reprocho, me gustaría poder cantarle las cuarenta, pero ahora no es el momento indicado para eso—. Dime donde ha ido exactamente. —Se vuelve a quedar en silencio, mis padres me miran a la expectativa sin entender mucho de lo que hablo—. Sandra, ¡dímelo ahora mismo!, ya le habéis hecho bastante

daño ¿¡no te parece!? ¡Por lo menos ten la decencia de comportarte como una amiga por una vez!

—Ahora te mando la ubicación.

La llamada se cuelga y no tardo en recibir un mensaje con la información. Me bebo el café a toda prisa y mi madre me sujeta de la mano preocupada.

—Es Irene, no saben dónde está, su amiga me ha pasado la dirección del hotel donde se aloja. Necesito que me llevéis al aeropuerto.

…

Horas después. Mánchester, Inglaterra.

El universo se puso a mi favor al poder encontrar un billete de última hora y después de casi dos horas de vuelo, siento que la ansiedad va a acabar conmigo. He intentado llamarla más de diez veces, pero sigue con el teléfono desconectado y el temor a que haya podido pasarle algo crece conforme pasan los minutos. Hace un rato, Andreas me llamó para decirme que Michiel ya ha conseguido ponerse en contacto con la agencia de Irene y en conjunto, han presentado la denuncia formal contra los que difundieron bulos e insultos, empezando por Tomás, quien, según mi hermano, dice que no tuvo nada que ver en esa pantomima.

La cabeza me va a estallar y no puedo poner mis pensamientos en orden. Lo único que sé, es que quiero encontrarme con ella y explicarle de una vez lo que ha pasado. Acaricio un mechón de pelo y lo rulo entre mis dedos justo cuando el taxi dobla una esquina y veo desde lejos el edificio que he buscado en Google antes de coger el avión.

—Puede dejarme aquí, gracias —informo.

Necesito tomarme un respiro, dar un corto paseo en el que estirar las piernas y pensar en lo que voy a decir o cómo voy a actuar. El taxista aparca al lado de la acera y le pago la cuenta diciéndole que se quede el cambio. Nada más bajar siento que las piernas me van a fallar por la situación, las manos también me tiemblan y escondo un mechón de mi pelo tras la oreja.

Muerdo el labio inferior y echo un vistazo a los edificios que tengo a mi lado, casi tan bonitos como las casas en Leiden. Quiero sonreír al pensar en que esto es parte del aura que nos hizo conectar a Irene y a mí nada más conocernos, aunque la revolución interna que soporto, me impide poder hacerlo. Camino con decisión hacia el hotel, aunque parece que cada metro se alarga el doble conforme doy un paso. El corazón me va a mil por hora, como si quisiera salírseme del pecho y al llegar a la puerta el mundo cambia por completo.

—¿Edith? —Giro la cabeza y me encuentro con Irene, un poco más delgada y tan

sorprendida que parpadea un par de veces—. ¿Qué haces aquí?

Entre sus manos lleva la misma cámara que trajo consigo a Leiden y también sujeta su pelo con las gafas de sol que suele llevar como diadema. Me quedo paralizada, mirándola a los ojos y pestañeo como si tuviera miedo a que su presencia sean puras imaginaciones mías, pero en cuanto doy un paso me doy cuenta de que esto es real. La sorpresa da lugar a su bonita sonrisa y después al temblor de sus labios, junto a la tristeza que aparece en sus ojos y dan forma a unas lágrimas que se abren paso sin más.

Corro hacia ella y la abrazo con fuerza sin esperas ni otro deseo que poder sentir el latido de su corazón.

—No sabes cuánto me alegro de verte —susurro y al apartarme pongo las manos en su cuello—. Me tenías preocupadísima, ¿por qué tienes el teléfono apagado? Hace días que quiero hablar contigo de algo importante.

—Solo quería desconectar de todo, pensé que me volvería loca si no lo hacía, he venido aquí a hacer un último video, quiero despedirme de este trabajo de la mejor forma que sé. —Irene mira el objetivo de su cámara y se encoge de hombros.

Creo que ya no le quedan fuerzas para más.

—No vas a tener que despedirte de nada —aclaro. Me mira sin entender a qué me refiero y busco una de sus manos—. Mi hermano habló con el abogado de la familia y…

—Edith, no quiero que me des más esperanzas… —interrumpe, intenta sonreír, pero no es capaz de hacerlo—. Cuando me dejaste en el puente, el corazón se me hizo pedazos, porque de verdad creía que podíamos hacerlo, estar juntas sin que el resto nos obstaculizara. No puedo permitirme volver a caer así.

—Nunca me he arrepentido tanto de algo como de lo que dije aquella noche, porque no lo sentía —suspiro y aunque agacho un momento la mirada, pongo atención en sus ojos enseguida —. Te quiero, esa es la verdad, te quiero tanto que mi corazón ya no late igual desde que te fuiste. Me da igual lo que piense la gente, no me importa que se nos pongan mil y una dificultades por delante, porque sé que juntas vamos a poder con cualquier cosa. —Noto los nervios a flor de piel, con miedo a que se dé media vuelta y no quiera escucharme más, así que sujeto sus manos y me acerco más a ella—. Has recuperado las piezas que creía perdidas. Estoy enamorada de ti, has hecho que quiera volver a ser yo, que piense en De grote reis contigo haciendo fotografías, o ayudándome a decorar el jardín o cualquier rincón. Deseo que los canales de Leiden reflejen nuestros pasos, que los tulipanes florezcan año tras año y seas tú quien los plante conmigo, tal y como me dijiste.

—Por favor, no…

La beso sin dejar que diga una palabra más. Fundo mis labios con los suyos y sube sus manos por mi espalda. Los dedos de Irene se enredan en mi nuca y cuando necesitamos de tomar aire, sonríe con su frente pegada en la mía y el pecho convertido en revolución.

—Siento el daño que te hice, me dejé llevar por el miedo y…

—Ya está olvidado —susurra y vuelve a besarme—. En el fondo sabía que no querías hacerlo. —Sus dedos acarician mi cuello y pone una mano sobre mi pecho—. Dime que no has tenido problemas en De grote reis con lo que ha pasado por los comentarios que han dejado…

«Ojalá pudiera», pienso y aprieto los labios. Busco sus manos y cuando me siento preparada para hacerlo, hablo.

—Tengo que decirte una cosa.



49
TODO LO QUE QUISE

IRENE

25 de septiembre de 2025. Nottingham, Inglaterra.

En mi cabeza todavía retumban las palabras de Edith y cómo me rompí cuando me contó lo que mi padre hizo. No conseguí pegar ojos durante toda la noche y tampoco he podido comer nada sin sentir unas náuseas terribles. Su presencia es mi fortaleza, también la manera en la que me sujeta la mano, dejándome claro que no me va a soltar por más que no pueda ni dar un paso sin sentir que voy a caer en una profunda oscuridad. Ser consciente de cómo han manipulado las cosas para destrozarme la vida se siente como un puñal en el pecho, y después de la muerte de nana, estoy segura de que esto es lo peor que me ha podido pasar.

El taxi nos lleva a la empresa y tengo la cabeza apoyada en el hombro de Edith. Sigo en silencio y ella me acaricia la mejilla con cariño, igual que puedo escuchar el latido tranquilo de su corazón. De no ser porque estuvo toda la noche conmigo, no sé qué habría hecho… Sus brazos rodearon mi cintura y dejó que llorara hasta que caí agotada, en un profundo sueño en el que nana estuvo presente y también cada uno de los videos que grabé en Leiden, un recopilatorio de la felicidad que he rozado con los dedos.

Las últimas noches no he hecho otra cosa que desear volver a ver a Edith, tener sus labios cerca, poder respirar de su aire, ver su sonrisa y cuando llegó al hotel sentí que todo se ponía en su lugar. Aunque lo que nunca imaginé es que fuera a traer esas noticias consigo.

—Ya hemos llegado —anuncia el taxista y afirmo sin decir nada.

Edith se encarga de pagar y las dos salimos del coche con el peso del mundo en los hombros. Puedo ver lo incómoda y triste que está, no por mí, sino por tener que enfrentar a un hombre que ha llegado demasiado lejos.

El edificio se levanta frente a nosotras con un aire diferente a lo que solía recordar y me cuesta un mundo caminar hacia allí, pero cuando doy un paso, ya no soy capaz de mirar atrás. Edith entrelaza sus dedos con los míos y me dedica la mejor sonrisa del mundo a la vez que

asiente, queriéndome decir que está preparada para lo que sea y que va a estar a mi lado, siempre.

Cruzamos la calle y a unos metros, veo que Sandra nos espera en la puerta. No me da tiempo a llegar a la acera, ella corre hacia a mí con gesto de preocupación, pero cuando está a punto de darme un abrazo, la aparto y mi mano vuela irremediablemente hacia su mejilla.

—Irene, ¿qué…? —balbucea con los ojos llenos de lágrimas.

—No pienso perdonarte en la vida, eres la peor persona que he conocido. No pensé que alguien fuera a superar a mis padres, sin embargo, aquí estás, jactándote de ser mi amiga cuando lo único que has hecho es jugar conmigo, y también con la mujer que amo.

—No es lo que parece, te lo prometo —dice con la respiración entrecortada. Después mira a Edith y su semblante cambia por completo—. Esa mujer tiene la culpa, te ha nublado y tú ni siquiera eres consciente.

—Lo único que ella ha hecho es abrirme los ojos y darme la oportunidad de soñar con un presente mejor —mascullo y la aparto de mi camino.

—Pero… ¡Irene!

Le damos la espalda y no perdernos más el tiempo. Tengo que subir a ese ascensor y terminar con esto cuanto antes. Algunos conocidos me saludan, y aunque me gustaría poder dedicarles el mismo gesto de afecto, la revolución que tengo en mi interior me lo impide. Las puertas se cierran y pulso el botón con dedos temblorosos. Creo que estoy a punto de desmayarme y por eso Edith busca mi mirada y me besa.

—Intenta respirar profundamente, ¿vale? —dice con esa calma que la caracteriza—. Cuando salgas de aquí todo esto habrá terminado.

—No sé cómo puedes ser tan fuerte y… maravillosa —susurro e intento sonreír.

—Bueno, tengo algunos años más de experiencia —bromea y por primera vez en horas, consigo reír.

—Te quiero, gracias por hacer esto conmigo. —Pongo la mano en su pecho y ahora soy yo quien la besa.

Llegamos a la planta donde está el despacho de mis padres, aunque al primero que me encuentro al recorrer el pasillo es a mi tío, que nos mira sin entender qué ocurre.

—¿Por qué no nos has llamado? Estábamos preocupados —comenta y mira a Edith con los ojos bien abiertos—. Y tú eres…

—Edith —se presenta y le entrega la mano—. Dueña del B&B donde se ha alojó su sobrina en Leiden, y también la mujer que ama.

—Ah… —Le veo tragar saliva, sus ojos van de mí a ella y viceversa. Por un segundo creo que va a soltar algo estúpido, pero enseguida sonríe y la rodea con sus brazos sin pensárselo dos veces—. Así que tú eres de quien tan bien ha estado hablando esta señorita. No sabes lo loca que la tienes.

—Creo que se hace una idea. —Mi tío tiene la eterna habilidad de relajarme y no tardo en demostrárselo con un abrazo—. Supongo que ya estás al día de lo que ha hecho ¿no? —pregunto al separarme y por el gesto que pone deduzco que sí.

—Lo siento mucho, no pensé que fuese a ir tan lejos. Si llego a saberlo, te juro que lo habría evitado a toda costa, me importa mucho tu felicidad, quiero que lo sepas, aunque… alguna que otra vez te haya presionado para que te quedaras en la empresa.

—Y lo habría hecho de ser mi camino, ya sabes que adoro trabajar contigo, tío.

—Están en su despacho, a primera hora ha llegado una notificación, supongo que de tu abogado ¿verdad? —Se dirige a Edith y ella asiente con gesto cansado.

Es obvio que para ninguno es un buen trago.

—Siento que nos hayamos conocido en estas circunstancias, espero que algún día vengas a Leiden, De grote reis te recibirá con los brazos abiertos. —La sonrisa que se le pone me encanta y mi tío vuelve a darle su mano.

—Prometo que lo haré —aclara y deja una caricia en mi mejilla—. Ponlo en su lugar.

Afirmo y las dos nos despedimos de él. Tomo aire y miro al final del pasillo donde se encuentra el despacho. Llegar allí no me cuesta, pero sí dar el siguiente paso. Toco un par de veces la puerta y espero en silencio.

—¡He dicho que no quería molestias! —brama mi padre y no tardo ni un segundo más en abrir la puerta—. Irene, cariño… ¿cuándo has llegado?

Lo veo meter un papel en la carpeta que tiene sobre el escritorio e intenta sonreír, aunque el gesto palidece cuando choca con Edith entra. Mi madre deja en la mesita que tiene al lado la taza de café que lleva entre manos. El ambiente se tensa al momento y aunque siento náuseas, no hay nada que me haga dar un paso atrás.

—¿De verdad creías que te saldrías con la tuya? —disparo, él aprieta los puños y no aparta los ojos de Edith, aunque al caminar lo obligo a que me mire a mí—. Eres un hipócrita de mierda y un manipulador que se cree que puede controlar la vida de todo el mundo, pero no lo vas a hacer conmigo.

—Irene, por favor…

—No, déjame acabar. —Encaro a mi madre y ella aprieta los labios—. Me da igual si tú te

dejas controlar por él solo porque queréis mantener las apariencias, pero no voy a permitir que haga lo mismo conmigo, ni tampoco con la mujer a la que quiero.

—Solo tenías que hacer una cosa, ya veo que no eres buena ni para eso —escupe y apunta con el dedo a Edith—. ¿Crees que me vas a achantar con una denuncia insignificante? Puedo destrozarte la vida si quiero.

—Pruebe a hacerlo —responde ella, quiero interponerme, aunque niega cuando la miro—. Piensa que por tener dinero e influencias puede hacer lo que le dé la gana, lo que no imagina es que hay personas que están dispuestas a darlo todo por las personas que ama, y eso es lo que he hecho con Irene, no pienso permitir que destroce su trabajo de años.

—No me hagas reír, eso que decís tener no os va a durar dos días, hasta a tu madre le avergüenzas. No es capaz de salir a la calle sin sentir el bochorno que le provocas.

—No pongas palabras en mi boca que no son verdad —reclama ella. Mamá se levanta de su asiento y lo encara—. Te dije que la dejaras en paz, ¿crees que no sé que fuiste tú quien se presentó en casa de Tomás para chantajearle? No puedes comprar todo con dinero Lucas, ni mucho menos la felicidad de tu hija, ¿es que no la ves? —Me mira y se da cuenta de cómo la ansiedad me ha dejado casi destrozada otra vez—. Dios, con ver a mi madre así ya tuve bastante, no voy a cometer el mismo error con mi hija, así que vas a hablar ahora mismo con ese abogado y aceptarás lo que te diga con tal de limpiar el nombre de Irene.

—¿Cómo te atreves? No pienso permitir que…

—O lo haces o me divorcio de ti y esta empresa se vendrá conmigo, te recuerdo que tengo la mayoría de las acciones y que puedo ponerte de patitas en la calle.

—No te atreverás…

—Ya has perdido a tu hija y no creo que quieras perder tu maldito imperio. —Doy un paso adelante y aunque noto cómo las lágrimas acuden a mis ojos, no me achanto—. Te conozco lo suficiente como para saber que no podrás vivir con la vergüenza si todo el mundo te deja de lado, así que hazte un favor papá, olvídate de mí y déjame en paz. Quiero a Edith y nunca voy a pisar esta empresa. —Camino hacia ella y entrelazo mis dedos con los suyos, después me giro y la miro a los ojos mientras intento esbozar una sonrisa—. Voy a regresar a Leiden contigo y espero que no sea un problema tener que verme a diario por De grote reis, porque te prometo que no pienso dejarte en paz.

—Eso es lo único que quiero —aclara y lleva las manos a mi cuello. Edith me besa, apoya su frente con la mía y al separarse mira a mis padres—. Espero que recapacite y haga lo mejor para su hija, porque créame, a pesar de todo, sé que le quiere con todo su corazón. Es lo único por lo que ha luchado en su vida, porque la vean con los mismos ojos con los que ella mira hacia

el mundo.

No puedo contener las lágrimas y ella las limpia sin pensárselo dos veces. Antes de irnos, camino hacia el escritorio de mi padre y dejo ahí una memoria USB.

—Ahí está el motivo por el que empecé con esto, ojalá lo hubierais podido vivir con nana y conmigo —susurro casi sin fuerzas.

Mamá camina hacia mí y me da un abrazo, arrugo los dedos en su vestido y me quedo con la cabeza en su pecho un rato. Al separarme es ella quien limpia las lágrimas que caen por mis mejillas, sonríe y después mira a Edith.

—Por favor, cuida de ella —le pide.

—Claro que sí —promete Edith y busca mi mano otra vez—. Ella es todo lo que siempre quise.

Las dos salimos del despacho de mis padres y contengo el llanto mientras recorremos el pasillo. Veo a mi tío sonreír a lo lejos, después asiente y al legar al ascensor me despido con la mano. La puerta se cierra y mi tensión baja de golpe, tanto que Edith tiene que sujetarme y darme un abrazo para evitar que caiga redonda al suelo.

—Estoy muy orgullosa de ti —susurra y noto cómo coge aire en profundidad—. Te prometo que todo va a ir bien.

Afirmo y me separo para mirarla a los ojos.

—Estoy contigo, nada puede ir mal.



EPÍLOGO

EDITH

10 de noviembre de 2024. Leiden, Holanda.

Doy un salto y caigo sobre la colchoneta poco después. Tengo la respiración entrecortada y las piernas me tiemblan por el esfuerzo, aunque merece la pena en cuanto Irene viene hacia mí y estampa un beso en mis labios. Después, se aparta el pelo de la cara, levanta las manos y empieza a bailar como si hubiera ganado el campeonato del mundo.

—No sabes ganar —protesto y me agacho dándome apoyo en las piernas.

—Ni tú perder, has querido subir otra vez más con tal de llegar antes que yo, pero ya ves… la alumna ha superado a la maestra. —Se encoge de hombros y vuelve a girar sobre sí misma encantada.

—Deja de regodearte, a la próxima no dirás lo mismo. —Irene alza una ceja y se echa a reír, algo que enseguida me contagia. Cuando viene conmigo lleva las manos a mi cuello y se queda ahí un rato, mirándome sin decir nada—. Me encanta que le hayas pillado el truco tan pronto.

—Así no tendrás que estar vigilándome en Freyr —susurra cerca de mis labios.

—Eso ya lo veremos, sabes que no lo puedo evitar. —Le sonrío y no tardo en besarla y darle un mordisco—. Va a ser inolvidable.

—Al menos así te olvidarás un poco del trabajo, que últimamente no paras.

—Querrás decir que no paramos —protesto, aunque enseguida niego—. Ya sabes que no puedo evitarlo, eso de delegar no es lo mío.

—Pues vas a tener que empezar a hacerlo, porque nos tienes a mí, a tu hermano, a Agnes y a Hanna. Ya no tienes que encargarte tú sola de todo el trabajo. —Pongo las manos en su cintura y la vuelvo a besar.

—Te prometo que lo intentaré —respondo.

La abrazo y me quedo así unos segundos, disfrutando del calor de su cuerpo, de la

suavidad de su piel, de cómo le late el corazón. Me encanta darme cuenta de la revolución que golpea su pecho, la misma que yo siento cada día cuando abro los ojos y la encuentro dormida a mi lado.

Desde que regresamos a Leiden la relación con su padre no ha mejorado mucho, aunque Simone y yo confiamos en que pronto puedan dar un paso hacia delante. Tomás dio la cara y las personas que iniciaron esa campaña de odio pidieron disculpas en sus redes sociales. Irene ha vuelto al trabajo que tanto adora, aunque ahora se lo toma con más calma, selecciona mejor sus colaboraciones y también ha empezado un podcast donde habla con otras personas sobre el acoso y el impacto que este tiene en redes sociales. El dolor por lo ocurrido todavía sigue ahí, pero sé que conseguirá que desaparezca poco a poco, igual que con sus picos de ansiedad, que van a menos..

—¡Eh! Dejaos ya de tantos mimos y moved el culo que luego vienen las quejas. —Chris llama nuestra atención y echo la cabeza hacia atrás—. ¿Queréis quedaros atrás cuando subamos a La Jeunesse?

Pongo los ojos en blanco, odio que sea tan competitivo o más que Irene. Aunque ella no tarda en reírse al imaginar la situación.

—No deberías darle coba, que luego va de subidito.

—Déjalo, seguro que cuando se quede el último, no alardeará tanto. —Se encoge de hombros y levanta la mano—. ¡Ya vamos!

—Eres maravillosa —digo en un español algo torpe, pero que mejora por días—. ¿Quieres que luego pidamos algo de comer?

—Me encantaría, eso de tener que vaciar cajas y colocar cosas me agota.

—No me puedo creer que hayas conseguido sacarme del B&B.

—Pero si estamos al lado, y el patio conecta con De grote reis, eso no es lo que yo llamo sacarte de allí. —Hago un puchero fingido y volvemos a reír—. Además, así tenemos más intimidad, ¿es que no te parece mejor? —Se insinúa acercándose con descaro y roza mis labios con su lengua.

—Solo por eso me parece bien —afirmo y la beso sin pensármelo dos veces.

—¡Chicas! ¿Venís o qué?

—¡Que ya vamos! —grito, Irene abre la boca y yo suspiro—. Qué pesado por Dios.

—Eres una rabalera —dice ella y al no entenderla alzo una ceja—. Luego en casa te lo explico.

Me dedica un guiño y camina hacia los demás contoneando las caderas. Me quedo aquí parada sin poder evitar mirarla, hay un momento en el que se gira y me sonríe de la forma más increíble del mundo. Las mariposas me cosquillean en el estómago y noto cómo el corazón me late deprisa, mucho más que la primera vez que cruzamos palabra. Verla feliz y, sobre todo, tranquila, también pone una sonrisa en mis labios que estoy segura no va a desaparecer por muchas dificultades que aparezcan en nuestro camino.

Corro hacia los demás y cuando estoy al lado de Chris le doy un manotazo por ser tan pesado. Él grita, aunque enseguida nos echamos a reír. Andreas viene conmigo y me da un abrazo sin motivo alguno.

—¿Qué pasa?

—Nada, es solo que me gusta lo contenta que estás —aclara y se gira para ver cómo Irene se empapa las manos con el carbonato, dispuesta a escalar la siguiente pared—. Y ella parece estar mejor.

—Al menos ya no se despierta tanto por las noches —comento en voz baja. Suspiro al recordar lo mal que lo ha pasado, sin embargo, enseguida desecho esas imágenes y acaricio el brazo de mi hermano—. Gracias por lo que has hecho, creo que no lo habríamos conseguido de no ser por ti.

—Bueno, todos hemos tenido algo que ver.

Lise me sonríe desde la distancia nada más bajar de escalar una de las paredes y yo hago lo mismo.

—Voy para allá, que Irene está intratable.

—Me parece que hoy no tienes nada que hacer contra ella —comenta Chris y pone los brazos en jarras mientras la observa.

—Eso ya lo veremos.

Voy hacia la pared, engancho la cuerda al arnés y pongo las manos en los puntos de apoyo. Enseguida empiezo a subir y cuando estoy al lado de Irene, llamo su atención.

—Vaya, alguien diría que tiene ganas de revancha —suelta encantada, se muerde el labio inferior y no tarda en mirar hacia arriba.

—Ya te he dicho que soy incansable —recuerdo, busco las presas correctas con las que seguir avanzando y subo unos cuantos metros. Después me paro en seco y la busco con la mirada —. ¿Si gano me das lo que me apetezca?

Irene escala unas cuantas presas más y se pone a mi altura.

—No sé, a lo mejor tengo que pensármelo —bromea y cuando entrecierro los ojos, me vuelve a sonreír. Niego y pongo la atención en no caerme a pesar del esfuerzo—. Edith… —me llama, libero mi mano izquierda y la miro—. Siempre vas a tener todo de mí.

Irene me sorprende y da un salto que la lleva a la colchoneta. Cuando hago lo mismo me acerco a ella y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Estás bien? —pregunto al ver su gesto preocupado.

—De maravilla, pero quiero regresar antes, me gustaría dar un paseo por el molino. ¿Te apetece? —Observo la tristeza en sus ojos, aunque desaparece en cuanto beso sus labios.

—Claro que sí, cualquier lugar es maravilloso siempre que esté contigo —comento y verme otra vez en sus ojos me produce la mayor felicidad del mundo.

Irene se abraza a mí y nos quedamos así, en silencio. Siento el latido de su corazón y me concentro en ese sonido durante unos segundos. Puede que las cosas no hayan sido fáciles en nuestro comienzo, que hayamos tenido que sortear obstáculos más complicados de los que creía. Pero ahora, cada vez que acaricia mis labios o la siento tan cerca, sé que todo esto ha merecido la pena, porque conocerla me llevó al encuentro de la parte de mí que creía perdida y amarla es lo todo que quiero hacer por el resto de nuestros días.

AGRADECIMIENTOS

‘Todo lo que quise’ ha supuesto un antes y un después en mi andadura como escritora. Esta novela ha sanado viejas heridas y hecho polvo miedos que todavía vivían conmigo. Los personajes de Irene y Edith han logrado que crezca y madure un poco más, no solo como autora, sino también como persona. Escribir siempre es un bálsamo para mí y mi vida no sería la misma sin las letras que plasmo en cada una de las páginas que comparto con vosotras.

Gracias a mis lectoras/es porque después de todos estos años os habéis convertido en mi segunda familia. Me encanta recibir vuestros mensajes y compartir charla y risas de vez en cuando. Hacéis este camino mucho más fácil. A mi mujer, por ser la continua guía que da sentido a todo y late fuerte en mi corazón.

A ti, porque estás a mi lado cada segundo.

*No olvides dejarme tu reseña/opinión a través de **Amazon** o **Goodreads**.*
Tu apoyo me ayudará a seguir creciendo como autora.

SOBRE LA AUTORA

Lorena Murién (1987). Soñadora y devoradora de series, empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias.

Puedes leer todas mis novelas publicadas hasta ahora a través de mi página de autora en ***Amazon*****.**

ÍNDICE

1 EL DOLOR QUE ESQUIVO
2 LOS DÍAS QUE NO CAMBIAN
3 ENCONTRAR EL RUMBO
4 LA CHISPA
5 CONECTAR CONTIGO
6 A PUERTA CERRADA
7 DESEOS Y ANHELOS
8 UNA SONRISA
9 NUEVAS OPORTUNIDADES
10 IMANES
11 COMO EN CASA
12 LAS COSAS QUE HACEMOS A UN LADO
13 UNA DECEPCIÓN MÁS
14 INESPERADAMENTE
15 DEJARSE LLEVAR
16 DESCONTROL
17 FUERA DE SITIO
18 REVOLUCIÓN
19 VOLVER A SER LA DE ANTES
20 LOS GIROS DE LA VIDA
21 TENTAR A LA SUERTE
22 ALGO DISTINTO A MÍ
23 LA FELICIDAD PUEDE SER NUESTRA
24 UNA NUBE GRIS
25 SECRETO INESPERADO
26 HAY SORPRESAS LLENAS DE COLORES
27 SORTEANDO LO INEVITABLE
28 UNA HISTORIA TONTA DE AMOR
29 ALGO QUE NO PUEDO ADMITIR
30 CERRAR EL CÍRCULO
31 EN LO PROFUNDO DEL CORAZÓN
32 AFRONTAR LA VERDAD
33 SONREÍR ENTRE NUBARRONES
34 EL MIEDO A PERDERLO TODO
35 ESTO ES REAL
36 SENTIMIENTOS CONTRA LOS QUE LUCHAR
37 CERRAR LA HERIDA
38 LA MAGIA TAMBIÉN SE ROMPE
39 LUCHANDO CONTRA LAS OLAS
40 DECIR ADIÓS A LO QUE SIENTO
41 NO HE REGRESADO A MI HOGAR

42 PIEZAS QUE ENCAJAN
43 UN MUNDO SEMI VACÍO
44 UN GESTO QUE PUEDE DESTUIRLO TODO
45 EN PEDAZOS
46 LUZ AL FINAL DEL TÚNEL
47 AGUAS PROFUNDAS
48 SACUDIR EL MUNDO POR TI
49 TODO LO QUE QUISE
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA